

JUAN  
GÓMEZ-JURADO

CONTRATO

CON

DIOS

**B**

La periodista Andrea Otero ha echado a perder su prometedora carrera al publicar un artículo contra el mayor anunciante de su periódico. Cuando la contacta un grupo de arqueólogos para cubrir su expedición a Jordania, no duda ni un instante: será una exclusiva sensacional.

La «Expedición Moisés» está financiada por un misterioso multimillonario, Raymond Kayn, y sus fines son tan oscuros que en la penumbra acechan terroristas islámicos, los servicios secretos israelíes y un curioso agente del Vaticano, el padre Anthony Fowler.

En las arenas de Jordania podría esconderse el Arca de la Alianza, pero lo que nadie sospecha es la enorme destrucción que algunos están dispuestos a provocar para que secretos milenarios no salgan a la luz.

Juan Gómez-Jurado

# **Contrato con Dios**

ePub r2.5  
17.11.2022

*Para mis padres,  
que se refugiaron de las bombas bajo las mesas.*

## La creación del enemigo

*Comienza con un lienzo en blanco  
Esboza en él siluetas de hombres, mujeres y niños*

*Hunde la brocha en el pozo de tu propia oscuridad  
Dibuja en la cara de tu enemigo la codicia, el odio y la crueldad  
que no te atreves a reconocer como propias*

*Ensombrece todo asomo de simpatía en sus rostros  
Borra cualquier resto de la mirada de amores, esperanzas y miedos  
que residen en el calidoscopio de su corazón infinito*

*Deforma su sonrisa en una mueca cruel  
Arranca la carne de sus huesos hasta que sólo quede el abstracto esqueleto de la  
muerte  
Exagera cada rasgo humano hasta metamorfosearlo  
en bestia, alimaña, insecto*

*Rellena el fondo de tu lienzo con los demonios y figuras malignas  
que alimentan nuestras pesadillas ancestrales  
Cuando tu cuadro esté completo podrás matarlos sin culpa y despedazarlos sin sentir  
vergüenza*

*Lo que has destruido, simplemente, es un enemigo de tu Dios*

Faces of the Enemy,  
SAM KEEN

## Prólogo

HOSPITAL INFANTIL AM SPIEGELGRUND

Viena

*Febrero de 1943*

Al llegar bajo la gran bandera con la esvástica que ondeaba sobre la puerta del hospital, la mujer no pudo evitar un escalofrío. Su acompañante malinterpretó el gesto y la atrajo hacia sí para darle calor. El fino abrigo que llevaba no la protegía apenas contra el afilado viento de la tarde, que anticipaba la ventisca que iba a caer en pocas horas.

—Ponte mi chaqueta, Odile —dijo su acompañante, comenzando a desabrocharse con dedos temblorosos.

Ella se desentendió del abrazo y sujetó aún más fuerte el paquete contra su pecho. Diez kilómetros sobre la nieve la habían dejado aterida y exhausta. Tres años atrás hubiese realizado el viaje en su Daimler con chofer, enfundada en un visón. Pero su coche ahora transportaba a un Brigadeführer y su abrigo de piel engalanaba las noches en los palcos del Teatro de alguna fulana nazi de párpados pintarrajeados. Se controló para apretar con fuerza el timbre, tres veces, antes de contestar.

—No tiemblo de frío, Josef. Apenas queda tiempo para el toque de queda. Si no conseguimos volver a tiempo...

El marido no pudo responder porque ya una enfermera sonriente abría la puerta del hospital. La sonrisa le murió en los labios cuando se fijó atentamente en los visitantes. Tantos años de régimen nazi le habían enseñado a reconocer a un judío a la primera.

—¿Qué quieren?



La mujer se obligó a sonreír, aunque le costó un dolor inmenso en sus labios agrietados.

—Hemos venido a ver al doctor Graus.

—¿Tienen cita?

—El doctor nos ha dicho que nos recibiría.

—¿Nombre?

—Josef y Odile Cohen, *fräulein*.

La enfermera dio un temeroso paso atrás cuando el apellido confirmó sus sospechas.

—Están mintiendo. No tienen una cita. Váyanse. Vuelvan al agujero del que han salido. Saben que no pueden estar aquí.

—Por favor. Mi hijo está ahí dentro. Por favor.

Sus palabras rebotaron contra la puerta que se cerró con violencia.

Josef y su mujer miraron con desesperación la impenetrable fachada del hospital. Ella se tambaleó con desmayo e impotencia, y él alcanzó a sostenerla antes de que se desplomase.

—Vamos. Busquemos otra manera de entrar.

Rodearon el edificio y justo al doblar la esquina Josef tiró de su mujer hacia atrás. Una puerta acababa de abrirse, y un hombre enfundado en un grueso abrigo empujaba con gran esfuerzo un carretón lleno de basura. Pegados a la pared, Josef y Odile se escurrieron hacia la puerta entreabierta mientras el hombre se alejaba hacia la parte de atrás del hospital.

Al entrar se encontraron con un pasillo de servicio que conducía a un dédalo de corredores y escaleras. Por los pasillos se oían llantos débiles y apagados, como si vinieran de un mundo diferente. La mujer aguzó el oído, por si escuchaba la voz de su hijo, pero fue inútil. Recorrieron el hospital sin encontrar un alma. Josef tuvo que apretar el paso para seguir a su mujer, que llevada por el instinto atravesaba los corredores sin más que una breve vacilación en cada esquina.

Encontraron un oscuro pabellón en forma de ele, repleto de niños en sus camas. Muchos estaban atados con correas a los cabeceros y sollozaban como perros mojados. Un olor acre flotaba en el ambiente caldeado. La madre empezó a sudar y notar pinchazos en las articulaciones a medida que el calor volvía a su cuerpo, aunque no hizo caso a ninguna de esas sensaciones. Sus ojos saltaban de un rostro al siguiente, de un lecho al siguiente, buscando angustiados los rasgos de su hijo.

—Aquí tiene el informe, doctor Graus.

Josef y su mujer cambiaron una mirada de entendimiento al escuchar el nombre del médico al que estaban buscando. El hombre que tenía en sus manos la vida de su hijo. Doblaron la esquina con pasos rápidos, encontrándose con un grupo de personas que rodeaba uno de los catres. Un joven rubio con bata, atractivo, estaba sentado junto a la cama de una niña de unos nueve años. Lo acompañaban una enfermera mayor que sostenía una bandeja de instrumental y un médico de mediana edad que tomaba notas con aire aburrido.

—Doctor Graus... —dijo Odile armándose de valor y avanzando unos pasos hacia el grupo.

El joven hizo un gesto irritado con la mano abierta en dirección a la enfermera, sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Ahora no, por favor.

La enfermera y el médico les dedicaron una mirada sorprendida, pero guardaron silencio.

Odile observó lo que ocurría sobre aquella cama y se mordió la lengua para no gritar. La niña aparecía medio desmayada y tan pálida como un kilo de harina. Graus le sostenía un brazo sobre un recipiente metálico, al tiempo que le hacía pequeños cortes con un bisturí. Apenas quedaban centímetros de piel sin recibir el macabro contacto de la hoja. La sangre fluía lentamente y casi llenaba el recipiente. Finalmente la niña dejó caer la cabeza a un lado. Graus le colocó desapasionadamente dos dedos finos y elegantes sobre el cuello.

—Bien, no tiene pulso. Hora, doctor Stroebel.



—Las seis y treinta y siete.

—Casi noventa y tres minutos. ¡Espléndido! El sujeto ha resistido maravillosamente despierto aunque con un nivel de conciencia bajo y sin signos de dolor. La mezcla de láudano y estramonio es sin duda superior a todo lo que hemos probado hasta ahora, Stroebel. Enhorabuena. Preparen el espécimen para la disección.

—Gracias, *herr* doctor. Inmediatamente.

Sólo entonces se giró el médico hacia Josef y Odile. En sus ojos había una mezcla de enfado y hastío.

—¿Quién se supone que son ustedes?

La mujer dio un paso al frente y se colocó junto a la cama, haciendo un esfuerzo para no mirar lo que había sobre ella.

—Mi nombre es Odile Cohen, doctor Graus. Soy la madre de Conrad Cohen.

El médico la miró con frialdad, y luego a la enfermera.

—Saque a estos judíos de aquí, *fräulein* Ulrike.

La enfermera agarró a Odile por el codo y se interpuso entre ella y el doctor, empujándola con malos modos. Josef corrió en ayuda de su esposa y forcejeó con la gruesa mujer. Durante un instante formaron un extraño trío de baile, empujando en direcciones diferentes sin avanzar en ninguna. La cara de *fräulein* Ulrike se iba poniendo roja por el esfuerzo.

—Doctor, estoy segura de que ha habido un error —dijo Odile, luchando por asomar el cuello sobre los anchos hombros de la enfermera—. Mi hijo no tiene ninguna enfermedad mental.

La madre logró escurrirse del abrazo de la enfermera y se acercó al médico.

—Es cierto que habla poco desde que perdimos nuestra casa, pero no está loco. Está aquí por error. Por favor. Si usted le diese el alta yo... Permítame ofrecerle lo único que nos queda.

Depositó el paquete encima de la cama, procurando que no tocase el cadáver, y desenvolvió con cuidado los periódicos que lo cubrían. Aun con la baja luz del pabellón, un destello dorado recorrió las paredes.

—Lleva en la familia de mi marido incontables generaciones, doctor Graus. Hubiera preferido morir antes que separarme de ella. Pero mi hijo, doctor, mi hijo...

En aquel momento la señora rompió a llorar y cayó de rodillas. El joven doctor apenas pareció percatarse de ello, porque su mirada estaba fija en el objeto que había sobre la cama. Sus labios, sin embargo, alcanzaron a desprenderse el tiempo suficiente para aniquilar las esperanzas del matrimonio.

—Su hijo está muerto. Váyanse.

La mujer consiguió recobrarse un poco cuando el frío de la calle le alcanzó el rostro. Se abrazó a su marido y caminó deprisa, más consciente que nunca del toque de queda. Su mente sólo podía pensar en volver a tiempo junto a su otro hijo, que aguardaba en la otra punta de la ciudad.

—Corre, Josef. Corre.

Sobre la nieve sus pasos se fueron acelerando más y más.

En su despacho del hospital, el doctor Graus colgó el teléfono con aire ausente, acariciando con los dedos aquel extraño objeto. Ni siquiera miró por la ventana cuando minutos después llegó a sus oídos el sonido de la sirena de los coches de las SS. Su ayudante comentó algo acerca de judíos fugitivos, pero él no prestó atención.

Su mente estaba demasiado ocupada preparando la operación del pequeño Cohen.

## ***Dramatis Personae***

### SACERDOTES

Anthony Fowler, doble agente de la CIA y de la Santa Alianza. Estadounidense.  
Padre Albert, ex hacker. Analista de sistemas de la CIA y enlace con la inteligencia vaticana. Estadounidense.

### RELIGIOSOS

Fray Cesáreo, dominico. Conservador de la Sala de las Reliquias en el Vaticano.  
Italiano.

### CORPO DE VIGILANZA DELLO STATO DELLA CITTÀ DEL VATICANO

Camilo Cirin, Inspector General. En secreto es la Cabeza de la Santa Alianza, el servicio de espionaje del Vaticano.

### CIVILES

Andrea Otero, redactora del diario El Globo. Española.  
Raymond Kayn, multimillonario dueño de un holding empresarial. Nacionalidad desconocida.  
Jacob Russell, asistente ejecutivo de Kayn. Británico.  
Orville Watson, consultor sobre terrorismo y dueño de GlobalInfo. Estadounidense.  
Doctor Heinrich Graus, genocida nazi. Austríaco.

### PERSONAL DE LA EXPEDICIÓN MOISÉS

Cecyl Forrester, arqueólogo especializado en temas bíblicos. Estadounidense.  
David Pappas, Gordon Durwin, Kyra Larsen, Stowe Erling y Ezra Levine, ayudantes de Cecyl Forrester.  
Mogens Dekker, jefe de seguridad de la expedición. Sudafricano.  
Aldis Gottlieb, Alryk Gottlieb, Tewi Waaka, Paco Torres, Louis Maloney y María Jackson, pelotón de Dekker.  
Doctora Harel, médico de la excavación. Israelí.  
Tommy Eichberg, Conductor.

### TERRORISTAS

Nazim y Kharouf, de la célula de Washington.  
O., D. y W., de las células de Siria y Jordania.  
Huqan (jeringuilla), cabeza de las tres células.

בְּנִגַּת אֵל דִּיהֶלְא הוֹהִי יִכְנֵא

Anochi Adonai Elohecha

Leh Tirtzach

הַגּוֹמֵת לְכֹל סַפְּ דְלָה

Lo ychivch Lachá Elohim Acherim

אתרצה

Lo Tinsaf.

דִּיהֶלְא הוֹהִים שְׂתֵאָא שְׂתֵאָא

Lo Tia Et Shem Adonai Elohecha La'Shav

הֶאֱנֵת אֵל

Lo Tignov

סִימִית שׁוֹ שׁוֹ שְׂדֵקֵתָב

Zachor Et yom Ha Shabbat L'kadesh

רַק שְׂדַע דְּעַרְבֵי הַנְּעֵת אֵל

Lo Tarach Bere'arka Et Shaker

דְּמֵאָתָאָו קִיבֵא תֵאָדָבָב

Kaved Et Avicha V'Et Imecha

דְּעַר תִּיב דְּמַחֵת אֵל

Lo Tach mod

Yo soy el señor tu Dios

No matarás

No tendrás otro Dios más que yo

No cometeras adulterio

No jurarás en falso en nombre de Dios

No robarás

Recuerda el Sabbath y mantenlo santo

No levantarás falso testimonio

Honra a padre y madre

No serás codicioso

RESIDENCIA DE HEINRICH GRAUS  
Steinfeldstraße, 6  
Krieglach, Austria  
*Jueves, 15 de diciembre de 2005. 11.42*

El sacerdote se limpió cuidadosamente los pies en la alfombra antes de llamar a la puerta del monstruo. Llevaba casi cuatro meses buscándole, y casi dos semanas vigilando desde que localizó su escondrijo. Ahora estaba seguro de su identidad, y había llegado el momento de enfrentársele.

Esperó con paciencia durante largos minutos. Graus siempre tardaba en abrir la puerta hacia el mediodía, probablemente porque echaba una siesta breve en el sofá. Casi nunca había nadie en la estrecha calle peatonal a aquellas horas. Los buenos vecinos de Steinfeldstraße estaban trabajando, ajenos a que en el número 6, en una casita pequeña con cortinas azules en las ventanas, un genocida dormitaba frente al televisor.

Finalmente el ruido de los cerrojos anunció que la puerta se abría. La cabeza de un anciano de aspecto venerable, como el abuelo de un anuncio de caramelos, asomó por la abertura.

—¿Sí?

—Buenos días, *herr doktor*.

El viejo miró de arriba abajo a su interlocutor. Era un cura de unos cincuenta años, alto y delgado, de cabeza calva, *clergyman* y abrigó negros. Se alzaba frente a su puerta con el aplomo de un poste de teléfonos de ojos verdes.

—Creo que se equivoca, padre. Yo era fontanero y ahora soy jubilado. Además ya he dado para la parroquia, así que si me disculpa...

—¿Acaso no es usted Heinrich Graus, el insigne neurocirujano alemán?

El anciano no respiró durante un segundo. Aparte de esa inacción no hubo ni un solo gesto en su actitud, ni un detalle que lo delatase. Pero para el sacerdote ya era suficiente. Era su prueba definitiva.

—Mi nombre es Handwurz, padre.

—No es cierto, y ambos lo sabemos. Y ahora si me deja entrar podré enseñarle lo que le traigo —dijo alzando la mano izquierda, en la que llevaba un maletín negro.

La puerta se abrió por toda respuesta, y el viejo cojeó ligeramente hacia la cocina. Las tablas del suelo decrepito protestaban a su paso. El sacerdote fue detrás de él, sin prestar excesiva atención a su entorno. Había espiado por las ventanas en tres ocasiones, con lo que conocía al

dedillo la distribución de los muebles baratos. Prefirió clavar sus ojos en los hombros del viejo nazi. Aunque caminase vacilante como si le costase andar, le había visto levantar sacos de carbón en el cobertizo del jardín con una facilidad que hubiese envidiado un hombre cincuenta años más joven. Heinrich Graus seguía siendo muy peligroso.

La pequeña cocina era una habitación oscura, con olor a codillo. El mobiliario consistía en una cocina de gas, una cebolla seca sobre la encimera, una mesa circular y dos sillas desparejas. Graus le indicó con un gesto educado una de ellas. Trasteó entre las alacenas y puso dos vasos de agua sobre la mesa antes de sentarse a su vez. Los vasos de agua quedaron intactos sobre el tablero de pino, tan impasibles como los dos hombres que se quedaron estudiándose mutuamente durante más de un minuto.

El viejo llevaba una bata de franela roja, camisa de algodón y unos desgastados pantalones. La cabeza había empezado a clarearle veinte años atrás, y los escasos cabellos que le quedaban eran completamente blancos. Sus grandes gafas redondeadas habían pasado de moda antes del hundimiento del comunismo. Y su labio inferior, medio caído, producía una falsa sensación bonachona.

Nada de todo esto engañó al sacerdote.

Los tímidos rayos del mes de diciembre creaban entre la ventana y la mesa un pasillo de luz en el que se veían flotar miles de motas de polvo. Una de ellas se posó en una de las elegantes mangas del *clergyman*. El sacerdote la apartó de un papirotazo sin mirarla.

El nazi no pasó por alto la seguridad inquebrantable de aquel gesto. Pero había tenido tiempo de recobrase, así que volvió a escudarse en la indiferencia.

—¿Es que no va a beber nada, padre?

—No tengo sed, doctor Graus.

—Así que insiste en llamarme por ese apelativo. Handwurz. Me llamo Baltasar Handwurz.

El sacerdote no le hizo el menor caso.

—He de reconocer que fue usted muy hábil. Cuando consiguió el pasaporte para huir a Argentina nadie se imaginó que meses después volvería a Viena. Fue por supuesto el último sitio en que busqué. A sólo setenta kilómetros de Spiegelgrund. Y mientras Wiesenthal indagó durante años en Argentina, sin saber que usted estaba a un paseíto en coche de su despacho. ¿No le resulta irónico?

—Me resulta ridículo. Es usted americano, ¿verdad? Habla muy bien alemán, pero el acento lo delata.

El cura colocó el maletín encima de la mesa sin apartar la mirada del otro y extrajo una carpeta ajada. El primer documento de todos los que había en su interior era una fotografía de Graus joven, tomada en el hospital del Spiegelgrund durante la guerra. El segundo era una variación de la foto, en la que se veía al médico ya anciano gracias a un *software* de envejecimiento.

—¿No le parece a usted que la tecnología es maravillosa, *herr doktor*?

—Eso no prueba nada. Cualquiera podría hacerlo. Veo televisión, ¿sabe? —pero el tono de su voz decía otra cosa.

—Tiene toda la razón, no prueba nada. Pero esto sí.

Colocó sobre la mesa una hoja de papel amarillenta, a la que alguien había grapado una fotografía en blanco y negro. Unas letras en sepia coronaban la escritura: *Testimonianza Fornita*,

y el sello del Estado Vaticano.

—Baltasar Handwurz. Cabello rubio, ojos castaños, compleción fuerte. Señas particulares de identidad, un tatuaje en su brazo izquierdo con los números 256441. Realizado por los nazis durante su estancia en el campo de concentración de Mauthausen. Un lugar donde, por supuesto, usted nunca puso un pie. El número era falso. El tatuador se lo inventó sobre la marcha, pero eso era lo de menos. Funcionó.

El viejo se acarició el brazo izquierdo por encima de la bata de franela. Estaba lívido de rabia y miedo.

—¿Quién demonios es usted, maldito sea?

—Me llamo Anthony Fowler y quiero proponerle un trato.

—Lárguese de mi casa. Váyase.

—Creo que no le está quedando suficientemente claro. Usted fue el segundo al mando en el Hospital Infantil AM Spiegelgrund durante seis años. Un lugar de lo más interesante. Casi todos los pacientes eran judíos y tenían enfermedades mentales. «Vidas indignas de la vida». ¿No es así como los llamó usted?

—¡No tengo ni la menor idea de lo que me está hablando!

—Nadie sospechó lo que hacía usted en aquel lugar. Los experimentos. Las disecciones en vida. Setecientos catorce niños, doctor Graus. Mató a setecientos catorce con sus propias manos.

—Le he dicho que yo...

—¡Guardó sus cerebros en frascos!

Fowler dio un puñetazo en la mesa, tan fuerte que ambos vasos se volcaron y el líquido resbaló hacia el suelo de la cocina. Durante dos largos segundos sólo se oyó el ruido del agua goteando sobre las baldosas. Respiró despacio, intentando serenarse.

El médico esquivó la mirada de aquellos ojos verdes que parecían querer atravesarle de parte a parte.

—¿Está usted con los judíos?

—No, Graus. Usted sabe perfectamente que no. Si yo fuera uno de ellos usted estaría colgando de una horca en Tel Aviv. Mi... afiliación está con aquellos que le facilitaron la huida en el 46.

El médico reprimió un escalofrío.

—La Santa Alianza —musitó.

Fowler no respondió.

—¿Y qué quiere la Alianza de mí después de tantos años?

—Algo que usted posee.

El nazi hizo un gesto en derredor.

—Ya ve que no nado precisamente en la abundancia. Ya no me queda dinero.

—Si quisiera dinero lo vendería a la Fiscalía de Stuttgart. Siguen dando 130 000 euros por su captura. Quiero la vela.

El nazi lo miró, fingiendo perplejidad.

—¿Qué vela?

—Ahora es usted el ridículo, doctor Graus. La vela que le robó a la familia Cohen hace sesenta y dos años. Un cirio pesado, sin mecha, recubierto por una filigrana de oro. La quiero, y la quiero ahora.

—Váyase con sus patrañas a otra parte. No tengo ninguna vela.

Fowler suspiró, hizo un gesto de disgusto, se recostó un poco en la silla, señaló los vasos, volcados y vacíos.

—¿Tiene algo más fuerte?

—Detrás de usted —dijo Graus, indicándole la repisa de la cocina.

El sacerdote se giró y alcanzó una botella mediada. Enderezó los vasos y sirvió dos dedos de líquido amarillo brillante. Ambos hombres los apuraron de un trago. Ninguno de los dos brindó.

Fowler cogió la botella de nuevo y sirvió otra ronda, y comenzó a beberla a pequeños sorbos mientras hablaba.

—*Weizenkorn*. Aguardiente de maíz. Hacía mucho que no lo probaba.

—Seguro que no lo echaba de menos.

—En absoluto. Pero es barato, ¿verdad?

Graus se encogió de hombros por toda respuesta. El cura lo señaló con el dedo.

—Un hombre como usted, Graus. Brillante. Vanidoso. Escogió esto. Envenenarse poco a poco en un agujero sucio y con olor a orines. ¿Y sabe qué? Lo entiendo.

—Qué va a entender usted.

—Admirable. Aún recuerda las técnicas del Reich. Reglamento de oficiales, tercera sección: «En caso de captura por el enemigo, niéguelo todo y dé sólo respuestas cortas, que no lo comprometan». Pues entérese, Graus, está comprometido hasta el cuello.

El viejo hizo una mueca y se sirvió el resto del licor. Fowler estudiaba atentamente su lenguaje corporal a cada frase, analizando cómo se quebraba lentamente la resolución del monstruo. Era como un pintor que, tras una docena de pinceladas, da un paso atrás para contemplar cómo la imagen comienza a aparecer en el lienzo, antes de decidir qué color aplicar a continuación.

Se decidió por mojar el pincel en la verdad.

—Fíjese en mis manos, doctor —dijo Fowler, extendiéndolas sobre la mesa. Eran manos rugosas, de dedos finos. Nada tenían de extraño, salvo un pequeño detalle. En la primera falange de cada dedo, cerca de los nudillos, había una finísima línea blanquecina, muy recta, que continuaba en ambas extremidades.

—Una fea cicatriz. ¿Cuántos años tenía cuando se la hizo, diez, once?

—Doce. Estaba ensayando con el piano: *Preludio del Opus 28* de Chopin. Mi padre llegó cerca de mí y sin previo aviso cerró la tapa del Steinway con todas sus fuerzas. No perdí los dedos de milagro, pero jamás pude volver a tocar.

El sacerdote volvió a agarrar su vaso antes de continuar y dejó que su vista se perdiera en el contenido. Nunca había sido capaz de reconocer aquello mirando a otro ser humano a los ojos.

—Mi padre... me forzó repetidas veces desde los nueve años. Aquel día yo había amenazado con contárselo a alguien si volvía a hacerlo. Él no me amenazó. Simplemente me destrozó las manos. Luego lloró, me pidió perdón y trajo los mejores médicos que el dinero podía pagar. Ah, ah, ah. Ni se le ocurra.

Graus había deslizado el brazo por debajo de la mesa, intentando alcanzar el cajón de los cubiertos. Retiró la mano instantáneamente.

—Por eso lo entiendo, doctor. Mi padre era un monstruo, cuya culpa rebasaba su propia capacidad de perdón. Pero él fue más valiente. Aceleró en mitad de una curva muy cerrada,



llevándose con él a mi madre.

—Una historia conmovedora, padre —dijo Graus con tono socarrón.

—Si usted lo dice. Ha estado viviendo todos estos años huyendo de sus crímenes. Bueno, pues éstos lo han encontrado. Y yo voy a darle lo que mi padre no tuvo: una oportunidad.

—Lo escucho.

—Deme la vela. A cambio recibirá esta carpeta con todos los documentos que lo condenarían. Y podrá seguir escondiéndose aquí hasta el fin de sus días.

—¿Y ya está? —dijo el viejo, incrédulo.

—Por lo que a mí respecta, sí.

El viejo meneó la cabeza y se levantó, riendo entre dientes. Abrió uno de los armaritos y extrajo un bote de cristal de buen tamaño, lleno de arroz.

—Nunca he aguantado las gramíneas. Me dan ardor.

Vació el bote sobre la mesa. Una cascada de granos, nubes de almidón y un ruido seco. Medio cubierto por el arroz, un paquete.

Fowler se inclinó hacia él, pero la huesuda garra de Graus lo sujetó por la muñeca. El sacerdote lo miró.

—Tengo su palabra, ¿verdad? —dijo el viejo, ansioso.

—¿Le vale de algo?

—Por lo que a mí respecta, sí.

—Entonces la tiene.

El médico soltó la presa, y Fowler fue a por la suya. Apartó despacio el arroz, levantó el paquete de tela oscura. Estaba atado con cuerdas. Deshizo los nudos despacio, con mano firme.

Las del viejo temblaban.

Fowler desenvolvió la tela. Los rayos tenues del incipiente invierno austríaco levantaron destellos dorados en la cochambrosa cocina. Aquel resplandor estaba poco en consonancia con el lugar, como lo estaba la cera grisácea y sucia del grueso cirio que yacía sobre la mesa. En tiempos, toda su superficie había estado recubierta por una delgada lámina de oro de intrincado dibujo. El metal precioso casi había desaparecido, dejando marcas de la filigrana sobre la cera. Apenas quedaba un tercio de oro sobre ella.

Graus rió sombrío.

—La casa de empeños se ha ido quedando con el resto, padre.

Fowler no respondió. Sacó un encendedor Zippo del bolsillo del pantalón y lo encendió con una sola mano. Puso la vela de pie y acercó la llama al extremo superior. Aunque no había mecha, el calor de la llama comenzó a fundir lentamente la cera, que emitió un olor nauseabundo mientras gotas de gris derretido resbalaban hasta la mesa. Graus siguió mascullando sus ácidas ironías mientras contemplaba el proceso, como si disfrutase del hecho de poder comentar su auténtica identidad con alguien después de tantos años.

—Realmente me divierte. El judío de la casa de empeños ha estado comprando pedazos de oro judío durante años para mantener a un orgulloso miembro del Reich. Y ahora usted contempla el resultado de una búsqueda inútil.

—Las apariencias engañan, Graus. El oro de esta vela no es el tesoro que busco. Sólo una distracción para imbéciles.

Como una admonición, la llama chisporroteó en manos del sacerdote. En la tela se iba formando un charco, y en la parte superior de la vela un agujero considerable. En el centro de ese volcán de cera líquida apareció el borde verdoso de un objeto metálico.

—Bien, aquí está —dijo el sacerdote—. Así que me marcho.

Fowler se levantó y volvió a doblar la tela sobre la vela, teniendo cuidado de no quemarse. El nazi lo contemplaba asombrado. Ya no reía.

—¡Espere! ¿Qué es eso? ¿Qué había dentro?

—Nada de su incumbencia.

El viejo se levantó y hurgó en el cajón, del que sacó un cuchillo de cocina. Con pasos temblorosos rodeó la mesa hasta el sacerdote, que lo contempló sin moverse. En los ojos del nazi ardía aún el fuego obsesivo de quien había pasado noches enteras contemplando aquel objeto.

—Tengo que saberlo.

—No, Graus. Hicimos un trato. La vela por la carpeta, y eso tendrá.

El viejo alzó la mano en la que llevaba el cuchillo, pero lo que vio en el rostro de su molesto visitante le hizo volver a bajarla. Fowler asintió y arrojó la carpeta sobre la mesa. Despacio, con el bulto de tela en una mano y el maletín en la otra, retrocedió unos cuantos pasos hasta la puerta de la cocina sin dejar de mirar al nazi. Éste cogió la carpeta.

—¿No hay copias, verdad?

—Sólo una. La tienen dos judíos que están esperando ahí fuera.

Los ojos de Graus parecieron salirse de las órbitas. Enarboló el cuchillo otra vez y dio un paso hacia el cura.

—¡Me ha mentado! ¡Dijo que me daría una oportunidad!

Fowler lo miró impasible por última vez.

—Dios me perdonará. ¿Cree usted que tendrá tanta suerte?

Y sin más desapareció por el pasillo.

El sacerdote salió a la calle y comenzó a alejarse con el preciado paquete de tela apretado contra el pecho. A unos metros de la puerta dos hombres de abrigos grises aguardaban a pie firme. Fowler les advirtió al pasar.

—Tiene un cuchillo.

El más alto de los dos hizo crujir sus nudillos y le dedicó media sonrisa.

—Tanto mejor.

(Noticia publicada en el diario *El Globo*,  
17 de diciembre de 2005. Página 12)

### **Aparece muerto el Herodes austríaco**

VIENA (Agencias). Tras evadir a la justicia durante más de cincuenta años, la policía austríaca finalmente encontró al doctor Graus, el carnicero de Spiegelgrund. El célebre criminal de guerra nazi apareció muerto en una pequeña casa de Krieglach, un pueblo a sesenta kilómetros de Viena, aparentemente de un ataque al corazón según resaltaron fuentes judiciales.

Nacido en 1915, Graus se afilió al partido nazi en 1931. A principios de la Segunda Guerra Mundial ya era el segundo al mando en el Hospital Infantil AM Spiegelgrund. Graus utilizó su posición para realizar todo tipo de experimentos inhumanos con niños judíos supuestamente problemáticos o deficientes mentales. Graus afirmó en muchas ocasiones que la conducta era causada por su herencia genética y que la experimentación con ellos era lícita ya que vivían «vidas indignas de la vida».

Graus vacunaba a niños sanos con bacterias de enfermedades infecciosas, realizaba disecciones en vida o inyectaba en sus víctimas diversas fórmulas de un anestésico que estaba desarrollando para medir sus reacciones al dolor. Se cree que un millar de asesinatos ocurrieron entre las paredes de Spiegelgrund durante la guerra.

Terminado el conflicto, el nazi huyó sin dejar más rastro que 300 cerebros infantiles conservados en formol en su despacho. A pesar de los esfuerzos de la justicia alemana, nadie pudo localizarle. El famoso cazador de nazis Simón Wiesenthal, que logró llevar ante la justicia a más de 1100 criminales de guerra, suspiró hasta su muerte por hallar a Graus, a quien llamó «su asignatura pendiente», y al que buscó de manera incesante por Suramérica. Wiesenthal murió hace tres meses en Viena, ignorando que su perseguido vivía oculto como fontanero jubilado a un paseo en coche de su oficina.

Fuentes no oficiales de la embajada israelí en Viena han lamentado que Graus muriese sin responder de sus crímenes, pero celebraron que el viejo nazi falleciese repentinamente, ya que su avanzada edad hubiera hecho muy complicados su juicio y extradición, como ocurrió con el dictador chileno Augusto Pinochet. «No podemos dejar de ver la mano del Creador en su muerte», afirmaron esas mismas fuentes.

KAYN

—Está abajo, señor.

El hombre de la silla se encogió ligeramente. La mano le temblaba, aunque el movimiento oscilante hubiera sido prácticamente imperceptible para cualquiera que no le conociese tan bien como su ayudante.

—¿Cómo es? ¿Le han investigado a fondo?

—Ya sabe que sí, señor.

Hubo un sonoro suspiro.

—Sí, Jacob. Tienes que disculparme. —El hombre se levantó de la silla mientras hablaba, apretando tan fuerte el mando a distancia con el que controlaba todo su entorno que tenía blancos los nudillos. Había roto así varios mandos, hasta que el ayudante se hartó y encargó uno especial fabricado en metacrilato reforzado con la forma de la mano del viejo—. Tiene que resultarte cargante mi comportamiento. Lo siento.

El ayudante no respondió. Sabía que su jefe necesitaba desahogarse.

Era un hombre humilde con una gran conciencia de sí mismo, si tales conceptos son compatibles.

—Me duele estar aquí sentado todo el día, ¿sabes? Cada vez encuentro menos placer en lo cotidiano. Menudo idiota senil que estoy hecho. Cada día, al acostarme, me digo: mañana. Mañana será el día. Luego me levanto y la resolución ha desaparecido, como lo hacen mis dientes.

—Será mejor que empecemos, señor —dijo el ayudante, que ya había escuchado decenas de variantes de ese discurso.

—¿Es imprescindible?

—Fue usted quien lo pidió. Un método para controlar el cabo suelto.

—Podría limitarme a leer el informe.

—No se trata sólo de eso. Estamos ya en la fase cuatro. Si quiere poder formar parte de la Expedición tiene que comenzar a ver a personas desconocidas. El doctor Hocher fue muy claro al respecto.

El viejo apretó una serie de botones en la pantalla táctil de su mando. Las persianas de la sala descendieron. Las luces se apagaron y volvió a su silla.

—¿No hay más remedio?

Su subordinado negó con la cabeza.

—De acuerdo entonces.

El ayudante se dirigió hacia la puerta, por la que entraba toda la luz que había ahora en la estancia.

—Jacob.

—¿Sí, señor?

—Antes de irte... ¿te importaría cogerme la mano durante unos momentos? Estoy asustado.

El ayudante lo hizo.

La mano temblaba.

OFICINAS CENTRALES DE KAYN INDUSTRIES

Nueva York

*Miércoles, 5 de julio de 2006. 11.10*

Orville Watson dio inquietos golpecitos en el abultado portafolios de cuero que reposaba sobre sus piernas. Llevaba más de dos horas sentado sobre su orondo trasero en aquella antesala en el piso 38 de la Kayn Tower. A razón de tres mil dólares por hora de consultoría, cualquier otro hubiera esperado al Juicio Final. Pero no Orville. El joven californiano comenzaba a aburrirse. Y la lucha contra el aburrimiento había sido el motor de su carrera, al fin y al cabo.

Se aburría en la universidad, y por eso dejó los estudios al segundo año contra la opinión de su familia. Consiguió trabajo y un buen sueldo en CNET, una de las compañías punteras en nuevas tecnologías, y de nuevo el aburrimiento se abrió paso. Orville buscaba constantemente nuevos y excitantes desafíos. Responder preguntas era su auténtica pasión. Visión empresarial no le faltaba, y con los albores del nuevo siglo dejó su empleo para fundar su propia *start-up*.

Todas las objeciones de su madre, que leía a diario en los periódicos sobre el hundimiento de las *puntocom*, no detuvieron a Orville. Metió sus ciento cuatro kilos, su rubia cola de caballo y una maleta de ropa en una camioneta desvencijada y cruzó el país hasta un semi-sótano de Manhattan. Allí nació GlobalInfo. Su eslogan era «usted pregunte, nosotros respondemos». Podría haberse quedado en el loco sueño de un chico con un grave desorden alimenticio, demasiadas inquietudes y una gran habilidad para dominar el ciberespacio y comprender cómo funciona la Red.

Entonces ocurrió el 11 S, y Orville comprendió, al mismo tiempo que lo hacían los burócratas de Washington, tres cosas que a ellos les había costado años averiguar.

La primera, que sus modos de gestión de la información llevaban treinta años obsoletos. La segunda, que el nuevo clima de corrección política impuesto por ocho años de administración Clinton hacía aún más difícil la búsqueda de datos, ya que sólo se podía contar con «fuentes de buena reputación», lo cual para tratar con terroristas es absurdo. Y la tercera, que el árabe era el nuevo ruso en cuestiones de espionaje internacional.

La madre de Orville, Yasmina, había nacido y vivido muchos años en Beirut antes de casarse con un guapo ingeniero de Sausalito que llevaba a cabo un proyecto en Líbano y con quien pronto se mudó a Estados Unidos. La añorante Yasmina había educado al fruto de aquella unión en inglés y árabe.

Adoptando múltiples identidades falsas en la Red, el joven descubrió que Internet era el paraíso de los extremistas. No importaba lo alejados que estuviesen entre sí diez radicales, en la web su distancia era de escasos milisegundos, y su anonimato, completo. No importaba lo sectarias que fuesen sus ideas: allí encontraban a quienes pensaban como ellos. En pocas semanas, Orville logró algo que ningún operativo de inteligencia occidental hubiese logrado por sus propios medios: infiltrarse en las redes más radicales del terrorismo islámico.

Una mañana a principios de 2002 Orville se encaminó al sur, hasta Washington, con cuatro cajas repletas de papeles en el maletero. Llamó a la puerta del cuartel general de la CIA y pidió hablar con un responsable de terrorismo islámico, alegando que tenía información importante. En la mano llevaba diez folios resumiendo sus descubrimientos. El oscuro analista que lo atendió lo hizo esperar dos horas antes de tomarse la molestia de leer su informe. Cuando lo hizo, llamó alarmado a su supervisor. De repente, cuatro hombres se echaron encima de Orville, lo arrojaron al suelo, lo desnudaron y lo arrojaron a una sala de interrogatorios. Orville sonreía interiormente durante el humillante proceso. Había dado en el clavo.

Cuando fueron conscientes de la magnitud de su talento, los mandamases de la CIA le ofrecieron un empleo en la Compañía. Orville se limitó a decirles que el contenido de aquellas cuatro cajas (que propició veintitrés detenciones en Estados Unidos y Europa) era sólo una muestra gratis. Si querían más, en adelante deberían contratar los servicios de su nueva compañía, GlobalInfo.

—A precios desorbitados, debo añadir. ¿Me devuelven mis calzoncillos, por favor?

Cuatro años y medio después, Orville había engordado otros cinco kilos a pesar de que (o gracias a que) seguía obstinadamente la dieta Atkins. También había engordado su cuenta corriente. GlobalInfo empleaba ahora a diecisiete personas que elaboraban refinados análisis y búsqueda de información para los principales gobiernos del mundo occidental, casi siempre referida a asuntos de seguridad. Orville Watson era ahora millonario, y comenzaba a aburrirse otra vez.

Hasta que llegó aquel encargo.

GlobalInfo tenía una norma. Todas las peticiones que recibían debían realizarse en forma de pregunta. Y aquella pregunta en concreto, unida a las palabras «presupuesto ilimitado» y al hecho de provenir de una empresa privada, no del gobierno de un país, había despertado su curiosidad.

*¿Quién es el padre Anthony Fowler?*

Orville se levantó del carísimo sofá en el que esperaba para desentumecer un poco los músculos. Juntó las manos y estiró los brazos hacia atrás todo lo que pudo. Una petición de información por parte de una empresa privada, incluso de una como Kayn Industries, que estaba entre las cien primeras de la lista *Fortune* 500, era inusual. Especialmente una tan concreta, extraña, sobre aquel simple sacerdote de Boston.

*Sobre el que parecía un simple sacerdote de Boston, se corrigió Orville mentalmente.*

La entrada en la antesala de un joven moreno y fibroso, vestido con elegante traje de Carolina Herrera pilló de improviso a Orville, en pleno proceso de estiramiento de sus miembros superiores. El ejecutivo, que apenas rozaba la treintena, le miró muy serio desde detrás de sus gafas de montura al aire. El tono anaranjado de su piel le delataba como asiduo de los rayos UVA. Habló con un acento británico tan envarado como un locutor de la BBC.

—Señor Watson. Soy Jacob Russell, asistente ejecutivo de Raymond Kayn. Hemos hablado por teléfono.

Orville intentó recomponer su figura, con escaso éxito, y le tendió la mano.

—Señor Russell, encantado. Siento...

—No tiene importancia. Sígame, por favor. Lo llevaré hasta su reunión.

Ambos cruzaron la enmoquetada antesala hasta unas puertas de color caoba al fondo de la estancia.

—¿Reunión? Creía que le expondría a usted mis conclusiones.

—Bien, no será así, señor Watson. Su oyente de hoy será Raymond Kayn.

Orville se quedó mudo.

—¿Hay algún problema, señor Watson? ¿Se siente mal?

—Sí. No. Quiero decir, no hay ningún problema, señor Russell. Simplemente me ha sorprendido mucho. El señor Kayn...

Russell tiró de un pequeño saliente en el marco de la puerta de caoba, donde había disimulada una puertecita. Detrás había una simple placa de cristal oscuro. El ejecutivo colocó su mano derecha sobre la placa, que despidió una luz anaranjada. La puerta de caoba se desbloqueó con un zumbido.

—Comprendo su asombro, a raíz de lo que han contado los medios de comunicación sobre él. Como usted probablemente sepa, mi jefe es una persona muy celosa de su intimidad...

*Es un jodido ermitaño, eso es lo que es,* pensó Orville.

—... pero eso no debe intimidarle. No es habitual que quiera ver a personas del exterior, pero si sigue ciertas normas...

Accedieron a un pasillo enmoquetado muy estrecho, al final del cual aparecían las relucientes puertas metálicas de un ascensor.

—¿Qué quiere decir con que no es habitual, señor Russell?

El ejecutivo carraspeó, incómodo.

—Debo decirle que usted es la cuarta persona fuera de los altos ejecutivos de esta empresa con la que el señor Kayn se entrevista personalmente en los tres años que llevo trabajando para él.

Orville soltó un silbido discordante de puro desconcierto.

—Vaya.

Llegaron junto al ascensor. No había botón de llamada, sólo una consola alfanumérica a un lado.

—Dese la vuelta, señor Watson, si es tan amable —dijo Russell, señalando con un gesto la consola.

El joven californiano obedeció. Un interminable repiqueteo de bips le indicó que el asistente estaba introduciendo la contraseña.

—Puede girarse. Gracias.

Orville meneó la cabeza. La puerta del ascensor se abrió y ambos entraron. En el interior del ascensor no había botones, sólo un lector de tarjetas magnético. Russell sacó un rectángulo de plástico y lo deslizó por el lector. Las puertas de la cabina se cerraron y el ascensor se puso en marcha suavemente.

—Parece que su jefe se toma muy en serio la seguridad —dijo Orville.



—El señor Kayn ha recibido numerosas amenazas de muerte. Hace unos años incluso sufrió un grave atentado, del que tuvo la fortuna de salir ileso. Por favor, no se alarme por la nube. Es absolutamente normal.

Orville se estaba preguntando de qué demonios hablaba Russell, cuando una miríada de minúsculas gotas descendió del techo. Levantó la mirada y vio que en la parte superior del ascensor había varios nebulizadores, que cubrieron a ambos hombres con una fresca nube.

—¿Oiga, qué es esto?

—Sólo un leve compuesto antibiótico, absolutamente inofensivo para su salud. ¿Le gusta el olor?

*Diablos, pero si hasta rocía a los visitantes antes de verlos por si lo contaminan. Rectifico. Este tipo no es un ermitaño, es un paranoico.*

—Mmmm, sí, claro. ¿Menta, verdad?

—Esencia de menta silvestre. Refreshante.

Orville se mordió los labios para no responder como quería. Se obligó a pensar en la factura de siete cifras que iba a cobrar en cuanto saliese de aquella jaula dorada. Eso lo animó un poco.

El ascensor se abrió a un espacio diáfano, lleno de claridad. La mitad de la planta treinta y nueve era un gigantesco mirador de paredes de cristal, cuya vista se abría sobre el río Hudson. Al frente y detrás, Hoboken, y hacia el sureste, la isla de Ellis.

—Impresionante.

—A mi jefe le gusta recordar sus orígenes. Sígame, por favor.

Una decoración sencilla contrastaba con la majestuosidad del panorama. El suelo y los escasos muebles eran de color blanco. La otra mitad de la planta, la que daba al interior de Manhattan, quedaba dividida del mirador por una pared también blanca, en la que se abrían diversas puertas. Russell se detuvo a pocos pasos de una de ellas.

—Bien, señor Watson, el señor Kayn le recibirá ahora. Pero antes de que entre me gustaría recordarle algunas sencillas normas para su entrevista. Primero, no lo mire directamente. Segundo, no le formule preguntas. Y tercero, no intente tocarlo o acercarse a él. Al entrar en la sala verá una mesita con una copia de su informe y un mando a distancia. Ese mando controla la presentación en Power Point que su oficina nos hizo llegar esta mañana. Manténgase junto a la mesita, haga su exposición y márchese cuando haya terminado. Lo estaré esperando aquí fuera. ¿Me ha comprendido?

Orville asintió, algo nervioso.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Adelante entonces —dijo Russell abriéndole la puerta.

El joven californiano se detuvo antes de cruzar el umbral.

—Ah, sólo una cosa más. GlobalInfo ha descubierto algo interesante en una investigación rutinaria que realizábamos para el FBI. Hay indicios que hacen suponer que Kayn Industries podría ser objetivo de terroristas islámicos. Está todo en este informe —dijo Orville tendiéndole un DVD al asistente. Éste lo recibió con aire preocupado—. Considérelo una cortesía por nuestra parte.

—Muchas gracias, señor Watson. Buena suerte.

HOTEL LE MERIDIEN AMMÁN,  
Jordania  
*Miércoles, 5 de julio de 2006. 18.11*

Mientras tanto, al otro lado del mundo, Tahir Ibn Faris, funcionario del Ministerio de Industria, salía de su oficina más tarde de lo habitual. El motivo no era su dedicación al trabajo —por otro lado, ejemplar— sino evitar miradas indiscretas. Tardó menos de dos minutos en llegar a su destino, que esta vez no era como siempre la parada del autobús sino el lujoso Le Méridien, el mejor hotel de cinco estrellas de Jordania y alojamiento temporal de dos caballeros que habían solicitado verle por mediación de un conocido industrial de la capital. La fama del industrial no le venía, por desgracia, de negocios demasiado limpios o demasiado claros. Por eso Tahir sabía que aquella invitación a tomar café podía llevar implícita alguna circunstancia turbia. Y aunque Tahir se había enorgullecido durante sus veintitrés años en el Ministerio de actuar con la máxima honradez, empezaba a desear tener menos orgullo y más activos negociables. El motivo era la inminente boda de su hija mayor y los gastos —tremendos— que iba a acarrear.

Camino de una de las suites ejecutivas, Tahir examinó su reflejo en el espejo del ascensor y deseó tener pinta de hombre codicioso. Apenas llegaba al metro setenta, y la barriga, la barba canosa y la calva incipiente hacían pensar más en un entrañable borrachín que en un funcionario corrupto. Y él quería borrar de su apariencia hasta la última traza de incorruptibilidad.

Lo que no podían más de dos décadas de honradez era generar un temple acorde con las presentes circunstancias. Mientras su dueño llamaba a la puerta de la suite, las rodillas del menudo funcionario parecían querer formar su propio dúo de percusión. Logró serenarse un instante antes de entrar en la suite. Un americano bien vestido, que aparentaba rondar los cincuenta años, le dio la bienvenida. Otro algo más joven lo esperaba sentado en el espacioso salón, fumando y hablando por el móvil. Al verle entrar colgó y se levantó a darle la bienvenida.

—*Ahlan wa sahlán* —bienvenido, en perfecto árabe.

Tahir se sorprendió. Las veces que había rechazado sobornos para recalificación de terrenos de uso industrial y comercial en Ammán —la auténtica mina de oro de sus compañeros menos escrupulosos— no lo había hecho sólo por sentido del deber y de compromiso, sino por la insultante prepotencia de los occidentales cuando arrojaban sobre la mesa fajos de dólares a los tres minutos de conocerse.

La conversación con los dos americanos no pudo ser más diferente. Ante los ojos incrédulos de Tahir, el americano más viejo se sentó frente a una mesita baja en la que había preparadas

cuatro *dellas*, las cafeteras beduinas y un pequeño fuego de carbones. Con mano diestra tostó unos granos frescos de café con una sartén de hierro y los dejó enfriar. Luego molió el café recién tostado con granos más maduros en el *mahbash*, un pequeño mortero. Una agradable conversación sobre temas banales acompañó todo el proceso, excepto en los momentos en que la mano del mortero golpeaba rítmicamente el *mahbash*, ya que este sonido es considerado música por los árabes, y el invitado debe apreciarlo con embeleso artístico.

El americano añadió semillas de cardamomo y una invisible pizca de azafrán a la mezcla y lo coció siguiendo la centenaria tradición hasta el más mínimo detalle. Tahir sostuvo educadamente la taza sin asas mientras el americano la llenaba hasta la mitad —es privilegio del anfitrión servir primero a la persona más importante de la habitación— e ingirió el brebaje, algo escéptico aún sobre el resultado. No pensaba tomar más que una taza, pues para él ya era tarde, pero tras probarlo tomó regocijado hasta cuatro más. Y hubiera tomado una sexta de no ser porque las reglas de la cortesía consideran de mala educación tomar un número par de rondas.

—Señor Fallon, jamás hubiera imaginado que alguien nacido en el país del Starbucks pudiera ejecutar con esta maestría el ritual beduino del *gahwa* —dijo Tahir, que se encontraba ya muy a gusto y pretendía dejarlo claro, para saber qué demonios querían los americanos de él.

El más joven de los anfitriones le tendió por enésima vez una pitillera de oro.

—Querido Tahir, deje de llamarnos por nuestros apellidos, por favor. Yo soy Peter y él es Frank. Eso es todo —dijo encendiéndole el enésimo Dunhill.

—Gracias, Peter.

—Bien, Tahir, y ahora que nos hemos relajado, ¿consideraría usted muy grosero por mi parte que habláramos de negocios?

El funcionario se sorprendió. Habían pasado casi dos horas. El árabe detesta comenzar con asuntos serios antes de media hora, pero aun así el americano mayor le pedía cortésmente permiso. En aquel momento sintió que le hubiese recalificado incluso el Palacio del Rey Abdulá.

—En absoluto, amigo mío.

—Bien, pues esto es lo que necesitamos. Una licencia de explotación de fosfatos para Kayn Mining Co., con validez para un año a partir de hoy.

—Eso no será sencillo, amigo mío. Casi todo el litoral del mar Muerto está ocupado por las industrias locales. Ya sabe que los fosfatos y el turismo son prácticamente nuestros únicos recursos nacionales.

—Ah, Tahir, no hay problema. Nosotros no queremos parte del mar Muerto. Tan sólo una pequeña área de diez millas cuadradas con centro en estas coordenadas.

Le tendió un papel.

—¿29° 34' 44" N, 36° 21' 24" E? Amigos míos, no pueden estar hablando en serio. Esto está al noreste de Al Mudawwara.

—Sí, no lejos de la frontera con Arabia Saudita. Lo sabemos, Tahir.

El jordano los miró confundido.

—Pero no hay fosfatos allí. Eso es el desierto. Sólo hay piedras sin valor.

—Bueno, Tahir, nosotros tenemos una gran confianza en nuestros ingenieros, y ellos se ven capaces de extraer una cantidad muy importante de fosfatos de la zona. Y por supuesto, y a título meramente de amistad, habría una pequeña compensación para usted.

Tahir abrió los ojos como platos cuando su nuevo amigo colocó un maletín abierto delante de él.

—Pero ahí debe de haber...

—Suficiente para la boda de la pequeña Myiesha, ¿verdad?

*Y para una casita en la playa, con su coche en el garaje —pensó Tahir—. Qué demonios, igual estos americanos se creen más listos que nadie y sueñan que van a encontrar petróleo en esa zona. Como si nosotros no hubiésemos buscado una y mil veces. En fin, no seré yo quien les quite la ilusión.*

—Amigos, no se puede negar que son ustedes dos personas de gran valía y educación. Estoy seguro de que sus negocios serán muy bienvenidos en el reino hashemita de Jordania.

A pesar de las azucaradas sonrisas de Peter y Frank, Tahir siguió taladrándose el cerebro durante mucho rato.

*¿Qué demonios están buscando los americanos en el desierto?*

Pero por mucho que caviló, no se acercó ni remotamente a la verdad que en pocos días le iba a costar la vida.

OFICINAS CENTRALES DE KAYN INDUSTRIES

Nueva York

*Miércoles, 5 de julio de 2006. 11.29*

Orville se encontró en una sala en penumbra. Sólo un pequeño foco iluminaba un atril sobre el que vio su informe y el prometido mando a distancia. Caminó unos tres metros hasta alcanzarlo. Lo estaba examinando, preguntándose cómo podría iniciar la presentación, cuando un súbito resplandor sobresaltó al joven. A dos metros de donde él estaba se había iluminado una pantalla de seis metros de ancho. En ella vio proyectada la primera página de su presentación, con el logo rojo de GlobalInfo.

—Ah, muchas gracias, señor Kayn, y buenos días. Permítame empezar diciendo que es un honor...

Sonó un leve zumbido y la pantalla tras él cambió. Ahora mostraba el título de la presentación y la primera de las dos preguntas, en letras de medio metro de alto.

¿QUIÉN ES EL PADRE  
ANTHONY FOWLER?

Estaba claro que al señor Kayn le gustaba el control y la brevedad. Tenía un segundo mando a distancia y no le iba a importar usarlo para acelerar su exposición.

*Vale, viejo, mensaje captado. Vamos al grano.*

Orville presionó el botón de pasar página. La siguiente diapositiva mostró a un sacerdote de rostro delgado y fibroso, calvo y con el escaso pelo muy corto. Comenzó a hablarle a la oscuridad.

—John Anthony Fowler, alias padre Anthony Fowler, alias Tony Brent. Fecha de nacimiento, 16 de diciembre de 1951 en Boston, Massachusetts. Ojos verdes, 79 kilos. Agente libre de la CIA y un misterio. La respuesta a este misterio ha llevado dos meses de trabajo con diez de mis mejores investigadores dedicándose en exclusiva, y un tremendo montón de dinero para engrasar algunas fuentes de información. Eso explica en buena parte los tres millones de dólares que le ha costado este informe, señor Kayn.

La pantalla cambió, mostrando una fotografía familiar. Un matrimonio bien vestido, en lo que parecía el jardín de una casa lujosa. A su lado un niño guapo y moreno de unos once años. La mano del padre apretaba el hombro del hijo. Los tres lucían tensas sonrisas.

—Hijo único de Marcus Abernathy Fowler, industrial dueño de la compañía farmacéutica Infinity Pharma, hoy convertida en una compañía multimillonaria de biotecnología. Fowler la vendió al morir sus padres en un oscuro accidente de coche en 1984 por 80 millones de dólares, junto con el resto de sus propiedades. Lo donó todo a beneficencia. Para él se quedó la mansión de sus padres en Beacon Hill. La tiene alquilada a un matrimonio con hijos, pero se ha reservado el último piso. Lo convirtió en un apartamento en el que colocó algunos muebles y muchos libros de filosofía. Lo ocupa ocasionalmente cuando viaja a Boston.

Una diapositiva de la misma mujer de la foto anterior, mucho más joven y con toga universitaria.

—Daphne Brent fue una química de cierta valía que trabajó en Infinity Pharma hasta que el dueño de la empresa se encaprichó de ella y se casaron. Al quedar embarazada, Marcus la convirtió en una ama de casa de la noche a la mañana. Eso es todo lo que sabemos de la relación con su familia, más allá del hecho de que el joven Anthony fue a Stanford en lugar de al Boston College, como su padre.

El joven Anthony, casi adolescente, con una banda en la que se leía promoción del 71. Un rostro muy serio.

—Se licenció en Psicología, *magna cum laude*, con 20 años. El más joven de su promoción. Esa foto se tomó un mes antes de acabar las clases. El último día de curso, Anthony recogió sus cosas y se presentó en la oficina de reclutamiento de la universidad. Quería ir a Vietnam.

Un examen ajado y amarillento, relleno a mano.

—Ésta es una foto de su AFQT, el Test de Cualificación de las Fuerzas Armadas. Obtuvo un 98 sobre 100. El sargento instructor quedó tan impresionado que le envió directamente a la base aérea de Lackland, en Texas, donde Fowler siguió el curso de instrucción de los pararescatadores, una unidad de las Fuerzas Especiales que se dedica al rescate de pilotos caídos tras las líneas enemigas. Allí aprendió el manejo de helicópteros y tácticas de guerrilla. Tras un año y medio en el frente, acabó la guerra como teniente. En su lista de medallas hay un Corazón Púrpura y una Cruz de la Fuerza Aérea. En el informe escrito podrá encontrar las acciones que justificaron esas medallas.

Una instantánea de varios hombres de uniforme en un aeródromo. En el centro, Fowler vestido de sacerdote.

—Acabada la guerra, Fowler ingresa en un seminario y es ordenado sacerdote en 1977. Se convierte en capellán militar de la base aérea de Spangdahlem, donde lo recluta la CIA. Es comprensible el interés de la agencia en una persona con sus habilidades, especialmente para los idiomas. Fowler habla 11 idiomas y chapurrea en otros 15. Pero la Compañía no es el único organismo que lo reclutó.

Fowler, en Roma, junto a otros dos sacerdotes jóvenes.

—A finales de los 70, Fowler se convierte en agente activo de la Compañía. Mantiene su condición de sacerdote y viaja como capellán militar a muchas bases de las Fuerzas Aéreas por todo el mundo. Hasta aquí usted podría haber reunido fácilmente estos datos acudiendo a otras agencias de información, señor. Pero lo que le voy a revelar ahora es ultrasecreto, y ha sido tremendamente difícil de averiguar.

La pantalla quedó en blanco. El reflejo que desprendía el proyector le permitió a Orville entrever una butaca en la oscuridad, y tal vez alguien sentado en ella. Hizo un esfuerzo por no

mirarle directamente.

—Fowler es un agente activo de la Santa Alianza, el servicio de espionaje Vaticano. Es una organización reducida, desconocida para la opinión pública pero muy activa. Entre sus logros está el haber salvado la vida a la presidenta israelí Golda Meir cuando terroristas islámicos estuvieron a punto de volar su avión en una visita a Roma. Un trabajo cuyas medallas se colgó el Mossad, lo que a la Santa Alianza no le importó. Llevan al extremo la expresión «servicio secreto». Sólo el Papa y un puñado de cardenales tienen constancia oficial de su existencia, aunque dentro de la comunidad de inteligencia internacional muchos la respeten y la temen. Por desgracia, poco más puedo añadir sobre su historial en esa institución. Respecto a los trabajos de Fowler con la CIA, ni mi ética profesional ni mi contrato con ellos me permiten revelar nada, señor Kayn.

Orville carraspeó. No esperaba ninguna respuesta por parte de la figura sentada al fondo de la sala, pero aun así hizo una pausa.

Nada pasó.

—En cuanto a la segunda pregunta que nos formulaba, señor Kayn...

Orville se preguntó por un momento si debía revelar que la respuesta no la habían encontrado ellos. Que les había llegado de manera anónima en un sobre cerrado a la oficina. Que había otros intereses implicados, personas que deseaban que Kayn Industries tuviese esa información. Luego recordó la humillación de la nube con olor a menta y siguió hablando.

En la pantalla apareció la foto de una joven de ojos azules y pelo rubio cobrizo.

—Esta joven periodista se llama...

REDACCIÓN DEL DIARIO *EL GLOBO*

Madrid, España

*Jueves, 6 de julio de 2006. 20.29*

—¡¡Andrea!! ¡¡Andrea Otero de los cojones!! ¿¡Dónde está!?

Decir que la sala de redacción enmudeció ante el grito del director no haría justicia a la verdad, ya que las salas de redacción una hora antes de lanzar a la calle un periódico no pueden enmudecer jamás. Pero las voces humanas se callaron, consiguiendo que el habitual estruendo de teléfonos, radios encendidas, televisores, faxes e impresoras pareciera un inquieto silencio.

El director llevaba una maleta en cada mano y un diario bajo el brazo. Dejó caer las maletas en la entrada de la redacción y caminó directamente hacia la sección de Internacional, hasta la única mesa vacía. Dio unos golpes impacientes en el tablero.

—Ya puedes salir. Te he visto escurrirte ahí debajo.

La cabellera rubio cobrizo y los ojos azules de la aludida emergieron despacio. Intentó fingir despreocupación, pero su bello rostro estaba tenso.

—Hola, jefe. Se me había caído el boli.

El veterano periodista se llevó la mano a la cabeza para recolocarse el peluquín. En la redacción la calvicie del director era un tema tabú, por lo que a Andrea Otero no le ayudó nada el darse cuenta de la operación.

—No soy feliz, Otero. Nada en absoluto. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

—¿A qué se refiere, jefe?

—¿Tienes catorce millones de euros en el banco, Otero?

—La última vez que miré, no.

De hecho la última vez que había mirado el saldo de sus cinco tarjetas de crédito estaba preocupantemente bajo mínimos, producto de su desmesurada afición por los bolsos de Hermès y los zapatos de Manolo Blahnik. Ya estaba pensando en pedir a los de Contabilidad un adelanto de la extra de Navidad. De los próximos tres años.

—Pues será mejor que se te muera alguna tía rica, porque ése es el dinero que me vas a costar, Otero.

—No se enfade, jefe. Lo de Holanda no volverá a ocurrir.

—No estoy hablando de tus facturas del servicio de habitaciones, Otero. Estoy hablando de François Dupré —dijo el director, arrojando el periódico del día anterior encima de la mesa.

*Mierda, así que es eso, pensó Andrea.*



—Venga, jefe. Un desfalco es un desfalco.

—¡Un día! ¡Un único día libre en cinco meses, malditos seáis todos! —La redacción al completo dejó de mirar hacia allí en el acto. Hasta el último de los periodistas descubrió que podía trabajar intensamente con la nuca vuelta hacia aquella escena—. ¿Un desfalco, dices?

—Transferir una escandalosa cantidad de dinero de los fondos de tus clientes a tu cuenta personal es un desfalco.

—Y airear a los cuatro vientos en la portada de la sección de Internacional una simple confusión del accionista mayoritario de uno de nuestros principales anunciantes es una caída, Otero.

Andrea tragó saliva, fingiendo inocencia.

—¿Accionista mayoritario?

—Del Interbank, Otero. Que, por si no lo sabes, se gastó 12 millones de euros el año pasado en este periódico. Y pensaba gastar 14 el año próximo. Pensaba, en pasado.

—Jefe... la verdad no tiene precio.

—Sí lo tiene. Catorce millones. Y las cabezas de los responsables. Así que tanto Moreno como tú os vais a ir a la calle.

El aludido acababa de aparecer arrastrando los pies. Fernando Moreno era el redactor jefe de noche, y el que había levantado una noticia sin importancia sobre los beneficios de una petrolera para incluir el artículo bomba de Andrea. Un breve ataque de valentía, del que ahora se arrepentía. La joven miró a su colega, un hombre de mediana edad, y pensó en su mujer y sus tres hijos.

Tragó saliva.

—Jefe... Moreno no tuvo nada que ver. Fui yo la que coló el artículo antes de mandar la página a máquinas.

A Moreno le cambió el rostro durante un instante, pero enseguida volvió a poner la cara compungida que arrastraba.

—No me jodas, Otero —dijo el director—. Eso es imposible. Tú no tienes la autorización necesaria para pasar a azul.

Hermès, el sistema informático del periódico, funcionaba con un sistema de colores. Las páginas del diario aparecían en rojo cuando el periodista las elaboraba; en verde cuando se pasaban al redactor jefe para su aprobación; y en azul cuando el redactor jefe de noche las pasaba a la rotativa para comenzar a imprimir.

—Me colé en el sistema azul con la contraseña de Moreno, jefe —mintió Andrea—. Él no tuvo nada que ver.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde sacaste la contraseña, si puede saberse?

—La guarda en el cajón de su mesa. Fue fácil.

—¿Es eso cierto, Moreno?

—Eeeh... sí, jefe —dijo el redactor jefe, intentando que el alivio no se le notase en el rostro—. Lo siento.

El director de *El Globo* estaba lívido. Se volvió hacia la periodista tan deprisa que el peluquín le descendió varios centímetros por la calva.

—Mierda, Otero. Me equivoqué. Creía que eras idiota. Ahora veo que eres idiota y malintencionada. Me encargaré personalmente de que nadie dé trabajo a una zorra como tú.

—Pero, jefe... —la voz de la joven empezaba a sonar desesperada.

—No sigas, Otero. Estás despedida.

—... yo no pensé...

—Estás muy despedida. Estás tan despedida que ya ni te veo. Ni te oigo.

El director se alejó a grandes zancadas de la mesa de Andrea, que siguió viendo un paisaje de nucas insolidarias alrededor. Moreno se colocó a su lado.

—Gracias, Andrea.

—No pasa nada. Era absurdo que los dos cargásemos con la culpa.

Moreno meneó la cabeza.

—Siento mucho que le dijeras que trampeaste el sistema. Ahora está tan cabreado contigo que te va a poner las cosas difíciles ahí fuera. Ya sabes, cuando le da por una de sus cruzadas... En fin.

—Parece que ya ha empezado —dijo Andrea señalando al resto de la redacción—. Soy una apestada de repente. Bueno, tampoco es que le cayese bien a nadie antes, creo.

—No es que seas mala gente. De hecho eres una periodista cojonuda. Pero siempre vas a lo tuyo, Andrea. Sin importarte las consecuencias. Suerte.

Andrea se juró a sí misma que no lloraría, que ella era una mujer fuerte e independiente. Apretó los dientes muy fuerte mientras los de seguridad ponían sus cosas en una caja y consiguió, por muy poco, cumplir con su promesa.

APARTAMENTO DE ANDREA OTERO

Madrid, España

Jueves, 6 de julio de 2006. 23.15

Lo que más odiaba de todo desde que Eva se marchó era el sonido de las llaves al caer sobre la mesita auxiliar de la entrada. Producía un pequeño eco al fondo del pasillo que para Andrea era un resumen de su vida: vacío y escaso de resonancia.

Cuando ella estaba todo era diferente. Llegaba corriendo hasta la puerta como una niña pequeña, la besaba y comenzaba a parlotear de manera incoherente sobre las cosas que había hecho o la gente a la que había visto. Andrea, agobiada por el muro de actividad que se alzaba entre ella y el sofá del salón, rezaba por un poco de silencio.

Sus plegarias habían sido atendidas. Eva se marchó una mañana, tres meses atrás, de la misma manera que había llegado: de golpe. No hubo llantos ni lágrimas. No hubo lamentos ni reproches. Andrea prácticamente no dijo nada, aliviada en cierto modo. Ya tendría tiempo de lamentarlo después, con el eco ligero de las llaves en la casa en silencio.

Había intentado resolver ese vacío de muchas formas. Dejando la radio puesta antes de salir de casa. Guardándose las llaves en el bolsillo de los vaqueros otra vez. Hablando sola. Pero ninguno de los ruidos enmascaraba el silencio, porque el silencio lo llevaba Andrea por dentro.

Aquella noche al entrar apartó con el pie el último de sus experimentos para no sentirse sola: un gato atigrado de color marrón. En la tienda parecía muy mono y muy cariñoso. Andrea había tardado casi cuarenta y ocho horas en empezar a odiarlo con todas sus fuerzas. Eso le parecía bien. Podía lidiar con el odio. El odio es activo. Tú odias algo o a alguien. Con lo que no podía era con la frustración. La frustración se sufre.

—Hola, PH. Han echado a mamá del trabajo, ¿sabes?

PH eran las siglas de Pequeño Hijoputa, un nombre que se le había ocurrido a Andrea después de que el monstruo se las arreglase para entrar en el baño y cazase y despanzurrase un carísimo bote de champú con ph neutro. El animal no reaccionó ante el anuncio del despido de la periodista.

—¿No te importa, eh? Deberías sentirte preocupado —dijo Andrea sacando una lata de Whiskas de la nevera y poniendo el contenido en un platito al alcance de PH—. Cuando no tenga para comer te venderé al señor Wong, el del restaurante chino de la esquina. Y luego encargaré una ración de *pollo* con almendras.

La posibilidad de formar parte él mismo del menú no parecía quitarle el apetito a PH. Aquel gato no tenía respeto por nada ni por nadie, era solitario, malhumorado, poco cariñoso, incontrolado y orgulloso. Andrea lo odiaba.

*Porque me recuerda demasiado a mí misma.*

La joven paseó la mirada en derredor, molesta por lo que veía. Las estanterías estaban llenas de polvo. Había restos de comida en el suelo, el fregadero estaba oculto en algún lugar debajo de una montaña de platos. Un manuscrito a medias de la novela que pretendía escribir desde hacía tres años estaba esparcido por el suelo del cuarto de baño.

*Joder. Si a la asistenta se le pudiese pagar con la tarjeta de crédito...*

La única parte del apartamento que estaba bien cuidada y recogida era el enorme *gracias a Dios* armario empotrado de la habitación. La joven era sumamente meticulosa con su ropa. El resto se parecía peligrosamente a una zona de guerra. Siempre había creído que su desorden había sido una de las principales causas de la ruptura con Eva. Llevaban juntas dos años, y la joven ingeniera era una máquina de pulcritud. Andrea la llamaba cariñosamente La Aspiradora Romántica, por su afición a recoger la casa al ritmo de Barry White.

En aquel momento, contemplando el desastre, Andrea sufrió una revelación. Recogería aquella pocilga, vendería su ropa en eBay, buscaría un trabajo bien remunerado, pagaría sus facturas, se reconciliaría con Eva. Tenía un objetivo, una misión. Todo sería perfecto.

Un chorro de energía recorrió su cuerpo. Duró exactamente cuatro minutos y veintisiete segundos, el tiempo exacto para desenrollar una bolsa de basura, arrojar dentro la cuarta parte de los restos de comida de la mesa —y algunos platos sucios más allá de toda salvación—, ir confusamente de un lado a otro, toparse con el libro que había estado leyendo la noche anterior y que cayese al suelo la foto.

Las dos juntas. La última que se hicieron.

*Es inútil.*

Se dejó caer en el sofá, llorando, mientras la bolsa de basura devolvía parte de su contenido a la alfombra del salón. PH se acercó y mordisqueó un pedazo de pizza en el que los restos de queso habían comenzado a ponerse verdes.

—Está claro, ¿verdad, PH? No puedo librarme de lo que soy. Al menos no con una fregona y escoba.

El gato, sin hacerle el menor caso, corrió hacia la entrada y se restregó contra la jamba de la puerta. Andrea se levantó de manera mecánica, sabiendo que había alguien a punto de llamar al timbre.

*¿Quién será el imbécil que viene a estas horas?*

Abrió de golpe, sorprendiendo a su visitante.

—Hola, guapísima.

—Vaya. Las noticias vuelan.

—Las malas mucho. Pero como llores me largo.

La joven se hizo a un lado, sin borrar la expresión de hastío de su rostro, pero secretamente aliviada. Debía haberlo adivinado. Enrique Pascual era su mejor amigo y paño de lágrimas desde hacía muchos años. Trabajaba en una de las principales cadenas de radio de Madrid, y cada vez que Andrea tropezaba Enrique aparecía en su puerta con una botella de whisky y una sonrisa. En

aquella ocasión debía de encontrarla especialmente necesitada, porque la botella tenía doce años y al lado de la sonrisa había un ramo de flores.

—Tenías que hacerlo, ¿verdad? La superperiodista tenía que joder al accionista del periódico —dijo Enrique, atravesando el pasillo en dirección al salón e intentando no tropezar con PH—. ¿Hay algún florero limpio en este cuchitril?

—Déjalas que se mueran y dame la botella. Total, nada dura eternamente.

—Ahora me he perdido —dijo Enrique, desistiendo de su intento de poner las flores en agua y alargándole el whisky—. ¿Estamos hablando de Eva o de tu despido?

—Creo que ni yo misma lo sé —murmuró la joven, que volvía de la cocina con un vaso en cada mano.

—Si te hubieras liado conmigo tal vez lo tendrías más claro.

Andrea reprimió una carcajada. Enrique Pascual, alto, atractivo y maravilloso, era el sueño de cualquier mujer durante los diez primeros días de relación, y su pesadilla durante los tres meses siguientes.

—Si me gustasen los hombres tú estarías entre los veinte primeros de mi lista. Probablemente.

Ahora fue el turno de Enrique para reírse. El joven sirvió dos dedos de whisky a palo seco, pero apenas había probado su bebida cuando Andrea ya había vaciado la suya y alargaba el brazo para servirse otra.

—Eh, frena un poco, Andrea. No es buena idea acabar la noche en Urgencias. Otra vez.

—A mí me parece una idea cojonuda. Al menos tendría a alguien preocupándose por mí.

—Gracias por lo que me toca. Pero no deberías dramatizar tanto.

—¿Te parece poco drama perder a tu novia y tu trabajo en el plazo de dos meses? Mi vida es una mierda.

—Eso no te lo discuto. Al menos vives rodeada de ella —dijo Enrique, haciendo un gesto de asco hacia el caos que los rodeaba.

—Podrías venir tú a hacerme de asistenta. Seguro que sería más útil que ese programa de deportes de mierda en el que simulas trabajar.

El joven ni se inmutó. Sabía lo que venía a continuación, y Andrea también. La periodista enterró la cara en un cojín y se puso a gritar con todas sus fuerzas. Al cabo de unos segundos el grito se convirtió en llanto.

—Debería haber traído dos botellas.

En ese momento sonó un móvil.

—Creo que es el tuyo.

—Dile a quien sea que se vaya a tomar por el culo —dijo Andrea, desde el fondo de su cojín. Enrique descolgó el teléfono con gesto elegante.

—Llantos Irreprimibles, ¿dígame? Espere, espere...

Le tendió el teléfono a Andrea.

—Mejor que hables tú. Yo no entiendo extranjero.

Andrea cogió el teléfono, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano e intentando sonar normal.

—¿Sabe usted qué hora es, imbécil? —masculló.

—Disculpe, ¿Andrea Otero, por favor? —dijo una voz en inglés.

—¿Quién es? —respondió la periodista en el mismo idioma.

—Mi nombre es Jacob Russell, señorita Otero. Le llamo desde Nueva York. Es una llamada en nombre de mi jefe, Raymond Kayn.

—¿Raymond Kayn, de Kayn Industries?

—El mismo, señorita. Y usted es la misma Andrea Otero que realizó aquella polémica entrevista al presidente Bush el año pasado.

Claro, la entrevista. Aquella entrevista había tenido mucha repercusión en España y algo en Europa. Había sido la primera periodista española en visitar el Despacho Oval, y algunas de sus incisivas preguntas —las pocas no programadas que consiguió colar— habían puesto nervioso al texano. Aquella exclusiva relanzó su carrera en el periódico. Al menos brevemente. Y parecía que había llamado la atención de alguien al otro lado del Atlántico.

—La misma, caballero. Y dígame, ¿para qué necesita su jefe a una excelente reportera? —dijo Andrea, sorbiendo discretamente por la nariz y alegrándose de que su interlocutor no pudiera verla en semejante estado.

Hubo un carraspeo al otro lado del hilo.

—¿Puedo contar con que no dirá nada a nadie de su periódico, señorita Otero?

—Absolutamente —dijo Andrea, irónica.

—El señor Kayn quiere darle a usted la exclusiva más importante de su vida.

—¿A mí? ¿Y por qué a mí? —dijo Andrea, haciéndole a Enrique un gesto con la mano. Su colega se sacó una libreta y un boli del bolsillo y se los tendió, interrogándola con la mirada. Andrea lo ignoró.

—Dejémoslo en que le gusta su estilo. ¿De acuerdo?

—Señor Russell, en estos momentos de mi vida me resulta muy difícil creer en la palabra de un desconocido que me llama con una oferta vaga y más bien increíble.

—Entonces permítame convencerla.

Russell habló durante casi un cuarto de hora, en el que la atónita Andrea no paró de tomar notas febrilmente. Enrique intentaba en vano cotillear por encima de su hombro, aunque las retorcidas patas de araña que eran las letras de Andrea lo dejaron como estaba.

—... por eso queremos contar con usted en persona en la excavación, señorita.

—¿Habría una entrevista con el señor Kayn en exclusiva?

—El señor Kayn tiene por norma no conceder entrevistas. Nunca.

—Tal vez al señor Kayn le interese una periodista a la que le importen las normas.

Hubo un silencio incómodo. Andrea cruzó los dedos, rogando que su tiro a ciegas diese en el blanco.

—Supongo que siempre tiene que haber una primera vez. ¿Tenemos un trato?

Andrea lo meditó durante unos segundos. Si de verdad era cierto lo que Russell le prometía, conseguiría un contrato en cualquier medio de comunicación del mundo. Y podría enviarle por mensajería urgente una fotocopia del cheque al cabrón del director de *El Globo*.

*Y si no es cierto, no tengo nada que perder.*

No lo pensó más.

—Puede ir reservándome un billete para Djibouti. En primera.

Andrea colgó.

—No me he enterado de nada excepto de lo de «primera clase».

—¿Se puede saber adónde vas? —dijo Enrique, sorprendido ante el visible cambio que se había producido en el ánimo de Andrea.

—Sí te digo las Bahamas no me vas a creer, ¿verdad?

—Muy bonito —dijo Enrique, entre picado y envidioso—. Te traigo las flores, el whisky, vengo prácticamente a recogerte de la alfombra y me tratas así...

Andrea, fingiendo no haberle escuchado, comenzó a preparar el equipaje.

## CRIPTA DE LAS RELIQUIAS

Ciudad del Vaticano

Viernes, 7 de julio de 2006. 20.29

Fray Cesáreo se sobresaltó al escuchar un ruido en la entrada. Nadie bajaba nunca a la Cripta, no sólo porque el acceso estuviese restringido a unos pocos privilegiados en el Vaticano, sino porque la humedad del lugar era insana, a pesar de los cuatro potentes deshumidificadores que zumbaban en cada esquina de la enorme estancia. Dada la naturaleza del sitio, para el viejo dominico era un acontecimiento tener visitas, pero al abrir la puerta blindada sonrió y se puso de puntillas para abrazar a su visitante.

—¡Anthony!

El nervudo sacerdote le devolvió la sonrisa y el abrazo.

—Estaba por el vecindario...

—Por Dios, Anthony, ¿cómo has conseguido llegar hasta la puerta? Desde hace tiempo esto está lleno de cámaras y controles automatizados.

—Siempre hay más de una entrada cuando hay tiempo y se conoce el camino. Tú me lo enseñaste, ¿recuerdas?

El viejo dominico se mesó la perilla, palmeó su prominente barriga y rió con ganas. El subsuelo de Roma está taladrado por quinientos kilómetros de catacumbas, algunas de ellas a más de setenta metros por debajo de la ciudad. Un auténtico museo sinuoso e inexplorado, que conduce prácticamente a cualquier parte de la ciudad, incluso al Estado Vaticano. Veinte años atrás Fowler y él dedicaban sus días libres a hacer espeleología por aquellos intrincados y peligrosos caminos.

—Está claro que Cirin tendrá que revisar su impecable sistema de seguridad. Si una vieja gloria como tú se ha colado aquí dentro... Pero ¿por qué no usar la puerta, Anthony? Oí que has dejado de ser *persona non grata* para el Santo Oficio. Y me encantaría saber por qué.

—Tal vez ahora sea una persona demasiado grata para algunos<sup>[1]</sup>.

—¿Cirin quiere que vuelvas, eh? Ese Maquiavelo de supermercado no suelta fácilmente una presa.

—Los viejos cuidadores de reliquias también suelen ser muy tozudos. Especialmente en hablar de cosas que se supone que no deberían saber.

—Anthony, Anthony. Esta cripta es el lugar más recóndito de nuestro diminuto país, y sin embargo en sus paredes resuenan muchos rumores. Los santos me los susurran —dijo señalando



en derredor.



Fowler alzó la vista. El techo de la cripta, reforzado por arcos peraltados, seguía ennegrecido por el humo de los millones de velas que habían iluminado la estancia durante casi dos milenios, a pesar de que una moderna instalación eléctrica había desterrado el fuego de aquel lugar un par de décadas atrás. Era un espacio rectangular de ochenta metros cuadrados, parte de los cuales

habían sido robados a la roca viva a golpe de pico. Y sus paredes, del suelo al techo, estaban cubiertas de puertas, puertas que ocultaban nichos, nichos que guardaban santos.

—Llevas demasiado tiempo respirando este aire lóbrego, que por cierto no le hace nada bien a tus clientes. ¿Por qué seguir aquí?

Es poco conocido que desde hace mil setecientos años en cada iglesia católica, por humilde que sea, hay una reliquia de un santo escondida en un altar. Y allí, en la Cripta de las Reliquias, el Vaticano guarda la mayor colección de reliquias del mundo. Algunos de sus nichos están casi vacíos, apenas contienen pequeños fragmentos de hueso, otros la osamenta completa. Cada vez que se erige un templo en cualquier parte del globo, un joven sacerdote recoge una maleta de acero de manos de fray Cesáreo y se dirige a depositar con reverencia la reliquia en el nuevo altar.

El viejo historiador se sacó las gafas y las limpió con el borde del hábito blanco.

—Seguridad. Tradición. Cabezonería. Las palabras que definen a nuestra Santa Madre Iglesia.

—Vaya, además de humedad aquí se respira cinismo.

Fray Cesáreo palmeó la pantalla del potente MacBook Pro en el que escribía cuando llegó su amigo.

—Aquí encerradas están mis verdades, Anthony. Cuarenta años de trabajo dedicados a la catalogación de trozos de calcio. ¿Has chupado alguna vez un hueso reseco, amigo mío? Un método excelente para detectar falsificaciones, pero deja un regusto amargo en la boca. Cuatro décadas después no estoy más cerca de la Verdad que cuando empecé —suspiró.

—Bueno, tal vez puedas indagar en ese disco duro y echarme una mano con esto, viejo —dijo Fowler tendiéndole una foto.

—Siempre a los negocios, siempre...

El dominico se detuvo a media frase, los ojos abiertos como platos. Durante un rato clavó su mirada miope en la foto, y luego se dirigió al escritorio donde trabajaba. De una pila de libros rescató un ajado volumen de hebreo clásico, profusamente anotado a lápiz. Rebuscó entre las páginas, comprobando diversos símbolos en los libros. Alzó la vista asombrado.

—¿De dónde has sacado esto, Anthony?

—Del interior de un cirio muy, muy antiguo. Estaba en poder de un viejo nazi.

—¿Camilo Cirin te mandó a recuperarlo? Cuéntamelo todo, no omitas detalle. ¡Necesito saber!

—Digamos que le debía un favor a Camilo y me comprometí a realizar una última misión para la Santa Alianza. Me pidió que encontrase a un criminal de guerra austríaco que había robado la vela a una familia judía en 1943. La vela estaba recubierta de oro y la conservó durante décadas. Hace unos meses conseguí localizarle y quitarle la vela. Después de extraer la cera, encontré en su interior la plancha de cobre que ves en la foto.

—¿No tienes otra con más resolución? Apenas se puede leer la cara exterior.

—Estaba muy enrollada, y si quería desenrollarla podía romperla.

—Menos mal que no lo hiciste. Lo que hubieses dañado no tiene precio. ¿Dónde está?

—Se la entregué a Cirin y no le di mayor importancia, supuse que sería simplemente algún capricho de algún miembro de la Curia. Me volví a Boston, creyendo que mi deuda estaba saldada...

—No era así, Anthony —dijo una voz pausada, sin emociones. El dueño de aquella voz acababa de colarse en la estancia con la discreción propia de un maestro de espías, que es lo que era aquel personaje bajito, de traje gris y rostro plano. Era avaro con las palabras y los gestos, que quedaban encerrados tras una muralla de camaleónica insignificancia.

—Es de mala educación entrar sin llamar a la puerta, Cirin —dijo fray Cesáreo.

—También no contestar cuando se requiere de tu presencia —respondió el director de la Santa Alianza, mirando a Anthony.

—Creía que habíamos acabado. Acordamos una misión. Sólo una.

—Y has cumplido con éxito la primera parte: recuperar la vela. Ahora tienes que asegurarte de que su contenido se use correctamente.

Fowler guardó silencio, contrariado.

—Tal vez Anthony se encuentre más a gusto con el encargo si comprende su magnitud —continuó Cirin—. Aprovechando que se ha enterado, ¿sería usted tan amable de explicarle lo que hay en esa foto que usted jamás ha visto, fray Cesáreo?

El dominico se aclaró la garganta.

—Antes necesito saber si es auténtico, Cirin.

—Lo es.

Al fraile se le iluminaron los ojos. Se volvió hacia Fowler.

—Esto, amigo mío, es el mapa de un tesoro. O mejor dicho, la mitad de él. Si no me falla la memoria, pues hace ya muchos años que la otra mitad estuvo en mis manos, esto es el fragmento perdido del Rollo de Cobre de Qumran.

El rostro del sacerdote se ensombreció.

—Me estás diciendo...

—Sí, amigo mío. El objeto más poderoso de la Historia se encuentra al otro lado del significado de estos caracteres. Con todos los problemas que traería consigo.

—Dios Santo. Precisamente ahora, tiene que volver a aparecer.

—Me alegra que lo entiendas al fin, Anthony —interrumpió Cirin—. Comparado con esto, las reliquias que nuestro buen amigo acumula en esta habitación no son más que polvo.

—¿Quién te puso sobre la pista, Camilo? ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo, buscar al doctor Graus? —dijo fray Cesáreo.

—La información vino de un benefactor de la Iglesia, el señor Kayn. Un benefactor de otra confesión y un gran filántropo. Él necesitaba que encontrásemos a Graus, y ofreció financiar personalmente una expedición arqueológica si conseguíamos la vela.

—¿Dónde?

—Aún no ha compartido su ubicación. Pero sí la zona. Al Mudawwara, Jordania.

—Bien, entonces no hay de qué preocuparse —intervino Fowler—. ¿Sabes lo que ocurrirá si esto trasciende, aunque sea mínimamente? Nadie de esa expedición respirará el tiempo suficiente para desenterrar un hueso.

—Esperemos que te equivoques. Nosotros vamos a enviar un observador a esa expedición: tú.

Fowler meneó la cabeza.

—No.

—Conoces las consecuencias. Las ramificaciones.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—No puedes negarte.

—Detenme —dijo el sacerdote, dirigiéndose hacia la puerta.

—Anthony, muchacho —las palabras de Cirin le acompañaron en su camino a la salida—. No estoy diciendo que yo vaya a impedirte nada. Tú solo vas a tomar la decisión de ir. Por suerte, los años me han enseñado cómo tratar contigo. Tuve que recordar qué es lo único que valoras más que tu libertad, y recurrir a una solución creativa.

Fowler se detuvo, aún de espaldas.

—¿Qué has hecho, Camilo?

Cirin anduvo unos pasos hacia él. Si había algo que detestaba más que hablar era levantar la voz.

—Le sugerí al señor Kayn la cronista perfecta para su expedición. Como periodista es más bien normalita. No es ni demasiado guapa, ni demasiado lista, ni demasiado honrada. En realidad lo único que la hace interesante es que tú le salvaste el pellejo. ¿Cómo se llama eso, deuda de vida, cierto? Así que ahora no te irás corriendo a esconderte a un comedor de pobres. No, sabiendo el riesgo que ella corre.

Fowler no se giró. A cada palabra de Cirin, su mano se había ido cerrando un poco, hasta convertirse en una bola compacta, las uñas clavándose contra la palma. Pero el dolor no era suficiente. Lanzó el puño contra una de las hornacinas. La puerta de madera, que llevaba allí cientos de años, se convirtió en astillas con un crujido que hizo estremecer toda la cripta. Un hueso del nicho profanado rodó por el suelo.

—La rótula de San Soutiño. Pobre hombre, cojeó toda su vida —dijo fray Cesáreo, agachándose a recoger la reliquia.

Fowler, resignado, se dio la vuelta.

Extracto de *Raymond Kayn, biografía no autorizada*,  
por James Graham

(...) Muchos de ustedes se preguntarán ¿cómo un judío sin nombre, que vivió de la caridad durante su infancia, consiguió levantar tan vasto imperio? Ya ha quedado claro en las páginas anteriores que Kayn no existió ni un segundo antes de diciembre de 1943. Ningún registro de nacimiento, ningún papel avala que sea ciudadano americano. (...)

El período más conocido de su vida arranca con su ingreso en el Massachusetts Institute of Technology y su creciente colección de patentes. Mientras Estados Unidos se entregaba en brazos de los gloriosos sesenta, Kayn reinventaba los circuitos impresos. En cinco años era dueño de su propia empresa. En diez, de medio Silicon Valley.

Pero esto ya lo ha leído usted en la revista *Time*, al igual que las desgracias que destrozaron su vida como padre y como esposo (...). Tal vez lo que preocupa al ciudadano corriente, a John y Jane Doe, no sea esa invisibilidad, esa falta de transparencia que alguien tan poderoso convierte en un enigma inquietante. Antes o después, alguien deberá levantar ese halo de misterio que rodea a la figura de Kayn...

A BORDO DE LA BEHEMOT

Navegando por el golfo de Aqaba, mar Rojo

Martes, 11 de julio de 2006. 16.29

... *alguien* deberá levantar ese halo de misterio que rodea a la figura de Kayn...

Andrea sonrió con suficiencia y arrojó la biografía del magnate por la borda. Aquella mierda sensacionalista y tendenciosa ya la había aburrido bastante mientras sobrevolaba el Sahara rumbo a Djibouti.

Durante el vuelo Andrea había tenido tiempo para hacer algo que muy pocas veces hacía: reflexionar sobre ella misma. Y había decidido que no se gustaba.

Como la más pequeña de cinco hermanos —todos varones menos ella— Andrea había crecido en un entorno de protección absoluta. Y vulgaridad absoluta, también. Un padre sargento, una madre ama de casa, un barrio obrero, macarrones las más noches y pollo los domingos. Madrid es una hermosa ciudad, pero para Andrea había sido sólo el contraste que reflejaba la medianía de su familia. A los catorce se juró que un minuto después de cumplir los dieciocho cruzaría la puerta y no volvería jamás.

*Claro que esas desavenencias con papá acerca de tu orientación aceleraron un poco la despedida, ¿verdad, cielo?*

Había un largo camino desde que se marchó

*te echaron*

de casa hasta su primer trabajo real, no los que tuvo que desempeñar para pagarse la facultad de Periodismo. El día que entró en *El Globo* creyó que le había tocado la lotería, pero todo había ido a peor desde entonces. Rebotada de una sección del periódico a otra, tenía la sensación de caer hacia arriba, perdiendo por igual la perspectiva y el control de su vida personal. Había acabado en Internacional, su último puesto antes de marcharse

*te echaron*

en pos de esta aventura imposible.

*Mi última oportunidad. Tal y como está el mercado laboral para los periodistas, mi siguiente parada será de cajera de supermercado. Pero joder, hay algo en mí que no funciona. No soy capaz de hacer nada a derechas. Ni siquiera Eva, que era el colmo de la paciencia, aguantó a mi lado. El día que se fue... ¿qué fue lo que me llamó? Pozo de descontrol, frígida emocional... creo que inmadura fue lo más suave. Y debía de ser todo verdad, porque no levantó la voz ni un poquito. Coño, y es que soy igual para todo. Más me vale no cagarla esta vez.*

Andrea rechazó de plano aquellos pensamientos y subió al máximo el volumen del iPod. La cálida voz de Alanis Morissette acalló su inquietud. La joven se arrellanó en el asiento y deseó llegar cuanto antes.

Por suerte ir en primera clase tenía sus ventajas, y la más importante era bajar antes del avión. Un joven y apuesto conductor negro la esperaba junto a un desvencijado jeep a pie de pista.

*Vaya, vaya... sin aduana, ¿eh? Este señor Russell lo tiene todo muy bien organizado,* pensó Andrea mientras descendía la escalerilla del avión.

—¿Eso es todo? —dijo en inglés el chofer, señalando la maleta de fin de semana y la mochila negra que Andrea llevaba consigo por todo equipaje.

—Vamos al jodido desierto, ¿no? Conduzca.

Conocía bien la mirada del chofer. Estaba acostumbrada a que la juzgasen como un estereotipo. Rubia, joven y tonta. Andrea aún desconocía si su frívola actitud hacia la ropa y el dinero era un intento de camuflarse aún más bajo esa errónea apreciación o simplemente su propia concesión a la banalidad. Tal vez una mezcla de ambas. Pero para aquel viaje, como un símbolo de su cambio, había reducido el equipaje al mínimo.

Mientras el jeep recorría los ocho kilómetros que había hasta el barco, Andrea tomaba fotografías con su Canon 5D (realmente no era su Canon 5D. Era la Canon 5D del periódico, que había *olvidado* devolver. Se lo tenían bien merecido, los muy cerdos) y se asombraba de la pobreza extrema de aquella tierra. Árida, marrón, pedregosa. Incluso la propia capital se podía recorrer andando en dos horas. No había industria, ni agricultura, ni infraestructuras. El polvo de las ruedas del todoterreno se pegaba a los rostros de la gente que les miraba al pasar, rostros sin esperanza.

—El mundo está muy mal repartido si gente como Bill Gates o Raymond Kayn gana en un mes más que el PIB de este país en un año.

El chofer se encogió de hombros por toda respuesta. Ya llegaban al puerto, la zona más moderna y cuidada de la capital, y prácticamente su única fuente de ingresos. Djibouti aprovecha de este modo su favorable situación dentro del cuerno de África.

El jeep se detuvo con un frenazo brusco. Andrea tuvo que alzar la vista, y lo que vio la dejó asombrada. La *Behemot* no era el horrendo carguero que había esperado encontrar. Era una preciosa fragata con el casco pintado de rojo y la superestructura de un blanco reluciente, los colores de Kayn Industries. Sin esperar a que el chofer la ayudara, cogió sus cosas y subió corriendo por la pasarela, deseando comenzar aquella aventura cuanto antes.

Media hora después zarpaba el barco. Una hora más tarde, Andrea se autoconfinó en el camarote, dedicada a vomitar en discreta intimidad.

Después de dos días en los que todo lo que entró por su boca fueron líquidos, su oído interno parecía haberle dado suficiente tregua y se animó a salir a respirar un poco y a conocer el buque, no sin antes arrojar la *Biografía no autorizada de Raymond Kayn* por la borda con todas sus fuerzas.

—No debería haber hecho eso.

Andrea se volvió. Caminando por la cubierta central, se dirigía hacia ella una mujer morena y atractiva, que rozaba la cuarentena. Iba vestida como Andrea, con vaqueros y camiseta, pero por encima llevaba una bata blanca.

—Lo sé. Contaminar es feo. Pero pruebe a estar tres días encerrada con esa mierda de libro y verá.

—Hubiese sido menos traumático si hubiese abierto la puerta para algo más que para coger agua de manos de los tripulantes. Tengo entendido que le ofrecieron mis servicios.

Andrea fijó la vista en el libro, que ya flotaba muy lejos, avergonzada. No le gustaba que los demás la vieran cuando estaba enferma. Detestaba sentirse vulnerable.

—Estaba bien.

—Ya. Pero seguramente con media tonelada de Biodraminas se hubiese encontrado mejor.

—Si lo que quiere es verme muerta, está en lo cierto, doctora...

—Harel. Alergia al dimenhidrinato, ¿señorita Otero?

—Entre otras muchas cosas. Llámeme Andrea, por favor.

La doctora Harel sonrió y una serie de arrugas produjeron el extraño efecto de dulcificar su rostro. Tenía unos hermosos ojos almendrados, de forma y de color, y el pelo oscuro rizado. Era cinco centímetros más alta que Andrea.

—Y usted a mí doctora Harel —dijo tendiéndole la mano.

Andrea miró la mano tendida sin ofrecer la suya.

—No me gustan los esnobs.

—Ni a mí tampoco. No le digo mi nombre porque no tengo. Mis amigos me llaman Doc.

La periodista le estrechó la mano, finalmente. Su apretón era cálido y suave.

—Eso debe romper el hielo en todas las fiestas, Doc.

—¡No se imagina! Suele ser mi primera conversación con cada persona que conozco. Paseemos un poco y le contaré la historia.

Se dirigieron hacia la proa. El viento soplaba caliente, en contra, agitando la enseña del barco, una bandera norteamericana.

—Nací en Tel Aviv al poco de acabar la Guerra de los Seis Días —continuó Harel—. Cuatro miembros de mi familia habían muerto durante el conflicto, y el rabino lo interpretó como una señal de mal augurio. Así que mis padres no me pusieron nombre, para engañar al Ángel de la Muerte. Sólo ellos lo sabrían.

—¿Y eso funciona?

—Para nosotros, los judíos, el nombre es algo muy importante. Define a una persona y tiene poder sobre ella. Mi padre me susurró al oído muy bajito mi nombre al llegar mi *bar mitzvat*<sup>[2]</sup>,



mientras toda la congregación cantaba alrededor. Y yo no puedo decírselo nunca a nadie.

—¿O el Ángel de la Muerte la encontrará? No se ofenda, Doc, pero eso no tiene mucho sentido. Que yo sepa, la Parca no consulta las páginas amarillas.

Harel rió a gusto.

—Me enfrento muchas veces a esa clase de actitud. Y debo decirle que me parece refrescante. Eso sí, mi nombre seguirá siendo un secreto.

Andrea sonrió. Le gustaba la sencillez de aquella mujer. Se quedó mirándola a los ojos, tal vez un segundo más de lo necesario o conveniente. Harel apartó la mirada, algo azorada por el escrutinio.

—¿Qué hace una doctora sin nombre a bordo de la *Behemot*?

—Una sustitución de última hora. Necesitaban un médico en la expedición. Al fin y al cabo somos 70 personas a bordo del barco. La mitad es la dotación del buque.

Habían llegado a la proa. El mar se deslizaba rápido bajo sus pies y la tarde brillaba soleada y majestuosa. Andrea miró a su alrededor.

—Cuando no tiene el efecto de una centrifugadora sobre mis tripas, es un barco hermoso.

—«*Mira qué fuerza en sus riñones, qué vigor en los músculos de su vientre. Sus huesos son tubos de bronce; sus cartílagos, barras de hierro*» —recitó la doctora, exaltada.

—¿Hay poetas entre la tripulación? —rió Andrea.

—No, querida. Es del Libro de Job. Habla de la bestia Behemot, el hermano de Leviatán.

—No es mal nombre para un barco.

—Antes era una fragata de combate danesa de clase *Hvidbjornen* —señaló una zona de la cubierta donde una plancha metálica de tres metros cuadrados parecía soldada como un parche—. Ahí se alzaba el único cañón. Kayn Industries lo compró desarmado en una subasta hace cuatro años por diez millones de dólares. Una ganga.

—Yo no hubiera pagado más de nueve y medio.

—Refúgiense en el sarcasmo, Andrea, pero esta preciosidad tiene 80 metros de eslora, su propio helipuerto y una autonomía de 13 000 kilómetros a 15 nudos. Podría ir y volver de Cádiz a Nueva York sin repostar.

La quilla partió una ola algo más alta y el barco se encabritó ligeramente. Andrea resbaló y estuvo a punto de caer por la borda, que en la proa medía poco más de medio metro de alto. La doctora la sujetó por la camiseta.

—¡Cuidado! Si se cae a esta velocidad y tiene la suerte de que no le destrocen las hélices, se ahogará antes de que podamos dar la vuelta.

La periodista iba a darle las gracias, pero tenía la vista fija en el horizonte.

—¿Qué es aquello?

Harel entrecerró los ojos e hizo una visera con la mano, siguiendo la dirección hacia la que señalaba Andrea. No veía nada. Al cabo de cinco segundos divisó un punto a lo lejos.

—Por fin estamos todos. Aquí viene el gran jefe.

—¿Quién?

—¿No se lo han dicho? El señor Kayn en persona lo supervisará todo.

Andrea se giró, boquiabierta.

—Está de coña.

Harel negó con la cabeza.

—Será la primera vez que lo veo.

—Me habían prometido una entrevista con él, pero creí que sería al finalizar esta ridícula pantomima.

—¿No cree en el éxito de la expedición?

—Diga mejor que desconfío de su propósito. El señor Russell me reclutó asegurándome que íbamos a recuperar una reliquia muy importante, desaparecida durante milenios. No quiso decirme de qué se trataba.

—Ha sido un secreto para todos. ¡Ya se acerca!

La aeronave estaba a tan sólo cuatro kilómetros de distancia y Andrea comenzaba a distinguir sus detalles.

—¡Oiga, Doc, pero si es un avión! —la periodista tuvo que alzar la voz, pues los motores de la aeronave y el vitoreo de los marineros cuando ésta pasó cerca del barco, trazando un semicírculo, eran ya ensordecedores.

—¡No, no lo es! ¡Observe!

Se dieron la vuelta. El avión, o al menos lo que había tomado Andrea por tal, era una avioneta pequeña, pintada con los colores y el logo de Kayn Industries. La propulsaban unas extrañas hélices, tres veces más grandes de lo normal. Ante la atónita mirada de la joven, las hélices y los motores comenzaron a girar sobre el eje del ala, al tiempo que el avión abandonaba su trayectoria semicircular alrededor de la *Behemot* y se quedaba suspendido en el aire. Las hélices habían completado el giro de 90 grados y ahora sostenían el aparato en el aire, como las de un helicóptero, dibujando olas concéntricas en el mar.

—Es el BA-609 TiltRotor. El primero de su clase, y éste es su vuelo inaugural. Dicen que salió directamente de una idea del señor Kayn.

—Parece que todo lo que rodea a este hombre es impresionante. Quiero conocerle.

—¡No, Andrea, espere!

La doctora intentó retener a Andrea, pero ésta se escurrió entre la nube de marineros que se inclinaban sobre la borda, ahora la de estribor. Entró en la cubierta central, que se conectaba con sendos pasillos bajo la superestructura con la cubierta de popa, donde en estos momentos se posaba el avión. Al final del pasillo se encontró la puerta bloqueada por metro noventa de marinero rubio.

—No se puede pasar, señorita.

—¿Disculpa?

—Podrá admirar el avión cuando el señor Kayn haya entrado en su camarote.

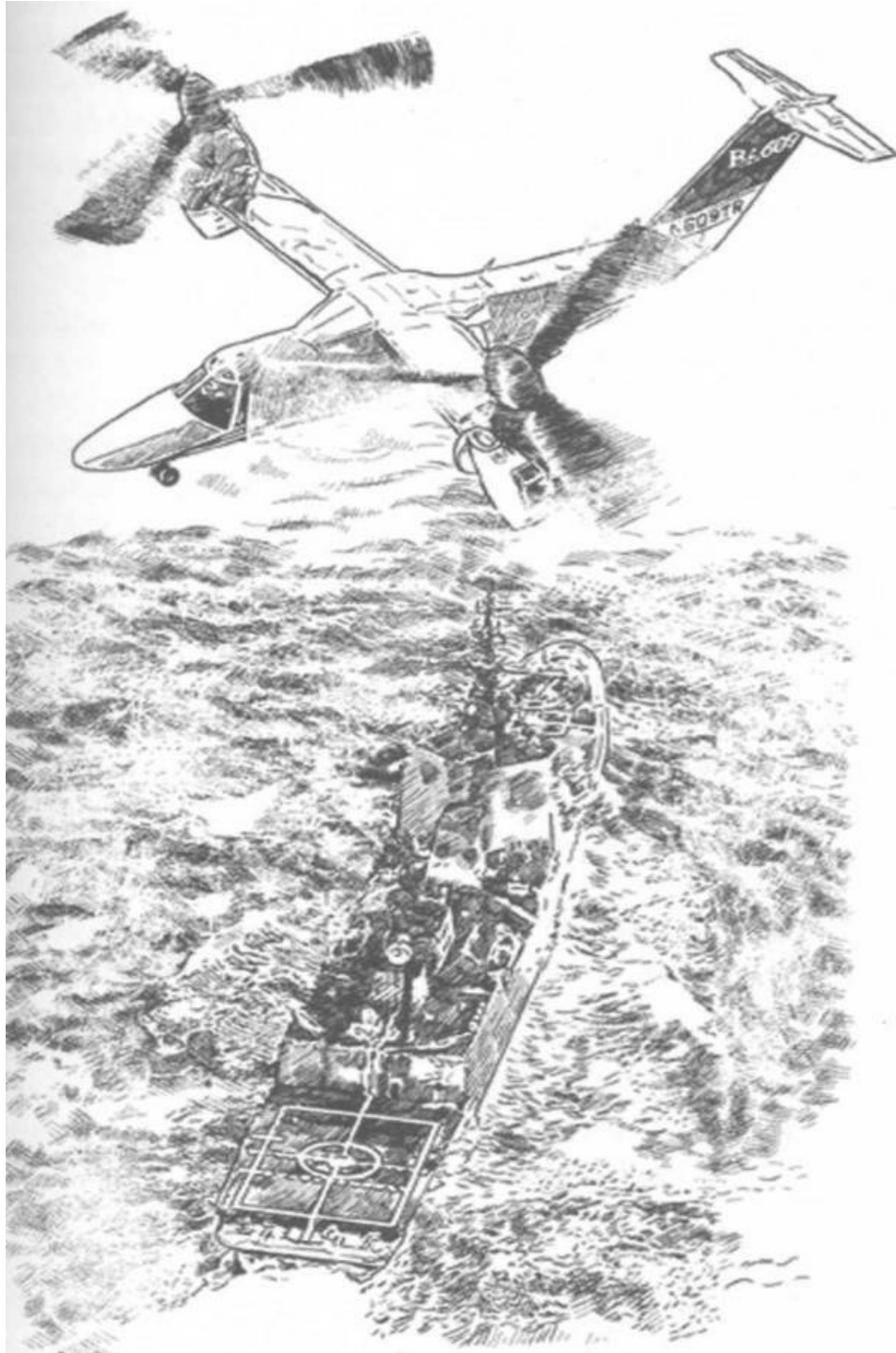
—Ya veo. ¿Y si quiero admirar al señor Kayn?

—Mis órdenes son no permitir a nadie el acceso a popa. Lo siento.

Andrea se dio la vuelta sin despedirse. No le gustaban las negativas, así que ahora tenía el doble de ganas de burlar al vigilante.

Se introdujo por una de las escotillas a su derecha, accediendo a la zona común del barco. Tendría que darse prisa si quería ver a Kayn antes de que le llevaran bajo la cubierta. Podría intentar descender un nivel y esperarle en los pasillos, pero seguramente en el acceso a la cubierta inferior habría otro guardia. Probó las manijas de varias puertas, hasta que encontró una abierta. Era una especie de sala de esparcimiento, con un sofá y una destartalada mesa de ping-pong. Y al fondo, un ojo de buey abierto. Que daba sobre la popa.

*Et voilà.*



Andrea apoyó uno de sus pequeños pies en la mesa de billar y otro en el sofá. Pasó ambos brazos, luego la cabeza y consiguió escurrirse al otro lado. A menos de tres metros delante de ella, un marinero con chaleco y protectores en los oídos le hacía indicaciones al piloto del BA-609, cuyas ruedas ya rozaban el helipuerto con un chirrido. Las hélices le alborotaron el pelo

a la joven. Se agachó instintivamente a pesar de que en decenas de ocasiones se había jurado a sí misma que cuando se encontrase bajo un helicóptero no haría como todos los personajes de las películas, que inclinan la cabeza a pesar de que las aspas del aparato estén a metro y medio por encima de ellos.

*Pero claro, una cosa es imaginar y otra hacer, ¿verdad?*

La puerta del BA-609 comenzó a abrirse.

Andrea sintió un movimiento detrás de ella. Iba a volverse cuando la arrojaron al suelo y le inmovilizaron la mejilla contra la cubierta. Notó el calor del metal en la piel, mientras alguien se sentaba en su espalda. Se revolvió con todas sus fuerzas, pero no consiguió zafarse. Con la respiración entrecortada, intentó mirar aún hacia el helicóptero. Vio bajarse de él a un joven con gafas, moreno y elegante, con chaqueta de sport. Le seguía un bruto de cien kilos, o al menos eso le pareció a Andrea desde el suelo. Cuando el bruto la miró Andrea no vio expresión alguna en sus ojos marrones. Una fea cicatriz le cruzaba la cara desde la ceja izquierda hasta el mentón. Y finalmente un hombrecillo pequeño y delgado, vestido completamente de blanco. La presión sobre su cabeza aumentó. Apenas pudo mirar al último pasajero ya que cruzó como una exhalación por su reducido campo de visión, en el que sólo quedó un trozo de cubierta sobre el que se deslizaron cada vez más perezosas las sombras de las hélices.

—Suélteme ya, ¿vale? Ese jodido loco paranoico ya lo ha conseguido, ya está en su camarote, así que ¡levántese de mi espalda, coño!

—El señor Kayn no está loco ni es un paranoico. Me temo que sufre agorafobia —le dijo su captor, en español.

Aquella voz no era la del marinero. Recordaba muy bien aquel tono educado, pulcro, cadencioso y grave, tan parecido al de Ed Harris. Cuando la presión sobre su espalda desapareció, Andrea se incorporó de golpe.

—¿Usted?

Ante ella se encontraba el padre Anthony Fowler.

EXTERIOR DE LAS OFICINAS DE GLOBALINFO

Sommerset Avenue, 225. Washington

Martes, 11 de julio de 2006. 11.29

El más alto de los dos era también el más joven. Por eso siempre era él quien tenía que ir a buscar el café y la comida como muestra de respeto. Se llamaba Nazim, y tenía 19 años. Llevaba quince meses en el grupo de Kharouf, y era muy feliz. Su vida había encontrado un propósito, un camino.

Nazim adoraba a Kharouf. Se habían conocido quince meses atrás en la mezquita de Clive Cove, en New Jersey. Un lugar lleno de *accidentalizados*, como los llamaba Kharouf. A Nazim le gustaba jugar al baloncesto cerca de la mezquita, y allí había intimado con su nuevo amigo, a pesar de que era veinte años mayor que él. Nazim se había sentido halagado porque alguien tan maduro, y además universitario, hablase con él.

Abrió la puerta del coche y luchó por sentarse en el asiento del copiloto. No es fácil cuando mides 1,90.

—Sólo he encontrado un Burger King cerca. He traído ensaladas y hamburguesas. —Le alargó la bolsa a Kharouf, que sonrió.

—Gracias, Nazim. Aunque me gustaría decirte algo y no quiero que te enfades.

—¿Por?

Kharouf sacó las hamburguesas de su caja y las arrojó por la ventana.

—En Burger King le añaden lecitina a las hamburguesas, y puede haber restos de cerdo. No es *halal*<sup>[3]</sup>. Lo siento. Pero las ensaladas están bien.

Nazim se quedó un poco triste pero a la vez se sintió reconfortado.

Kharouf era su guía. Cuando cometía un error, Kharouf le corregía con respeto y con una sonrisa. Muy diferente de cómo habían acabado las cosas con los padres de Nazim, que no paraban de gritarle en los últimos meses desde que conoció a Kharouf y éste le convenció para comenzar a acudir a otra mezquita, más pequeña y más «comprometida».

En la nueva mezquita, el imam no sólo leía el Sagrado Corán en árabe, sino que también predicaba en ese idioma. A pesar de haber nacido en New Jersey, Nazim leía y escribía a la perfección la lengua del Profeta. Su familia provenía de Egipto.

Al hipnótico arrullo de la prédica del imam, Nazim comenzó a ver la luz poco a poco. Rompió con el camino que llevaba en la vida. Tenía buenas notas y podría haber comenzado ese año una ingeniería, pero Kharouf le encontró una ocupación mejor en una empresa de contabilidad dirigida por un buen creyente.

A sus padres no les gustó nada. Tampoco comprendían que el joven se encerrase en el cuarto de baño para rezar. Pero por dolorosos que fuesen los cambios, los iban aceptando. Hasta que pasó lo de Hana.

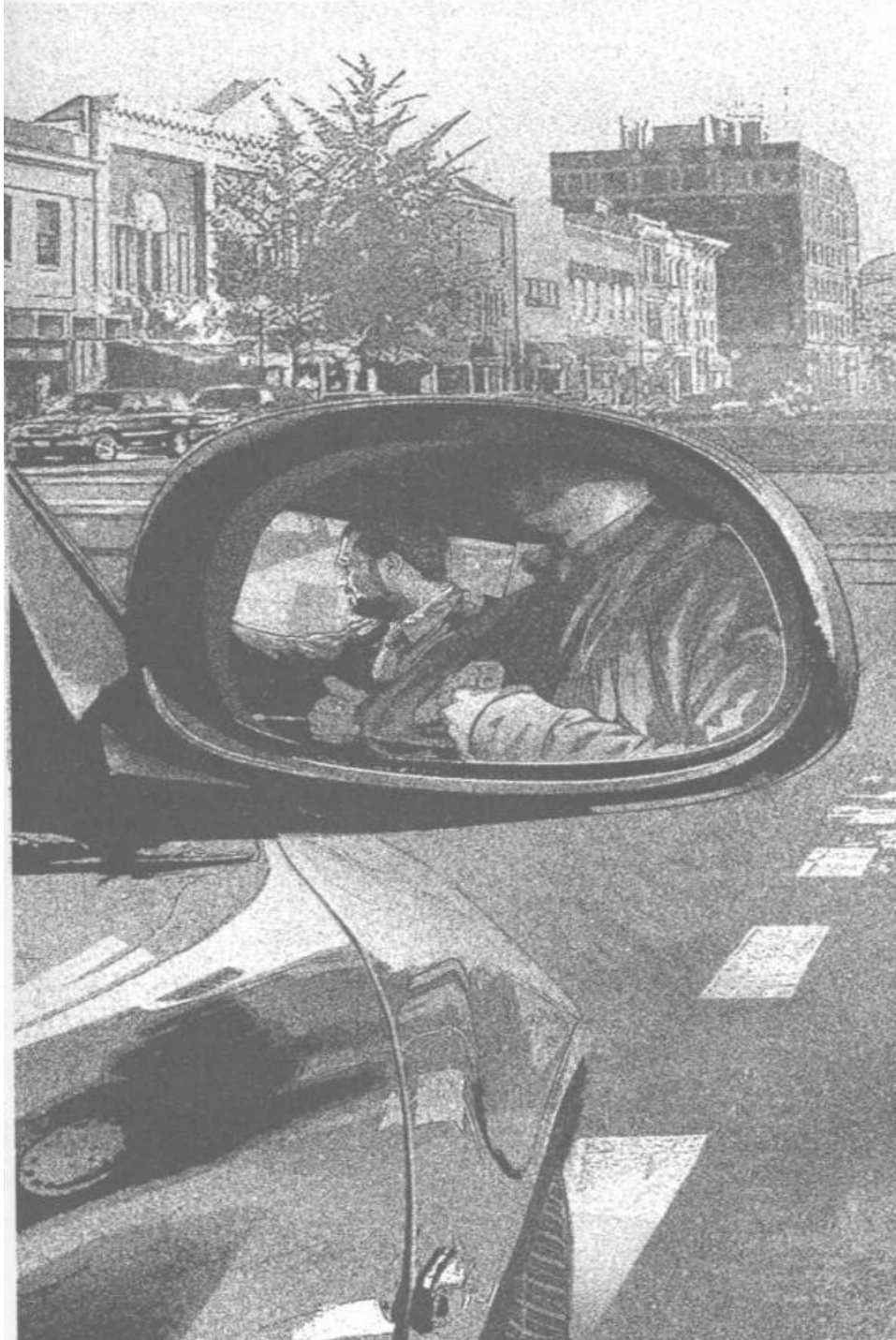
El joven había ido mostrándose cada vez más violento en sus comentarios. Una noche, su hermana Hana, dos años mayor que él, regresó a las dos de la mañana de tomar unas copas con sus amigas. Nazim la esperaba despierto y la abroncó por la manera en que iba vestida y por llegar un poco borracha. Hubo insultos muy feos por ambas partes. Entonces su padre se interpuso entre ambos y Nazim lo señaló con el dedo.

—Eres débil. No sabes sujetar a tus mujeres. Dejas trabajar a tu hija. La dejas conducir y no la obligas a llevar velo. Su papel está en casa, esperando un marido.

Hana fue a protestar y Nazim la abofeteó. Eso fue la gota que colmó el vaso para su padre.

—Puede que yo sea débil, pero al menos soy dueño de mi casa. Márchate. No te conozco. ¡Márchate!

Nazim se fue a casa de Kharouf con lo puesto. Aquella noche lloró un poco, pero las lágrimas pasaron pronto. Ahora tenía una nueva familia. Y Kharouf representaba en ella el papel de padre y hermano mayor. Nazim lo admiraba mucho, porque Kharouf era un jihadista auténtico. Tenía 39 años, y había estado en los campos de entrenamiento de Afganistán y Pakistán, y transmitía sus conocimientos tan sólo a un puñado selecto de jóvenes que, como Nazim, habían sufrido muchas faltas de respeto. En el colegio, en el instituto, incluso por la calle, la gente desconfiaba de él en cuanto sabían que era de origen árabe, cuando advertían su piel aceitunada o su nariz aguileña. Kharouf le había dicho que eso era porque les tenían miedo. Porque los cristianos sabían que los fieles al Islam son más numerosos y más fuertes. Eso a Nazim le gustaba. Era la hora de imponer su propio respeto.



Kharouf subió la ventanilla del conductor.

—Lo haremos dentro de seis minutos.

Nazim lo miró, preocupado. Su amigo notó que algo no andaba bien.

—¿Qué te pasa, Nazim?

—Nada.

—Nunca es nada. Vamos, sabes que puedes contármelo.

—No es nada.

—¿Es miedo? ¿Tienes miedo?

—No. Soy un soldado de Alá.

—Los soldados de Alá también pueden tener miedo, Nazim.

—Bueno, yo no tengo.

—¿Es por disparar?

—¡No!

—Vamos, has hecho las prácticas en el matadero de mi primo. Cuarenta horas. Creo que acribillaste más de mil vacas.

Kharouf había sido también uno de los instructores de tiro de Nazim. Uno de los ejercicios en los que había insistido más había sido en disparar a ganado —a veces vivo, otras muchas veces muerto— para que Nazim se acostumbrase al manejo del arma y al impacto de las balas en la carne.

—Las prácticas están bien. No me da miedo disparar a la gente. Quiero decir, ya sé que no son realmente gente y eso.

Kharouf no respondió. Apoyó las manos en el volante, miró al frente y esperó. Sabía que la mejor manera de que Nazim le contase algo era dejar transcurrir un pequeño silencio incómodo. El chaval lo acababa llenando siempre.

—Es sólo... bueno, siento no haberme despedido de mis padres —dijo Nazim al cabo de un rato.

—Ya veo. Aún te culpas por lo que pasó, ¿verdad?

—Un poco. ¿Está mal?

Kharouf sonrió y puso su mano sobre el hombro de Nazim.

—No. Eres un joven sensible y cariñoso, Nazim. Alá te dio esas buenas cualidades, bendigamos su nombre.

—Bendito sea.

—También te dio la fuerza para superarlos cuando sea necesario. Y ahora empuñas la espada de Alá y sirves a su propósito. Alégrate, Nazim.

El joven intentó sonreír, pero por su cara sólo asomó un rictus torcido. Kharouf apretó la presión de la mano sobre su hombro. Su voz sonaba cálida, amable.

—Descuida, Nazim. Hoy Alá no nos pide nuestra sangre, sólo la de otros. Pero aunque ocurriera algo, has grabado un vídeo para tu familia, ¿verdad?

Nazim asintió.

—Entonces no te preocupes. Puede que tus padres se hayan occidentalizado un poco, pero en el fondo de su alma son buenos musulmanes. Saben cuál es el premio del mártir. Y cuando llegues a la Vida Futura, Alá te da el privilegio de interceder por ellos. Imagina cómo se sentirán ellos entonces.

El joven imaginó a sus padres y a su hermana arrodillados ante él, dándole las gracias por la salvación, pidiéndole perdón por haber estado equivocados. En la bruma de su fantasía, ése era el avance más hermoso de la Vida Futura. Consiguió sonreír por fin.

—Así me gusta, Nazim. Lleva en tu rostro la *bassamat al farah*, la sonrisa del martirio. Es parte de nuestro compromiso. Es parte de nuestro premio.

Nazim metió la mano en la cazadora y agarró fuerte la culata del arma.



Pausadamente, Kharouf y él bajaron del coche.

A BORDO DE LA *BEHEMOT*

Navegando por el golfo de Aqaba, mar Rojo

Martes, 11 de julio de 2006. 17.11

—Usted —repitió Andrea, con más enfado que sorpresa.

La última vez que se habían visto, Andrea gateaba peligrosamente a seis metros de altura perseguida por un improbable agresor. En aquel momento, el padre Fowler le había salvado la vida, pero también le había arrebatado de las manos la Gran Historia, ese reportaje con el que todos los reporteros sueñan alguna vez. Woodward y Bernstein lo lograron; Lowell Bergman<sup>[4]</sup> lo logró; Andrea Otero lo hubiese logrado. Pero en su camino se cruzó aquel sacerdote. Al menos le había conseguido —*que me cuelguen si sé cómo*, pensaba Andrea— una entrevista en exclusiva con el presidente Bush, y gracias a esa entrevista estaba en aquel barco, o eso creía ella. Pero aquella historia era agua pasada, y el presente se imponía. Andrea no estaba dispuesta a dejar escapar aquella oportunidad.

—Yo también me alegro de verla, señorita Otero. Veo que la cicatriz ya es sólo un recuerdo.

La joven se tocó instintivamente la frente, en el lugar donde Fowler le había dado cuatro puntos dieciséis meses atrás. Sólo quedaba una fina línea pálida.

—Tiene usted buenas manos. Pero eso no justifica su presencia aquí. ¿Está usted espiándome? ¿Ha venido de nuevo para fastidiarme?

—Sólo soy un observador del Vaticano en la expedición. Nadie importante.

La joven estudió desconfiada al sacerdote. Debido al tremendo calor, sólo llevaba una camisa de manga corta con alzacuellos y unos pantalones de pinzas, todo de riguroso negro. Andrea se fijó en los morenos brazos del cura por primera vez. Los antebrazos nervudos eran enormes y llenos de gruesas venas del tamaño de bolígrafos.

*Éstos no son los brazos de un levantabiblias.*

—¿Y por qué envía el Vaticano un observador a una expedición arqueológica?

El sacerdote iba a responder cuando una voz alegre los interrumpió.

—¡Qué bien! ¿Ya los han presentado?

La doctora Harel irrumpió en la popa enarbolando una preciosa sonrisa. Andrea no se la devolvió.

—Algo así. El padre Fowler iba a explicarme por qué jugaba a Brett Favre conmigo hace dos minutos.

—En realidad Brett Favre es *quarterback*. No hace placajes —repuso Fowler.

—¿Padre? ¿Qué es lo que ha pasado? —dijo Harel.

—La señorita Otero ha entrado en la popa cuando el señor Kayn bajaba del avión. Me temo que tuve que reducirla sin demasiados modales. Lo lamento.

Harel asintió.

—Ya comprendo. Al fin y al cabo ella no estuvo en la reunión de seguridad. No se preocupe, padre.

—¿Cómo que no se preocupe? ¿Es que aquí se han vuelto todos locos?

—Tranquila, Andrea. Por desgracia usted ha estado enferma las últimas cuarenta y ocho horas y no ha podido ser puesta al día. Permítame que le haga un breve resumen. Verá, Raymond Kayn es agorafóbico.

—Eso me ha dicho el padre *Placador*.

—Debería saber que el padre Fowler es psicólogo además de sacerdote. Por favor, padre, no dude en intervenir para completar la explicación si me olvido algo. ¿Qué sabe acerca de la agorafobia, Andrea?

—Que es el miedo a los espacios abiertos.

—Es un error muy común. En realidad los que padecen esta enfermedad manifiestan temores bastante más complejos que esa reducción simplista.

Fowler carraspeó.

—Lo que de verdad temen los agorafóbicos es perder el control —dijo el sacerdote—. Tienen miedo a estar solos, a encontrarse en lugares de los que sea difícil escapar o a conocer a nuevas personas. Por eso suelen encerrarse en casa durante largos períodos.

—¿Qué ocurre cuando algo se escapa a su control?

—Depende del nivel del trastorno. El caso del señor Kayn es de los más agudos, así que lo más probable es que ante un ansiógeno sufriese ataques de pánico, pérdida de contacto con la realidad, temblores, mareos y taquicardia.

—Vamos, que no podrían ser agentes de Bolsa.

—Ni neurocirujanos, ya puestos —bromeó Harel—. Pero sí que pueden llevar una vida normal. Hay famosos, como Kim Bassinger o Woody Allen, que han lidiado contra la agorafobia durante décadas y salido airoso. El propio señor Kayn ha levantado un imperio de la nada. Por desgracia en los últimos cinco años ha estado luchando contra un empeoramiento de su enfermedad.

—Me pregunto qué demonios es tan importante para que un hombre enfermo se arriesgue a salir de su caparazón.

—Ha puesto el dedo en la llaga, Andrea —dijo Harel. Andrea notó que la doctora la miraba de una manera extraña.

Permanecieron en silencio unos instantes. Fue Fowler quien reanudó la conversación.

—Espero que ahora perdone mi exceso de brusquedad de antes.

—Tal vez. Pero casi me desnuda en el intento —dijo Andrea frotándose el cuello.

Fowler miró a Harel, quien asintió.

—Verá, señorita Otero... ¿ha podido ver a los hombres que bajaban del BA-609?

—Había un joven moreno con gafas, muy atractivo. Un hombre de unos cincuenta años vestido con ropas negras y una cicatriz enorme. Y un hombre delgado de pelo blanco, que me imagino que sería el señor Kayn.

—El joven era el secretario de Kayn, Jacob Russell. El hombre de la cicatriz se llama Mogens Dekker y es el jefe de seguridad de Kayn Industries. Créame, si se hubiese acercado a Kayn siguiendo su... estilo habitual podía haberle puesto muy nervioso. Y usted no quiere que eso ocurra.

Un sonido de aviso recorrió el barco de proa a popa.

—Vaya, ya es la hora de la sesión introductoria —dijo Harel—. Por fin se desvelará el gran misterio. Síganme.

—¿Dónde vamos? —dijo Andrea, echando a andar tras la doctora. Los tres volvieron a la cubierta central y entraron por el mismo pasillo de la superestructura por el que la periodista se había colado unos minutos antes.

—Todo el personal de la expedición se va a encontrar por primera vez. Nos explicarán cuál es el papel que juega cada uno y lo más importante... qué es lo que vamos a buscar a Jordania.

—¿Por cierto, doctora, cuál es su especialidad? —preguntó Andrea, mientras entraban a la sala de reuniones.

—Medicina de combate —respondió Harel, con tono descuidado.

## REFUGIO DE LA FAMILIA COHEN

Viena

Febrero de 1943

*Jora Myer estaba enferma de preocupación. Era un sentimiento ácido en el fondo de la garganta que le provocaba terribles mareos. No lo había experimentado desde los catorce años, cuando había huido de los pogromos de 1906 en Odessa, Ucrania, con su abuelo colgado del brazo. Había tenido suerte. Entró muy joven a servir en casa de la familia Cohen, dueños de una fábrica en Viena. Josef era el mayor de los hijos. Cuando la shadchan, la casamentera, le encontró una buena esposa judía, Jora le acompañó como niñera. Los primeros años del primogénito, Elan, estuvieron rodeados de mimo y privilegio. El pequeño Yudel, sin embargo...*

*El niño yacía hecho un ovillo en el camastro, improvisado en el suelo con dos mantas dobladas. Hasta ayer lo había compartido con su hermano. Viéndole allí acostado Yudel parecía diminuto y triste. Sin los padres, el asfixiante espacio se antojaba enorme.*

*Pobre Yudel. Aquellos cuatro metros cuadrados habían sido el universo entero para él prácticamente desde que nació. La tarde en la que vino al mundo, toda la familia, incluyendo a Jora, estaba en el hospital. Ninguno regresó al lujoso piso de Rienstrasse. Era el 9 de noviembre de 1938, la jornada que el mundo conocería semanas más tarde como la Kristallnacht, la Noche de los Cristales Rotos. Los abuelos de Yudel fueron de los primeros en caer. El inmueble completo de Rienstrasse ardió hasta los cimientos, junto a la sinagoga colindante, mientras los bomberos bebían y se reían.*

*El único equipaje que los Cohen se llevaron fue algo de ropa y un misterioso paquete que el padre de Yudel había empleado en una ceremonia cuando nació el pequeño. Jora no supo de qué se trataba ya que el señor Cohen había insistido en que todos abandonasen la habitación del hospital para realizarla, incluso Odile, que apenas podía tenerse en pie.*

*Sin apenas dinero, Josef no se atrevió o no pudo huir del país. Creyó, como muchos entonces, que la tormenta pasaría pronto y buscó refugio para todos en las casas de amigos austríacos católicos. No se olvidó de Jora, algo que la madura señorita Myer no olvidaría a su vez. Pero pocas amistades resisten pruebas tan terribles como la que suponía la Austria ocupada. Una sí lo consiguió. El anciano juez Rath decidió ayudarles aunque le costase la vida. Camufló en su casa un espacio en una de las habitaciones, levantando con sus propias manos la pared de ladrillos y dejando un hueco estrecho que hacía las veces de puerta. Una librería baja cubría aquella pequeña entrada.*

*Entraron en aquella tumba viviente una noche de diciembre de 1939, creyendo que la guerra duraría unas pocas semanas. No tenían hueco para estar recostados todos a la vez. Sus únicos enseres eran una lámpara de aceite y un cubo; la comida y el aire entraban a la una de la madrugada, dos horas después de que la criada del juez se marchase a su casa. A eso de las doce y media el anciano comenzaba a empujar la librería, despacio. Debido a su edad le llevaba casi media hora, con muchos descansos, apartarla lo suficiente para que todos saliesen.*

*El juez Rath era un prisionero más de aquella vida. Sabía muy bien que el marido de la criada era miembro del partido nazi. Tuvo que enviarla de vacaciones unos días a Salzburgo para construir el escondite, y al volver le dijo que habían reformado las tuberías del gas. No se atrevía a despedirla, pues hubiese dado que hablar. Tampoco se arriesgaba a tener grandes cantidades de comida, y desde que comenzaron los cupones de racionamiento cada vez se le hacía más complicado alimentar a cinco personas. Jora lo compadecía, pues había vendido todos los objetos de valor que pudo para hacerse con carne y patatas de contrabando, que dejaba escondidos en el trastero del edificio. Por la noche, mientras todos salían descalzos, fantasmas extraños y susurrantes, él bajaba la comida del trastero.*

*Los Cohen no se atrevían a permanecer más que unas pocas horas fuera de su encierro. Mientras Jora procuraba que los niños se lavasen y se moviesen un poco, Josef y Odile mantenían quedas conversaciones con el juez. Durante el día no podían decir ni una sola palabra, ni hacer el más mínimo ruido. Pasaban el tiempo durmiendo, o en un estado de duermevela que a Jora se le antojaba una tortura hasta que escuchaba los rumores sobre los campos de Treblinka, Dachau y Auschwitz. Los detalles más nimios de la vida se convertían en operaciones complicadísimas. Las necesidades fisiológicas, beber o incluso cambiar al pequeño Yudel los pañales eran procesos largos y tediosos en aquel zulo. Jora no dejaba de asombrarse de la capacidad expresiva de Odile Cohen, que había desarrollado un complejo sistema de signos que dedicaba en su mayor parte a largas y amargas discusiones con su marido.*

*Pasaron tres años de silencio. Yudel no aprendió a hablar más que cuatro o cinco palabras. Fue una suerte que tuviese un carácter tranquilo. De niño apenas lloraba, y prefería estar en brazos de Jora antes que en los de la madre, algo que a Odile no parecía importarle demasiado. Ella sólo tenía ojos para Elan, que fue el que más sufrió aquel encierro. Era un chico inquieto y consentido de cinco años cuando estallaron los pogromos de noviembre del 38. Tras más de mil días de encierro, tenía la mirada perdida y alucinada. Insistía en ser el último en entrar al escondite cuando sonaba la hora de volver. Muchas veces se negaba a entrar, o se quedaba clavado en la entrada. En esas ocasiones Yudel se acercaba y le tomaba la mano, animándole a hacer el sacrificio de nuevas e interminables horas de oscuridad.*

*Hasta que, seis noches antes, simplemente no había aguantado más. Cuando todos menos él habían vuelto al agujero, Elan se escurrió por la puerta. Los dedos artríticos del juez sólo alcanzaron a rozarle la camisa antes de que el niño se escapase. Josef intentó seguirle, pero cuando llegó a la calle no había rastro de Elan.*

*Las noticias llegaron tres días después, en el Kronen Zeitung. Un pequeño judío, deficiente mental y sin familia conocida, había sido ingresado en el Kinderspital AM Spiegelgrund. El juez se mostró horrorizado. Cuando les explicó, con un nudo en la garganta, cuál era el destino más probable de su hijo, Odile renunció a toda prudencia y sensatez. Jora comenzó a sentir la desazón y los mareos en el instante en el que la señora Cohen cruzó la puerta. Bajó el brazo*

*llevaban aquel paquete que les había acompañado en el escondrijo, el mismo que habían llevado al hospital años atrás. Su marido, a pesar de sus protestas, la acompañó, no sin antes darle un sobre a Jora.*

*—Para Yudel. Que no lo abra antes de su bar mitzvah.*

*Habían pasado dos noches terribles desde aquel momento. Jora ansiaba noticias, pero el juez estaba más taciturno aún que de costumbre. El día anterior la casa había estado llena de ruidos extraños. Y entonces, por primera vez en tres años, la librería comenzó a desplazarse en pleno día y en el hueco apareció el rostro del juez.*

*—Fuera, rápido. ¡No hay un segundo que perder!*

*Jora parpadeó. Le costó reconocer aquel fuerte resplandor que encontraron en la parte exterior del zulo como la luz del sol. Yudel no la había visto jamás. Volvió a meterse en el agujero, asustado.*

*—Jora, lo siento. Ayer supe de la detención de Josef y Odile, pero no le dije nada para no preocuparla más aún. Ahora ya no puede quedarse aquí. Los interrogarán, y por mucho que aguanten acabarán descubriendo dónde está Yudel.*

*—La señora no dirá nada. Ella es fuerte.*

*El juez meneó la cabeza.*

*—Le prometerán la vida del mayor a cambio de revelar el escondite del pequeño, o algo peor. Siempre consiguen que la gente hable.*

*La criada se echó a llorar.*

*—No hay tiempo para eso ahora, Jora. Cuando Josef y Odile no regresaron fui a ver a un amigo en la legación búlgara. Les he conseguido dos tarjetas de salida a nombre de Bilyana Bogomil, institutriz, y Mikhail Zhivkov, hijo de un diplomático búlgaro. Se supone que vuelve usted con el niño a la escuela tras pasar la Navidad con sus padres. —Le enseñó unos billetes rectangulares—. Esto son dos pasajes en el tren a Stara Zagora. Pero usted no llegará hasta allí.*

*—No comprendo —dijo Jora.*

*—Ése es el destino oficial de su viaje, pero ustedes se quedarán en Cernavoda. Allí el tren hace un breve alto. Usted bajará para que el niño estire las piernas, muy sonriente y sin llevar ninguna maleta ni nada en la mano. En cuanto pueda, desaparezca. Constanta está a sesenta kilómetros al este. Tendrá que hacer el trayecto andando o en calesa, si consigue alguien que los lleve.*

*—Constanta —repitió Jora, intentando memorizarlo todo en su aturdimiento.*

*—Antes era Rumanía, ahora es Bulgaria. Mañana quién sabe. Lo que importa es que es un puerto de mar que los nazis no controlan demasiado. Allí podrá encontrar un barco a Estambul. Y desde Estambul a cualquier parte.*

*—Pero no tenemos dinero. No podré comprar el billete.*

*—Aquí tiene unos marcos para el viaje. Y en este sobre hay dinero suficiente para los pasajes.*

*La criada miró alrededor. En la casa no quedaba ni un solo mueble, y Jora comprendió de dónde procedían los ruidos que había escuchado el día anterior: el viejo había empeñado todo lo que poseía para darles una oportunidad.*

*—¿Cómo podemos agradecerérselo, juez Rath?*

—No lo haga. Su viaje será muy peligroso. No estoy seguro de que las tarjetas de salida sirvan para protegerlos. Que Dios me perdone, espero no estar mandándolos a la muerte.

Dos horas después Jora consiguió arrastrar al niño hasta la escalera del edificio. Iba a lanzarse al exterior cuando un camión frenó en la acera. Todos los que vivían bajo el yugo de los nazis conocían muy bien aquella lúgubre melodía. Comenzaba por un chirrido, seguido por un grito y un sordo tamborileo de botas sobre la nieve. Después el tamborileo se hacía más nítido cuando las suelas golpeaban madera, y rogabas para que la canción pasase de largo. Había un crescendo y una pausa cuando los músicos golpeaban una puerta. Tras la pausa, comenzaba el coro de lamentos, que a veces terminaba con un solo de ametralladora. Y cuando la canción concluía, las luces volvían a encenderse, los comensales a la mesa y las madres sonreían fingiendo que no había ocurrido nada.

Jora, que conocía muy bien la tonada, se ocultó bajo la escalera cuando escuchó los primeros compases. Un soldado paseó nervioso por el oscuro portal, mientras sus compañeros echaban abajo la puerta de Rath. Llevaba en la mano una linterna, y el haz de luz partía la oscuridad, hambriento. Rozaba ya el zapato gris y gastado de Jora. Yudel le agarró muy fuerte, tanto que Jora tuvo que morderse el labio para no gritar de dolor. El soldado estaba tan cerca que ambos olieron el cuero de su abrigo y el aroma frío, metálico y grasiento del cañón del arma.

El estruendo de un disparo descendió por la escalera. El soldado interrumpió su búsqueda y corrió hacia sus compañeros, que gritaban. Jora levantó en brazos a Yudel y salió a la calle, andando muy despacio.



A BORDO DE LA *BEHEMOT*

Navegando por el golfo de Aqaba, mar Rojo

*Martes, 11 de julio de 2006. 18.03*

Casi todo el hueco de la sala lo ocupaba una mesa rectangular sobre la que habían colocado ordenadamente unas carpetas de cartón, frente a las que había sentadas una veintena de personas. Harel, Fowler y ella habían entrado los últimos y tuvieron que ocupar los huecos que quedaban. A Andrea le tocó entre una joven afroamericana con una especie de uniforme paramilitar y un hombre maduro de grueso bigote. La joven la ignoró y siguió hablando con los compañeros de su izquierda, vestidos como ella. El hombre maduro le estrechó con una mano de dedos rugosos y gruesos, tan juntos como un paquete de seis cervezas.

—Tommy Eichberg, conductor. Usted debe de ser la señorita Otero.

—Vaya, otro que me conoce. Un placer.

Eichberg sonrió. Tenía un rostro amable y redondo y empezaba a quedarse calvo.

—Espero que ya se encuentre mejor.

Andrea iba a responder pero le interrumpió un fuerte y desagradable carraspeo. Acababa de entrar un anciano que pasaba de largo los setenta. Las arrugas le hostigaban los ojos hasta empequeñecerlos, efecto que se acentuaba por los pequeños lentes que llevaba. Tenía el cráneo pelado y una enorme barba grisácea le flotaba alrededor de la boca como una nube de ceniza. Vestía con pantalones y camisa cortos de color caqui y unas gruesas botas negras. Su voz era tan aguda y desagradable como el filo de un bisturí sobre los dientes. Comenzó a hablar antes siquiera de llegar a la cabecera de la mesa, donde había una pizarra electrónica portátil. Al lado se hallaba el secretario de Kayn.

—Caballeros, señoritas. Mi nombre es Cecyl Forrester y soy profesor de Arqueología Bíblica en la Universidad de Massachusetts. No es la Sorbona, pero es un hogar.

Hubo algunas risas educadas entre los ayudantes del profesor, que habían escuchado el chiste un millón de veces.

—Han estado especulando ustedes acerca del propósito de este viaje desde que pusieron los pies en el barco. Espero que no desde antes, ya que sus, mejor dicho, nuestros contratos de confidencialidad con Kayn Enterprises requieren de silencio absoluto por su parte desde el momento en el que los firmaron y hasta que su muerte haga felices a sus herederos. Las condiciones de mi contrato, por desgracia, también incluyen que les ilumine durante la próxima hora y media. No me interrumpan excepto para hacer preguntas inteligentes. Como el señor

Russell me ha facilitado sus fichas, conozco sus IQ e incluso sus marcas favoritas de condones. Así que no se molesten en intentarlo los discípulos del señor Dekker.

Andrea, que estaba parcialmente girada hacia el profesor, escuchó un murmullo amenazador a su espalda. Los de uniforme se agitaban nerviosos.

—Ese *hijoputa* se cree más listo que nadie —se oyó en un susurro—. Tal vez le haga tragar los dientes uno a uno.

—Silencio.

La voz era suave, pero tenía un matiz tan violento que Andrea no pudo reprimir un escalofrío. Giró la cabeza lo suficiente para ver que pertenecía a Mogens Dekker, el hombre de la cicatriz, apoyado en un mamparo a pocos metros. Los soldados se callaron inmediatamente.

—Bien, y ahora que todos estamos en nuestro lugar —continuó Cecyl Forrester—, será mejor que los presente. Hemos sido convocadas veintitrés personas para el que será el mayor descubrimiento de todos los tiempos, y todos ustedes jugarán un papel en él. Ya conocen al señor Russell, a mi derecha. Él ha sido quien les ha seleccionado a todos.

El asistente de Kayn hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo.

—A su derecha, el padre Anthony Fowler, quien actuará como observador del Vaticano en la expedición. Le sigue el grupo de currantes: Nuri Zayit y Rani Peterke, cocinero y ayudante de cocina. Robert Frick y Brian Hanley, intendencia.

Los dos cocineros eran dos hombres mayores. Zayit rondaría los sesenta y era un hombre enjuto y de labios caídos, mientras que su ayudante era un hombre grueso y algo más joven. Andrea no supo precisar cuánto. Los dos de intendencia, por el contrario, eran jóvenes y estaban casi tan morenos como él.

—Además de estos obreros excesivamente pagados tenemos a mis vagos y pelotas ayudantes. Todos tienen licenciaturas en universidades caras y creen saber más que yo: David Pappas, Gordon Durwin, Kyra Corwin, Stowe Erling y Ezra Levine.

Los jóvenes arqueólogos se removieron en sus sillas y trataron de poner cara de profesionalidad. Andrea los compadeció. Los cinco rondaban la treintena, pero el dogal de terror con el que los sujetaba Forrester les hacía parecer más jóvenes e inseguros de lo que eran. Justo lo contrario del otro lado de la mesa, donde se sentaban los uniformados junto a la joven periodista.

—Al fondo, el señor Dekker y sus perros de presa: los gemelos Gottlieb, Alois y Alryk; Tewi Waaka, Paco Torres, María Jackson y Louis Maloney. Ellos se encargarán de nuestra seguridad añadiendo armas de gran calibre al material de la expedición. La ironía de esta frase es devastadora, ¿no les parece?

Los soldados no reaccionaron, pero Dekker separó la espalda de la pared y se inclinó sobre la mesa.

—Viajamos a una zona fronteriza de un país islámico. Dada la naturaleza de nuestra... misión, los lugareños podrían ponerse violentos. Seguro que el profesor Forrester apreciará el calibre de nuestras armas si llega el caso.

Forrester abrió la boca para responder pero algo en el rostro de Dekker debió convencerle de que no era el mejor momento para ácidas réplicas.

—Más a la derecha tienen ustedes a Andrea Otero, nuestra cronista oficial. Les ruego que atiendan sus peticiones de entrevistas e información para que ella pueda contar nuestra historia al

mundo.

La joven lanzó una sonrisa a su alrededor y se encontró con algunas más de vuelta.

—El hombre del bigote es Tommy Eichberg, nuestro chofer. Y por último a su derecha, la matasanos oficial, Doc Harel.

—No se agobien si no se saben el nombre de los demás —dijo la doctora levantando la mano—. Vamos a pasar juntos un buen número de días en un lugar que no destaca por su oferta cultural, así que nos conoceremos bien. No se olviden llevar encima la chapa que la tripulación les ha dejado en el camarote.

—A mí me da igual que se sepan el nombre de los demás mientras hagan su trabajo —interrumpió el viejo profesor—. Si prestan atención a la pizarra electrónica les contaré una historia.

La pantalla se iluminó con imágenes de una ciudad de la antigüedad recreadas por ordenador. Sobre un valle se alzaba una ciudad de muros ocres y tejados de terracota, rodeada por una triple muralla. Las calles rebosaban de personas haciendo sus quehaceres cotidianos. Andrea se maravilló del nivel de detalle de la presentación, digno de las mejores producciones de Hollywood, pero la voz que narraba el documental era la del propio profesor. *El tipo es tan narcisista que no se da cuenta del horrible timbre que tiene. Me levanta dolor de cabeza*, pensó la joven.

Bienvenidos a Jerusalén, abril del año 70 d. C. La ciudad lleva cuatro años ocupada por los rebeldes celotes, que expulsaron a los in. Los romanos, oficialmente los dueños de Israel, no pueden tolerar por más tiempo la situación y Roma le encarga a Tito que dé un castigo ejemplar.

El tranquilo paisaje de mujeres recogiendo agua en los pozos con sus cántaros y niños jugando cerca del brocal se interrumpe cuando unos estandartes coronados por águilas aparecen en el horizonte. Se oyen trompetas y los niños corren despavoridos al interior de los muros.

Cuatro legiones rodean la ciudad en pocas horas. Es el cuarto asedio de la ciudad, y sus habitantes han repelido con éxito los anteriores intentos de los romanos de reconquistar la ciudad. Pero Tito utiliza una estrategia muy hábil. Permite que todos los peregrinos que van llegando a Jerusalén para la Pascua crucen el asedio. Pasada la fiesta, el círculo se cierra. Tito no permite a los peregrinos salir, y ahora la ciudad tiene casi el doble de habitantes. Las reservas de agua y de comida menguan muy deprisa. Las legiones romanas lanzan un ataque sobre el lado norte, derribando el tercer muro. Estamos a mediados de mayo, y la caída de la ciudad sólo es cuestión de tiempo.

La imagen muestra un ariete destruyendo el muro y unos sacerdotes contemplándola desde el monte más alto de la ciudad, con lágrimas en los ojos.

La ciudad caería en septiembre, y Tito cumpliría el escarmiento que había prometido a Vespasiano. La mayoría de sus habitantes serían pasados a cuchillo o dispersados, sus posesiones saqueadas. Su templo, destruido.

Un grupo de legionarios rodeado de cadáveres saca un gigantesco candelabro de siete brazos del templo en llamas, mientras el general sonríe desde lo alto de su caballo.

El segundo templo de Salomón fue arrasado hasta los cimientos, y así ha continuado hasta hoy. Muchos de los tesoros del templo fueron saqueados. Muchos, pero no todos. Tras

la caída en mayo del Tercer Muro, un sacerdote llamado Yirmsyáhu concibió un plan para poner a salvo parte del tesoro. Seleccionó un grupo de veinte valientes y les dio paquetes e instrucciones precisas a los doce primeros sobre dónde llevar los paquetes y qué hacer con ellos. Dichos paquetes contenían la parte «convencional» del tesoro del templo: grandes cantidades de oro y plata.

Un anciano sacerdote, vestido con túnica negra y barba blanca, habla con dos jóvenes mientras otros esperan su turno en una estancia de piedra iluminada con antorchas.

A los últimos ocho hombres Yirmsyáhu les tenía reservado un destino muy especial. Diez veces más peligroso que el de los otros.

El sacerdote conduce a los cinco hombres, que cargan un pesado fardo con la ayuda de unas andas, por una intrincada red de túneles, antorcha en mano.

Usando los pasadizos secretos bajo el templo, Yirmsyáhu los condujo más allá de las murallas, más allá del asedio romano. Aquella zona, a la retaguardia de la legión X Fretensis, era controlada cada cierto tiempo por patrullas, pero los escogidos del sacerdote consiguieron llevar su pesada carga hasta Ysriho, la moderna Jericó, al alba del día siguiente. Y ahí desaparece su rastro para siempre.

El profesor apretó un botón y la pantalla se apagó. Se volvió a su audiencia, que esperaba en silencio, expectante.

—La hazaña de estos hombres fue increíble. Recorrieron 22 kilómetros con una carga enorme en apenas nueve horas. Y eso sólo fue el principio de su viaje.

—¿Qué es lo que llevaban, profesor? —preguntó Andrea.

—Supongo que el objeto más valioso —dijo Harel.

—A su debido tiempo, queridas. Yirmsyáhu volvió al interior de la ciudad y pasó los dos días siguientes escribiendo un manuscrito muy especial en un soporte aún más especial. Era un mapa detallado con instrucciones para recobrar los lotes en los que había repartido los tesoros del templo que había podido salvar... pero no pudo hacerlo solo. Era un mapa verbal, escrito en bajo relieve sobre un rollo de cobre de tres metros de largo.

—¿Por qué cobre? —preguntó alguien desde atrás.

—A diferencia del papiro o el pergamino, el cobre es un material perdurable. También es mucho más difícil de trabajar sobre él. Hicieron falta cinco personas que escribieron todo el texto en una sola sesión, a veces alternándose. Cuando terminaron, Yirmsyáhu dividió el texto en dos partes y entregó una a un mensajero con instrucciones de ponerlo a salvo en una comunidad de Yisseyitas que vivía cerca de Jericó. La otra la entregó a su propio hijo, uno de los *kohanim*, un sacerdote como él. Y ésta es la historia que conocemos de primera mano, porque Yirmsyáhu la escribió en su manuscrito. Después la pista se pierde durante 1882 años.

El viejo hizo una pausa para tomar aliento y beber agua. Por un momento dejó de parecer un pomposo maniquí arrugado y se asemejó mucho a un ser humano.

—Señores, ahora ustedes conocen más de esta historia que cualquier erudito del mundo. Nadie sabe cómo se escribió el manuscrito. Y sin embargo se hizo muy famoso cuando una de sus partes apareció en 1952, en una cueva de Palestina. El manuscrito estaba entre los cerca de 85 000 fragmentos de texto que se han encontrado hasta ahora en Qumran.

—¿Es el famoso Rollo de Cobre de Qumran? —intervino la Doctora Harel.

El arqueólogo volvió a encender la pizarra, que mostró la imagen de un fragmento del famoso rollo. Una plancha curvada de metal verde oscuro, con caracteres casi ilegibles en su superficie.

—Así lo llamaron. Enseguida llamó la atención de los investigadores, tanto por su especial contenido (que ninguno fue capaz de traducir convenientemente) como por su soporte de cobre. Quedó claro desde el principio que era la lista de un tesoro, formada por 64 ítems. Las entradas daban una idea de lo que había que buscar y dónde, por ejemplo:

Bajo la cueva que hay cuarenta pasos al este de la Torre de Achor, cavad un metro. Hay seis barras de oro.

—... pero las indicaciones eran vagas y las cantidades descritas parecían irreales (algo así como 200 toneladas de oro y plata), así que los investigadores «serios» dijeron que era un mito, un cuento, una falsificación, una broma.

—Muchas molestias para una broma —dijo Tommy Eichberg.

—¡Exacto! Brillante, señor Eichberg, brillante, sobre todo para un conductor —dijo Forrester, que parecía incapaz de mandar ni el más leve cumplido sin acompañarlo de un insulto—. En el año 70 no había ferreterías. Una enorme plancha de cobre al 99 por ciento era costosísima. Y nadie hubiese escrito un relato de ficción en un soporte tan caro. Había un rayo de esperanza. El ítem n.º 64 era, según el Rollo, «un texto como este, con instrucciones y una clave para hallar los objetos descritos».

Uno de los soldados levantó la mano.

—Así que el viejo ese, Yermiyaju...

—Yirmsyáhu.

—Como sea. Así que el viejo partió en dos el manuscrito, ¿y uno era la clave para hallar el otro y al revés?

—Y los dos juntos para encontrar el tesoro. Sin el segundo rollo, toda esperanza de descifrar el manuscrito era nula. Pero hace ocho meses ocurrió algo...

—Seguro que sus oyentes preferirán la versión abreviada, doctor —dijo el padre Fowler con una sonrisa.

El viejo arqueólogo se le quedó mirando durante unos segundos. Andrea notó cómo hacía un esfuerzo por continuar hablando y se preguntó qué demonios había sucedido entre aquellos dos hombres.

—Sí. Seguro. Bueno, baste decir que por fin apareció la segunda parte del manuscrito, gracias a los esfuerzos del Vaticano por localizarla. Se había transmitido de padres a hijos como un objeto sagrado. El deber de la familia era custodiarlo hasta el momento oportuno. Para ello lo escondieron en una vela, pero en el proceso olvidaron qué era lo que había dentro.

—No es de extrañar. Fueron... ¿cuántas? ¿Setenta, ochenta generaciones? Es un milagro que el deber de cuidar de la vela se mantuviese intacto —dijo alguien situado enfrente de Andrea. A la joven le pareció que se trataba de Brian Hanley.

—Los judíos somos un pueblo de hombres pacientes —dijo Nuri Zayit—. Llevamos tres mil años esperando al Mesías.

—Y esperaréis tres mil más —dijo uno de los soldados de Dekker. Un coro de risas escandalosas y chocar de palmas en la esquina del fondo siguió a aquel chiste de mal gusto. Nadie más se rió. Por los nombres, Andrea sospechaba que casi todos los integrantes de la expedición, excepto los paramilitares, eran de origen judío. La joven sintió la tensión, tan patente como una cabeza de pollo en un pastel de bodas.

—Sigamos —dijo Forrester, ignorando las burlas de los soldados—. Sí, fue un milagro. Contémplo.

Uno de los ayudantes trajo un marco de madera de un metro de largo, en el que se había colocado y protegido con un cristal una plancha de cobre repleta de símbolos en hebreo. Todos, incluso los soldados, se quedaron mirándolo y comentándolo en voz baja.

—Parece nuevo.

—Sí, el Rollo de Cobre es más viejo. No brilla y está cortado en tiras pequeñas.

—El Rollo de Cobre parece mucho más antiguo porque estuvo expuesto al aire —aclaró el profesor—, y está cortado en tiras pequeñas porque los investigadores no hallaron otra forma de abrirlo y leer su contenido que cortándolo. El Segundo Rollo estuvo protegido permanentemente de la oxidación por la cera en la que estaba envuelto. Por eso ahora lo ven ustedes casi como el primer día. Nuestro propio mapa del tesoro.

—¿Así que han logrado descifrarlo? —dijo Andrea.

—Una vez que tuvimos el segundo manuscrito, descifrar el contenido del primero fue un juego de niños. No ha sido fácil mantener el secreto de un descubrimiento como éste. Por favor, no me importunen pidiendo más detalles acerca del proceso ya que no estoy autorizado a revelarles nada aún, y de todas maneras tampoco lo iban a entender.

—¿Así que vamos en busca de un montón de oro? ¿No es un objetivo un tanto banal para una expedición tan pretenciosa? ¿O para alguien a quien le sale el dinero por las orejas como al señor Kayn? —dijo Andrea.

—Señorita, no vamos en busca de un montón de oro. De hecho, ya hemos encontrado un poco.

El viejo arqueólogo hizo una seña a uno de sus ayudantes, quien despegó un fieltro negro encima de la mesa y colocó sobre él un objeto resplandeciente con mucho esfuerzo. Era la mayor barra de oro que Andrea había visto en su vida. Tenía el tamaño de un antebrazo humano, y no estaba tallada, sólo fundida. Su superficie estaba llena de cráteres, curvas e imperfecciones, y aun así era muy hermosa. Todos los ojos se clavaron en la mesa y hubo varios silbidos de admiración.

—Usando la clave del Segundo Rollo descubrimos uno de los escondrijos descritos en el Rollo de Cobre. Fue en marzo de este año, en un lugar de Cisjordania. Había seis barras de oro como ésta.

—¿Cuánto vale?

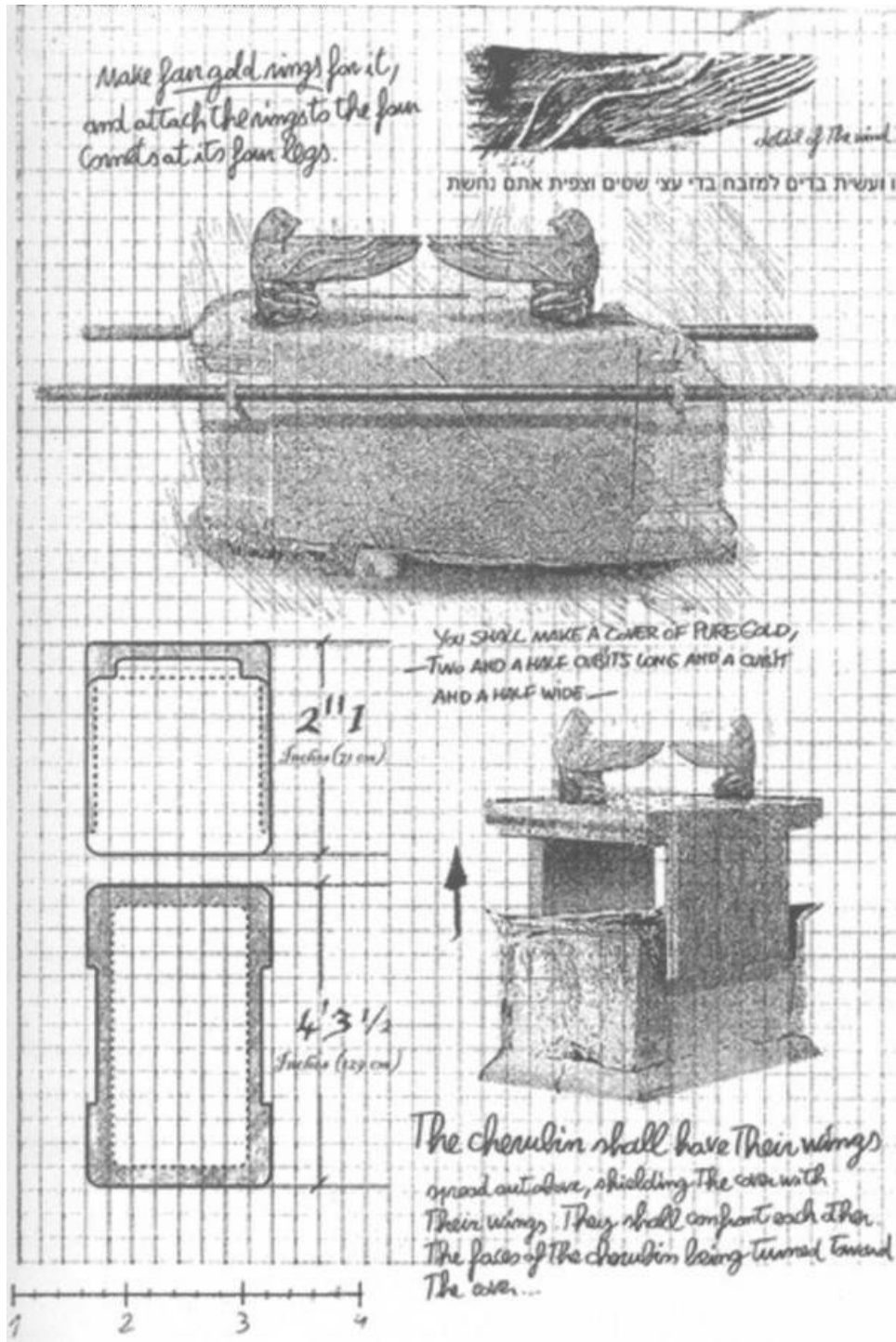
—Unos 300 000 dólares...

Los silbidos se convirtieron en gritos.

—... pero créanme, no es nada comparado con el valor de lo que vamos a buscar. El objeto más poderoso de la historia de la Humanidad.

Forrester hizo un gesto y uno de los ayudantes se llevó la barra, pero dejó el fieltro negro. El arqueólogo sacó de entre sus papeles una hoja de papel pautado y la dejó en el mismo lugar en el

que había reposado el oro. Los presentes se inclinaron con avidez sobre la mesa, intentando ver qué era. Todos, sin excepción, reconocieron al instante lo que representaban los bocetos de la hoja.



—Señoras y señores, ustedes son los 23 elegidos para devolver al mundo el Arca de la Alianza.

A BORDO DE LA *BEHEMOT*

Navegando por el golfo de Aqaba, mar Rojo

Martes, 11 de julio de 2006. 19.17

Una oleada de asombro recorrió la sala. Todos empezaron a hablar entre ellos, excitados. Enseguida acribillaron a preguntas al viejo arqueólogo.

—¿... dónde está el Arca?

—¿... lo que hay dentro...?

—¿... podremos ayudar...?

Andrea se quedó asombrada ante la reacción de los asistentes, e incluso la suya propia. Aquellas palabras, Arca de la Alianza, inmediatamente añadían un componente místico al gran descubrimiento arqueológico que significaría hallar aquella reliquia.

*Ni siquiera una entrevista con Kayn está a la altura de esto. Russell tenía razón. Si encontramos el Arca, sería la noticia del siglo. Una prueba de la existencia de Dios...*

Su respiración se aceleró. De repente quería hacerle cientos de preguntas a Forrester, pero enseguida supo que sería inútil. El viejo los había llevado hasta aquel punto y ahora iba a dejarles allí plantados, deseando más.

*Una forma excelente de asegurarse nuestra colaboración.*

Corroborando el pensamiento de Andrea, Forrester los miró con la misma cara de satisfacción de un gato que se acabase de zampar un canario. Hizo gestos con las manos de que se callasen.

—Es suficiente por hoy. No quiero darles más de lo que sus cerebros puedan asimilar. Les informaremos cuando llegue el momento. Por ahora le voy a pasar la palabra...

Andrea lo interrumpió.

—Una última cosa, profesor. Dijo que somos veintitrés elegidos, y yo aquí cuento veintidós. ¿Quién falta?

Forrester se giró en gesto de muda pregunta a Jacob Russell, quien le hizo una señal de aprobación.

—El número 23 en la expedición será el señor Raymond Kayn.

Las conversaciones pararon de golpe.

—¿Qué coño significa eso? —dijo uno de los mercenarios.

—Significa que el patrón de la expedición, que como todos saben llegó hace unas horas al barco, viajará con nosotros. ¿Tan raro le resulta, señor Torres?



—Por Dios, dicen que el viejo está chalado. Ya es difícil proteger a los cuerdos. A los chalados es imposible —replicó el tal Torres, que a Andrea le pareció de Sudamérica. Era bajo, enjuto de carnes y muy moreno de piel. Su inglés tenía un fuerte acento latino.

—Torres.

El mercenario se encogió en la silla. No se dio la vuelta. La voz de Dekker a su espalda le impidió seguir metiendo la pata.

Mientras, Forrester se sentó y fue Jacob Russell quien se puso en pie. Andrea se fijó en que su americana blanca no tenía ni una sola arruga.

—Buenas tardes a todos. Quiero agradecer al profesor Cecyl Forrester su emotiva presentación y a todos ustedes su presencia aquí en mi nombre y en el de Kayn Industries. Tengo poco más que añadir, salvo dos detalles muy importantes. El primero, desde este preciso momento queda prohibida cualquier comunicación con el exterior. Eso incluye móviles, e-mail y comunicaciones verbales. Desde este momento y hasta que cumplamos nuestra misión, el universo son ustedes. Entenderán que esta medida es necesaria para salvaguardar el éxito de nuestra delicada misión y nuestra propia seguridad.

Hubo unos leves murmullos de protesta sin demasiado entusiasmo. Lo que decía Russell ya lo sabían, pues venía especificado en el interminable contrato que todos habían firmado.

—Lo segundo es mucho más desagradable. Hemos recibido un informe, aún no confirmado, de una consultora de seguridad que afirma que un grupo terrorista islámico conoce nuestra misión y planea atentar contra nosotros.

—¿Cómo...?

—... una broma...

—... peligroso...

El secretario de Kayn alzó los brazos en gesto tranquilizador. Era evidente que esperaba la avalancha de preguntas.

—No se alarmen. Sólo quiero que estén atentos y no corran riesgos innecesarios, y aún menos digan a nadie externo a ustedes nada acerca de nuestro destino final. Desconozco de dónde proviene la filtración pero, créanme, lo averiguaremos y actuaremos en consecuencia.

—¿Pueden haberlo sabido por el gobierno jordano? —sugirió Andrea—. Un grupo como el nuestro llamará la atención.

—En lo que concierne al gobierno jordano somos una expedición comercial que va a realizar un estudio de viabilidad para una mina de fosfatos en cierto sector del oeste de Jordania. Ninguno de ustedes pasará por aduana, así que no se preocupen de sus tapaderas.

—No me preocupa mi tapadera, me preocupan los terroristas —dijo Kyra Larsen, una de las ayudantes del profesor Forrester.

—No deberían, nena, mientras estemos aquí para protegerte —se chuleó uno de los soldados.

—Mientras no esté confirmado, sólo es un rumor. Y los rumores no hacen daño —dijo Russell, con una amplia sonrisa.

*Pero las confirmaciones sí, pensó Andrea.*

La reunión acabó poco después. Russell, Dekker, Forrester y algunos otros se retiraron a sus camarotes. En la puerta de la sala había dos carritos con una cena fría que algún marinero había

dejado discretamente. Estaba claro que su aislamiento había comenzado.

Los que continuaban en la sala, departiendo excitados acerca de las revelaciones que acababan de escuchar, atacaron la comida. Andrea habló durante un par de horas con la doctora Harel y Tommy Eichberg mientras daba cuenta de sándwiches de rosbif y un par de vasos de cerveza.

—Celebro que ya se encuentre con apetito otra vez, Andrea.

—Gracias, Doc. Pero por desgracia al final de cada cena mis pulmones reclaman su dosis de nicotina.

—Tendrá que fumar en cubierta —dijo Tommy—. En el interior de la *Behemot* está prohibido. Ya sabe...

—¡... órdenes del señor Kayn! —concluyeron los tres a coro, y soltaron una carcajada.

—Sí, sí, lo sé. No se preocupen, volveré en cinco minutos. Quiero ver si en ese carrito hay algo más fuerte que cerveza.

A BORDO DE LA *BEHEMOT*

Navegando por el golfo de Aqaba, mar Rojo

*Martes, 11 de julio de 2006. 21.41*

Afuera ya había anochecido. Andrea salió al pasillo de la superestructura y caminó despacio hacia la proa, lamentando no haber traído un jersey. La temperatura había descendido bastante. La brisa le agitó el pelo y la hizo estremecerse.

Sacó el arrugado paquete de Camel del bolsillo del pantalón y su mechero de la suerte del otro. No era nada del otro mundo, sólo un recargable de color rojo con flores estampadas. No valdría más de siete euros en unos grandes almacenes, pero había sido el primer regalo de Eva.

Necesitó diez intentos para conseguir encender un cigarro debido al viento. Cuando lo consiguió le supo a gloria. Le había resultado casi imposible fumar desde que pisó la *Behemot* debido al mareo. Y no por falta de intentos.

Mientras disfrutaba del rumor del oleaje bajo la proa del barco, la joven periodista buscaba en su memoria cualquier dato que pudiese recordar acerca de los Manuscritos del Mar Muerto y del Rollo de Cobre. No había demasiado. Por suerte los ayudantes del profesor Forrester le habían prometido darle un curso acelerado para que pudiese transmitir mejor la importancia del descubrimiento.

Andrea celebró su buena suerte. Aquella expedición era mucho mejor de lo que había imaginado. Aunque no encontrasen el Arca, algo que Andrea creía imposible, el reportaje acerca del Segundo Rollo y del descubrimiento de parte del tesoro sería suficiente incentivo para que todos los diarios del mundo comprasen la noticia.

*Lo más sensato será buscar un agente para vender la pieza completa. Me pregunto qué saldría mejor, si vender una exclusiva a uno de los grandes como National Geographic o New York Times, o muchas ventas a muchos medios. Seguro que con esto me saco de encima las facturas de las tarjetas de crédito,* pensó Andrea.

Le dio una última calada al cigarro y se acercó a babor para tirarlo. Caminaba despacio porque no había olvidado el incidente de por la tarde con aquella borda tan baja. Echó el brazo hacia atrás y en el último instante flotó ante ella el rostro de la doctora Harel recordándole que contaminar es feo.

*Vaya, Andrea. Igual hasta hay salvación para ti. Tú haciendo algo bien cuando nadie mira,* se dijo mientras apagaba la colilla en el mamparo y se la guardaba en el bolsillo de los vaqueros.

En ese momento, sintió que algo la agarraba por los tobillos y el mundo se dio la vuelta. Andrea manoteó desesperada intentando sujetarse a algo pero sus dedos sólo encontraron aire. Mientras caía, Andrea creyó ver una forma oscura en la borda, mirándola. Luego su cuerpo chocó con el agua.

Hundiéndose en el mar Rojo  
*Martes, 11 de julio de 2006. 21.43*

Lo primero que sintió Andrea fue un frío intenso que le acuchilló las extremidades. Agitó los brazos en todas direcciones, intentando volver a la superficie. Tardó casi dos segundos en darse cuenta de que no sabía hacia dónde nadar. El poco aire que había en sus pulmones se estaba acabando. Espiró con cuidado, para ver la dirección que tomaban las burbujas, pero no lo consiguió. La oscuridad era total. Las fuerzas la abandonaban. Sus pulmones le golpeaban el pecho desde dentro en oleadas ardientes, intentando activar el reflejo de respirar. Andrea sabía que si tragaba agua estaba muerta. Apretó los dientes de manera casi irracional, decidida a no abrir la boca, intentando pensar.

*Joder. No puede. Así no. No puede acabar así.*

Movió de nuevo los brazos, confiando en estar nadando hacia arriba, cuando una fuerza irresistible la arrastró.

De pronto su cara encontró aire y aspiró con ansia primitiva y ruidosa. Alguien la agarraba por la espalda. Andrea intentó darse la vuelta.

—Tranquila. Respire despacio —el padre Fowler estaba gritándole al oído para hacerse oír. El aire estaba lleno del estruendo de las hélices. Andrea vio con espanto cómo la corriente los iba acercando peligrosamente a la popa del barco—. ¡Escúcheme! No se gire aún o moriremos los dos. Descanse. Quítese los zapatos. Mueva las piernas despacio. Dentro de quince segundos estaremos en el ángulo muerto de la corriente de las hélices. Entonces la soltaré. ¡Nade con todas sus fuerzas!

La joven se quitó las zapatillas empujando con las puntas de los pies. Miraba fijamente la muerte en forma de espuma grisácea y pulsante que los iba succionando lentamente. Apenas estaban a doce metros de la hélice. Reprimió el impulso de zafarse y nadar en dirección contraria. Los tímpanos le zumbaban, y los quince segundos le parecieron una eternidad.

—¡Ahora! —gritó Fowler.

Andrea sintió que la succión se detenía. Nadó en dirección contraria a las hélices, alejándose del estruendo infernal. Les llevó casi dos minutos, hasta que el sacerdote, que la había seguido de cerca, la sujetó de un brazo.

—Ya estamos.

La joven volvió la vista hacia la fragata. Se había alejado bastante de ellos, y ahora podían ver uno de sus costados, iluminado por varios focos que apuntaban al agua. Habían empezado a

buscarles.

—Joder —a Andrea le fallaron las fuerzas en aquel momento. Apenas lograba mantenerse a flote y se hundió durante un segundo. Fowler la sostuvo antes de que se fuese al fondo.

—Tranquila. Déjeme que la sujete como antes.

—Joder —repitió Andrea, escupiendo agua, mientras el sacerdote se colocaba a su espalda y la sostenía en la clásica postura de rescate.

De pronto una luz cegó completamente a la joven. Los potentes focos de la *Behemot* los habían encontrado. La fragata se acercaba ya y se colocaba al lado de su posición. Los marineros gritaban nerviosos en las bordas, los señalaban con el dedo. Dos de ellos les arrojaron salvavidas. Andrea estaba agotada, helada de frío ahora que la adrenalina y el miedo iban remitiendo.

Los marineros les lanzaron un cabo. Fowler comenzó a atarlo por debajo de los brazos de Andrea, rodeándole el pecho.

—¿Qué diantres estaba haciendo para caerse por la borda? —dijo el sacerdote mientras comenzaban a izarla a bordo.

—No me he caído, padre. Me han tirado.

ANDREA Y FOWLER

—Gracias. Creí que no lo contaba.

Ella aún tiritaba sobre cubierta, enroscada en una manta. Él estaba sentado junto a su lado, estudiándola con preocupación. Los marineros se alejaban ya, conscientes de la prohibición de hablar con ninguno de los miembros de la expedición.

—No se imagina la suerte que hemos tenido. Las hélices estaban girando muy despacio. La maniobra Anderson, si no me equivoco.

—¿De qué está hablando?

—Salí a tomar el aire y escuché su zambullida nocturna, así que usé el interfono más cercano y salté tras usted. Grité *Hombre al agua a babor*, con lo que ellos tenían que haber ejecutado un círculo completo llamado la maniobra Anderson, pero hacia babor, no hacia estribor.

—Porque si no...

—Porque si se hace al lado contrario al que ha caído el marinero, se le convierte en salchichas con las hélices. Que es lo que ha estado a punto de pasarnos a los dos.

—En mis planes no entra el ser comida para peces.

—¿Está absolutamente segura de lo que me ha dicho antes?

—Como del nombre de mi madre.

—¿Pudo ver quién fue el que la empujó?

—Sólo una sombra oscura.

—Si lo que dice es cierto y la fallida maniobra del barco tampoco ha sido un accidente...

—Pudieron haberle entendido mal<sup>[5]</sup>, padre.

Fowler tardó casi un minuto en responder.

—Señorita Otero, no le hable a nadie acerca de sus sospechas, por favor. Cuando le pregunten diga que se cayó. Si es verdad que hay alguien a bordo que quiere matarla, revelarlo ahora...

—... pondría sobre aviso al muy cabrón.

—Exacto —dijo Fowler.

—No se preocupe, padre. Esas zapatillas de Armani me habían costado doscientos euros — dijo Andrea con labios trémulos—. Quiero coger al hijo de puta que me ha obligado a mandarlas al fondo del mar Rojo.

PISO DE TAHIR IBN FARIS

Ammán, Jordania

Miércoles, 12 de julio de 2006. 01.32

Tahir entró en la casa a oscuras, temblando de miedo. Una voz desconocida lo llamó desde el salón.

—Tahir, ven.

El menudo funcionario requirió de toda su presencia de ánimo para cruzar el recibidor hasta la pequeña sala. Buscó a tientas el interruptor de la luz, pero no funcionaba. En ese momento una mano lo agarró del brazo y se lo retorció, obligándole a arrodillarse. La voz salió de nuevo de entre las sombras, delante de él.

—Has pecado, Tahir.

—No. No, señor, por favor. Mi vida ha estado regida por la *taqwa*, la honradez. Los occidentales me tentaron muchas veces y yo no cedí nunca. Nunca, señor. Éste ha sido mi único error, señor.

—¿Dices que eres honrado, entonces?

—Sí, señor. Lo juro ante Alá.

—Y sin embargo permitiste a los *kafirun*, los infieles, adueñarse de un pedazo de nuestra tierra.

El que le sostenía el brazo aumentó la presión y Tahir dejó escapar un grito ahogado.

—No grites, Tahir. Si amas a tu familia, no grites.

Tahir se llevó el otro brazo a la boca y mordió la manga de su cazadora con todas sus fuerzas. La presión siguió aumentando.

Sonó un crujido seco, terrible.

Tahir se derrumbó, llorando en silencio. El brazo derecho le colgaba del cuerpo como un calcetín relleno de carne.

—Bravo, Tahir. Enhorabuena.

—Señor. Por favor. He cumplido vuestras instrucciones. Durante las próximas semanas nadie se acercará a la zona de la excavación.

—¿Te has asegurado bien de ello?

—Sí, señor. De todas maneras nadie va allí nunca.

—¿Y la policía del desierto?



—La carretera más cercana es un camino de tierra a seis kilómetros. No pasan por allí ni tres veces al año. Cuando los americanos monten el campamento serán suyos. Lo juro.

—Bien, Tahir. Lo has hecho bien.

En aquel momento alguien restableció la corriente y las luces del salón volvieron a encenderse. Tahir se incorporó un poco y lo que vio le heló la sangre en las venas.

Myesha, su hija, y Zayna, su mujer, estaban atadas y amordazadas en el sofá. Pero eso no fue lo que aterrizó a Tahir. Al fin y al cabo su familia ya estaba así cuando él salió cinco horas antes para cumplir las exigencias del grupo de hombres encapuchados.

Lo que le aterrizó fue que esos hombres ya no llevaban las capuchas.

—Por favor, señor —dijo Tahir.

El funcionario había regresado con la esperanza de que todo se arreglase. Que el soborno de sus amigos americanos no trascendiese, que los encapuchados se marchasen y dejaran en paz a su familia. Ahora la esperanza se evaporó como una gota de agua en una sartén al rojo.

Tahir evitó la mirada del hombre sentado entre su mujer y su hija, que tenían los ojos encarnados de tanto llorar.

—Por favor, señor —repitió.

El hombre llevaba algo en la mano. Era una pistola, y en el extremo de su cañón habían sujetado una botella de Coca-Cola de plástico, de medio litro, vacía. Tahir sabía perfectamente lo que era eso: un silenciador primitivo y efectivo.

El funcionario no pudo controlar su temblor.

—No tienes nada que temer, Tahir —dijo el hombre, agachándose para hablarle al oído—. ¿Acaso Alá no preparó la Vida Futura para los hombres honrados?

La detonación fue leve, como un chasquido. Las otras dos se espaciaron unos minutos. Al fin y al cabo, colocar una nueva botella vacía y sujetarla con cinta aislante lleva su tiempo.

A BORDO DE LA *BEHEMOT*

Navegando por el golfo de Aqaba, mar Rojo

Miércoles, 12 de julio de 2006. 09.47

Andrea despertó en la enfermería de la nave, un lugar espacioso con un par de camas, varios armarios de cristal y un escritorio. Una preocupada doctora Harel le había obligado a quedarse allí la noche anterior. La médica no debía de haber dormido demasiado, ya que cuando Andrea abrió los ojos la vio de espaldas, sentada a su escritorio. Leía un libro y daba pequeños sorbos a una taza de café. Andrea bostezó ruidosamente.

—Buenos días, Andrea. Se está perdiendo mi bonito país.

Andrea se levantó de la cama frotándose los ojos. Una cafetera de goteo sobre la mesa era todo lo que alcanzaba a distinguir. La doctora la observó divertida mientras la cafeína empezaba a obrar su mágico efecto sobre el cuerpo de la periodista.

—¿Su bonito país? —dijo Andrea en cuanto fue capaz de articular palabra—. ¿Es que estamos en Israel?

—Técnicamente estamos en aguas de Jordania. Salgamos y se lo mostraré.

Cuando salieron de la enfermería, cuya puerta estaba junto al costado de babor, Andrea alzó el rostro al sol de la mañana. Sería un día caluroso. La joven respiró a gusto y se estiró en su pijama, abriendo mucho los brazos. La doctora Harel, acodada en la borda, se mofó de la periodista.

—Tenga cuidado, no se vaya a caer.

Andrea se estremeció, dándose cuenta de la suerte que tenía de estar viva. La noche anterior, con la agitación del rescate y la vergüenza que había pasado al mentir diciendo que se había caído no dejaron resquicio para el miedo. Pero en ese momento, a la luz del día, el ruido de las hélices y la fría negrura del agua pasaron por su recuerdo como un viento oscuro. Intentó centrar su mente en la hermosura del paisaje que tenía delante.

La *Behemot* se acercaba pausadamente a los muelles, precedida por la pequeña nave del práctico del puerto de Aqaba. Harel señaló hacia la proa del barco.

—Eso es Aqaba, Jordania. Y aquello es Eilat, Israel. Observe como las dos ciudades forman un espejo.

—Es hermoso, cierto. Aunque no lo más bonito que hay por aquí.

Doc se ruborizó ligeramente y apartó la mirada.

—A nivel del agua no se aprecia —Harel siguió hablando atropelladamente—, pero si hubiésemos venido en avión vería cómo el golfo forma una costa cuadrada. La esquina este está ocupada por Aqaba y la oeste por Eilat.

—Ahora que lo menciona, ¿por qué no hemos venido en avión?

—Porque esto no es oficialmente una excavación arqueológica. El señor Kayn quiere recuperar el Arca y llevarla a Estados Unidos. Jordania no estaría de acuerdo con eso bajo ningún concepto. Así que parte de nuestra cobertura como buscadores de fosfatos es venir por mar, como los demás. En Aqaba se embarcan a diario cientos de toneladas de fosfatos con destino a todo el mundo. Nosotros sólo somos un humilde equipo de prospección. Y además traemos nuestros propios vehículos en la bodega.

Andrea asintió pensativa y se recreó en la placidez de la costa. Miró hacia Eilat. Una nube de embarcaciones de recreo flotaba alrededor de ella, como palomas blancas alrededor de un nido verde.

—Nunca he estado en Israel.

—Debe ir —dijo Harel sonriendo con tristeza—. Es una tierra hermosa. Un vergel arrancado al desierto. De arena y de sangre.

La periodista observó a Harel detenidamente. El pelo ensortijado y la tez morena de la doctora eran aún más bellos bajo aquella luz, como si los pequeños defectos presentes en cualquier rostro se difuminasen a la vista de su patria.

—Creo que sé a lo que se refiere, Doc.

Andrea sacó un arrugado paquete de Camel del bolsillo del pijama y encendió uno.

—No debería haberse dormido con él.

—Tampoco debería fumar, ni beber, ni apuntarme a expediciones amenazadas por terroristas.

—Creo que tenemos más cosas en común de las que parece.

Andrea se quedó mirando a Harel, intentando descifrar su último comentario. La doctora adelantó la mano y le tomó un cigarro del paquete.

—Vaya, Doc. No sabe la alegría que me da.

—¿Por?

—Me encanta ver a médicos que fumen. Adoro ver grietas en sus armaduras de autocomplacencia.

Harel soltó una carcajada.

—Usted me gusta. Por eso me resulta tan jodido verla en esta situación.

—¿Qué situación? —dijo Andrea alzando una ceja.

—Hablo del atentado que sufrí ayer.

La periodista se quedó con el cigarro a mitad de camino de la boca abierta.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Fowler.

—¿Lo sabe más gente?

—No. Pero me alegro de que me lo haya contado.

—Voy a matarle —dijo Andrea aplastando el cigarro en la borda—. ¿Sabe la vergüenza que he pasado, cómo me miraban todos ayer...?

—Sé que él le pidió que no se lo dijera a nadie, pero créame, en mi caso es un poco diferente.

—... ¡Fíjate en esa idiota, ni siquiera sabe mantener el equilibrio!

—Bueno, no es algo que no haya estado a punto de pasarle de verdad, ¿se acuerda?

Andrea se azoró al recordar cómo el día anterior Harel había tenido que agarrarla por la camiseta cuando el BA-609 estaba a punto de aterrizar.

—No se preocupe —siguió Harel—. Fowler me lo ha contado con un propósito.

—Que sólo él conoce. Desconfío de él, Doc. Nos encontramos hace tiempo...

—Y también le salvó la vida.

—Veo que también sabe eso. Dicho sea de paso me pregunto cómo fue capaz de sacarme del agua.

—El padre Fowler fue oficial de la Fuerza Aérea de Estados Unidos hace tiempo. Formaba parte de un grupo de élite llamado Pararescatadores.

—Oí hablar de ellos hace un tiempo. Son gente que busca a soldados desaparecidos, ¿verdad?

Harel asintió.

—Creo que le ha cogido a usted cariño, Andrea. Le recuerda usted a alguien.

Andrea se quedó mirándola, pensativa. Allí había una conexión que ella se estaba perdiendo, y estaba decidida a averiguar de qué se trataba. Cada vez estaba más convencida de que su reportaje sobre la búsqueda de una reliquia antigua o su entrevista a uno de los multimillonarios más esquivos del mundo eran sólo pequeñas desviaciones del tema principal. Y para colmo la habían arrojado de un barco en marcha.

*Que me cuelquen si tengo la menor idea de lo que está pasando aquí. Pero la clave está en Fowler y Harel... y cuánto estén dispuestos a contarme,* pensó la periodista.

—Parece que sabe mucho de él.

—Bueno, el padre Fowler viaja mucho.

—Será mejor que concrete un poco, Doc. El mundo es enorme.

—No en el que él se mueve. Él conoció a mi padre, ¿sabe?

—Era un hombre extraordinario —dijo el padre Fowler.

Ambas se volvieron, sorprendidas. El sacerdote estaba detrás de ellas.

—¿Lleva ahí mucho rato? —preguntó Andrea. Una pregunta estúpida que sólo le indica a quien se la haces que has dicho algo que no quieres que sepa. Pero el padre Fowler ignoró la pregunta. Traía un aire muy serio en el rostro.

—Tenemos una tarea urgente que hacer.

OFICINAS DE GLOBALINFO  
Sommerset Avenue, Washington  
*Miércoles, 12 de julio de 2006. 01.59*

El agente de la CIA condujo a un aterrorizado Orville Watson a través del vestíbulo de su oficina calcinada. Aún flotaba algo de humo en el aire, pero lo peor era el olor a hollín, suciedad y cadáveres. El suelo enmoquetado tenía al menos un centímetro de agua fangosa.

—Tenga cuidado, señor Watson. Hemos cortado la luz para evitar cortocircuitos. Tendremos que apañarnos con las linternas.

Usando los potentes círculos de luz de sus MagLite, Orville y el agente recorrían los pasillos. El joven no daba crédito a sus ojos. Cada vez que el haz de la linterna se posaba sobre un escritorio volcado, sobre un rostro chamuscado o una papelera aún humeante le entraban ganas de llorar. Aquéllos eran sus empleados. Aquélla era su vida. Mientras el agente —Orville creía que era el mismo que le había llamado por teléfono nada más bajar del avión, aunque no podía asegurarlo— le iba desgranando los horribles detalles del atentado, el joven apretaba los dientes en silencio.

—Los pistoleros entraron por la puerta principal. Encañonaron a la recepcionista, arrancaron los cables del teléfono y comenzaron a disparar. Por desgracia estaban todos en su puesto de trabajo. ¿Eran diecisiete, verdad?

Orville asintió. Su mirada horrorizada se había quedado clavada en el collar de ámbar de Olga, de contabilidad. Orville le había regalado aquel collar por su cumpleaños, dos semanas atrás. El círculo de luz le confería un brillo irreal. En la oscuridad apenas se intuían las manos carbonizadas, curvadas como garras.

—Los mataron a todos, uno a uno, fríamente. No tenían adónde escapar. La única salida de la oficina es por la puerta principal y en total la sala tendrá... ¿ciento cincuenta metros cuadrados? No tenían dónde esconderse.

Claro. Porque Orville amaba los espacios abiertos. Toda la oficina era un espacio diáfano forrado de cristal, acero y wengué. No había puertas. Ni cubículos. Sólo luz.

—Al terminar colocaron una bomba en el armario del fondo y otra en la entrada. Explosivos de fabricación casera. Nada demasiado potente, pero bastó para prender fuego a todo.

Los servidores. Un millón de dólares en hardware y millones de datos valiosísimos recopilados a lo largo de todos estos años, perdidos. El mes pasado habían renovado el sistema de almacenaje de copias de seguridad a discos Blu-ray. Habían grabado doscientos discos, más

de 10 terabytes de información que se guardaban en un armario ignífugo... que ahora aparecía abierto y vacío. ¿Cómo diablos habían sabido dónde buscar?

—Las activaron con teléfonos móviles. Creemos que todo el atentado no pudo durar más de tres minutos, cuatro a lo sumo. Cuando alguien llamó a la policía los terroristas ya estaban lejos.

Una oficina en una casa de una sola planta, en un barrio alejado del centro, rodeado tan sólo por pequeños comercios independientes y un Starbucks. El lugar perfecto para trabajar con comodidad, sin angustias. Sin sospechas. Sin testigos.

—Los primeros agentes que llegaron al lugar acordonaron la calle, avisaron a los bomberos y mantuvieron alejados a los curiosos. Después llegó nuestro equipo de control de daños. A la gente le dijimos que había habido una explosión de gas con un muerto. Nadie debe saber lo que ha ocurrido hoy aquí.

Podría haber sido por un millar de operaciones. Al Qaeda, Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa, IBDA-C... cualquiera de esos grupos, alertado de la auténtica actividad de GlobalInfo, hubiese considerado prioritaria aquella masacre, porque la empresa de Orville exponía su punto más débil: su medio de comunicación. Pero Orville sospechaba que aquello tenía una raíz más misteriosa y profunda: su último trabajo para Industrias Kayn. Y un nombre. Un nombre muy, muy peligroso.

*Huqan.*

—Tuvo usted mucha suerte de estar de viaje, señor Watson. En fin, ahora ya no tiene que preocuparse de nada. La CIA lo toma bajo su protección.

Al oír aquello, Orville habló por primera vez desde que había cruzado el umbral.

—Su protección de mierda es tan buena como un billete *express* a la morgue. Ni se les ocurra seguirme. Voy a desaparecer unos meses.

—No puedo permitirlo, señor —dijo el agente, dando un paso atrás y poniendo una mano en la pistolera. Con la otra mano apuntaba su linterna al pecho de Orville. La floreada camisa del joven contrastaba tanto con aquel ambiente de humo y muerte como un payaso en un funeral vikingo.

—¿De qué está hablando?

—En Langley quieren hablar con usted, señor.

—Debería haberlo supuesto. Están dispuestos a pagarme enormes sumas de dinero. Están dispuestos a insultar la memoria de mis chicos y chicas, diciendo que murieron en un jodido accidente en vez de asesinados por los enemigos de este país. A lo que no están dispuestos es a que se cierre el grifo de información, ¿verdad, agente? —dijo Orville—. Aunque sea exponiendo mi vida.

—Yo no sé nada de eso, señor. Mis órdenes son llevarle a Langley sano y salvo. Por favor, colabore.

Orville agachó la cabeza y suspiró.

—De acuerdo. Iré con usted. ¿Qué otra cosa podría hacer?

El agente sonrió, visiblemente aliviado, y apartó la linterna de Orville.

—No sabe cómo me alivia oír eso, señor. Hubiera detestado tener que llevarle esposado. Al fin y al cabo, usted...

Se dio cuenta un instante demasiado tarde. Orville cargaba contra él con todo su peso. A diferencia del agente, el joven californiano no había recibido un exhaustivo entrenamiento en

lucha cuerpo a cuerpo. No dominaba las disciplinas de las artes marciales, ni conocía cinco maneras de matar con las manos. Lo más violento que Orville había hecho en su vida era jugar con la Playstation.

Pero poco se puede hacer contra 109 kilos de pura desesperación y furia que te estampan contra un escritorio caído. El agente cayó sobre la madera del mueble, partiéndola en dos. Intentó revolverse y echó mano del arma, pero Orville fue más rápido. Inclinandose sobre él, le atizó en la cara con su linterna. Los brazos del tipo se relajaron y se quedó muy quieto.

El joven se llevó las manos a la cabeza, muy asustado. Aquello estaba yendo demasiado lejos. Hacía apenas dos horas bajaba de su avión privado y era el dueño del mundo. Ahora golpeaba a un agente de la CIA hasta ¿matarlo?

Una rápida comprobación del pulso del agente en el cuello le dijo que no. Gracias al cielo por los pequeños favores.

*Vale. Vale. Piensa. Salir de aquí. Refugio seguro. Y sobre todo, calma. Que no te cojan.*

Con su corpachón, su cola de caballo y su camisa hawaiana no iría a ninguna parte. Se acercó a la ventana y trazó un plan. Unos bomberos bebían agua y hundían los dientes en gajos de naranja junto a la puerta. Aquello era lo que necesitaba. Salió por la puerta aparentando calma y se acercó al seto bajo la ventana. Los bomberos habían dejado sobre él sus chaquetones y cascos, que pesaban demasiado con aquel calor, y ahora bromeaban de espaldas a él. Rezando para que no lo vieran, Orville se apropió de un chaquetón y un casco y volvió sobre sus pasos, intentando entrar de nuevo en la oficina.

—¡Eh, amigo!

Orville se dio la vuelta, angustiado.

—¿Es a mí?

—Pues claro que es a usted —dijo uno de los bomberos, con cara de cabreo—. ¿Dónde se cree que va con mi chaquetón?

*Contesta, hombre, contesta. Suéltales una bola. Una convincente.*

—Verá, tenemos que investigar la sala del servidor y el agente piensa que toda precaución es poca...

—¿Y su madre no le enseñó a pedir las cosas antes de cogerlas?

—Lo siento de verdad. ¿Me lo presta?

El bombero se relajó y sonrió.

—Pues claro, hombre. Vamos a ver si es su talla —dijo el bombero, abriendo el chaquetón. Orville metió los brazos por las mangas. El bombero le abrochó y le colocó el casco. El joven arrugó la nariz al percibir la mezcla de sudor y hollín que flotaba dentro—. Le queda de maravilla, ¿eh, chicos?

—Parecería usted un auténtico bombero si no fuera por las sandalias, —dijo otro de los bomberos señalando los pies de Orville. Todos celebraron esa ocurrencia con risas.

—Gracias, muchas gracias. Permítanme que les invite a una ronda de zumo para disculparme, ¿qué les parece?

Un coro de aplausos le dio a Orville el pie de salida. El joven recorrió los doscientos metros que le separaban de la barrera, donde dos docenas de curiosos y algunas —pocas— cámaras de televisión intentaban captar algo de la escena. Desde aquella distancia sólo parecía una aburrida explosión de gas, así que Orville sospechaba que se irían pronto. Dudaba que todo el asunto

ocupase ni un minuto en los informativos. Ni media columna en el *Washington Post*. Pero ahora tenía un problema más urgente: salir de allí.

*Todo irá bien mientras no te encuentres de cara con ningún otro agente de la CIA. Así que sonríe. Sonríe.*

—Hola, Bill —dijo saludando con una inclinación de cabeza al policía que custodiaba la barrera, como si le conociera de toda la vida—. Voy a por zumos para los chicos.

—Soy Mac.

—Ah, sí claro, perdona. Te confundí con otro.

—¿Estás con la 54, verdad?

—No, con la 8. Soy Stewart —dijo Orville, señalando la etiqueta de velcro con el nombre bordado en la pechera de su chaquetón, y rezando para que el poli no se fijase en sus pies.

—Vale, pasa —dijo el policía, levantando la barrera un poco para que Orville pudiera pasar—. Trae algo de comer si te acuerdas, ¿eh, compañero?

—¡Sin problema! —dijo Orville, dejando atrás los restos humeantes de su oficina para siempre y perdiéndose entre la nube de curiosos.



A BORDO DE LA *BEHEMOT*

Muelles de Aqaba, Jordania

Miércoles, 12 de julio de 2006. 10.21

—No pienso hacerlo —dijo Andrea—. Es una locura.

Fowler meneó la cabeza y buscó con la mirada a Harel, en busca de ayuda. Era el tercer asalto en el intento de convencer a la periodista.

—Escuche, querida —dijo la doctora, agachándose junto a la periodista, que se había sentado en el suelo, apoyada en la pared, abrazándose las piernas con la mano izquierda y fumando compulsivamente con la derecha—. Como le dijo anoche el padre Fowler, su «accidente» es una prueba de que alguien se ha infiltrado en la expedición. El porqué atacarla a usted en concreto se me escapa...

—A usted se le escapa pero a mí me importa, y mucho —masculló Andrea entre dientes.

—... pero lo esencial es que tengamos al menos la misma información que tiene Russell. Y no van a compartirla con nosotros, eso seguro. Por eso necesitamos que eche un vistazo a esas carpetas.

—¿Y no puedo quitárselas a Russell?

—No, por dos motivos. Primero, que Russell y Kayn duermen en el mismo camarote, por lo que la vigilancia es absoluta. Y segundo, que aun consiguiendo entrar, es un camarote mucho más grande y Russell lo tendrá lleno de papeles. Se ha traído un montón de trabajo para poder seguir administrando desde aquí el imperio de Kayn.

—Ya, pero esa bestia... he visto cómo me mira. No quiero estar cerca de él.

—El señor Dekker conoce y cita de memoria toda la obra de Schopenhauer. Igual encuentran algo de qué hablar —dijo Fowler en uno de sus escasos y fallidos intentos de bromear.

—Padre, eso no ayuda nada —le reprendió Harel.

—¿De qué está hablando, Doc? —dijo Andrea.

—Dekker suele repetir citas de Schopenhauer cuando está nervioso. Es famoso por eso.

—Yo creí que sería famoso por comer alambre de espino para desayunar. ¿Se imaginan lo que hará si me pilla espiando en su camarote? Me largo de aquí.

—Andrea —dijo Harel, sujetándola por el brazo—. Que se fuera era el plan desde el principio. El padre Fowler y yo queríamos hablar con usted y convencerla de que abandonase la expedición al tocar puerto con algún pretexto, pero por desgracia ahora que se ha revelado el propósito de la expedición no se permitirán bajas voluntarias.

*Vaya, vaya, encerrada con la exclusiva de mi vida. Una vida que espero que no sea muy corta.*

—Está en esto quiera o no, señorita Otero —dijo Fowler—. Ni la doctora ni yo podemos acercarnos al camarote de Dekker. Nos marcan demasiado de cerca. Usted sí puede. Es un camarote pequeño y no tendrá demasiadas cosas. Seguro que las únicas carpetas que hay en el camarote son las del *briefing* de la misión. Serán de color negro con una zarpa de oso en la portada.

—¿Por qué negro?

—Dekker trabaja para una empresa de seguridad que provee de mercenarios bien entrenados llamada Blackwater<sup>61</sup>. No son muy creativos.

Andrea meditó unos instantes. Por mucho miedo que le diese Mogens Dekker, el hecho de que hubiese un asesino a bordo no se iba a esfumar mirando para otro lado, haciendo su reportaje y esperando lo mejor. Tenía que actuar dentro de lo posible, y formar equipo con Harel y el padre Fowler no era una solución tan mala.

*Al menos mientras a mí me convenga, y siempre que no se interpongan entre el objetivo de mi cámara y el Arca.*

—De acuerdo. Pero sólo espero que ese cromañón no me viole y descuartice, o volveré en forma de fantasma y les joderé a ustedes dos la vida.

Andrea caminó hasta el centro del pasillo 7. El plan era muy simple. Harel había localizado a Dekker cerca del puente de mando y le entretendría con preguntas acerca de vacunas para sus hombres. Fowler esperaría en la escalera entre el nivel uno y el dos de la superestructura, vigilando. El camarote del mercenario estaba en el nivel dos. Y la puerta estaba abierta.

*Cabrón confiado, pensó Andrea.*

El sobrio habitáculo era casi idéntico al suyo. Una cama estrecha, de sábanas apretadas.

*Como la de papá. Putos militares de mierda.*

Un armario metálico, un pequeño aseo y un escritorio. Sobre este último había una pila de carpetas de color negro.

*Bingo. Ha sido fácil.*

Tendió la mano hacia ellas cuando una voz sedosa estuvo a punto de hacer que escupiera el corazón.

—Vaya, vaya. ¿A qué debo el honor?

A BORDO DE LA *BEHEMOT*  
Muelles de Aqaba, Jordania  
Miércoles, 12 de julio de 2006. 11.32

Andrea hizo acopio de fuerzas para no gritar y girarse con una sonrisa en el rostro.

—Hola, señor Dekker. ¿O es comandante Dekker? Lo estaba buscando.

El mercenario era tan grande y estaba tan cerca que Andrea tuvo que alzar el rostro para no hablarle al cuello.

—Señor Dekker está bien. ¿Necesita algo... Andrea?

*Una excusa, y muy buena*, pensó Andrea ensanchando aún más su sonrisa.

—He venido a pedirle disculpas por haber irrumpido en la popa ayer por la tarde mientras escoltaba al señor Kayn.

Dekker no dijo nada, se limitó a soltar un gruñido de asentimiento. El bruto cubría por completo la estrecha puerta del camarote. Tan de cerca, Andrea podía apreciar con más detalle del que le hubiera gustado la cicatriz morada que cubría su rostro, su pelo castaño, sus ojos azules, la barba de dos días y su olor a perfume.

*No me lo puedo creer. Usa Armani. Y por litros, parece.*

—Bueno, diga algo.

—Dígalo usted, Andrea. ¿O no ha venido a pedir disculpas?

En un documental de *National Geographic*, Andrea había visto una vez a una cobra mirando una cobaya. Aquella situación se le parecía mucho.

—Discúlpeme.

—No pasa nada. Por suerte su amigo Fowler salvó la situación. Aunque debería tener cuidado. Casi todas nuestras penas provienen de nuestras relaciones con otras personas.

Dekker dio un paso hacia delante. Andrea retrocedió.

—Eso es muy profundo. ¿Schopenhauer?

—Ah, es usted una conocedora de los clásicos. ¿O le dan clases particulares en el barco?

—Siempre he sido autodidacta.

—Bueno, el gran maestro dice: «Observa el rostro de la persona, porque dice mucho más de lo que dicen sus palabras». Y yo veo que usted tiene rostro de culpable.

Andrea miró de reojo las carpetas, lamentándose inmediatamente de haberlo hecho. Tenía que evitar que sospechase. Aunque ya era demasiado tarde.

—El gran maestro también dijo: «Cada hombre toma los límites de su propio campo de visión por los límites del mundo».

Dekker enseñó los dientes en una sonrisa complacida.

—Eso es muy cierto. Será mejor que se prepare, vamos a desembarcar en cuestión de una hora.

—Sí, claro. Con permiso —dijo Andrea, haciendo ademán de pasar.

Dekker no se movió al principio. Luego apartó un poco el muro de ladrillos que tenía por cuerpo, y la periodista pudo escurrirse por el hueco entre el escritorio y el mercenario.

Lo que sucedió después, Andrea siempre lo recordaría como una gran astucia por su parte, un truco genial para hacerse con la información en las mismas narices del sudafricano. Pero la realidad fue más prosaica.

Tropezó.

La pierna izquierda de la joven se enganchó con el pie izquierdo de Dekker, que no se movió ni un milímetro. Andrea sin embargo perdió el equilibrio y cayó hacia delante, apoyándose en el escritorio para no destrozarse la cara con el borde. Las carpetas desparramaron su contenido por el suelo.

Andrea miró atónita al suelo y luego a Dekker, que la miraba echando vapor por la nariz.

—Ups.

—... así que balbuceé una disculpa y me largué corriendo. Si hubieran visto la cara con la que me miró. No se me olvidará jamás.

—Siento que no hayamos sido capaces de retenerle —dijo el padre Fowler, meneando la cabeza. Debió de bajar por alguna trampilla de servicio desde el puente de mando.

Estaban los tres reunidos de nuevo en la enfermería, Andrea sentada en la cama y Fowler y Harel mirándola preocupados.

—Ni siquiera lo oí llegar. Me parece increíble que alguien de su tamaño pueda moverse con ese sigilo. Y todo el esfuerzo no ha valido para nada. Por cierto, muchas gracias por la frase de Schopenhauer, padre. Por un momento lo dejó sin palabras.

—De nada. Es un filósofo bastante aburrido. Me costó acordarme de alguna cita.

—¿Y usted, Andrea, recuerda algo de lo que vio cuando cayeron las carpetas al suelo? —intervino Harel.

Andrea cerró los ojos, intentando concentrarse.

—Había fotos del desierto, planos de algo que parecían casas... no lo sé, todo estaba revuelto y lleno de anotaciones por todas partes. La única carpeta que era diferente era una amarilla con un logo rojo.

—¿Cómo era el logo? —dijo la doctora.

—¿De qué serviría? —se quejó Andrea.

—Le sorprendería cuántas guerras se ganan por detalles sin importancia.

Andrea volvió a concentrarse. Tenía una memoria excelente, pero había podido mirar las hojas desperdigadas por el suelo tan sólo un par de segundos, y en estado de agitación. Se sujetó el puente de la nariz entre los dedos, cerró fuertemente los ojos e hizo toda clase de ruiditos raros

que no sirvieron para nada. Justo cuando ya creía que no iba a acordarse, la imagen apareció en su cabeza.

—Era un pájaro. Un búho o una lechuza, por los ojos. Tenía las dos alas desplegadas.

Fowler sonrió.

—Eso es algo inusual. Puede que sirva.

El sacerdote fue hasta su maletín, que había traído consigo del camarote, y extrajo un teléfono móvil; desplegó una antena gruesa y lo encendió ante las dos sorprendidas mujeres.

—Creía que estaban prohibidas todas las conexiones con el exterior —dijo Andrea.

—Lo están. Se meterá en un lío si le pillan.

Fowler estudiaba atentamente la pantalla del móvil, esperando a que alcanzase cobertura. Aquél era un teléfono vía satélite Globalstar, que no utilizaba las redes normales sino que se conectaba directamente con la red de satélites de comunicaciones. En modelos como aquel, la cobertura era del 99% de la superficie terrestre.

—Por eso era imprescindible que averiguásemos algo hoy, señorita Otero —dijo el sacerdote, marcando un número de memoria—. Ahora estamos en un núcleo urbano y una señal desde el barco pasará desapercibida con las señales de la ciudad de Aqaba. Cuando estemos en la excavación, usar el teléfono será muy arriesgado.

—Pero qué...

Fowler interrumpió a Andrea alzando un dedo. La comunicación ya se había establecido.

—Albert, necesito un favor.

EN ALGÚN LUGAR DE FAIRFAX COUNTY, VIRGINIA

*Miércoles, 12 de julio de 2006. 05.16*

El joven sacerdote saltó de la cama medio dormido, sabiendo inmediatamente quién era. Aquel teléfono móvil sólo sonaba en casos de absoluta emergencia. Tenía una melodía diferente a las de los demás móviles que usaba, y sólo una persona en el mundo tenía el número. Una persona por la que el padre Albert hubiese dado la vida sin pestañear.

Claro que el padre Albert no siempre fue el padre Albert. Hacía doce años, cuando él tenía catorce, se llamaba *Frodo Poison*, y era el mayor ciberdelincuente de los Estados Unidos.

El pequeño Al estaba muy solo. Papá y mamá trabajaban fuera de casa y estaban demasiado ocupados con sus carreras para prestar atención a un niño rubio y delgadito, de aspecto tan frágil que incitaba a tener las ventanas de casa cerradas para que no se lo llevara una corriente de aire. Pero a Albert no le hacía ninguna falta el aire para volar a todas partes por el ciberespacio.

—No hay explicación alguna a su talento —diría horas después de su arresto uno de los agentes del FBI que se encargaba del caso—. Nadie le ha enseñado. Cuando ese crío mira un ordenador no ve veinte kilos de cobre, silicio y plástico. Simplemente puertas.

Albert había abierto unas cuantas. Sólo para distraerse un rato. Entre ellas las de las cámaras acorazadas virtuales del Chase Manhattan Bank, el Mitsubishi Tokyo Financial Group y el BNP. Había desvalijado ochocientos noventa y tres millones de dólares en las tres semanas que duró su carrera delictiva, haciendo que el programa del banco reaplicase comisiones por intermediación a un banco inexistente, el Albert M. Bank, situado en las Islas Caimán. Un banco con tan sólo un cliente. Claro que ponerle su propio nombre al banco no había sido la decisión más inteligente, pero al fin y al cabo Albert estaba en la edad del pavo. El niño se dio cuenta de ello cuando dos escuadrones completos del SWAT asaltaron la casa de sus padres a la hora de la cena, estropeando la alfombra del salón y aplastándole la cola al gato.

Albert no conocería jamás el interior de una celda, haciendo bueno el dicho de que cuanto más robas más te libras. Pero mientras estuvo esposado en una sala de interrogatorios del FBI, los escasos conocimientos del sistema penitenciario norteamericano que había adquirido en la tele se agolpaban en su cabeza. Albert tenía vagas nociones de que la cárcel era un lugar donde te pudrías y te *somonizaban*. Y aunque no estaba muy seguro de qué era lo segundo, intuía que era algo que dolía.

Los agentes del FBI miraban a aquel niño vulnerable y roto y sudaban, nerviosos. Aquel crío había sacado de sus casillas a muchísima gente. Cazarle había sido tremendamente complicado, y

de no ser por su infantil error habría seguido desplumando tenazmente a los gigantes de la banca. Que no estaban nada interesados en que aquella situación llegase a juicio o a conocimiento del público, por cierto. Aquellos incidentes siempre traían desconfianza por parte de los inversores.

—¿Qué haces con una bomba atómica de catorce años? —dijo uno de los agentes.

—Enseñarle a que no explote —respondió el otro, en un alarde de creatividad.

Y así fue como pusieron el caso en manos de la CIA, que siempre daba uso a un talento en bruto como aquel. Y para hablar con el chico sacaron de la cama a un agente que en 1994 había caído en desgracia dentro de la Compañía, un maduro capellán militar de las Fuerzas Aéreas con experiencia en Psicología.

Cuando un soñoliento Fowler entró aquella madrugada en la sala de interrogatorios y le dijo a Albert que podía optar entre los barrotos o hacer seis horas de trabajo semanales para el Gobierno, el niño lloraba de agradecimiento.

Hacer de niñera de aquel espigado muchacho fue un trabajo que a Fowler se le impuso como castigo, pero que para él significó un premio. Con el tiempo se forjaría una amistad inquebrantable y una admiración mutua, que en el caso de Albert se concretó en abrazar la fe católica y entrar en el seminario. Cuando se ordenó sacerdote, Albert siguió colaborando esporádica y voluntariamente con la CIA, aunque esta vez sirviendo además de enlace con la Santa Alianza, el servicio de espionaje vaticano al que Fowler también pertenecía. Desde aquel día, Fowler le había acostumbrado a llamadas telefónicas de madrugada, en parte como venganza por aquella noche de 1994 en la que se conocieron.

—Hola, Anthony.

—Albert, necesito un favor.

—¿No sabes llamar a horas normales?

—Velad porque no sabréis el día ni la hora, dice el Señor.

—No fastidies, Anthony —dijo el joven cura, encaminando sus pasos hacia la nevera—.

Estoy hecho polvo, así que habla rápido. ¿Estás ya en Jordania?

—¿Has oído hablar de una empresa de seguridad que tenga como logotipo un búho o una lechuga de color rojo y con las alas extendidas?

Albert se sirvió un vaso de leche fría y volvió al dormitorio.

—¿Estás de broma? Es el logo de GlobalInfo. Esos chicos eran la nueva estrella de la Compañía<sup>[7]</sup>. Se llevaban un buen pellizco de las contratas de información del departamento de Terrorismo Islámico. También atendían consultas privadas de empresas norteamericanas, e incluso en alguna ocasión del gobierno de Tony Blair.

—¿Por qué hablas en pasado, Albert?

—Emitieron un boletín interno hace unas horas. Ayer un grupo terrorista acribilló a todos los miembros de la empresa en Washington e hizo volar por los aires su oficina. Los medios no saben nada. Van a hacer que parezca una explosión de gas. La Compañía ya ha recibido demasiadas críticas por la cantidad de trabajo antiterrorista que están derivando hacia fuentes externas. Un atentado como éste les haría parecer vulnerables.

—¿Supervivientes?

—Sólo uno, un tal Orville Watson, el jefe y dueño. Tras el atentado, Watson les dijo a los agentes que no quería la protección de la CIA y se largó. Los jefes de Langley están muy cabreados con los dos panolis que le dejaron escapar. Encontrar a Watson y ponerlo bajo discreta protección es prioritario.

Fowler guardó silencio más de un minuto. Albert ya estaba acostumbrado a las pausas de su amigo, así que simplemente esperó.

—Escucha, Albert —dijo Fowler, finalmente—. Estamos metidos en un buen lío y Watson sabe algo. Tienes que encontrarlo antes que la CIA. Su vida corre un grave peligro. Y lo que es peor, la nuestra también.



EN RUTA HACIA LA EXCAVACIÓN  
Desierto de Al Mudawwara, Jordania  
*Miércoles, 12 de julio de 2006. 16.15*

Hubiera sido un atrevimiento llamar carretera a aquella fina línea de tierra endurecida por la que se arrastraba el convoy. A vista de pájaro o desde alguno de los riscos de arenisca que dominan este paraje desolado, los ocho vehículos parecían extrañas anomalías polvorientas. Apenas había 162 kilómetros desde Aqaba hasta el lugar de la excavación, pero el convoy tardó cinco horas en recorrerlo por la irregularidad del terreno y por la nula visibilidad de que disponían los conductores a partir del tercer vehículo por la nube de arena que formaban.

Abrían la marcha dos todoterrenos Hummer H3, cada uno de ellos con cuatro personas a bordo. Pintados de blanco, con el rojo logo de la mano abierta de Kayn Industries en las puertas, aquellos H3 pertenecían a una serie limitada creada para superar las condiciones de trabajo más complicadas sobre la faz de la tierra.

—Una maravilla de coche —iba diciendo Tommy Eichberg, al volante del segundo H3, a una aburrida Andrea—. Qué digo un coche. Esto es un tanque. Puede subir paredes verticales de 40 centímetros, o escalar una ladera con pendientes del sesenta por ciento.

—Seguro que cuesta más que mi piso —la periodista, ante la imposibilidad de sacar fotos fuera del coche, disparaba a Stowe Erling y David Pappas, que ocupaban los asientos de atrás.

—Casi 300 000 euros. Puede atravesar cualquier cosa, mientras tenga gasolina.



—¿Por eso nos hemos traído esas latas rodantes, no? —dijo David. Era un joven moreno, de nariz aplastada y tan poca frente que las cejas y el nacimiento del pelo podían rozarse si el joven abría los ojos con asombro, cosa que hacía a menudo. A Andrea le gustaba, no como Stowe, que a pesar de ser alto y atractivo, con una cuidada coleta rubia, parecía sacado de un libro de autoayuda contra la inseguridad.

—Por supuesto, David. No hagas preguntas cuyas respuestas ya conoces. Daña tu imagen. Asertividad, recuérdalo. Es la clave.

—Eres muy gallito cuando no está el profesor, Stowe —dijo David, dolido—. Creo que esta mañana, mientras te corregía por las estimaciones que le presentaste, no estabas tan asertivo.

Stowe alzó la barbilla e hizo un gesto de «¿puedes creerlo?» hacia Andrea, que lo ignoró y se limitó a cambiar la tarjeta de memoria de la cámara. En cada tarjeta de 4 gigabytes cabían seiscientos fotos a máxima resolución. Cuando llenaba una, transfería las imágenes a un disco duro portátil especial para fotógrafos con capacidad para 12 000 instantáneas y con una pantalla LCD de 7 pulgadas para previsualizarlas. Hubiera preferido llevar su portátil, pero los ordenadores estaban estrictamente prohibidos en la expedición. Los únicos permitidos eran los del equipo de Forrester.

—¿Cuánta gasolina hay ahí, Tommy? —dijo girándose hacia el conductor.

El hombre se acarició el bigote con parsimonia. A Andrea le divertía su calmada manera de hablar, y de empezar una de cada tres frases con un alargado «*bueeeeno*».

—Los dos camiones que nos siguen transportan los suministros. Son camiones Kamaz rusos, militares. Duros como piedras. Los rusos los estrenaron en Afganistán. Bueno... después siguen los dos camiones cisterna. El de agua lleva 40 000 litros. El de gasolina es un poco más pequeño, llevará unos 35 000 litros.

—Eso es mucho combustible.

—Bueno, vamos a estar semanas ahí fuera. Necesitaremos electricidad.

—Siempre podemos recurrir al barco. Ya sabe, que manden más provisiones.

—Bueno, eso no va a pasar, chiquilla. Las órdenes son que una vez lleguemos al campamento estamos fuera. Sin contacto con el exterior.

—¿Y si hay alguna emergencia? —dijo Andrea alarmada.

—Somos bastante autosuficientes. Podríamos sobrevivir meses con lo que traemos, pero el programa considera todos los lujos. Lo sé porque como conductor y mecánico oficial me ha tocado supervisar la carga de todos los vehículos. La doctora Harel lleva un auténtico hospital ahí detrás. Y, bueno, si hay algo más que una torcedura de tobillo, estaremos sólo a 75 kilómetros del pueblo más cercano, El Mudawwarah.

—Vaya, es un alivio. ¿Cuántos habitantes tiene el pueblo? ¿Doce?

—¿Enseñan esa actitud en Periodismo? —intervino Stowe desde el asiento de atrás.

—Sí, se llama Sarcasmo 101.

—Seguro que fue su único sobresaliente.

*Maldito listillo de mierda. Ojalá te dé una lipotimia excavando, a ver qué piensas tú de ponerte malo en mitad del desierto de Jordania Central, imbécil,* pensó Andrea, que nunca había sacado notas demasiado buenas. Ofendida, se sumió en un digno silencio durante un buen rato.

—Bienvenidos a Jordania Central, amigos —canturreó Tommy—. Hogar del simún. Población: nadie.

—¿Qué es el simún, Tommy? —dijo Andrea.

—Gigantescas tormentas de arena. Un fenómeno digno de verse, dicen. Miren, ya casi estamos.

El H3 disminuyó la velocidad. Los camiones comenzaron a alinearse en batería a un lado del precario camino.

—Creo que hemos llegado al desvío —dijo Tommy, señalando la pantalla del GPS en el salpicadero. Sólo quedan tres kilómetros, pero tardaremos en recorrerlos. Esas dunas tienen un desnivel enorme. Los camiones lo pasarán mal.

Cuando el polvo se asentó un poco, Andrea vio una enorme duna que formaba una colina en la arena rosada. Detrás se hallaba el cañón de la Garra, el lugar que según Forrester encerraba el Arca de la Alianza desde hacía dos milenios. Pequeños remolinos se perseguían unos a otros en lo alto de la duna, llamando a Andrea a gritos.

—¿Cree que podría hacer el resto del camino a pie? Me gustaría hacer fotos de la llegada de la expedición. Estaré arriba antes que los coches, por lo que veo.

Tommy la miró preocupado.

—Bueno, no creo que sea una buena idea. Subir esa colina no será tarea fácil. Dentro del coche estamos frescos, pero ahí fuera hay cuarenta grados ahora mismo.

—Tendré cuidado. Además, mantendremos contacto visual en todo momento. No me pasará nada.

—Yo tampoco creo que deba hacerlo, señorita Otero —apuntó David Pappas.

—Vamos, Eichberg. Déjela ir. Ya es mayorcita —dijo Stowe, más por el placer de llevarle la contraria a David que por apoyar a Andrea.

—Tengo que consultárselo al señor Russell.

—Pues hágalo.

De mala gana, Tommy echó mano del walkie-talkie.

Veinte minutos después, Andrea lamentaba profundamente su decisión. Desde el camino, la ruta a lo alto de la duna formaba primero una hondonada descendente de unos veinticinco metros para luego ascender de forma paulatina durante otros ochocientos. Los últimos quince metros tenían una pendiente del 25 por ciento. La cima parecía engañosamente cerca. La arena engañosamente blanda.

La joven había llevado una mochila con una botella de dos litros de agua. Antes de coronar la duna ya se la había terminado. Le dolía la cabeza a pesar de llevar sombrero y notaba doloridas la nariz y la garganta. Sólo llevaba una camiseta de manga corta, unos pantalones cortos y unas botas, aunque se había echado crema solar de factor 80 antes de bajar del coche. Aun así la piel de los brazos empezaba a picarle.

*Menos de media hora y estoy para ingresar en la unidad de quemados. Más vale que no les pase nada a los coches y tengamos que volver andando,* pensó Andrea.

Pero ése no parecía ser el caso. Con tremenda eficacia, Tommy se estaba encargando de conducir uno a uno los camiones hasta la cima de la duna. Una tarea para la que hacía falta un conductor experimentado si no se quería volcar. Primero se encargó de los dos camiones Kamaz de suministros, dejándolos alineados al final de la cuesta larga, justo antes de la subida más empinada. Después de los dos camiones cisterna. Mientras, el resto del personal le observaba a la sombra de los H3.

Andrea a su vez contempló toda la operación a través de su teleobjetivo. Cada vez que Tommy dejaba uno de los vehículos, saludaba con la mano a la joven en lo alto de la duna. Andrea devolvía el saludo. Finalmente Tommy se encargó de llevar los H3 hasta el borde de la cuesta final, ya que los iba a emplear como remolque para ayudar a subir a los pesados camiones, que a pesar de sus enormes ruedas no tendrían tracción suficiente en una pendiente tan elevada y cubierta de arena.

Andrea hizo algunas fotos de la subida del primero de los camiones. Un soldado de Dekker pilotaba uno de los todoterreno, al que se había enganchado con un cable de acero el Kamaz. Cuando, con gran esfuerzo, consiguieron que el enorme camión ascendiera a lo alto de la duna y rebasaran el punto en que se encontraba la periodista, Andrea perdió interés. Volvió su atención hacia el cañón de la Garra.

A simple vista el gigantesco desfiladero de roca no se distinguía para nada del resto de los que poblaban el desierto. Andrea pudo ver dos paredes separadas entre sí unos cincuenta metros, que se alargaban y bifurcaban. Por el camino Eichberg le había mostrado una fotografía aérea del lugar al que iban y la forma del cañón, que asemejaba la garra de tres dedos de una rapaz gigantesca.

Ambas paredes medían entre treinta y cuarenta metros de alto a lo largo del desfiladero. Andrea apuntó el teleobjetivo a lo alto de las rocas, buscando algún lugar por el que ascender y desde el que tomar algún plano elevado.

Y entonces lo vio.

Fue sólo un segundo. Un hombre, vestido con ropas de color caqui, observándola.

Extrañada, echó la cabeza hacia atrás y miró sin el teleobjetivo.

La distancia era demasiado grande. Volvió a enfocar con el teleobjetivo a lo alto del cañón.

Nada.

Cambió de posición, barrió la parte de la pared este que le permitía el teleobjetivo, pero fue inútil. Fuera quien fuese, la había visto con el teleobjetivo y había acudido a ocultarse, lo cual no era buena señal. Intentó decidir qué hacer.

*Lo más inteligente es esperar y hablar con Fowler y Harel.*

Fue a colocarse a la sombra del primero de los camiones, al que ya se le estaba uniendo el segundo. Una hora más tarde, toda la expedición se encontraba en la cima de la duna, a la entrada del cañón de la Garra.

ARCHIVO MP3 RECUPERADO DE LA GRABADORA  
DE ANDREA OTERO POR LA POLICÍA JORDANA  
DEL DESIERTO TRAS LA DEBACLE DE LA EXPEDICIÓN MOISÉS

Título, dos puntos. *El arca recuperada*. No, espera, borra eso. Título... *El tesoro del desierto*. No, muy malo. Hay que hacer referencia al Arca en el título, el Arca vende periódicos. Bueno, dejaremos el título para el final. Entradilla, dos puntos. *Mencionar su nombre es mencionar el mito recurrente de toda la humanidad. Con ella comenzó la historia de la civilización occidental, y hoy en día es el objeto más codiciado por los arqueólogos de todo el mundo. Acompañamos a la Expedición Moisés en su ruta secreta a través del desierto oriental de Jordania hasta el cañón de la Garra, el lugar donde hace casi dos mil años un grupo de fieles ocultó el Arca de la destrucción del segundo templo de Salomón...* Vale, te está quedando un poco frío. Mejor lo escribimos primero. Vamos con la entrevista al viejo Forrester... joder, ese tío sí que me da escalofríos, con su voz de flauta. Dicen que es por su enfermedad. Nota: buscar en Internet cómo se escribe neumoconiosis.

(...)

PREGUNTA: *Profesor Forrester, el Arca de la Alianza lleva excitando la imaginación de los seres humanos desde tiempos inmemoriales. ¿A qué atribuye este interés?*

RESPUESTA: Mire, si quiere que yo le dé una introducción descriptiva no hace falta que me sitúe y dé tantos rodeos. Simplemente pida lo que quiera y yo hablaré.

*¿Responde usted a muchas entrevistas, profesor?*

Docenas. No va usted a preguntarme nada original, nada nuevo, nada que no haya escuchado o respondido antes. Si en la excavación tuviésemos conexión a Internet le diría que buscarse alguna de las que ya me han hecho y se copiase las respuestas.

*¿Qué ocurre? ¿Tiene obsesión por no repetirse?*

Tengo obsesión por no perder el tiempo. Tengo setenta y siete años. Llevo cuarenta y tres detrás del Arca. Es un ahora o nunca.

*Bueno, eso seguro que no lo había respondido nunca.*

¿Qué es esto? ¿Un concurso de originalidad? Espere, le daré una buena: hubo una conspiración para matar a Kennedy. ¿Qué le parece? Es increíble, ¿eh? ¿Cree que yo podría ser periodista?

*Profesor, por favor. Es usted un hombre inteligente y apasionado. ¿Por qué no hace un pequeño esfuerzo para ponerse a la altura del público y contagiarles un poco su pasión?*

*(Una breve pausa) ¿Quiere un maestro de ceremonias? Haré lo que pueda.*

*Gracias. El Arca...*

El objeto más poderoso de la Historia. Eso no es casualidad, sobre todo si consideramos que la civilización occidental nació con ella.

*Juraría que los historiadores dirían que fue en Grecia.*

Estupideces. El ser humano emplea miles de años adorando manchas de tizne en cavernas oscuras. Manchas a las que llama dioses. Pasa el tiempo y las manchas cambian de forma, tamaño y material, pero siguen siendo manchas. Hasta que se reveló a Abraham, hace sólo cuatro mil años, no supimos de la existencia de un solo Dios. ¿Qué sabe de Abraham, niña?

*Que es el padre de los israelitas.*

Correcto. Y también de los árabes. Dos manzanas que cayeron del árbol, muy juntitas una al lado de la otra. Enseguida, las manzanitas aprendieron a odiarse a muerte.

*¿Qué tiene que ver con el Arca?*

Cinco siglos después de que Dios se revelase a Abraham, el Todopoderoso estaba harto de que su pueblo le volviese la espalda. Cuando Moisés saca a los judíos de Egipto, Dios se revela de nuevo a su pueblo. A tan sólo 230 kilómetros en esa dirección. Y allí firman un contrato.

*Perdone, doctor. ¿Está hablando de compromiso o se refiere a un contrato, como cuando compras un coche?*

Al contrato definitivo. De una parte, la humanidad. Se comprometen a cumplir diez sencillas cláusulas.

*Los Diez Mandamientos.*

Del otro lado, Dios. Se compromete a dar al hombre la vida eterna. Es el momento más importante de la Historia. El momento en que la vida adquiere trascendencia. Tres mil quinientos años después, todo ser humano lleva inscrito en su conciencia ese contrato. Unos lo llamarán ley natural, otros discutirán su existencia o sobre su sentido. Matarán y morirán por su interpretación. Pero el momento en que Moisés recibe las Tablas de la Ley de manos de Dios da comienzo a nuestra civilización.

*Y luego Moisés guarda las Tablas en el Arca de la Alianza.*

Junto con otros objetos. Convirtiéndola en la caja fuerte que guarda el contrato con Dios.

*Hay quien dice que el Arca tiene poderes sobrenaturales.*

Sandeces. Eso se lo explicaré mañana a todos ustedes cuando los pongamos a trabajar.

*¿No cree en el carácter sobrenatural del Arca?*

Con todo mi corazón. Mi madre me leía la Biblia desde que fui un feto. Mi vida está dedicada a la palabra de Dios. Eso no quiere decir que no esté dispuesto a desmontar las supersticiones.

*Hablando de supersticiones. Durante muchos años su búsqueda ha chocado con los círculos académicos más estrictos. Los que critican el uso de textos antiguos para encontrar tesoros. Hubo insultos por ambas partes.*

Academicistas... no serían capaces de encontrar su propio culo con las dos manos y una linterna. ¿Hubiese encontrado Schliemann el tesoro de Troya sin la *Iliada* de Homero? ¿Hubiese encontrado Carter la tumba de Tutankhamon sin el oscuro papiro de Ut? Ambos recibieron muchas críticas en su época por usar las mismas técnicas que yo empleo. Nadie recuerda a sus críticos, pero Carter y Schliemann son inmortales. Yo viviré para siempre.

*(Fuerte ataque de tos) ¿Su enfermedad?*

No se pueden pasar tantos años metido en túneles húmedos, respirando tierra, sin pagar un precio. Tengo neucomoniosis crónica. Nunca me alejo mucho de una botella de oxígeno. Siga, por favor.

*Por dónde íbamos... ah, sí. ¿Siempre ha estado convencido de la existencia histórica del Arca de la Alianza o su creencia se produce cuando traduce el Rollo de Cobre por primera vez?*

Crecí como cristiano pero me convertí al judaísmo muy joven. En los años sesenta leía el hebreo antiguo igual que el inglés. Cuando comencé a estudiar el Rollo del Qumran no descubrí que el Arca era real. Eso ya lo sabía. En la Biblia hay más de doscientas referencias al Arca, es el objeto más profusamente descrito. Lo que supe cuando tuve en mis manos el Rollo fue que yo descubriría el Arca.

*Ya. ¿Exactamente cómo ayudó el Segundo Rollo al descifrado del Rollo de Cobre?*

Bueno, ha habido una gran confusión entre consonantes como he, het, mem, kaf, wav, zayin y yod...

*En cristiano, profesor.*

Había consonantes poco claras que hacían complejo su descifrado. Y lo más extraño de todo, una serie de letras griegas aparecían insertadas de manera aparentemente aleatoria a lo largo del Rollo. Con la clave adecuada, comprendimos que esas letras



eran los encabezados de los segmentos que modificaban su orden y por tanto su contenido. Fueron los noventa días más excitantes de mi carrera profesional.

*Tiene que ser frustrante haber dedicado 42 años a la traducción del Rollo de Cobre y que todo se resuelva en cuestión de tres meses tras la aparición del segundo Rollo.*

En absoluto. Los manuscritos del mar Muerto, de los que el rollo forma parte, aparecieron por casualidad en una cueva de Palestina porque un pastor tiró dentro una piedra y escuchó cómo algo se rompía. Así se descubrió el primero de los depósitos de los Manuscritos. Eso no es arqueología: es suerte. Pero sin estas décadas de exhaustivo estudio nunca hubiésemos llegado al señor Kayn...

*¿Al señor Kayn? ¿A qué se refiere? No me diga que un multimillonario aparece citado en el Rollo de Cobre.*

No puedo hablar de eso. Ya he dicho demasiado.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Miércoles, 12 de julio de 2006. 19.33*

Las siguientes horas fueron un ir y venir frenético en el cañón. El profesor Forrester decidió establecer el campamento a la entrada, protegido del viento por las dos paredes de roca que se estrechaban al inicio del cañón para luego ensancharse y por fin juntarse doscientos ochenta metros más lejos, en lo que Forrester llamó el índice. Dos bifurcaciones del cañón hacia el este y el sureste formaban los dedos Corazón y Anular.

El grupo viviría en unas tiendas especiales diseñadas por una empresa israelí para combatir el calor del desierto. Gran parte de la actividad de la tarde para casi todos consistió en montar las tiendas, ya que la labor de descarga de los camiones recayó casi al completo en Robert Frick y Tommy Eichberg, que emplearon las grúas hidráulicas que los Kamaz incorporaban para poder descargar las enormes cajas metálicas numeradas en las que viajaba el material de la expedición.

—Dos mil kilos de comida, cien kilos de medicinas, mil ochocientos kilos de material arqueológico, tres mil kilos de herramientas y provisión eléctrica, mil kilos de rieles de acero, una perforadora y una miniexcavadora. ¿Qué le parece, niña?

Andrea hizo un gesto de asombro, tomando notas mentales para su reportaje. Mientras, marcaba las casillas en la lista de verificación que Tommy le había entregado. Por su escasa experiencia en el montaje de tiendas, Andrea se había ofrecido voluntaria para echar una mano en la descarga, y el conductor le había encargado controlar dónde debía ir cada una de las cajas. No lo había hecho por un altruista deseo de ayudar, sino porque creía que cuanto antes acabaran antes podría hablar con Harel y Fowler a solas. Ahora la doctora estaba demasiado ocupada levantando la tienda enfermería.

—Ahí va la 34, Tommy —gritó Frick, que estaba subido a la parte trasera del segundo camión. La cadena de la grúa, enganchada a dos agarraderas metálicas a ambos lados de la caja, producía un ruidoso claqueteo mientras ésta salvaba el metro y medio que la separaba del suelo arenoso—. Ten cuidado, que pesa un huevo.

La joven periodista hojeó extrañada las páginas de la lista, temerosa de haber pasado algo por alto.

—Algo no está bien en el listado, Tommy. Aquí sólo figuran treinta y tres cajas.

—No se preocupe, esta caja tiene una utilidad muy concreta... Aquí viene quien se hará cargo de ella —dijo Eichberg, bregando con las cadenas para soltarlas.

Andrea alzó la vista de las hojas para encontrarse con María Jackson y Tewi Waaka, dos de los soldados de Dekker. Ambos se arrodillaron junto a la caja y soltaron las presillas de seguridad. La tapa se deslizó con un siseo apagado, como si hubiese sido cerrada al vacío. La joven echó una discreta mirada al interior, sin que a Waaka y Jackson pareciera importarles lo más mínimo.

*Casi parece que estén esperando que lo haga.*

El contenido no podía ser más prosaico. Paquetes de arroz, café, legumbres, dispuestos en ocho hileras de veinte paquetes de largo. Andrea no comprendía nada, y menos aún cuando el soldado Jackson agarró un paquete con cada mano y se los lanzó al pecho. Los músculos de sus brazos se deslizaron bajo su piel negra.

—Pilla ésta, Blancanieves.

Andrea tuvo que dejar caer la tablilla con el listado para que los dos paquetes de arroz no cayeran al suelo. Waaka reprimió una risita desagradable, mientras Jackson, ignorando a la sorprendida periodista, metía la mano en el hueco que habían dejado los dos paquetes y tiraba fuerte. El conjunto de paquetes salió por completo, como una segunda tapa, y dejó ver un contenido mucho menos prosaico.

Rifles, ametralladoras y armas cortas descansaban en bandejas superpuestas. Mientras Jackson y Waaka extraían las bandejas —seis en total— y las colocaban con sumo cuidado sobre otras cajas, el resto de los soldados de Dekker y el propio sudafricano se acercaron y comenzaron a armarse.

—De acuerdo, señores. Como dijo el sabio, los grandes hombres son como las águilas... construyen sus nidos en elevada soledad. La primera guardia correrá a cargo de Jackson y los Gottlieb. Busquen posiciones de cobertura ahí, ahí y ahí —dijo Dekker, señalando tres puntos en lo alto de las paredes del cañón. El segundo de ellos no estaba lejos de donde Andrea creía haber visto al desconocido horas atrás—. Rompan el silencio de radio sólo para dar el parte cada diez minutos. Eso va por usted, Torres. Si vuelve a intercambiar recetas de cocina con Maloney como pasó en Laos, se las verá conmigo. En marcha.

Los gemelos Gottlieb y María Jackson partieron en tres direcciones distintas, intentando establecer una ruta de ascenso a las que serían las posiciones de vigía de los soldados durante la estancia de la expedición en el cañón. Cuando las encontraron colocaron largas escalas de cuerda con travesaños de aluminio, fijadas a la roca cada tres metros, para facilitar la subida vertical.

Mientras, Andrea se maravillaba de las maravillas de la tecnología moderna. Ni en sus sueños más optimistas se hubiera imaginado que durante las próximas semanas su cuerpo se podría acercar a una ducha. Pero para su asombro los cuatro últimos objetos que bajaron de los Kamaz eran dos duchas y dos retretes prefabricados, construidos en plástico y fibra de vidrio.

—Qué, preciosa... ¿No se alegra de no tener que cagar en la arena? —dijo Robert Frick.

El huesudo joven se movía nerviosamente, todo codos y rodillas. Andrea recibió su comentario soez con una sonora carcajada, mientras lo ayudaba a nivelar el último de los retretes.

—Ni se imagina cuánto, Robert. Y por lo que veo, hay baño de chicas y de chicos...

—Un poco injusto, teniendo en cuenta que ustedes son cuatro y nosotros veinte. Pero me tranquiliza el pensar que les toca cavar su propia letrina —dijo Frick.

Andrea palideció. Sólo de pensar en coger una pala con lo cansada que estaba le hacía salir ampollas en las manos. Frick, mientras, se partía de risa.

—Pues no le veo la gracia.

—¡Ja! Se ha puesto usted más blanca que el trasero de mi tía Beulah. Eso es gracioso.

—No le haga caso, niña —terció Tommy—. Usaremos la miniexcavadora. No tardaremos ni diez minutos.

—Siempre estropeas la diversión, Tommy. Tenías que haberla apretado un poco más —dijo Frick, meneando la cabeza y alejándose en busca de alguien a quien fastidiar.

HUQAN

*Tenía 14 años cuando comenzó a aprender.*

*Claro que primero tuvo que olvidar mucho.*

*Para empezar, todo lo que había aprendido en el colegio, en la escuela, de sus amigos, en su casa. Nada era real. Todo eran mentiras inventadas por los enemigos, los opresores del Islam. Porque ellos tenían un plan. Til imam se lo dijo, susurrándole al oído.*

*—Comienzan dando libertad a las mujeres. Poniéndolas a la altura de los hombres, para debilitarnos. Saben que somos más fuertes, más aptos. Saben que nuestro compromiso con Dios es más elevado. Después lavan nuestros cerebros, conquistan incluso a imanes santos. Nublan tu juicio con imágenes impuras de concupiscencia y degradación. Fomentan la homosexualidad. Mienten, mienten, mienten. Mienten hasta con la fecha. Ellos dicen que es 22 de mayo. Pero tú sabes qué día es hoy.*

*—16 de shawwal, maestro.*

*—Hablan de integración. De convivencia. Pero tú sabes lo que Dios quiere.*

*—No lo sé, maestro —dijo el chico, aterrorizado. ¿Cómo podría él estar dentro de la mente de Dios?*

*—Dios quiere que vengamos las Cruzadas, las de hace mil años y las de ahora. Dios quiere que restablezcamos el Califato, que ellos destruyeron en 1924. Desde aquel día, la comunidad musulmana ha sido desmembrada en pedazos de tierra controlada por nuestros enemigos. Basta leer un periódico para ver cómo los hermanos musulmanes viven bajo un estado de opresión, humillación y genocidio. Y la mayor de todas las afrentas es esa astilla clavada en el corazón de Dar al-Islam<sup>[8]</sup>: Israel.*

*—Yo odio a los judíos, maestro.*

*—No. Sólo te lo parece. Escucha mis palabras atentamente. Dentro de unos años, ese odio que ahora crees sentir será como una chispa comparada con el incendio de un bosque entero. Sólo los auténticos creyentes son capaces. Y tú lo serás. Tú eres especial. Sólo tengo que mirarte a los ojos para sentir dentro de ti esa fuerza que puede cambiar el mundo. Devolver la unidad a la comunidad musulmana. Llevar la sharia<sup>[9]</sup> a Ammán, El Cairo, Beirut. Y luego a Berlín. A Madrid. A Washington.*

*—¿Cómo lo haremos, maestro? ¿Cómo llevaremos la sharia al mundo?*

*—No estás preparado para la respuesta.*

*—Sí lo estoy, maestro.*

—*¿Deseas saberlo con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente?*

—*No hay nada que más desee que llevar la palabra de Alá.*

—*No, no todavía. Pronto...*

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Miércoles, 12 de julio de 2006. 20.27*

Una hora después, las tiendas estaban levantadas, las cabinas de los retretes y las duchas colocadas y conectadas al tanque de agua, y el personal civil de la expedición descansaba en la minúscula plaza rectangular que habían creado las tiendas. Andrea, sentada en el suelo con una botella de Gatorade en la mano, había desistido de buscar al padre Fowler. Ni él ni la doctora Harel aparecían por ninguna parte, así que Andrea se dedicó a contemplar las estructuras de tela y aluminio con interés. No se parecían a ninguna de las tiendas que ella había visto antes. El habitáculo principal tenía forma de cubo alargado, con una puerta vertical y varias ventanas de plástico. Una tarima de madera colocada sobre una docena de pilares de cemento las separaba cuarenta centímetros del suelo para evitar el calor abrasador de la arena. El techo estaba formado por una tela curva, sujeta por uno de los lados de la tienda al suelo para mejorar la refracción. Todas estaban conectadas a un generador situado junto al camión de gasolina para poder disfrutar de corriente eléctrica.

De las seis tiendas, tres eran diferentes. Una era la enfermería, que tenía un diseño más tosco pero hermético, según le había explicado Harel. Otra era el comedor-cocina, dotada con aire acondicionado para que la gente pudiera descansar un poco durante las horas de más calor. La última era la tienda de Kayn. Estaba algo alejada de las demás. No tenía ventanas visibles, y la rodeaba un perímetro de catenaria, como muda advertencia de que el multimillonario no quería ser molestado. Kayn había permanecido en el interior de su H3 —pilotado por Dekker— hasta que terminaron de levantarla, y no había vuelto a salir.

*Dudo que vuelva a aparecer en lo que queda de expedición. Me pregunto si le habrán instalado un retrete portátil, pensó Andrea, dándole un sorbo distraído a su bebida. Mira, aquí llega quien me lo va a responder.*

—Hola, señor Russell.

—¿Cómo está? —dijo el asistente, dedicándole una educada sonrisa.

—Bien, gracias. Oiga, respecto a la entrevista con el señor Kayn...

—Me temo que eso no va a ser aún posible —dijo Russell, esquivo.

—Espero que no me haya traído usted aquí para pasearme. Quiero que sepa...

—Bienvenidos, damas y caballeros —la desagradable voz del profesor Forrester interrumpió las quejas de la periodista—. Contra todo pronóstico han sido ustedes capaces de armar las

tiendas a tiempo. Enhorabuena. Dense ustedes mismos un aplauso.

El tono en el que lo había dicho era tan desganado como el escaso y descoordinado batir de palmas que siguió. Aquel hombre producía a su alrededor un aura de humillación y desconcierto. Pese a todo, los miembros de la expedición se fueron sentando en el suelo alrededor del profesor, mientras el sol moría tras las montañas.

—Antes de comenzar con el reparto de las tiendas y de la cena, quiero terminar una historia —continuó el arqueólogo, de pie en medio de un círculo de caras intrigadas—. Recordarán que les conté cómo unos cuantos escogidos habían sacado la reliquia de la ciudad de Jerusalén. Bien, pues ese grupo de valientes...

—Una duda me ronda por la cabeza, profesor —lo cortó Andrea, ignorando la mirada fulminante del viejo—. Usted ha dicho que Yirmsyáhu fue el autor del Segundo Rollo. Que lo escribió antes de que los romanos arrasaran el templo de Salomón, ¿me equivoco?

—No se equivoca.

—¿Dejó algún otro escrito?

—No, no lo hizo.

—¿Lo hicieron los hombres que sacaron el Arca de Jerusalén?

—Tampoco.

—Entonces ¿cómo puede tener idea de lo que sucedió? Aquellos hombres llevaron un objeto muy pesado forrado de oro durante unos... ¿trescientos kilómetros? Yo apenas he conseguido subir la duna que rodea el cañón a pie, y sólo cargaba con mi cámara y una botella. Y por si fuera...

El viejo se había ido poniendo más colorado a cada palabra que decía Andrea, hasta el punto de que el conjunto de su calva y su barba parecía ahora una cereza sobre un lecho de algodón.

—¿Cómo consiguieron los egipcios construir las pirámides? ¿Cómo levantaron los nativos de la Isla de Pascua sus gigantescas estatuas de diez toneladas? ¿Cómo esculpieron Petra los nabateos? —se acercó a Andrea, tanto que ahora le hablaba encorvado sobre ella, con la cara casi pegada a la suya, escupiéndole las palabras y la saliva a partes iguales. La joven torció la cara, evitando su aliento rancio—. Con fe. La fe necesaria para recorrer a pie trescientos kilómetros, bajo un sol abrasador y un terreno inhóspito. La fe necesaria para creer que lo consiguieron.

—Así que aparte del Segundo Rollo no tiene usted ninguna otra prueba —dijo Andrea sin poder contenerse.

—No, no tengo ninguna. Pero tengo una teoría, y más le vale que tenga razón, señorita Otero, o nos volveremos a casa con las manos vacías.

La periodista iba a replicar, pero notó de repente un leve codazo en las costillas. Al girarse vio el rostro impassible del padre Fowler, mirándola fijamente. En los ojos del sacerdote había una advertencia.

—¿Dónde se había metido usted? Le he estado buscando. Tenemos que hablar.

Fowler la mandó callar con un gesto.

—Los ocho hombres que partieron de Jerusalén con el Arca alcanzaron Jericó a la mañana siguiente —Forrester ya se había incorporado y se dirigía de nuevo a las catorce personas que lo escuchaban atentamente—. Aquí entramos en el terreno de la especulación, pero la especulación de un hombre que ha dedicado décadas a pensar sobre el terreno. En Jericó se pertrecharon con comida y agua. Cruzaron el Jordán cerca de Betania, y alcanzaron el Camino de los Reyes cerca



del monte Nebo. La más antigua vía de comunicación utilizada ininterrumpidamente. El sendero que condujo a Abraham desde Caldea a Canaán. Aquellos ocho judíos lo recorrieron hasta Petra, donde lo abandonaron en dirección a un lugar mítico que para los jerosolimitanos estaba en el confín del mundo. Este lugar.

—Profesor, ¿tiene idea de en qué parte del cañón buscar? Porque esto es enorme —intervino la doctora Harel.

—Ahí es donde entran ustedes, a partir de mañana por la mañana. David, Gordon. Enseñadles los equipos.

Los dos jóvenes ayudantes llegaron ataviados de una extraña guisa. Llevaban un arnés en el pecho, al que estaba acoplado un dispositivo metálico, como una pequeña mochila. Del arnés surgían cuatro cintas que sostenían una estructura metálica cuadrada a la altura de los muslos. En la parte delantera, dos protuberancias parecidas a linternas estaban colocadas en los dos extremos del cuadrado, como los faros de un coche. Las protuberancias apuntaban hacia el suelo.

—Esto, señores, será su modelito veraniego durante los próximos días. Se llama magnetómetro de precesión de protones.

Se oyeron silbidos de admiración.

—¿Sí, un nombre muy chulo, verdad? —dijo David Pappas.

—Cállese, David. Partimos de la teoría de que los escogidos de Yirmsyáhu escondieron el Arca en el cañón, pero no sabemos dónde. El magnetómetro nos lo dirá.

—¿Cómo funciona, profesor? —preguntó Tommy Eichberg.

—El aparato emite unas señales que miden el campo magnético terrestre. Una vez sintonizado, cualquier anomalía en el campo magnético, como la presencia de metales, queda registrada. No es necesario que comprendan demasiado su funcionamiento, porque el equipo está dotado de una señal inalámbrica que transmite todos los datos directamente a mi ordenador. Si encuentran algo, yo lo sabré antes que ustedes.

—¿Es difícil de manejar? —preguntó Andrea.

—No, si es que sabe usted caminar. A cada uno de ustedes se le asignará una serie de cuadrantes del cañón, separados por varias decenas de metros. Todo lo que tienen que hacer es apretar el botón de encendido en el arnés y dar un paso cada cinco segundos, así.

Gordon dio un paso hacia delante y se detuvo. Al cabo de cinco segundos, la máquina de la mochila emitió un suave pitido. Gordon volvió a avanzar, y el pitido cesó. A los cinco segundos, el pitido se reanudó.

—Harán esto durante doce horas al día, en intervalos de hora y cuarto con descansos de quince minutos —dijo Forrester.

Se alzó un muro de protestas.

—¿Y los que tenemos otras obligaciones?

—Ocupense de ellas cuando no estén peinando el cañón, señor Frick.

—¿Pretende que caminemos diez horas al día? ¿A pleno sol?

—Les recomiendo beber mucha agua. Al menos un litro cada hora. A 44 grados de temperatura, el cuerpo se deshidrata rápido.

—¿Y si no nos da tiempo a cumplir las diez horas durante el día?

—Seguirán ustedes por la noche, señor Hanley.

—Viva la democracia, joder —susurró Andrea. Al parecer no lo suficientemente bajo, porque Forrester la oyó.

—¿Le parece injusto, señorita Otero? —dijo el arqueólogo, con voz muy suave.

—Pues ahora que lo menciona, sí —dijo Andrea, desafiante. Encogió la espalda temiendo un nuevo codazo de Fowler, pero éste no llegó.

—El gobierno jordano nos ha concedido un mes en esa falsa licencia de explotación de fosfatos. Imagínese que yo les impusiera un ritmo más suave. Imagínese que terminásemos de hacer la prospección de datos del cañón dentro de tres semanas. Imagínese que no pudiésemos extraer el Arca a tiempo. ¿Sería eso justo?

Andrea bajó la cabeza, abochornada. Odiaba a aquel hombre, y mucho.

—¿Hay alguien más que se apunte al sindicato de la señorita Otero? —dijo Forrester, escrutando las caras de los presentes—. ¿Nadie? Bien. A partir de ahora no son ustedes ni médicos, ni sacerdotes, ni operadores de perforadora, ni cocineros. Son mis mulas de carga. Disfrútenlo.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 13 de julio de 2006. 12.27*

*Paso, espera, pitido, paso.*

Andrea Otero no había hecho jamás una lista con las tres peores experiencias de su vida. Primero porque Andrea detestaba las listas y las clasificaciones. Segundo, porque tenía una nula capacidad de introspección y, a pesar de ser muy inteligente, solía encontrar pocas respuestas dentro de ella misma. Y tercero, porque cuando los problemas le explotaban en la cara, su sistema consistía en huir de ellos hacia delante.

Si la noche anterior Andrea hubiese dedicado cinco minutos a pensar en esa lista, la primera de las experiencias sería la de las judías.

Era el último día de colegio, y ella marchaba con paso firme y decidido por la edad del pavo. Volvió de clase con una sola idea en la cabeza: estrenar la nueva piscina de la urbanización. Por eso comió a toda velocidad, decidida a embutirse en el bañador antes que nadie. Aún con el último bocado en la garganta, se levantó de la mesa. Y entonces su madre soltó la bomba.

—¿A quién le toca fregar los platos?

Andrea casi ni se dio la vuelta, porque aquel día le tocaba a su hermano mayor, Miguel Ángel. Pero sus otros tres hermanos no estaban dispuestos a tener que esperar por su líder en aquel día tan especial. Y respondieron como un solo hombre:

—¡A Andrea!

—Y una mierda. ¿Pero estáis mal de la cabeza, o qué? A mí me tocó antes de ayer.

—Hija, haz el favor, que no te tenga que lavar la boca con lejía.

—Eso, mamá, con lejía —terciaron los hermanos.

—Pero, mamá, es que no me toca —dijo Andrea, dando una patada en el suelo.

—Pues los friegas igual, hija, y lo ofreces al Señor por tus pecados. Que estás en una edad muy mala —dijo la madre, mientras Miguel Ángel disimulaba una sonrisa y los hermanos se felicitaban a codazos por debajo de la mesa.

Una hora después, Andrea, que nunca había tenido la lengua precisamente corta, pensaría cinco réplicas posibles a tamaña injusticia. Pero en aquel momento sólo se le ocurrió un:

—Mamáaaa.

—Nada de mamá. Friegas los platos y dejas a tus hermanos bajar a la piscina antes, que lo están deseando.

En ese momento, Andrea lo entendió.

Su madre lo sabía. Sabía que no le tocaba a ella.

Es difícil comprender lo que hizo sin ser la más pequeña de cinco hijos, y la única chica. Sin haber crecido en un entorno católico preconciliar donde la culpa aparece antes que el pecado. Sin ser hija de un militar de la vieja escuela, que tenía muy claro a quién prefería. Sin haber sido pisoteada, escupida, vejada y dejada de lado por ser mujer. A escala de niño, quizás. Con sensibilidad de niño, seguro.

Aquel día dijo basta.

Andrea volvió a la mesa, levantó la olla de las judías con tomate que habían comido de primero. Estaba medio llena. Sin una sola duda, la niña vertió la olla sobre la cabeza de Miguel Ángel y se la colocó de sombrero.

—Friega tú los platos si quieres, hijoputa.

El castigo fue lo peor. Además de, obviamente, fregar los platos, su padre le impuso un correctivo de lo más imaginativo. Nada de prohibirle bajar a bañarse durante todo el verano. Eso hubiera sido demasiado suave. Le ordenó sentarse a la mesa de la cocina, desde cuya ventana había una vista perfecta de la piscina, y le puso tres kilos de judías encima de la mesa.

—Cuéntalas. Cuando me digas cuántas hay, podrás bajar a la piscina.

Andrea esparció las judías por la mesa y comenzó a contar una a una, echándolas dentro de una cacerola. Cuando iba por mil doscientas ochenta y tres, se levantó para ir al servicio.

A la vuelta, la olla estaba vacía. Alguien las había arrojado de nuevo al montón.

*Papá, vas listo si te crees que vas a escucharme llorar, pensó.*

Por supuesto que lloró. Durante cinco larguísimos días en los que, intentase lo que intentase, tuvo que volver a empezar a contar cuarenta y tres veces.

La noche anterior Andrea hubiese relatado aquella experiencia como la peor de su vida, superior a la brutal paliza que recibió el año anterior en Roma. Aquella mañana, no obstante, la experiencia del magnetómetro ocupaba sin lugar a dudas la cabeza de la lista.

El día había comenzado a las cinco en punto, tres cuartos de hora antes de la salida del sol, con un molesto coro de bocinazos. A Andrea le había tocado dormir con la doctora Harel y la arqueóloga Kyra Larsen en la enfermería, segregadas por sexos debido a la mojigatería del profesor Forrester. El pelotón de Dekker ocupaba una tienda, el personal de servicio otra y los cinco ayudantes de Forrester y el padre Fowler la última. El profesor prefería dormir separado, en una pequeña tienda individual de ochenta dólares que llevaba consigo a todas las expediciones. No debía dormir demasiado, ya que a las cinco en punto se colocó en el centro de la plaza de tiendas y comenzó a hacer sonar una bocina de aire comprimido hasta que consiguió varias amenazas de muerte y un montón de gente despierta.

Andrea se levantó entre maldiciones y buscó a tientas la toalla y el neceser que había dejado junto a la colchoneta inflable y el saco de dormir que les servían de cama. Ya se dirigía a la puerta, cuando Harel la llamó. A pesar de la hora, estaba completamente vestida.

—No estará pensando en ducharse.

—Pues sí.

—Usted verá. Pero le recuerdo que las duchas funcionan con un código individual, y que sólo disponemos de treinta segundos de agua al día. Si gasta su agua ahora, esta noche estará tan pegajosa que pedirá a gritos que le escupamos encima.

Andrea volvió a desplomarse en el colchón, descorazonada.

—Muchas gracias. Me ha jodido el día.

—Cierto. Pero le he salvado la noche.

—Estoy horrible —dijo Andrea incorporándose y recogiendo el pelo en una coleta, algo que no hacía en público desde la universidad.

—Más que horrible.

—Joder, Doc, se supone que usted tenía que decir «No tanto como yo» o «Qué va, estás genial». Ya sabe, corporativismo femenino.

—Bueno, yo no he sido nunca una mujer muy convencional —dijo Harel, mirando a Andrea fijamente a los ojos.

*¿Qué demonios has querido decir con eso, Doc?, se preguntó Andrea, mientras se ponía unos pantalones cortos y unas botas. ¿Eres lo que yo creo? Y lo más importante... ¿me atreveré a tomar la iniciativa?*

*Paso, espera, pitido, paso.*

Stowe Erling había sido el encargado de conducir a Andrea a su cuadrante y colocarle el arnés. Así que allí estaba Andrea, en un cuadrado de terreno de 15 metros de lado, delimitado por una cuerda enganchada con piquetas a veinte centímetros del suelo.

Sufriendo.

Lo primero había sido el peso. Dieciséis kilos no parecen gran cosa al principio, sobre todo cuando van enganchados en un arnés. Pero al comenzar la segunda hora, Andrea empezó a tener los hombros muy doloridos.

Lo segundo había sido el calor. Al mediodía, aquello no era arena sino una parrilla de color rosa. Y el agua se le agotaba a la media hora de empezar cada turno.

Lo tercero habían sido los descansos. A cada uno le correspondía un cuarto de hora al finalizar cada turno, pero ocho de aquellos minutos se le iban en ir y volver de su cuadrante, dos en recoger botellas de agua fría y otros dos en volver a echarse crema solar factor sesenta. Eso le dejaba exactamente tres minutos, que consistían en escuchar a Forrester carraspear y mirar su reloj.

Pero por encima de todo estaba la repetición de la tarea. Aquel absurdo paso, espera, pitido, paso.

*Estaría mejor en Guantánamo, joder. Aunque los torturen al sol, al menos no tienen que cargar con este peso.*

—Buenos días. Hace un poco de calor, ¿verdad? —dijo una voz en español.

—Váyase a la mierda, padre.

—Tenga un poco de agua —dijo Fowler tendiéndole una botella de agua. El cura vestía pantalones de sarga y su habitual camisa negra de manga corta con el distintivo sacerdotal. Volvió a salir del perímetro de cuerda y se sentó en el suelo, observándola divertido.

—¿Puede explicarme a quién ha sobornado para no tener que cargar con el yugo? —dijo Andrea, vaciando la botella ansiosamente.

—El profesor Forrester tiene mucho respeto por mi condición religiosa. Él también es un hombre de Dios, a su manera.

—Más bien un maníaco ególatra.

—Eso también. ¿Qué me dice de usted?

—El esclavismo no está entre mis defectos.

—Me refiero a la religión.

—¿Pretende salvar mi alma con una botella de medio litro?

—¿Sería eso suficiente?

—Yo diría que necesitaría al menos un litro.

Fowler sonrió y le tendió otra botella.

—Si la bebe a pequeños sorbos le calmará la sed mucho más.

—Gracias.

—¿No va a responderme?

—La religión es algo demasiado profundo para mí. Prefiero montar en bici.

El sacerdote rió a gusto y dio un trago a su propia botella de agua. Parecía cansado.

—Venga, señorita Otero, no se enfade conmigo por no tener que hacer de mula. ¿Se cree que las cuerdas que delimitan los cuadrantes han aparecido por arte de magia?

El cuadrante estaba situado a sesenta metros de la zona de tiendas. El resto de miembros de la expedición estaba repartido por toda la superficie del cañón, cada uno con su propio paso, espera, pitido, paso. Andrea llegó al final de la cuerda, dio un paso hacia la derecha, giró ciento ochenta grados y echó a andar de nuevo, de espaldas al sacerdote.

—Y yo que no podía encontrarlos... Así que es eso lo que estuvieron haciendo la doctora y usted toda la noche.

—Había más gente. No tiene usted que preocuparse.

—¿Qué ha querido decir con eso, padre?

Fowler no dijo nada. Durante un rato todo lo que se oyó fue el ritmo del paso, espera, pitido, paso.

—¿Cómo lo ha sabido? —dijo Andrea, angustiada.

—Lo sospechaba. Ahora lo sé.

—Joder.

—Siento haber invadido su intimidad, señorita Otero.

—Y una mierda lo siente —Andrea hizo una pausa y se mordió el puño—. Mataría por poder fumar.

—¿Qué se lo impide?

—El profesor Forrester me dijo que interfería con los instrumentos.

—¿Sabe, señorita Otero? Para llevar esa pose de estar de vuelta de todo es usted extraordinariamente ingenua. El humo del tabaco no altera el campo magnético terrestre. Al menos no según mis fuentes.

—¡Viejo cabrón!

Andrea rebuscó en los bolsillos y se encendió un cigarro.

—¿Le dirá algo a Doc, padre?

—Harel es inteligente, mucho más que yo. Y además judía. No necesita charlas de un viejo sacerdote.

—¿Y yo sí?

—Bueno, es usted católica, ¿no?

—Perdí la confianza en su gremio hace 14 años, padre.

—¿En cuál? ¿En el de los militares o en el de los curas?

—En ambos. Mis padres se encargaron de joderme bien.

—Todos los padres lo hacen. ¿No es así como empieza la vida?

Andrea giró la cabeza hacia él, alcanzando a verle con el rabillo del ojo.

—Así que tenemos algo en común.

—Ni se imagina. ¿Por qué nos buscaba anoche, Andrea?

La periodista miró a derecha e izquierda antes de contestar. El ser humano más cercano era David Pappas, encadenado al arnés a treinta metros de ellos. Un chorro de viento caliente sopló desde la entrada del cañón, formando remolinos de arena de belleza infinita a los pies de Andrea.

—Ayer, cuando llegamos a la entrada del cañón yo recorrí la duna a pie. En la cima me puse a hacer unas fotos con el teleobjetivo, y vi a un hombre.

—¿Dónde? —espetó Fowler.

—En la cima del risco que está tras su espalda. Sólo lo vi un segundo. Llevaba ropas marrones. No le dije nada a nadie porque no sé si tiene que ver con la persona que intentó matarme en la *Behemot*.

Fowler entrecerró los párpados, se pasó la mano por la calva cabeza, tomó aire profundamente. Tenía una nube sobre el rostro. De pronto las arrugas alrededor de los ojos parecieron multiplicarse.

—Señorita Otero, esto es muy, muy peligroso. El éxito de la expedición se basa en el secreto. Si alguien descubre lo que de verdad hacemos...

—¿Nos expulsarán de aquí?

—Nos matarán a todos.

—Ah.

Andrea alzó la vista, tremendamente consciente del aislamiento del lugar y de lo encerrados que estarían en aquel lugar si la fina línea que representaban los hombres de Dekker se rompía.

—Tengo que hablar con Albert. Urgentemente.

—Creí que había dicho que no podía usar su teléfono satélite aquí, padre. Que Dekker tiene un escáner de frecuencias.

El sacerdote se limitó a mirarla.

—Oh, mierda. Otra vez no —dijo Andrea.

—Lo haremos esta noche.

NOVECIENTOS METROS AL OESTE DE LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 01.18*

El hombre alto se llamaba O. y estaba llorando. Había tenido que apartarse de sus compañeros para hacerlo. No le gustaba nada que lo vieran expresar sus sentimientos, y menos aún hablar sobre ellos. Pero sin duda hubiese sido muy peligroso manifestar en voz alta por qué lloraba.

Había sido por la niña, en realidad. Le recordaba demasiado a su propia hija. Había odiado tener que matarla. Matar a Tahir había sido sencillo, un alivio en realidad. Incluso se permitió disfrutar un poco, jugar con él. Darle un adelanto del infierno en la tierra.

La niña era otra historia. Sólo 16 años.

Y sin embargo, D. y W. habían estado de acuerdo con él. La misión era demasiado importante. No sólo estaban en juego las vidas de los diez hermanos que se hacinaban en la cueva, sino la de toda Dar al-Islam. La madre y la hija sabían demasiado. No podía haber excepciones.

—Menuda guerra de mierda —musitó.

—¿Ahora hablas solo?

Era W. Se había acercado reptando por el suelo, despacio. No le gustaba correr riesgos. Siempre hablaba en susurros, incluso dentro de la cueva.

—Estaba rezando.

—Tenemos que volver al agujero. Podrían vernos.

—Sólo hay uno de los centinelas en la pared oeste, y no tiene ángulo para cubrir esta zona. No te preocupes.

—¿Y si cambia de sitio? Llevan gafas de visión nocturna.

—No te preocupes. Ahora le toca al negro enorme. Se pasa todo el rato fumando. La brasa del cigarro no le deja ver nada —dijo O., irritado por tener que hablar tanto cuando sólo quería disfrutar del silencio.

—Vuelve a la cueva, anda. Jugaremos al ajedrez.

Ese W... no lo había engañado ni por un momento. Sabía que estaba melancólico. Afganistán, Pakistán, Yemen. Habían pasado por mucho juntos, y era un buen compañero. Por torpe que fuera, era un intento de animarlo.

O. se estiró cuan largo era sobre la arena. Se hallaban en una hondonada al pie de una pequeña formación rocosa. La cueva se formaba cerca de la base, y era un diminuto espacio



natural de apenas diez metros cuadrados. Había sido O. quien lo había localizado tres meses atrás, cuando comenzó a preparar la operación. Apenas había sitio para los diez, pero aunque la cueva hubiese sido cien veces más grande, O. hubiera preferido estar fuera. Se sentía encerrado en aquel agujero ruidoso, acosado por los ronquidos y las ventosidades de los hermanos.

—Creo que me quedaré aquí fuera un rato. Me gusta el frío.

—¿Esperas la señal de *Huqan*?

—Aún queda para eso. Los infieles no han encontrado nada todavía.

—Me gustaría que se diesen un poco de prisa. Estoy harto de estar hacinado, de comer latas y mear en un cubo.

O. no contestó. Cerró los ojos y se concentró en las sensaciones de la brisa sobre su piel. A él se le daba bien esperar.

—¿Vamos a quedarnos aquí sin hacer nada? Somos diez, bien armados. Yo digo que entremos y los matemos a todos —insistió W.

—Seguiremos las órdenes de *Huqan*.

—*Huqan* es un temerario.

—Lo sé. Pero es listo. Él me contó una historia. ¿Sabes cómo encuentra agua un guerrero bosquimano en el Kalahari cuando está lejos de casa? Busca a un mono y le observa durante todo el día. No puede dejar que el mono le vea, porque si sospecha, el juego se acaba. Con paciencia, el mono acaba revelando su escondrijo. Una hendidura en la roca, un pequeño pozo... lugares que el bosquimano no hubiera encontrado nunca.

—¿Y qué hace entonces?

—Se bebe el agua y se come al mono.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 01.18*

Stowe Erling mordió nerviosamente su bolígrafo y maldijo al profesor Forrester con todas sus fuerzas. Al fin y al cabo no había sido culpa suya que los datos de la prospección de aquel cuadrante no hubiesen llegado a su destino. Bastante tenía él con aguantar las quejas de los forzados prospectores mientras les colocaba o retiraba los arneses, cambiaba las baterías y se aseguraba de que nadie hiciese el mismo cuadrante dos veces.

A él, sin embargo, nadie lo estaba ayudando a colocarse el arnés. Y no es que la operación fuese sencilla, en mitad de la noche y con tan sólo la luz de un camping gas. A Forrester nadie le importaba un carajo. Es decir, nadie salvo él mismo. Detectó la anomalía en los datos después de la cena y le ordenó a Stowe realizar de nuevo el análisis del cuadrante 22K.

De nada había valido que Stowe pidiese —casi suplicase— hacerlo al día siguiente. Si los datos de los cuadrantes no iban enlazados, el programa se bloqueaba.

*Jodido Pappas. Supuestamente el mejor arqueotopógrafo del mundo, ¿verdad? Supuestamente un diseñador de software cualificado, ¿verdad? Un mierda, eso es lo que es. Nunca tendría que haber salido de Grecia, joder. Con lo que le lamí el culo al viejo para que me dejara preparar los encabezados de código de los magnetómetros, y se lo da a él. Dos años, dos años enteros, maldición. Dos años buscándole referencias a Forrester, enmendando sus errores infantiles, comprándole sus medicinas, vaciando su papelera de los jodidos pañuelos llenos de sangre infecta. Dos años y me sigue tratando así.*



Por suerte su complicada pantomima de gestos había terminado, y el magnetómetro estaba colocado y en funcionamiento. Stowe cogió el camping gas para colocarlo a media ladera. El terreno del cuadrante 22K ocupaba en su mayor parte una ladera de arena y piedras, cerca del nudillo del índice.

El terreno allí era diferente, no el colchón esponjoso y rosado de la base del cañón, ni la pura roca tostada que lo formaba. La arena de la ladera, más oscura y con una pendiente del 14 por

ciento, se agitaba bajo las botas como una rata dentro de un pastel. Stowe tenía que tirar con fuerza de las cintas que sostenían el magnetómetro en los recorridos ascendentes para no caerse. Equilibraba así el peso del aparato.

Al inclinarse para dejar el camping gas en el suelo, Stowe se rasgó la piel de la mano derecha con una rebaba de hierro de la estructura del magnetómetro, haciéndose un corte superficial.

—Mierda de... ¡Ay!

Chupándose el corte con fuerza, el joven comenzó a seguir el lento, agónico ritmo del aparato.

*Ni siquiera es americano. Ni siquiera es judío, coño. Sólo es un sucio griego, inmigrante, mamón. Por el Nombre, si era ortodoxo antes de entrar a trabajar para el profesor. Se convirtió al judaísmo a los tres meses de estar con nosotros. Una conversión express. De lo más conveniente. Qué cansado estoy. ¿Por qué hago esto? Ojalá encontremos el Arca, las facultades de Historia se me rifarán. Encontraré un buen puesto y daré conferencias. El viejo no durará mucho, lo justito para robarnos la gloria al principio. Pero en tres o cuatro años de quien se hablará será de su equipo. De mí. Sería estupendo que esos pulmones podridos reventasen en las próximas horas. Me pregunto a quién pondría Kayn al frente de la expedición. No será a Pappas. Si se caga vivo mirando al profesor, Kayn lo derretiría con sólo mirarlo. Necesitará a alguien fuerte. Alguien con carisma. No me imagino cómo será ese Kayn. Dicen que está muy enfermo. ¿Para qué habrá venido?*

Stowe se detuvo, de pronto, a media ascensión y de cara a la pared del cañón. Había creído escuchar a alguien caminando, pero eso era imposible. Miró hacia el campamento, que aparecía tranquilo y en silencio.

*Claro que sí. El único que no está metido en la cama soy yo. Bueno, excepto los centinelas, pero ellos están bien abrigados y seguro que están roncando. De quién nos van a proteger. Sería mejor que...*

El joven se paró. Había vuelto a oír algo, y esta vez no eran imaginaciones suyas. Inclino la cabeza, intentando escuchar mejor, pero el pitido enervante del magnetómetro saltó de nuevo. Stowe buscó a tientas el botón de encendido del aparato y lo presionó ligeramente. Así se desconectaba el aviso sin apagar el aparato (lo que activaba una alarma en el ordenador de Forrester), algo que doce personas hubieran dado un brazo por saber hacer el día anterior.

*Será uno de los soldados, cambiando de turno. Vaya, ya soy mayorcito para tener miedo a la oscuridad.*

Apagó el aparato e inició el descenso de la ladera despacio. Pensándolo mejor, se volvería a la cama. Si Forrester se cabreaba, allá él. Se pondría a hacerlo a primera hora. Se saltaría el desayuno.

*Eso es. Me levantaré antes que el viejo. Cuando haya algo más de luz.*

Sonrió. Se alegraba de haberse alarmado por nada, al fin y al cabo podría irse antes a la cama, que era lo que de verdad necesitaba. Si se daba prisa podría dormir tres horas. Apagó el magnetómetro.

De repente algo le tiró del arnés. Stowe se inclinó hacia atrás, agitando los brazos en el aire para no perder el equilibrio. Pero cuando creía que se iba a caer de culo, su caída se topó con un cuerpo humano, que le sujetó con fuerza.

El joven no notó la punta del cuchillo que se le clavó en la base de la espina dorsal. La mano que lo agarraba por el arnés tiró más fuerte de él hacia atrás. Stowe recordó su infancia, cuando iba con su padre al lago Chebacco a pescar lubinas negras. Su padre las sostenía en la mano y después las destripaba de un solo movimiento, acompañado de un sonido húmedo y silbante. Muy parecido al último sonido que escuchó Stowe.

La mano dejó de sujetarle y el joven se desplomó en el suelo de frente como un muñeco de trapo. El magnetómetro impidió que rodase, así su cuerpo se deslizó despacio, ladera abajo.

Stowe hizo un ruido quebradizo al morir, un gáñido breve y seco, y eso fue todo.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 02.33*

La primera parte del plan era despertarse a tiempo. A partir de ahí todo fue un desastre.

Andrea se había colocado el reloj de pulsera entre la almohada y la cabeza, con la alarma puesta a las dos y media de la madrugada. Debía encontrarse con Fowler en el cuadrante 14B, donde ella había estado trabajando cuando le contó al sacerdote lo del extraño desconocido.

Todo cuanto sabía la joven era que el sacerdote necesitaba su ayuda para anular el escáner de frecuencias de Dekker, pero no le había dicho ni dónde estaba ni cómo pensaba hacerlo.

Para asegurarse de que no faltase a la cita, el sacerdote le había dejado su propio reloj, ya que el de la periodista no tenía despertador. Era un tosco MTM negro con banda de velcro y aspecto de tener casi tantos años como Andrea. En la caja del reloj había una inscripción grabada: «That others may live».

*Para que otros vivan. ¿Qué clase de persona lleva un reloj como éste? Un cura no, desde luego. Los curas llevan relojes Casio de veinte euros, como mucho un Lotus de los más baratos y correa de imitación de piel. Nada con tanta personalidad, cavilaba Andrea antes de dormirse.* Cuando la alarma sonó, Andrea tuvo buen cuidado de apagarla enseguida y de llevar el aparato consigo, por dos razones. Fowler le había dejado muy claro lo que le pasaría a Andrea si lo perdía. Y además la esfera del reloj llevaba integrada una pequeña linterna LED, que le haría mucha falta para poder recorrer el cañón sin tropezar con una de las cordadas de los cuadrantes y partirse el cráneo con una piedra.

Mientras buscaba a tientas la ropa, Andrea escuchaba atentamente para saber si la alarma del reloj había despertado a alguien, pero los inconfundibles ronquidos de Kyra Larsen tranquilizaron a la periodista. Decidió ponerse fuera las botas para hacer menos ruido y comenzó a caminar hasta la puerta. Pero su proverbial torpeza le jugó una mala pasada y el reloj se le cayó.

La joven intentó controlar sus nervios y recordar cómo era la configuración de la enfermería. Al fondo se situaban dos camillas, una mesa y el instrumental médico. Las tres ocupantes dormían cerca de la entrada, en colchonetas autohinchables y sacos de dormir. Andrea en el medio, Larsen a la izquierda y Harel al otro lado.

Usando los ronquidos de Kyra como indicador, comenzó a palpar el suelo. Identificó el borde de su propia colchoneta. Un poco más lejos, lo que con toda probabilidad eran los calcetines

usados de la ayudante de Forrester. Con una mueca de asco se frotó la mano en los fondillos del pantalón. Buscó a tientas por encima de su propio colchón. Un poco más lejos. Aquello era el colchón de Harel.

Que estaba vacío.

Sorprendida, Andrea sacó el mechero del bolsillo y se arriesgó a encenderlo, interponiendo su cuerpo entre la llama y Larsen. Harel no aparecía por ninguna parte. Y Fowler le había dicho que no contase nada a la doctora acerca de lo que pretendían hacer.

La periodista no dedicó más tiempo a pensar en ello. Recogió el reloj, que estaba entre ambas colchonetas, y salió de la tienda. El campamento estaba silencioso como el inquilino de un cementerio, pero Andrea se alegró de que la enfermería estuviese cerca de la pared noroeste del cañón, así evitaría cruces indeseables si alguien iba o venía de los retretes.

*Seguro que ahí es donde está Harel. No comprendo por qué no podemos contarle lo que vamos a hacer si ella ya conoce la existencia del teléfono satélite del cura. Estos dos se traen un lío muy extraño.*

En ese momento comenzó a sonar la bocina de aire comprimido del profesor. Andrea se quedó congelada en el sitio, el miedo rascándole las tripas como una cobra en un balón de fútbol. Al principio creyó que Forrester la había descubierto, hasta que se dio cuenta de que la bocina debía de estar lejos. El ruido llegaba amortiguado y multiplicado, rebotado por todo el cañón, pero sin demasiada fuerza.

Sonó dos veces. Luego se paró.

Después comenzó a sonar de forma ininterrumpida.

*Eso es un grito de auxilio. Me juego el cuello.*

Andrea dudó a quién avisar. Encontrándose Harel ausente, y Fowler esperándola en el 14B, la mejor opción era Tommy. La tienda del personal de servicio era la de al lado. Ayudándose de la linterna del reloj, Andrea encontró la cremallera de entrada e irrumpió dentro.

—Tommy. Tommy, ¿está usted aquí?

Media docena de cabezas brotaron de los sacos de dormir.

—¡Son las dos de la mañana, por Dios! —dijo un despeinado Brian Hanley, frotándose los ojos.

—Despierte a Tommy. Creo que el profesor tiene un problema.

Pero Tommy ya se incorporaba en el saco.

—¿Qué ocurre?

—Es la bocina del profesor. No para de sonar.

—No oigo nada.

—Salgan conmigo. Debe de estar al fondo del cañón.

—Dentro de un momento.

—¿Qué espera, a Hanukah<sup>[10]</sup>?

—No, espero que se dé la vuelta. Estoy desnudo.

Andrea salió de la tienda, murmurando una disculpa. Afuera el sonido continuaba, cada vez más débil. La carga de aire comprimido de la bocina debía de estar acabándose.

Tommy se unió a ella, seguido por el resto de ocupantes de la tienda.

—Vete a mirar en la tienda del profesor, Robert —dijo Tommy, señalando al esquelético operador de perforadora—. Y tú, Brian, ve a avisar a los soldados.

Esto último era innecesario. Dekker, Maloney, Torres y Jackson ya se acercaban a ellos. Con poca ropa, pero con las ametralladoras listas.

—¿Qué cojones pasa aquí? —dijo Dekker. Llevaba un walkie-talkie en la enorme y áspera manaza—. Mis chicos dicen que hay alguien al fondo del cañón armando un follón tremendo.

—La señorita Otero cree que el profesor tiene problemas. ¿Qué hay de sus vigías? —dijo Tommy.

—La zona está en un ángulo muerto. Waaka está buscando una posición mejor.

—Buenas noches. ¿Qué ocurre? El señor Kayn intenta dormir —dijo Russell, uniéndose al grupo con el pelo algo revuelto y ataviado en un pijama de seda color canela—. Creo que sería...

Dekker le interrumpió con un gesto. El walkie crepitaba, y la voz pastosa de Waaka surgía del altavoz.

—Comandante, tengo visibilidad. Identifico a Forrester y un cuerpo caído en el suelo. Cambio.

—¿Qué hace el profesor, Nido 1?

—Está quieto, de rodillas, inclinado sobre el cuerpo. Cambio.

—Recibido, Nido 1. Permanezca en ese lugar y denos cobertura. Nidos 2 y 3, extremen las precauciones. Si un ratón se tira un pedo, quiero saberlo.

Dekker cortó la comunicación y se puso a dar órdenes. En los breves instantes que había durado su charla con Waaka todo el campamento se había puesto en pie. Tommy Eichberg encendió unos potentes focos halógenos que crearon enormes sombras en las paredes del cañón.

Andrea, mientras, se había quedado un poco retrasada del círculo de gente que rodeaba a Dekker. Una mirada por encima del hombro le permitió ver a Fowler aparecer caminando por detrás de la enfermería, completamente vestido. Dio un rodeo y se colocó detrás de la periodista.

—No diga nada. Hablaremos luego.

—¿Dónde está Harel?

Fowler miró a Andrea, enarcando las cejas.

*No tiene ni la menor idea.*

De pronto una sospecha se abrió en la mente de Andrea y se giró hacia Dekker, pero Fowler la retuvo por el brazo. Tras intercambiar unas palabras con Russell, el enorme sudafricano había tomado una decisión. Dejó a Maloney al cuidado del campamento y se dirigió junto con Torres y Jackson hacia el cuadrante 22K.

—¡Déjeme padre! ¡Ha dicho que había un cuerpo! —dijo Andrea, intentando soltarse.

—Espere.

—¡Podría ser ella!

—Espere.

Mientras, Russell alzó los brazos y se dirigió al grupo.

—Por favor. Por favor. Sé que estamos todos muy nerviosos, pero corriendo de un lado para otro no ayudarán a nadie. De acuerdo, miren todos a su alrededor y díganme si falta alguno. ¿Señor Eichberg, y Brian?

—Está ahí detrás, cargando el grupo eléctrico. El nivel de gasolina está bajo.

—¿Señor Pappas?

—Todos menos Stowe Erling, señor —la entrecortada voz del ayudante dejaba a las claras su nerviosismo—. Estaba haciendo una retrospectiva del cuadrante 22K. Los encabezados de datos



estaban mal procesados.

—¿Señora Harel?

—La doctora no está, señor Russell —dijo Kyra Larsen.

—¿Cómo? ¿Alguna idea de dónde puede encontrarse? —dijo Russell, sorprendido.

—¿Encontrarse quién? —dijo una voz a espaldas de Andrea. La periodista se dio la vuelta con el alivio pintado en el rostro. Harel se encontraba allí de pie, con los ojos enrojecidos y vestida tan sólo con unas botas y una camiseta larga de color rojo que le llegaba por las rodillas —. Tendrán que perdonarme, pero hoy tomé una pastilla para dormir y aún estoy grogui. ¿Qué ha ocurrido?

Mientras Russell ponía al corriente a la doctora, Andrea hizo frente a sentimientos encontrados. Aunque estaba más tranquila sabiendo que Harel estaba bien, no alcanzaba a imaginarse dónde se había metido durante todo aquel tiempo.

*Y no soy la única*, pensó Andrea, observando a su otra compañera de tienda. La arqueóloga no le quitaba la vista de encima a Harel.

*Larsen sospecha de la doctora y mucho. Seguro que se dio cuenta de que no estaba en su colchón hace unos minutos. Si las miradas fueran rayos láser, Doc tendría un agujero en la espalda del tamaño de una pizza mediana. Aquí va a haber problemas.*

KAYN

El viejo se subió a una silla y desató uno de los nudos que aseguraban las paredes transversales de la tienda. Lo ató, lo volvió a desatar y lo ató una vez más.

—Señor. Lo está usted haciendo otra vez.

—Un muerto, Jacob. Un muerto.

—Señor, el nudo está bien atado. Baje, tiene que tomar esto —dijo Russell sosteniendo en alto un pequeño vaso de papel con unas pastillas.

—No voy a tomarlas. Necesito todos mis sentidos alerta. Yo podría ser el siguiente. ¿Te gusta este nudo?

—Sí, señor Kayn.

—Se llama doble ocho. Un nudo muy seguro. Me lo enseñó mi padre.

—Es un nudo perfecto, señor. Por favor, baje de la silla.

—Quiero asegurarme. Lo ataré otra vez.

—Señor, está volviendo a recaer en el trastorno obsesivo.

—¡No me llames eso!

El viejo se giró para reprenderle, tan bruscamente que perdió el equilibrio. Jacob se apresuró a sujetarle, pero no pudo impedir que cayese al suelo.

—¿Se encuentra bien, señor? ¡Llamaré a la doctora Harel!

El viejo lloraba en el suelo y sólo una pequeña parte de las lágrimas se debían al golpe.

—Un muerto. Un muerto.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 03.13*

—Asesinato.

—¿Está segura, doctora?

El cadáver de Stowe Erling estaba en el centro de un círculo de lámparas de gas, que daban una luz pálida y translúcida como ala de mosca. Las sombras de las piedras que los rodeaban se difuminaban en el exterior del círculo para convertirse gradualmente en una noche que de repente estaba llena de amenazas. Andrea reprimió un escalofrío al mirar al cadáver, que yacía tendido sobre la arena.

Minutos antes, al llegar Dekker y sus hombres junto al profesor, éste aferraba una mano del cadáver con la derecha mientras que con la izquierda seguía apretando inútilmente la bocina de aire comprimido, cuyo gas hacía rato que se había agotado. Dekker apartó con malos modos al profesor y mandó llamar a Harel. La doctora le pidió a Andrea que la acompañase.

—Preferiría no hacerlo —dijo Andrea. Se sintió mareada y confusa cuando Dekker dijo por la radio que habían encontrado muerto a Stowe Erling. No pudo evitar recordar cómo ella había deseado que se lo tragase el desierto.

—Por favor. Estoy muy nerviosa, Andrea. Échame una mano.

La doctora parecía realmente trastornada, así que Andrea se puso a caminar a su lado sin más discusión. Por el camino la periodista pensó en varias maneras de abordar a Doc y preguntarle dónde demonios estaba cuando empezó el follón, pero no se le ocurrió ninguna en la que no quedase al descubierto que ella misma estaba donde no debía. Cuando llegaron al cuadrante 22K descubrieron que Dekker había buscado la manera de alumbrar el cadáver para que ésta dictaminase la causa de la muerte.

—Dígame usted. Si no es asesinato era un suicida muy decidido. Tiene una cuchillada en la base de la columna. Un golpe mortal de necesidad.

—Y muy difícil de asestar —dijo Dekker, sombrío.

—¿A qué se refiere? —intervino Russell, de pie junto al mercenario. Un poco más lejos, Kyra Larsen, agachada junto al profesor, intentaba consolarle y le cubría con una manta.

—Se refiere a que es un golpe dado sin vacilar, perfecto. Con una cuchilla afiladísima. Apenas sangró —dijo Harel, quitándose el guante de látex con el que había estado palpando la herida.

—Un profesional, señor Russell.

—¿Quién lo descubrió?

—En el ordenador del profesor suena una alarma cuando un magnetómetro deja de transmitir —dijo Dekker, señalando hacia el viejo con la cabeza—. Él se levantó para echarle la bronca a Stowe. Al verle en el suelo creyó que estaba dormido y comenzó a pitarle en la oreja, hasta que se dio cuenta de lo que ocurría. Entonces siguió pitando para avisarnos a nosotros.

—No quiero ni pensar cómo reaccionará el señor Kayn cuando se entere. ¿Dónde demonios estaban sus hombres, Dekker? ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Mirando hacia el exterior como les ordené, supongo. Son tres efectivos cubriendo un área enorme en una noche sin luna. Hacen lo que pueden.

—Que no es mucho —dijo Russell señalando el cadáver.

—Se lo dije, Russell. Le dije que era una locura venir a este lugar con tan sólo seis efectivos. Forzándonos al máximo podemos tener a tres hombres haciendo guardias de cuatro horas. Para cubrir un área hostil como ésta necesitamos al menos veinte. Ahora no venga echándome la culpa.

—Eso está fuera de lugar. Ya sabe usted lo que pasaría si el gobierno jordano...

—¿Quieren dejar de discutir? —El profesor se había levantado, la manta colgando desmañada de sus hombros, y la voz le temblaba de rabia. Una vez pasado el shock inicial, estaba deseando volcar su furia de alguna manera—. Ha muerto uno de mis ayudantes. Yo lo mandé aquí. ¿Quieren dejar de echarse las culpas mutuamente?

Russell torció el gesto, incómodo. Y para sorpresa de Andrea, Dekker también, aunque el mercenario disimuló dirigiéndose a la doctora Harel.

—¿Puede decirnos algo más?

—Me imagino que lo mataron ahí arriba y que cayó arrastrándose hasta el final de la pendiente, por las rodadas en las rocas.

—¿Se imagina? —dijo Russell, enarcando una ceja.

—Lo siento pero yo no soy forense. Sólo una vulgar médica. Que sea especialista en medicina de combate no quiere decir que sea capaz de leer escenarios de crimen. Y tampoco es que se puedan encontrar muchas huellas ni nada con esta mezcla gruesa de arena y roca.

—¿Sabe usted si tenía enemigos, profesor? —dijo Dekker.

—Se llevaba muy mal con David Pappas. Es una rivalidad que yo mismo he fomentado muchas veces.

—¿Alguna vez les vio discutir?

—Muchas veces, pero nunca llegó la sangre al río —Forrester se detuvo y alzó el dedo frente a la cara de Dekker—. Un momento, no estará sugiriendo que uno de mis chicos ha hecho esto, ¿verdad?

Andrea, entre tanto, había estado contemplando el cadáver de Erling con una mezcla de estupor y desconcierto. Quería dar un paso adelante, entrar en el círculo de lámparas, tirarle de la coleta y demostrar que no estaba muerto, que sólo era una broma extraña perpetrada por el profesor para torturarlos. Sólo se convenció de la gravedad de lo que sucedía cuando vio al frágil profesor enarbolando el dedo frente al gigantesco Dekker. En ese momento, el secreto que había estado conteniendo durante dos días la desbordó como una presa resquebrajada ante la presión del agua.

—Señor Dekker.

El sudafricano se volvió hacia ella, con cara de pocos amigos.

—Señorita Otero, el maestro Schopenhauer decía que en el primer encuentro una cara hace en nosotros la impresión que tendrá para siempre. Por el momento ya he tenido bastante de su cara, ¿lo capta?

—Ni siquiera sé por qué está aquí cuando nadie la ha llamado. Esto no es publicable. Vuelva al campamento —apostilló Russell.

La periodista retrocedió un paso, pero aguantó la mirada del mercenario y del ejecutivo. Desoyendo los consejos de Fowler, Andrea lo escupió todo.

—No voy a irme. Es posible que este hombre haya muerto por mi culpa.

Dekker acercó tanto su cara a la de Andrea que ésta pudo sentir el calor seco que desprendía su piel.

—Hable claro.

—Cuando llegamos al cañón creí ver una persona en lo alto de ese risco.

—¿Qué? ¿Y no se le ocurrió decir nada?

—Entonces no le di importancia. Lo siento.

—Ah, fantástico, lo siente. Entonces todo arreglado. Joder.

Russell meneaba la cabeza, atónito. Dekker se rascaba la cicatriz con fuerza, intentando digerir lo que acababa de oír. Harel y el profesor la miraban atónitas. La única que reaccionó fue Kyra Larsen, que haciendo a un lado a Forrester se acercó a Andrea y le dio una bofetada.

—¡Zorra!

Andrea se quedó tan sorprendida que no supo reaccionar. Vio la angustia y el dolor en los ojos de Kyra y comprendió. Bajó los brazos.

*Lo siento. Perdóname.*

—Zorra —repitió la arqueóloga, lanzándose sobre ella con los puños cerrados, golpeándola en la cara, en el pecho, en los hombros—. Podías haber contado a todo el mundo que nos vigilaban. ¿Es que no sabes lo que buscamos? ¿Es que no sabes cómo los afecta?

Harel y Dekker agarraron a Larsen por los brazos, tirando de ella hacia atrás. Ésta se apartó sin ofrecer resistencia, pero al ver que la doctora la sujetaba se desasíó con fuerza y se apartó varios pasos.

—Era mi amigo —musitó.

En ese momento llegó David Pappas en plena carrera. Gruesas gotas de sudor le cubrían la frente y los brazos, y estaba claro que se había caído al menos una vez porque traía la cara y las gafas llenas de arena.

—¡Profesor Forrester! ¡Profesor Forrester!

—¿Qué ocurre, David?

—Los datos. Los datos de Stowe —dijo el joven inclinándose y agarrándose las rodillas para cobrar aliento.

El profesor le hizo un gesto de desprecio con la mano.

—No es el momento, David. Tu compañero está ahí, enfriándose.

—Pero, profesor Forrester, tiene que escucharme. Los encabezados. Los he arreglado.

—Muy bien, David. Mañana lo hablaremos.

David, haciendo lo que en su vida se le habría ocurrido de no hallarse bajo la terrible tensión de los sucesos de aquella noche, agarró al profesor por la manta y le obligó a darse la vuelta y mirarle a la cara.

—No lo entiende. Hay un pico. ¡Un 7911!

El profesor Forrester no reaccionó al principio ante aquella revelación. Luego habló muy despacio y muy bajo, tanto que David apenas pudo escucharle.

—¿Cómo de grande?

—Enorme, señor.

El profesor cayó de rodillas. Incapaz de hablar, y se inclinaba adelante y hacia atrás en una muda plegaria más llorada que rezada.

—¿Qué es un 7911, David? —dijo Andrea.

—Peso atómico 79. Posición 11 de la tabla periódica —dijo el joven, confuso y con la voz quebrada, como si tras haber comunicado su mensaje hubiese quedado tan vacío e inútil como un sobre arrugado. Tenía la mirada clavada en el cadáver.

—Es decir...

—Oro, señorita Otero. Stowe Erling ha encontrado el Arca de la Alianza.

ALGUNOS DATOS SOBRE EL ARCA DE LA ALIANZA,  
EXTRAÍDOS DEL CUADERNO MOLESKINE  
DEL PROFESOR CECYL FORRESTER

*La Biblia dice: «Harás un arca de madera de acacia de dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto. La revestirás de oro puro. Por dentro y por fuera la revestirás. Y además pondrás en su derredor una moldura de oro. Fundirás para ella cuatro anillas de oro, que pondrás en sus cuatro pies. Harás también varales de madera de acacia que revestirás de oro, y los pasarás por las anillas de los costados del arca para transportarla».*

*Aplico las medidas del codo vulgar. Sé que seré criticado, pues pocos estudiosos lo hacen, apuestan por el codo egipcio y el codo «sangrado», mucho más glamorosos. Pero yo tengo razón.*

*Esto es lo que sabemos seguro del Arca:*

*—Año de construcción: 1453 a. C. al pie del Monte Sinaí*

*—111 cm de largo*

*—65 cm de ancho*

*—65 cm de alto*

*—385 litros de capacidad*

*—265 kilos de peso*

*Hay autores que señalan que el peso del Arca es muy superior, en torno a los 500 kilos. Incluso hay un imbécil que se atreve a afirmar que el Arca pesa más de una tonelada. Eso es absurdo. Y se hacen llamar eruditos. Les encanta añadir el peso del oro a la estructura. Pobres idiotas. No se dan cuenta que el oro, aunque sea pesado, es blando, muy blando. Las anillas no resistirían un peso semejante, ni tampoco las varas de madera con una longitud suficiente para que más de cuatro hombres la llevaran con comodidad.*

*El oro es un metal muy maleable... El año pasado vi una habitación entera cubierta del oro laminado a partir de una sola moneda de buen tamaño, siguiendo métodos de la edad del bronce. Los judíos eran hábiles artesanos, y no disponían de grandes cantidades de oro en el desierto, ni podían atarse a un peso tan enorme que les dejaría indemnes frente a sus enemigos. No, utilizaron una cantidad pequeña y crearon láminas para cubrir la madera. Una madera sólida que, puede, durar siglos sin alterarse, cubierta por completo por una fina capa de metal inerte inoxidable, y ajeno al paso de tiempo. Es un objeto construido para ser eterno. ¿Acaso podría ser de otra manera, siendo el Eterno quien daba las instrucciones?*

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 14.21*

—Así que los datos estaban manipulados.

—Alguien lo sabía, padre.

—Por eso lo mataron.

—Ya tengo el qué, el dónde y el cuándo. Si me da un cómo y un quién me haría la mujer más feliz del mundo.

—Estoy trabajando en ello.

—¿Cree que fue alguien de afuera? ¿Tal vez el hombre que vi en lo alto del cañón?

—No la tengo por tonta, señorita.

—Sigo sintiéndome culpable.

—Pues deje de hacerlo. Fui yo quien le pidió que no dijera nada. Pero créame: uno de los miembros de la expedición es un asesino. Por eso es más urgente que nunca que hablemos con Albert.

—Ya. Pero usted sabe más de lo que cuenta. Mucho más. Ayer había un tráfico inusitado en el cañón para ser de madrugada. La doctora no estaba en su colchón.

—Se lo dije... Trabajo en ello.

—Joder, padre. Es usted el único maldito políglota al que no le gusta hablar.

El padre Fowler y Andrea Otero estaban sentados a la sombra de la pared este del cañón. Nadie había podido dormir gran cosa la noche anterior y el día había arrancado lento y pesado, lleno de la conmoción por la muerte de Stowe Erling. Sin embargo, poco a poco la perspectiva del descubrimiento de una gran cantidad de oro en el magnetómetro de Stowe había eclipsado la tragedia en el ambiente del campamento. El profesor Forrester se convirtió en el vértice de una vorágine alrededor del cuadrante 22K: análisis de la composición de las rocas, más pruebas con el magnetómetro y sobre todo mediciones de la resistividad del suelo.

Este proceso consistía en hacer pasar una corriente eléctrica por el terreno para comprobar cuánta corriente eléctrica podía absorber. Un pozo relleno de tierra, por ejemplo, tiene una resistencia eléctrica diferente al suelo intacto que lo rodea.

Los resultados de las pruebas fueron concluyentes: el terreno era sumamente inestable, lo que enfureció a Forrester. Andrea lo vio hacer grandes aspavientos con manos y pies, arrojar papeles al aire, insultar a sus empleados.



—¿Por qué está tan irritado el profesor? —dijo Fowler. Llevaba un buen rato jugando con un pequeño destornillador y un manojo de cables que había distraído de la caja de herramientas de Brian Hanley, el de mantenimiento. El sacerdote estaba sentado en una roca plana medio metro por encima de Andrea y no estaba prestando demasiada atención a lo que sucedía enfrente de ellos.

—Han estado haciendo pruebas y no pueden limitarse simplemente a desenterrar el Arca —respondió Andrea, que había hablado con David Pappas unos minutos antes—. Creen que está en un hueco del terreno creado por el hombre. Si usan la excavadora hay muchas posibilidades de que la cavidad se derrumbe.

—Tendrán que dar un rodeo. Podría llevar semanas.

Andrea soltó otra ráfaga de fotos y las comprobó en el visor. Había conseguido una buena toma de Forrester soltando literalmente espumarajos de rabia por la boca. Una asustada Kyra Larsen echaba la cabeza hacia atrás con cara de espanto.

—Ya está Forrester gritando de nuevo. No sé cómo sus ayudantes aguantan eso.

—Tal vez sea lo que todos necesiten esta mañana, ¿no cree?

Andrea iba a replicarle al sacerdote que no dijera tonterías cuando se dio cuenta de que ella era una ferviente partidaria del autocastigo como método de desviación del dolor.

*El bueno de PH es prueba de ello. Si predicase con el ejemplo lo habría tirado por la ventana hace mucho. Maldito gato. Espero que no se coma los botes de champú de la vecina. Y si lo hace, que al menos la vecina no me los haga pagar.*

Los gritos reanudaron la actividad alrededor de Forrester como cucarachas en una cocina en la que de repente se encendiera una luz.

—Tal vez tenga razón, padre. Pero no creo que sea muy respetuoso con su compañero muerto el verlos trabajar así.

Fowler levantó la mirada de su destornillador para lanzarle una mirada acusadora.

—No se lo reprocho. Tienen que apresurarse, mañana es sábado.

—Ah, sí. El *sabbath*. Los judíos no pueden ni encender una luz en cuanto se pone el sol el viernes. Menuda tontería.

—Al menos creen en algo. ¿En qué cree usted?

—Siempre he sido una persona práctica.

—Supongo que se refiere a descreída.

—Suponga que me refiero a práctica. Perder dos horas a la semana en un lugar atestado de incienso restaría a mi vida exactamente 343 días. No se ofenda, pero no me parece un buen trato. Ni siquiera por una supuesta eternidad.

El sacerdote rió entre dientes.

—¿Entonces ha creído en algo alguna vez?

—Creí en una relación.

—¿Qué pasó?

—La jodí. Podríamos decir que ella tuvo más fe que yo.

Fowler guardó silencio. La voz de Andrea había sonado un poco forzada, y la joven se dio cuenta de que el sacerdote sólo quería que se desahogara.

—Además, padre... no creo que la fe sea la única motivación de esta expedición. El Arca valdría mucho dinero.

—En el mundo hay aproximadamente 125 000 toneladas de oro. ¿Cree que alguien como el señor Kayn necesita perseguir justamente las trece o catorce que lleva el Arca?

—Estamos hablando de Forrester y sus atareados muchachos —repuso Andrea, a quien le encantaba discutir pero no que rebatiesen sus argumentos con tanta facilidad.

—Está bien. ¿Quiere una razón práctica? La fase de la negación. Su trabajo los anima a continuar.

—¿De qué demonios habla?

—De las fases del duelo de la doctora Kübler-Ross.

—Ah, ya. Negación, ira, depresión y todo ese rollo.

—Exacto. Pues todos están en la primera fase.

—Viendo gritar al doctor cualquiera diría que está en la segunda.

—Se sentirán mejor esta noche. El profesor Forrester dirigirá la *hеспed*, la eulogia. Creo que será interesante escucharle decir algo bueno de alguien que no sea él mismo.

—¿Qué ocurrirá con el cuerpo, padre?

—Lo colocarán en una bolsa sellada y hermética y luego lo enterrarán provisionalmente.

Andrea se levantó de un salto y miró a Fowler, incrédula.

—Está de coña.

—Es la ley judía. Todo fallecido debe ser enterrado antes de 24 horas después de su muerte.

—Ya sabe a lo que me refiero. ¿No van a devolverle a su familia?

—Nada ni nadie sale del campamento, señorita Otero. ¿Recuerda?

Andrea guardó la cámara en la mochila y se encendió un cigarro.

—Esta gente está loca. Espero que esta puta exclusiva no acabe con todos nosotros.

—Siempre con su exclusiva, señorita Otero. No acabo de entender qué es lo que necesita usted tan desesperadamente.

—Fortuna y gloria. ¿Y qué hay de usted?

Fowler se levantó a su vez y estiró los brazos. Arqueó la columna hacia atrás y ésta soltó un par de crujidos bien audibles.

—Cumpló órdenes. Si el Arca es real, el Vaticano quiere saberlo para, en su caso, reconocerla como el objeto que contiene los Mandamientos de Dios.

*Una explicación muy sencilla, muy inocente. Y absolutamente falsa, padre. Miente usted muy mal. Pero hagamos como que me lo creo.*

—Tal vez —dijo Andrea al cabo de un momento—. Pero en ese caso, ¿por qué sus jefes no han mandado un historiador?

Fowler le enseñó en lo que había estado trabajando.

—Porque un historiador no podría hacer esto.

—¿Qué es? —dijo Andrea con interés. Aquello parecía un simple interruptor del que salían un par de cables.

—No podemos intentar de nuevo mi plan de ayer por la noche para contactar con Albert. Después del asesinato de Erling, estarán demasiado atentos. Así que esto es lo que vamos a hacer...

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 15.42*

*Repítame una vez más por qué lo hago, padre.*

*Porque quiere saber la verdad, la verdad de lo que está pasando aquí, la verdad de por qué la han llamado a usted a hacer este trabajo cuando Kayn podría haber encontrado a mil periodistas mejores y más famosos sin salir de Nueva York.*

La conversación seguía resonando en los oídos de Andrea. Aquella pregunta era la misma que una Tenue Vocecilla llevaba haciéndole en el fondo de su cabeza desde hacía muchos días. Había sido ahogada por la Filarmónica del Orgullo al completo, acompañados del señor Facturas de la Visa, barítono, y la señorita Fama a Cualquier Precio, soprano. Pero las palabras de Fowler le habían conferido a Tenue Vocecilla un puesto en el centro del escenario.

Andrea sacudió la cabeza, intentando concentrarse en lo que tenía que hacer. El plan era aprovechar el cambio de guardia, cuando de los hombres de Dekker sólo tres estaban fuera de la tienda, en sus puestos de vigía. El resto intentaba descansar un poco, echar una siesta o jugar a las cartas.

—Ahí intervendrá usted —le había dicho Fowler—. A mi señal, métase debajo de la tienda.

—¿Entre la madera y la arena? ¿Está loco?

—Hay espacio suficiente. Tendrá que reptar unos cincuenta centímetros hasta el cuadro eléctrico. El cable de color naranja es el empalme entre el generador y la tienda. Sáquelo rápido, conéctelo a este extremo de mi cable y el otro extremo a la conexión del cuadro eléctrico. Después apriete este botón a intervalos de quince segundos durante tres minutos. Luego se larga de allí.

—¿Qué se supone que ocurrirá?

—Nada demasiado tecnológico. Producirá una ligera caída de tensión en la corriente sin llegar a cortarla del todo. El escáner de frecuencias sólo se apagará dos veces. Una cuando usted empalme el cable. La segunda cuando lo retire.

—¿Y el resto del tiempo?

—Estará en estado de iniciarse. Como un ordenador mientras carga el sistema operativo. Mientras no miren debajo de la tienda, no habrá problema.

Sólo que sí lo había.

El calor.

Arrastrarse bajo la tienda cuando Fowler dio la señal fue fácil. Se agachó, fingió atarse la bota, miró a su alrededor y rodó debajo de la plataforma de madera. Fue como sumergirse en un enorme pedazo de mantequilla caliente. El aire allí estaba enrarecido por el calor acumulado del día, la arena y el grupo electrógeno situado junto a la tienda, cuyos ventiladores despedían progresivas bofetadas ardientes que se colaban en el hueco donde se encontraba Andrea.

Llegó bajo el cuadro eléctrico enseguida, notando la cara y los brazos abrasados. Sacó el interruptor de Fowler, lo preparó en la mano derecha y con la izquierda dio un fuerte tirón del cable naranja. Lo colocó en el extremo de Fowler, empalmó el otro y esperó.

*Maldito reloj mentiroso. Dice que han pasado doce segundos y parecen doce minutos. Dios, qué calor.*

Trece, catorce, quince.

Apretó el interruptor.

Por encima de ella, las voces de los soldados cambiaron de tono.

*Parece que lo han notado. Espero que no le den importancia.*

Aguzó el oído para poder enterarse de la conversación. Comenzó como una manera de distraerse del calor y evitar desmayarse. Aquella mañana no había bebido suficiente y lo estaba pagando. Notaba los labios secos, la garganta rasposa y un ligero mareo.

Pero treinta segundos después, Andrea comenzó a aterrorizarse ante lo que estaba oyendo, hasta el punto que no se dio cuenta de que los tres minutos habían pasado, y ella continuó allí, apretando el botón del interruptor cada 15 segundos, luchando contra la sensación de desmayo que estaba a punto de vencerla.

EN ALGÚN LUGAR DE FAIRFAX COUNTY, VIRGINIA

*Viernes, 14 de julio de 2006. 08.42*

—¿Lo tienes?

—Creo que tengo algo. Pero no ha sido fácil. Este tío es muy hábil ocultando sus huellas.

—Será mejor que me des algo mejor que una suposición, Albert. Aquí ha empezado a morir gente.

—Siempre muere gente, ¿no?

—Esta vez es distinto. Estoy asustado.

—¿Tú? No me lo creo. Ni siquiera te asustaste cuando lo de los coreanos. Y aquella vez...

—Albert.

—Perdón. He pedido algunos favores. Los expertos de la CIA han recuperado parte de los datos de los ordenadores de GlobalInfo. Orville Watson seguía una pista acerca de un terrorista llamado *Huqan*.

—Jeringuilla.

—Si tú lo dices. Yo ni idea de árabe. Al parecer ese tío quería atentar contra Kayn.

—¿Algo más? ¿Nacionalidad, afiliación?

—Nada. Sólo vaguedades, e-mails cruzados de la oficina. Ningún archivo crítico se ha salvado del fuego. Los discos duros son muy delicados, ¿sabes?

—Pues encuentra a Watson. Él es la clave de todo. Y encuéntralo ya.

—Lo haré.

INTERIOR DE LA TIENDA DE LOS SOLDADOS,  
CINCO MINUTOS ANTES

María Jackson no solía leer el periódico, y eso la mandó a la cárcel.

Por supuesto María no pensaba así. Ella creía que había ido a la cárcel por ser una buena madre.

Entre estas dos afirmaciones radicales se puede enmarcar la vida de María, que tuvo una infancia pobre pero relativamente normal. Todo lo normal que pueda ser la vida en Lorton, Virginia, a quien sus propios habitantes llaman el Sobaco de América. María nació en el seno de una familia negra de clase baja, jugó con muñecas, saltó a la comba, fue al Instituto y se quedó preñada a los quince años y siete meses.

En honor a la joven hay que decir que ella intentó evitarlo. ¿Cómo iba a saber María que Curtis había pinchado el preservativo? Simplemente no podía. Había oído hablar de ese absurdo ritual de hombría de los jóvenes negros que consiste en dejar embarazada a una chica antes de acabar el instituto. Pero eso era algo que le pasaba a otras. Curtis la amaba.

Curtis se largó.

María dejó el instituto y entró en el poco selecto club de las madres adolescentes. La pequeña Mae se convirtió en el centro de la vida de su madre, para bien y para mal. Atrás quedó el sueño de ahorrar dinero para dedicarse a la fotografía de tormentas y huracanes. María entró a trabajar en una fábrica de procesamiento de pollos, una ocupación que sumada a su labor como madre le dejaba poco tiempo para leer el periódico. Eso le hizo tomar una decisión desinformada.

Una tarde su jefe le anunció que le cambiaba el turno de mañana por el de tarde. La joven madre ya había visto suficientes mujeres saliendo del turno de noche, mujeres que caminaban con la mirada fija en el suelo y el uniforme de la fábrica en bolsas de supermercado, mujeres cuyos hijos desatendidos acababan muy pronto en un reformatorio o cosidos a tiros en una pelea entre bandas.

Para evitarlo, María se apuntó a la reserva del ejército. A los reservistas no podían cambiarles de turno porque colisionaba con las dos horas a la semana de instrucción en la base de Cresaptown, así que ella podría pasar más tiempo con la pequeña Mae.

María tomó esta decisión un día después de que a la 372.<sup>a</sup> compañía de Policía Militar le notificaran su próximo destino: Irak. Un hecho que apareció en la página 6 del *Lorton Chronicle*. En septiembre de 2003, María le dijo adiós con la mano a Mae y se subió al camión de la base. La niña, abrazada a su abuela, lloraba con toda la desgarradora potencia pulmonar de la que sólo

es capaz una niña de seis años. Ambas morirían cuatro semanas después cuando la señora Jackson, que no era ni de lejos tan buena madre como María, tentase su suerte fumando en la cama por última vez.

Cuando le comunicaron la noticia, María fue incapaz de volver a casa. Aquello fue simplemente inasumible para la joven, que pidió a una estupefacta hermana que se hiciera cargo del funeral y del entierro. María pidió a los mandos permanecer en Irak y se entregó en cuerpo y alma a su trabajo de policía militar en la prisión de Abu Graib.

Un año después, la aparición de unas inoportunas fotos en el programa de televisión *60 Minutos* reveló que algo dentro de María había hecho *crac*. La buena madre de Lorton, Virginia, se había convertido en torturadora de prisioneros iraquíes. Una foto en especial, en la que la joven sonreía a la cámara mientras apuntaba a los genitales de uno de los presos, que tenía la cabeza cubierta por una bolsa, fue tremendamente ofensiva para la opinión pública.

María no fue la única, por supuesto. El haber perdido a su hija y a su madre «por culpa de aquellos sucios perros de Saddam» sólo era una justificación en su cabeza, por supuesto. Así que María fue licenciada con deshonor y condenada a cuatro años de cárcel de los que cumplió seis meses. Después se fue derechita a Blackwater a solicitar trabajo. Quería volver a Irak.

El trabajo se lo dieron, pero no volvió a Irak al principio. En lugar de eso, cayó en manos de Mogens Dekker. Literalmente.

Habían sido dieciocho meses en los que María había aprendido mucho. Sabía disparar mucho mejor, sabía más de filosofía, sabía cómo hacía el amor un hombre blanco. El comandante Dekker se había encaprichado casi al instante de aquella mujer de piernas gruesas y carita angelical. María había encontrado en él algo de consuelo, y el resto lo había obtenido del olor a pólvora. Había matado por primera vez, y le gustaba.

Le gustaba mucho.

También le gustaba su pelotón... a veces. Dekker los había escogido bien. Un puñado de asesinos sin escrúpulos, que disfrutaban de la impunidad que concedía el matar gracias a un contrato gubernamental. Mientras estaban en el campo de batalla, todo iba bien, eran hermanos de sangre. Pero cuando estaban, como en aquella tarde de calor pegajoso, saltándose las órdenes de dormir de Dekker y jugando a las cartas, la cosa cambiaba mucho. Se volvían tan irritables y peligrosos como un babuino en un baño turco. Y el peor de todos era Torres.

—Me estás jodiendo, Jackson. Y no me has dado ni un besito —dijo el pequeño colombiano. A María la ponía especialmente nerviosa cuando jugueteaba con su diminuta navaja oxidada. Era una metáfora de sí mismo. Aparentemente inofensiva, pero muy capaz de degollar a un hombre sin demasiado esfuerzo. El colombiano sacaba pequeñas tiras blancas del borde de la mesa de plástico a la que estaban sentados, y tenía una sonrisa en los labios.

—*Du scheißt' mich an*<sup>[11]</sup>, Torres. Jackson tiene full, y tú estás lleno de la mierda —dijo Alryk Gottlieb, que se peleaba con los pronombres y las preposiciones inglesas con uñas y dientes. El más alto de los gemelos odiaba a Torres con toda su alma desde que meses atrás vieron juntos un partido amistoso previo al mundial de fútbol de Alemania entre sus respectivos países. Se dijeron cosas, volaron golpes. Paradójicamente, el metro noventa de Alryk no servía para que durmiera tranquilo por las noches. Si seguía vivo era porque Torres no estaba seguro de poder con los dos gemelos.

—Sólo digo que esas cartas son demasiado buenas —replicó Torres, ensanchando aún más su sonrisa.

—Bueno, ¿das o qué? —dijo María, que sí que había hecho trampa pero quería aparentar tranquilidad. Ya le había sacado casi doscientos pavos.

*Esta racha no puede durar mucho. Tendré que empezar a dejarme ganar, o puede que una noche me encuentre con el filo de esa navaja,* pensó.

Torres empezó a repartir con parsimonia, haciendo toda clase de gestos y ruiditos divertidos y ligeramente desagradables para distraerlos.

*Lo cierto es que el cabrón es simpático. Si no tuviese esa personalidad de psicópata o desprendiese ese permanente olor a hongos me caería de puta madre.*

En ese momento el escáner de frecuencias que descansaba en una mesita auxiliar a dos metros de donde jugaban emitió un pitido.

—¿Qué coño es eso? —dijo María.

—Es el *verdammt* escáner, Jackson.

—Torres, ve a mirarlo.

—Y una mierda. Voy con 5 pavos.

María se levantó ella misma y se acercó a la pantalla del escáner, un aparato del tamaño de uno de aquellos viejos VHS que ya nadie usaba, sólo que con una pantalla LCD y un coste cien veces superior.

—Parece estar bien, se está reiniciando —dijo María volviendo a la mesa—. Veo tus cinco y pongo cinco más.

—Paso —dijo Alryk, echándose hacia atrás en la silla.

—Cagao. No tiene ni una parejita.

—¿Crees que tienes tú el monopolio, novia del jefe? —dijo Torres.

A María le cabreó más el tono de guasa que las propias palabras. De repente se le olvidó su propia resolución de dejarle ganar.

—De eso nada, Torres. Vivo en la tierra del color, *mano*.

—¿De qué color? ¿Marrón caca?

—Cualquiera menos amarillo. Es curioso... el color de los cobardes es el que está más arriba en tu bandera.

María se arrepintió nada más decirlo. Torres era una sucia y abyecta rata de Medellín, de acuerdo. Pero para un colombiano su patria y su bandera son tan sagradas como el divino Jesús. Su oponente apretó tanto la boca que sus labios desaparecieron, y unas manchas moradas aparecieron en sus mejillas. María se sintió a la vez asustada y excitada, disfrutando de la humillación del otro y bebiéndose a morro su rabia.

*Ahora tendré que perder sus doscientos pavos y otros doscientos míos. Este puerco está tan chalado que incluso se atrevería a levantarme la mano a mí. Aun sabiendo que Dekker lo mataría.*

Alryk les miraba con una sombra de preocupación en el rostro. Aunque María sabía cuidarse, lo que ahora pisaba no era terreno minado, sino minas con una capa de tierra encima.

Una capa muy fina.

—Vamos, Torres. Súbele a Jackson. Lo va de farol.

—Déjale estar. No creo que se atreva a sacar de nuevo a pasear la cheira. ¿Verdad, *chingado*?



—¿De qué estás hablando, Jackson?

—¿Vas a decirme que no fuiste tú quien apioló al rubito anoche?

Torres se puso extrañamente serio.

—Yo no fui.

—Pues lleva tu firma por todas partes. Un instrumento pequeño y preciso, a baja altura y por la espalda.

—Te digo que yo no fui.

—Y yo te digo que te vi discutiendo con el rubito de la coleta en el barco.

—Venga ya. Yo discuto con mucha gente. Soy un incomprendido.

—¿Entonces quién fue? ¿El simún, el viento matahombres? ¿O quizás el cura?

—Pues no te extrañe que fuera ese cuervo.

—No estarás hablando en serio, Torres —intervino Alryk—. Ese cura sólo es un *warmer bruder*.

—¿No te lo ha dicho? Al gran *sicario* el curita le da un miedo de cagarse.

—Yo no tengo miedo de nada. Sólo os digo que es un tipo peligroso. Muy peligroso —dijo Torres, torciendo el gesto.

—¿No te habrás tragado el cuento de que es de la CIA, verdad? Por Dios, si es un viejo.

—No debe tener más que tres o cuatro años más que tu novio, chochito. Y que yo sepa el jefe puede partirle el cuello a un burro con las manos desnudas.

—Puedes estar seguro, *chingado* —dijo María, a quien le encantaba presumir de su hombre.

—Es mucho más peligroso de lo que crees, Jackson. Si pudieras quitarte los ojos del culo habrías leído su informe. Ese tío es un Pararescatador. No hay nadie mejor. Unos meses antes de que el jefe te cogiera como mascota del pelotón hicimos una operación en Tikrit. Fuimos con un ex Para en el equipo. Las cosas que le vi hacer... no son normales. Esos tíos llevan la muerte pegada a las uñas.

—Los Paras son chungos. Duros como un diente de Dios —dijo Alryk.

—Iros a la mierda los dos, malditas nenazas católicas. ¿Qué creéis que lleva en ese maletín negro? ¿C4? ¿Un hierro? Vosotros os paseáis por el cañón con un M4 que puede escupir novecientas balas por minuto. ¿Qué va a hacer él, pegarte con la Biblia? Puede que le pida un bisturí a la doctora para cortarte los huevos.

—Ésa me preocupa poco —dijo Torres agitando una mano—. Sólo es una tortillera del Mossad. La tengo controlada. Pero Fowler...

—Pasa de ese cuervo. Oye, como todo esto sea una excusa para no admitir que te cargaste al rubio...

—Te digo que no fui yo, Jackson. Aquí nadie es quien dice ser.

—Agradece a tu Dios entonces que tengamos un protocolo Ypsilon en esta misión —dijo Jackson, enseñando una dentadura perfecta y blanquísima, que le había costado a su madre ochenta turnos dobles en la cafetería donde trabajaba.

—En cuanto tu novio diga «Zarzaparrilla» y empiecen a caer cabezas, el primero a por quien voy a ir es el cura.

—No digas la clave, *chingado*. Y sube de una vez.

—Aquí nadie va a subir —dijo Alryk, deteniendo a Torres con un gesto. El colombiano retiró la mano de sus fichas—. El escáner de frecuencias no funciona. No para de reiniciarse.

—Joder. Algo tiene que andar mal con la electricidad. Déjalo estar, coño.

—*Halt die klappe Affe*<sup>121</sup>. No podemos estar sin ese cacharro encendido, o Dekker pateará nuestros culos. Voy a chequear el cuadro eléctrico. Vosotros seguid jugando.

Torres hizo un ademán de continuar, pero le echó una mirada fría a Jackson y se levantó.

—Voy contigo, blanquito. Quiero estirar las piernas.

María se dio cuenta de que había presionado a Torres demasiado con su hombría, y de que ahora el colombiano la había colocado muy arriba en su lista de asesinables. Se arrepintió sólo un poco. Torres odiaba a todo el mundo, así que por qué demonios no darle una buena razón.

—Yo también voy.

Los tres salieron al calor abrasador del exterior, y Alryk se agachó junto a la plataforma.

—Aquí todo está bien. Voy a comprobar el grupo electrógeno.

Meneando la cabeza, María volvió al interior de la tienda, deseando echarse un rato. Pero antes de entrar se fijó en que el colombiano se agachaba junto al borde de la plataforma y hurgaba en la arena. Extrajo un objeto y se quedó mirándolo durante un buen rato con una extraña sonrisa en los labios.

María no entendía qué tenía de especial aquel mechero rojo con flores estampadas.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 20.31*

La tarde de Andrea consistió en una serie de huidas.

A duras penas había conseguido escapar de debajo de la plataforma cuando escuchó levantarse a los soldados. Qué a tiempo. Unos segundos más soportando el chorro de aire caliente del grupo electrógeno y se hubiera desmayado sin remedio. Se arrastró hacia el lado opuesto a la puerta, se puso de pie y anduvo muy despacio hacia la enfermería, intentando no caerse. Lo que de verdad necesitaba era meterse debajo del grifo de la ducha, pero eso estaba descartado, pues no quería encontrarse con Fowler. Cogió dos botellas de agua y su cámara de fotos y volvió a salir, buscando un lugar entre las rocas del índice, la parte menos concurrida del cañón.

Logró un buen escondite en un repecho y allí se dedicó a observar el trajín de los arqueólogos, aunque desconocía por completo en qué fase se encontraban. En un momento dado Fowler y la doctora Harel pasaron por delante de ella, sin duda buscándola. Andrea agachó la cabeza tras las rocas e intentó meditar sobre lo que había escuchado.

La primera conclusión a la que llegó fue que no podía confiar en el sacerdote —algo que ya sabía— ni en Doc, lo que le incomodaba aún más. No se había hecho demasiadas ilusiones al respecto de la doctora, más allá de la poderosa atracción física

*hace que me corran hormigas bajo la piel*

que sentía por ella. Pero el hecho de que fuera una espía del Mossad superaba su capacidad de aguante.

La segunda conclusión era que no le quedaba más remedio que confiar en el cura y la doctora si quería salir viva. Aquellas palabras sobre el protocolo Ypsilon habían trastocado por completo su percepción del equilibrio de fuerzas existente.

*Tenemos por un lado a Forrester y sus lacayos, todos demasiado serviles como para coger un cuchillo y matar a uno de los suyos ¿o no? El personal de mantenimiento, dedicado a sus oscuras tareas, sin que nadie le preste demasiada atención. Kayn y Russell, los cerebros de esta locura. Un grupo de soldados pagados por ellos, y una*

*clave secreta para matar. ¿A quién? Lo que está claro es que nuestro destino quedó sellado para siempre en el momento en que nos unimos a esta expedición, para bien o para mal. Casi seguro para mal.*

Debió de quedarse dormida, porque cuando quiso darse cuenta la tarde había caído y una luz pesada, gris y caliente había sustituido al mundo de alto contraste, sombra y arena, que suponía el día en el cañón. Andrea lamentaba haberse perdido el atardecer. Cada día procuraba ir a la zona abierta, fuera del cañón, cuando llegaba la hora. El sol se zambullía en la arena, creando armoniosas espirales de calor que hacían ondular el horizonte. El último destello del sol antes de desaparecer creaba una explosión naranja cuyo resplandor permanecía en el cielo varios minutos.

Al fondo del índice, la única vista de noche era la piedra arenosa. Con un suspiro se llevó la mano al pantalón y sacó el paquete de tabaco, pero el mechero no aparecía por ninguna parte. Se palpó los bolsillos, extrañada, cuando una voz en español casi le hizo escupir el corazón.

—¿Buscas esto, zorrita?

Andrea levantó la vista. A metro y medio por encima de ella, Torres se hallaba recostado en el repecho, con el brazo extendido, ofreciéndole el mechero rojo. La joven dedujo que el colombiano llevaba un buen rato

*acechando*

allí, y un escalofrío de miedo le recorrió la espalda. Hizo un esfuerzo por no mostrar miedo, se puso de pie y estiró la mano para recoger el mechero.

—¿Es que tu madre no te enseñó a hablarle a una dama, Torres? —dijo Andrea, logrando controlar su pulso lo suficiente para encender el cigarro, y exhalando el humo en dirección al mercenario.

—Sí que lo hizo. Pero yo aquí no veo ninguna.

Torres tenía la mirada clavada en los tersos muslos de Andrea. La joven periodista llevaba un pantalón desmontable algo arremangado, y la marca del sol creaba una frontera sensual. Cuando Andrea vio adónde se dirigía la mirada del colombiano, su miedo se acentuó. Giró la cabeza hacia el extremo del índice. Un grito potente serviría para poner sobre aviso a la gente que trabajaba en la excavación, que había comenzado unas horas atrás, casi al mismo tiempo que su excursión bajo la tienda de los soldados.

Pero al girarse no encontró a nadie. La excavadora aparecía solitaria y un poco ladeada.

—Se han ido todos al funeral, zorrita. Estamos solos.

—¿No deberías estar en tu puesto, Torres? —dijo Andrea señalando a uno de los riscos con estudiadísima despreocupación.

—No soy el único que está donde no debe, ¿verdad? Ésa es una actitud que hay que corregir, sí señorita, claro que sí.

El soldado bajó de un salto hasta colocarse al mismo nivel que Andrea. Estaban en una plataforma de roca a unos cuatro metros del suelo del cañón, no más grande que una mesa de ping-pong. Una irregular masa de piedras se alzaba junto al borde, creando una terraza natural que había servido a Andrea para ocultarse... pero de la que ahora no podía escapar.

—No sé de qué me hablas, Torres —dijo Andrea intentando ganar tiempo. El colombiano dio un paso hacia delante, y ahora estaba tan cerca que Andrea podía ver con claridad las gotitas de sudor que le poblaban la frente, la grasa que se le acumulaba en el pelo grasiento, las uñas de luto riguroso.

—Por supuesto que sí. Y ahora vas a hacer algo por mí, si sabes lo que te conviene. Es un desperdicio que una mujer tan chosca como tú sea una bollera, pero yo creo que eso es porque nunca has probado una buena.

Andrea dio un paso hacia el borde izquierdo de la terraza, pero el colombiano se interpuso entre ella y el lugar por el que había subido.

—No te atreverás, Torres. Tus compañeros pueden estar mirándonos ahora mismo.

—Desde aquí sólo nos ve Waaka... y él no moverá un dedo. Le dará bastante envidia, pero a él ya no se le para la pija desde hace mucho. Demasiados esteroides. No te preocupes, que la mía funciona muy bien. Ahoritita mismo te lo demuestro.

Andrea se dio cuenta de que huir era imposible, así que tomó una decisión de pura desesperación. Tiró el cigarro, plantó los dos pies firmemente en la roca y se inclinó un poco. No se lo iba a poner fácil.

—Vale, hijo de puta. Si lo quieres, ven por él.

Un brillo púrpura cruzó por los ojos de Torres, mezcla de la excitación por el desafío y de la ira por el insulto a su madre. Se lanzó hacia delante y enganchó a Andrea por un brazo, atrayéndola hacia sí con una fuerza que contradecía su baja estatura.

—Me encanta que me lo pidas, pendeja.

Andrea arqueó el cuerpo y le golpeó con el codo en la boca. Un hilo de sangre aterrizó sobre las piedras del borde de la terraza, y Torres soltó un grito de rabia. Tiró fuerte de la camiseta de Andrea, desgarrándola por un brazo y dejando un sujetador de color negro al descubierto. Aquella visión pareció enardecer más al mercenario, que agarró de los dos brazos a Andrea e intentó darle un mordisco en el pecho. La joven se echó hacia atrás en el último instante, y los dientes chasquearon al encontrar sólo aire.

—Déjate, que te va a gustar... si lo estás deseando.

Andrea intentó darle un rodillazo en la entrepierna o en el estómago, pero Torres había ladeado el cuerpo y cruzado las piernas anticipándose al movimiento.

*Que no te tire al suelo*, dijo Andrea, recordando un reportaje que había realizado dos años atrás sobre una asociación de víctimas de violación. Había asistido con otras chicas a un cursillo antiviolación con una instructora a la que habían intentado forzar en su adolescencia. Ella había perdido un ojo, pero no el virgo. El violador lo perdió todo. *Si te tira al suelo, estás perdida*.

Un nuevo tirón arrancó las cintas del sujetador y dejó las copas colgando. Torres decidió que aquello era suficiente, y aumentó la presión sobre las muñecas de Andrea, que apenas podía mover los dedos. Le retorció cruelmente el brazo derecho, dejando el izquierdo libre. Andrea quedó de espaldas, inmovilizada por la presa del colombiano que la obligó a doblarse sobre el vientre y le golpeó en los tobillos para abrirla las piernas.

*El violador es vulnerable en dos momentos*, resonó la voz de la instructora, tan llena de energía y de control que Andrea sintió sus fuerzas renovadas. *Cuando te quita la ropa y cuando se quita la suya. Si tienes la suerte de que él lo haga primero, aprovéchala*.

Con una sola mano, Torres se desabrochó el cinturón y los pantalones de camuflaje formaron un acordeón junto a sus tobillos. Andrea pudo notar su miembro erecto entre los muslos, caliente y amenazador.

*Espera a que se incline sobre ti.*

El mercenario se dobló sobre Andrea, buscando a tientas el broche de los pantalones de la joven. La áspera barba le rascaba la nuca, y aquélla fue la señal que necesitaba la joven. Levantó la izquierda de golpe, basculando todo el peso de su cuerpo sobre su lado derecho. Torres, cogido por sorpresa, soltó el brazo de la joven, que rodó hacia su derecha. El colombiano cayó hacia delante y se dio de bruces en el suelo. Intentó incorporarse pero Andrea ya se había puesto en pie y le dio una, dos, tres patadas en el estómago en rápida sucesión, atenta a que el mercenario no le enganchara de los tobillos y le hiciera caer. Torres recibió los golpes de lleno, y cuando intentó hacerse una bola para evitar más patadas dejó al descubierto un objetivo mucho más delicado.

*Dios, gracias. Nunca me canso de hacer esto,* dijo la más pequeña de cinco hermanos.

Echó el pie hacia atrás para ganar impulso e impactó en los testículos de Torres, cuyo aullido resonó por las paredes del cañón.

—Mantengamos esto entre nosotros —dijo Andrea—. Ahora ya estamos en paz.

—Te cogeré, zorra. Te cogeré tan fuerte que te atragantarás con mi pija —berreó Torres, casi llorando.

—Pensándolo bien...

Andrea, que ya había alcanzado el borde de la terraza y se disponía a bajar, se dio la vuelta y, tomando un poco de carrerilla, acertó con la punta de la bota de nuevo en la entrepierna del mercenario, al que no sirvió de nada el tapárselos como pudo con las manos. La segunda vez fue mucho más fuerte, y Torres se quedó boqueando en busca de aire, con el rostro colorado, dos lagrimones colgando y sin fuerzas ni para quejarse.

—... ahora sí estamos en paz.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Viernes, 14 de julio de 2006. 21.43*

Andrea caminó de vuelta hacia el campamento a toda la velocidad de la que era capaz sin correr. No miró hacia atrás ni se preocupó en exceso de su ropa destrozada hasta que llegó junto a la hilera de tiendas. En ese momento le entró una extraña vergüenza de lo que le había sucedido, mezclada con el miedo a que alguien descubriese su aventura con el escáner de frecuencias. Intentó recomponer su figura lo mejor posible. La camiseta no tenía arreglo, así que se deslizó hasta la enfermería, afortunadamente sin encontrarse con nadie. Al ir a entrar, se chocó con Kyra Larsen, que llevaba todas sus cosas en la mano.

—¿Qué sucede, Kyra?

La arqueóloga le dedicó una mirada gélida.

—Ni siquiera has tenido la decencia de presentarte a la *hesped* de Stowe. Supongo que da igual, porque tú no lo conocías. Para ti no era nadie, ¿verdad? Por eso te trae sin cuidado que muriera por tu culpa.

Andrea estuvo a punto de replicarle que otros compromisos la habían retenido, pero dudaba que Kyra la entendiese. No dijo nada.

—No sé qué os traéis entre manos —continuó la arqueóloga, apartándola con el hombro—. Tú sabes muy bien que la doctora no estaba en su cama aquella noche. Puede que haya engañado a todo el mundo, pero no a mí. Me voy a dormir con mis compañeros. Ahora hay un catre libre gracias a ti, puta.

Andrea se alegró de que se fuera, porque no estaba de humor para enfrentarse con nadie y porque íntimamente suscribía todas y cada una de las palabras de Kyra, aunque no lo dijese en voz alta.

Parte importante de su educación católica era la culpa, y la del pecado de omisión era tan pegajosamente persistente y dolorosa como la que más.

Entró en la tienda y se encontró con la doctora Harel, que de inmediato volvió la cabeza. Era evidente que había discutido con Larsen.

—Me alegro de que estés bien. Estábamos preocupados por ti.

—Date la vuelta, Doc. Ya sé que has estado llorando.

Harel se giró, frotándose los ojos enrojecidos.

—Qué tontería, ¿verdad? Una simple secreción de la glándula lacrimal, y qué embarazo te hace pasar.

—Más embarazosa es la mentira.

La doctora se fijó entonces en las ropas destrozadas de Andrea, algo que sin duda en su enfado Larsen había pasado por alto o no se había dignado a comentar.

—¿Qué te ha sucedido?

—Me he caído por las escaleras. No cambies de tema. Sé quién eres.

Harel la miró de frente, midiendo cada una de sus palabras.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que la medicina de combate es una especialidad muy apreciada en el Mossad, por lo que parece. Y que esa sustitución que tuviste que hacer no fue tan casual como me contaste.

La doctora arrugó el gesto y se levantó, acercándose a Andrea, que rebuscaba en su maleta en busca de algo limpio que ponerse.

—Siento que hayas tenido que enterarte así, Andrea, de verdad. Yo sólo soy una analista de segunda fila, no una agente de campo. Mi gobierno quiere tener ojos y oídos en cada expedición arqueológica que anda tras el Arca de la Alianza. Ésta es la tercera en la que estoy en siete años.

—¿Eres médica? ¿O también eso era mentira? —dijo Andrea, embutiéndose en su camiseta.

—Soy médica.

—¿Y cómo es que te llevas tan bien con Fowler? Porque me he enterado que es un agente de la CIA, por si no lo sabías.

—Ella ya lo sabía, y usted me debe una explicación —dijo Fowler. Estaba junto a la puerta, con el ceño fruncido pero con evidente alivio en el rostro tras haberla buscado toda la tarde.

—Y una mierda —Andrea apuntó con el dedo al sacerdote, que se echó hacia atrás sorprendido—. Casi me muero de calor bajo la plataforma, y para colmo uno de los perros de Dekker ha intentado violarme hace diez minutos. No estoy de humor para hablar con ustedes. Al menos no todavía.

Fowler tomó a Andrea por los brazos, fijándose en las contusiones de las muñecas.

—¿Se encuentra bien?

—Mejor que nunca —dijo apartándole la mano. Lo último que deseaba la joven en aquel momento era el contacto con nadie del sexo masculino.

—Señorita Otero, oyó usted la conversación de los soldados cuando estaba bajo la plataforma, ¿me equivoco?

—¿Qué demonios hacías allí? —se asombró la doctora.

—Yo la mandé. Tenía que ayudarme a interferir con su escáner de frecuencias para poder contactar con mi enlace en Washington.

—Me hubiera gustado que me lo hubiese contado, padre.

Fowler bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Necesitamos información, y no la vamos a conseguir encerrados en esta burbuja. ¿O cree que no sé cómo se escapa usted por las noches para enviar mensajes de texto a Tel Aviv?

—*Touché* —reconoció Harel haciendo una mueca.

¿Era eso lo que hacías, Doc?, se preguntó Andrea, mordiéndose el labio inferior y tratando de tomar decisiones. *Tal vez yo estuviera equivocada y tenga que confiar en ti, después de todo. Eso espero, porque no queda otro remedio.*



—Está bien, padre. Les contaré lo que oí...

## FOWLER Y HAREL

—Tenemos que sacarla de aquí —susurró el sacerdote. Las sombras del cañón los rodeaban, y los únicos ruidos provenían de la tienda comedor, donde los miembros de la expedición comenzaban a cenar.

—No veo cómo, padre. Pensé en robar uno de los Hummer, pero hay que salvar la duna. No llegaríamos lejos. ¿Y si simplemente contásemos al grupo la verdad de lo que está pasando aquí?

—Suponiendo que lo consiguiésemos y de que nos creyeran... ¿de qué serviría?

Doc contuvo un suspiro angustiado en mitad de la oscuridad, un quejido de rabia e impotencia.

—Entonces lo único que se me ocurre es la misma respuesta que me dio usted ayer acerca del topo: esperar y ver.

—Hay un método —dijo Fowler, al cabo de un rato—. Será peligroso, y necesitaré su ayuda.

—Supongo que puede contar conmigo, padre. Pero antes necesito que me explique qué es un protocolo Ypsilon.

—Es un procedimiento por el que el destacamento de seguridad asesina a todos los miembros de la partida, los mismos a los que supuestamente protegía, cuando suena una palabra clave por la radio. A todos excepto al que le contrató y quienes él haya designado.

—No entiendo cómo algo como eso puede existir.

—Oficialmente no existe. Pero algunos operativos de las compañías de mercenarios que estuvieron en Operaciones Especiales, por ejemplo, importaron el concepto de países asiáticos.

Harel guardó silencio un momento.

—¿Hay alguna manera de saber quién está incluido?

—No —dijo el sacerdote, con un hilo de voz—. Y lo más irritante es que la persona que contrató al grupo suele ser alguien diferente a quien ostenta el mando de manera nominal.

—Entonces Kayn... —dijo Harel, abriendo mucho los ojos.

—Exacto, doctora. No es Kayn quien quiere vernos muertos, sino alguien muy distinto.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Sábado, 15 de julio de 2006. 02.34*

Al principio, la quietud de la tienda enfermería era total. Con Kyra Larsen durmiendo con sus compañeros, la respiración profunda de las dos mujeres servía para enmarcar y definir el silencio.

Luego vino un ligero rasgueo, el de una cremallera Hawnvëiler, las más seguras y herméticas del mundo. Nada de polvo puede entrar cuando están cerradas, pero nada impide a un intruso acceder cuando se ha abierto un paso de unos cincuenta centímetros de alto.

Lo siguiente fue un conjunto de sonidos leves: unos pies enfundados en calcetines sobre la madera; el pop de una cajita de plástico al abrirse; y un ruido casi imperceptible pero tremendamente amenazador: el de veinticuatro patas de queratina agitándose nerviosas dentro de la cajita.

Después siguió una serie de silencios, porque los movimientos que los acompañaron no produjeron sonidos reconocibles por el ser humano: el extremo de un saco de dormir medio abierto levantándose, el ruido de las patitas aterrizando sobre la tela, el extremo del saco volviendo a su posición y cubriendo a los dueños de las patas.

Durante los siete segundos siguientes, las respiraciones volvieron a reinar en el silencio, porque el roce de los pies camino de la salida fue aún más leve que a la entrada, porque la cremallera ya no se cerró cuando se fue el intruso y porque el único movimiento que hizo Andrea bajo el saco fue tan breve que apenas produjo ningún ruido.

Fue también suficiente para darles a los visitantes del saco de Andrea una manera de descargar su furia y el desconcierto que les había producido el intruso agitando con fuerza la cajita de plástico antes de entrar en la tienda.

El primer aguijón se clavó y Andrea acabó a gritos con el silencio.

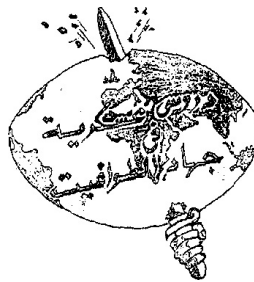
MANUAL DE ENTRENAMIENTO DE AL QAEDA,  
LOCALIZADO EN UN PISO FRANCO POR SCOTLAND YARD,  
PÁGINAS 131 Y SIGUIENTES. TRADUCIDO POR WM Y SA<sup>[13]</sup>.

**Estudios militares de la jihad contra la tiranía  
En el nombre de Alá, el piadoso y compasivo [...]**

Capítulo 14: Secuestros y asesinatos utilizando rifles y pistolas

Es preferible escoger un revólver, ya que aunque pueda llevar menos balas que una pistola automática, no se encasquilla y los casquillos vacíos quedan en el tambor, dificultando la acción de los investigadores.

[...]



Partes críticas del cuerpo

El pistolero debe conocer las partes letales del cuerpo o [dónde] herir seriamente para poder disparar a esos puntos sobre la persona que quiere asesinar. Éstos son:

- 1 - El círculo que comprende los dos ojos, la nariz y la boca es un área letal, y el pistolero no debe apuntar por debajo, a la izquierda o a la derecha o se arriesga a que el proyectil falle.
- 2 - La parte del cuello donde se juntan venas y arterias
- 3 - El corazón, ésta es una parte letal
- 4 - El estómago
- 5 - El hígado
- 6 - Los riñones
- 7 - La columna vertebral

Principios y reglas del disparo

La mayoría de los errores de puntería son debidos al estrés físico o los nervios, que pueden hacer que la mano se agite o tiemble. Esto puede ser causado

por aplicar una presión excesiva en el gatillo y por tirar del gatillo en lugar de apretarlo, haciendo que la boca del cañón se desvíe del blanco.

Por tanto, los hermanos deben seguir las siguientes consideraciones al apuntar y disparar:

- 1 - Contrólate al apretar el gatillo para no agitar la pistola
- 2 - Aprieta el gatillo sin demasiada fuerza y sin tirar de él
- 3 - No dejes que el sonido del disparo te afecte y no te concentres en anticipar el sonido del disparo porque eso haría que tu mano temblase
- 4 - El cuerpo debe estar normal, no tenso, y las articulaciones relajadas; tampoco demasiado relajado
- 5 - Cuando dispires, alinea tu ojo derecho con el centro del blanco
- 6 - Cierra el ojo izquierdo si disparas con la derecha y viceversa
- 7 - No tardes demasiado en apuntar o tus nervios te traicionarán
- 8 - No sientas remordimiento al apretar el gatillo. Matas a un enemigo de tu Dios

UN SUBURBIO DE WASHINGTON  
*Viernes, 14 de julio de 2006. 20.34*

Nazim dio un sorbo a la Coca-Cola y la dejó a un lado enseguida. Tenía demasiado azúcar, como todas las bebidas de los restaurantes en las que comprabas el vaso y lo podías llenar cuantas veces quisieras. El Mayur Kabab al que había ido a buscar la cena era uno de éstos.

—¿Sabes? Vi un documental el otro día. Era de un tío que solamente comió hamburguesas de McDonalds durante un mes.

—Qué asco —Kharouf tenía los ojos entrecerrados. Llevaba un rato intentando dormir sin conseguirlo. Había vuelto a echar hacia delante el respaldo del coche hacía diez minutos, desistiendo. Aquel Ford era demasiado incómodo.

—Dicen que el hígado se le convirtió en paté.

—Eso sólo puede pasar en Estados Unidos. El país con más gordos del mundo. El país que consume el 87% de los recursos mundiales.

Nazim se calló. Él había nacido norteamericano, aunque un norteamericano diferente. No había aprendido a odiar a su patria, aunque sus labios pronunciasen cosas distintas. Para él, el odio a los Estados Unidos de Kharouf era demasiado global. Prefería imaginarse al presidente arrodillándose de cara a la Meca en el Despacho Oval que ver la Casa Blanca arrasada por el fuego. Una vez le había contado algo así a Kharouf y éste le había enseñado un CD con fotos de una niña pequeña. Fotos de la escena de un crimen.

—Los soldados israelíes la violaron y la asesinaron en Nablus. No hay odio suficiente en el mundo para eso —le había dicho.

Recordando las imágenes, a Nazim también le ardía la sangre. Pero procuraba mantener fuera de su cabeza aquel pensamiento.

A diferencia de Kharouf, el odio no era su fuente de energía. Sus motivaciones egoístas y deformadas se centraban en conseguir algo para él. Su premio.

Cuando días atrás entraron en la sede de GlobalInfo, Nazim apenas había sido consciente de nada. En cierto sentido le apenaba, ya que los dos minutos que pasaron exterminando a los *kafirun* estaban casi borrados de su cabeza. Había intentado recordar lo sucedido, pero era como el recuerdo de otra persona, como esos sueños absurdos que aparecen en las películas de chicas que le gustaban a su hermana en las que el protagonista se ve desde fuera. Nadie tiene sueños en los que se vea desde fuera.

—Kharouf.

—Dime.

—¿Recuerdas algo del martes pasado?

—¿Te refieres a la operación?

—Claro.

Kharouf le miró, se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

—Cada detalle.

Nazim evitó su mirada porque le avergonzaba admitir lo que iba a decir.

—Yo... yo no me acuerdo muy bien ¿sabes?

—Chico, da gracias a Alá, bendito sea su nombre. La primera vez que maté a alguien no pude dormir en una semana.

—¿Tú? —Nazim abrió los ojos como platos.

Kharouf le rascó cariñosamente la cabeza.

—Claro, Nazim. Ahora ya eres un yihadista, ya somos iguales. No te asombres de que yo también pase por momentos malos. A veces es difícil asumir el papel de la espada de Dios. Pero a ti te ha bendecido con el olvido de los detalles desagradables. Ya sólo te queda el orgullo por lo que has hecho.

El joven se sintió mucho mejor de lo que se había sentido en los últimos días. Permaneció un rato en silencio, musitando una oración de agradecimiento y sintiendo cómo el sudor le empapaba la espalda. No se atrevían a encender el motor del coche para poner el aire acondicionado, y la espera comenzaba a hacerseles eterna.

—¿Seguro que está ahí dentro? Porque yo empiezo a dudarlo —dijo Nazim, señalando el muro que rodeaba la finca—. ¿No crees que deberíamos buscar en otro sitio?

Kharouf meditó un momento, y luego movió la cabeza con desgana.

—No tengo ni la más remota idea. ¿Cuánto estuvimos siguiéndolo, un mes? Sólo vino aquí una vez, y venía cargado de paquetes. Salió sin nada, y esa casa está vacía. Por lo que sabemos podría ser la casa de un amigo y él sólo estar haciéndole un recado. Pero es lo único que tenemos, y aún hemos de darte las gracias por haber localizado este sitio.

Era cierto. Uno de los días en los que a Nazim le había tocado seguir a Watson él solo, éste había empezado a comportarse de manera extraña, a cambiar de carril frecuentemente en la autopista y a seguir una ruta de vuelta a casa que no tenía nada que ver con la que seguía habitualmente. Nazim subió el volumen de la radio y se imaginó que era un personaje del Grand Theft Auto<sup>[14]</sup>. Había una fase del juego en la que había que seguir a un coche que evitaba ser seguido. Era una de sus partes favoritas, y lo aprendido le vino muy bien en aquella situación.

—¿Crees que sabe algo de nosotros?

—No creo que sepa nada siquiera de *Huqan*, pero seguro que él tiene una buena razón para quererlo muerto. Pásame la botella de mear, por favor.

Nazim le alcanzó una botella de dos litros. Kharouf se bajó la cremallera y orinó dentro. Llevaban varias botellas vacías para poder evacuar discretamente en el coche. Era preferible pasar por aquella incomodidad y luego arrojar una botella a una papelera a que alguien se fijase en ellos por orinar en la calle o ir repetidas veces a un bar de los alrededores.

—¿Sabes lo que te digo? Que a la mierda —dijo Kharouf, haciendo un gesto de disgusto—. Iré a tirar la botella al contenedor del callejón y luego nos vamos a buscarlo a California, a casa de su madre. A la mierda con todo.

—Espera, Kharouf.

Nazim señalaba hacia la puerta de la finca. Un repartidor en moto estaba llamando al timbre. Tras unos segundos, la puerta se abrió.

—Está ahí. ¡Bien! Ves, Nazim, te lo dije. ¡Enhorabuena!

Kharouf estaba muy excitado. Le palmeó la espalda a Nazim, que se sintió lleno a la vez de alegría y nerviosismo, una ola caliente y otra fría que chocaban a la vez en el centro del corazón.

—Muy bien, chico. Por fin vamos a terminar lo que empezamos.



## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Sábado, 15 de julio de 2006. 02.34

Harel se despertó sobresaltada por el grito de Andrea. La joven periodista se incorporaba en el saco, se agarraba la pierna con desesperación, volvía a gritar.

—¡Dios! Cómo duele. Aaaah...

Lo primero que pensó Harel fue que a Andrea le había dado un tirón en un gemelo mientras dormía, así que se levantó, encendió las luces de la enfermería y le agarró la pierna para darle un masaje.

Entonces, con el rabillo del ojo, vio los escorpiones.

Eran tres, de un enfermizo color amarillento, o al menos eran tres los que habían asomado por debajo del saco y correteaban enloquecidos, con las colas enhiestas. Muerta de miedo, Doc se subió de un salto a una de las camillas. Descalza como estaba era presa fácil de los arácnidos que habían caído del colchón de la joven periodista.

—Doc. Doc, ayúdame. Dios, tengo fuego en la pierna, Dios... ¡Doc!

Los gemidos de Andrea ayudaron a la doctora a enfocar su miedo e intentar pensar. No podía dejar en la estacada a la joven.

*Vamos a ver, qué coño recuerdo yo de esos cabrones. Son escorpiones amarillos, la chica tiene al menos veinte minutos antes de que la cosa se empiece a poner fea. Eso si no le ha picado más de uno. Y a no ser...*

Una terrible sospecha cruzó por la mente de Doc. Si Andrea era alérgica al veneno del escorpión, estaba jodida.

—Andrea. Escúchame atentamente.

Andrea abrió los ojos y la miró. Tendida en el colchón, sujetándose la pierna y con la mirada perdida era la viva imagen del dolor. Harel hizo un tremendo esfuerzo por vencer su miedo cerval a los escorpiones —un miedo que cualquier israelí que, como Doc, haya nacido en Beersheba, al borde del desierto, aprende a tener desde muy niña— e intentó poner un pie en el suelo. Pero se vio incapaz.

—Andrea. Andrea, entre la lista de alergias que me diste, ¿había alguna a las carbidotoxinas?

Andrea aulló de dolor.

—¿Yo qué sé? Llevo esa lista porque soy incapaz de recordar más de diez nombres. Jodeeeerrrrr... Doc, baja de una vez por Dios, por Jehová, por quien tú quieras. Siento lo de

antes pero... ¡Aaaargh!

Harel se armó de valor, apoyó un pie en el suelo y de dos zancadas llegó a su propio colchón. *Espero que no estén dentro. Por el Eterno, que no estén dentro del saco.*

De una patada lo mandó al suelo. Agarró una bota en cada mano y se volvió a Andrea.

—Tengo que ponerme las botas, llegar hasta el armario de las medicinas y estarás bien enseguida —dijo comenzando a colocarse una de ellas—. Ese veneno es muy peligroso, pero tardaría casi media hora en matarte. Aguanta.

Andrea no respondió. Harel alzó los ojos de las botas y miró a la periodista. Andrea se llevaba la mano al cuello. Su rostro empezaba a ponerse azul.

*Oh, dulce Nombre. Es alérgica. Va a tener un shock anafiláctico.*

Olvidándose de colocarse la otra bota, Harel se arrodilló junto a Andrea, sus piernas desnudas expuestas en el suelo. Nunca había sido más consciente de cada centímetro cuadrado de la piel de sus extremidades. Buscó la picadura del escorpión y encontró dos en la pantorrilla izquierda de Andrea, dos pequeños desgarros de medio centímetro rodeados por una mancha rojiza del tamaño de una pelota de tenis.

*Mierda. Le han dado con todo.*

La puerta de la tienda se abrió y entró el padre Fowler. También descalzo.

—¿Qué ocurre?

Harel intentó responderle mientras se inclinaba sobre Andrea y le hacía la respiración artificial.

—¡Padre! Por el Nombre, dese prisa. Está en shock. Necesito epinefrina.

—¿Dónde está?

—En la vitrina del fondo, en el segundo estante empezando por arriba hay unas ampollas de color verde. Tráigame una y una jeringuilla.

Se agachó, insufló aire dentro de Andrea, pero tenía que hacer una fuerza enorme para que algo traspasase la hinchazón de la garganta. Si no atacaba el shock, estaría muerta en un minuto.

*Y será tu culpa, cobarde, que te subiste a la mesa.*

—¿Qué diablos le pasa? —dijo el sacerdote, corriendo hacia la vitrina—. ¿Es un shock?

—¡Cierren la puerta! —gritó Doc. Media docena de cabezas soñolientas se habían asomado a la enfermería. Harel no quería que uno de los escorpiones saliese y se encontrase con alguien desprevenido—. Le ha picado un escorpión, padre. Ahora mismo hay tres aquí dentro. Tenga cuidado.

El padre Fowler dio un pequeño respingo cuando oyó aquello y prestó mucha más atención al suelo. Le alcanzó la epinefrina a la doctora, y ésta se apresuró a inyectarle a Andrea cinco centímetros cúbicos en el muslo desnudo.

Fowler se hizo con un botellón de un galón de agua, sujetándolo por el asa.

—Usted atienda a Andrea. Yo los buscaré.

Harel, por fin, volcó toda su atención en la joven, aunque en aquel momento poco podía hacer ella más que vigilar su estado. Era la epinefrina quien obraba su maravilloso efecto. Según la hormona iba inundando el sistema circulatorio de Andrea, los receptores nerviosos de sus células se iban activando como árboles de Navidad. Las células de grasa de su cuerpo comenzaban a romper los lípidos para liberar energía suplementaria, su ritmo cardíaco se incrementó, la sangre comenzó a llevar más glucosa, su cerebro comenzó a producir dopamina y,

lo más importante, sus bronquios comenzaron a dilatarse y la hinchazón de su tráquea a desaparecer.

Con una sonora aspiración, una bocanada de aire entró en los pulmones de Andrea por el método natural, y a la doctora Harel le pareció un ruido casi tan hermoso como los tres golpes secos que había escuchado de fondo mientras el proceso seguía su curso. Cuando el padre Fowler se sentó en el suelo junto a ella, Doc no tuvo la menor duda de que los escorpiones eran ahora tres charcos.

—¿Y el antídoto? ¿Tiene un antiveneno? —dijo el sacerdote.

—Claro que lo tengo, pero no puedo ponérselo. Lo hacen con suero de caballos a los que obligan a sufrir cientos de picaduras de escorpión hasta que se inmunizan. Siempre quedan rastros en el antiveneno, y no quiero arriesgarme a provocarle otro shock.

Fowler contempló a la joven, cuyo rostro iba poco a poco recuperando la normalidad.

—Gracias por lo que ha hecho, doctora. No lo olvidaré.

—No se preocupe —dijo Harel, quien consciente del peligro que habían pasado comenzaba a temblar.

—¿Le quedarán secuelas?

—No. Ahora su cuerpo puede luchar contra el veneno. —Alzó una de las ampollas verdes—. Esto es adrenalina pura, igualito que un zafarrancho de combate para su sistema. Todos los órganos de su cuerpo funcionan al doble de su rendimiento, además de evitar que se ahogue a sí mismo, que es lo que hacen los choques anafilácticos. Estará bien dentro de un par de horas, aunque se sentirá hecha una mierda.

El rostro de Fowler se relajó en parte. Luego señaló a la puerta.

—¿Piensa lo mismo que yo?

—No soy idiota, padre. He hecho cientos de excursiones al desierto en mi país. Lo último que hago por las noches es comprobar las entradas. Dos veces. Y esta tienda es más hermética que el bolsillo del Tío Gilito.

—Tres escorpiones. A la vez. En plena noche...

—Sí, padre. Ésta es la segunda vez que intentan matar a Andrea.

## CASA SEGURA DE ORVILLE WATSON

Afuera de Washington

*Viernes, 14 de julio de 2006. 23.36*

Desde que se dedicaba al negocio de cazar terroristas, Orville había tomado una serie de precauciones básicas: tener números de teléfono y dirección bajo seudónimo, usar códigos postales y, eventualmente, comprar una casa a través de una sociedad anónima extranjera que sólo un genio podría relacionar con él. Un lugar al que salir por piernas si las cosas se ponían feas.

Claro que una casa segura de la que nadie salvo uno mismo conoce su existencia tiene sus inconvenientes. Para empezar, que para aprovisionarla necesitas hacerlo tú mismo. Y eso hacía Orville. Una vez cada tres semanas llevaba a la casa latas, carne para congelar y un montón de DVD con los últimos estrenos. Se deshacía de los productos caducados, cerraba con llave y se largaba.

Un comportamiento paranoico... de lo más acertado. El único error que había cometido Orville, aparte de dejarse seguir por Nazim, era que la última vez se había olvidado de la bolsa de barritas Hershey's. Una adicción imprudente, no sólo por las 300 calorías que contiene cada barrita de 60 gramos, sino porque un pedido de urgencia a Amazon puede confirmar a los terroristas tu presencia en la casa que están vigilando.

Orville no lo podía evitar. Podría haber pasado sin comida, sin agua, sin su colección de fotos picantes, sin su conexión a Internet, sin libros y sin música. Pero cuando entró en la casa el lunes de madrugada, arrojó a la basura el traje de bombero y vio que la alacena donde guardaba el chocolate estaba vacía, el pulso se le paró por un instante. Sin chocolate no podía pasar tres o cuatro meses. Estaba absolutamente enganchado desde que sus padres se divorciaron.

*Podría haber sido peor, pensaba autoindulgente. Podría ser heroína, crack o votar republicano.*

Aunque Orville no había probado en su vida la heroína, ni siquiera el demoledor mono del caballo podía compararse al impulso irrefrenable que sentía cuando escuchaba el *clinc clinc* del aluminio que recubría el chocolate. Si Orville se pusiese freudiano pensaría que era porque lo último que había hecho la familia Watson junta era pasar las Navidades del 93 en Nueva York, donde el chico había alucinado en la inmensa tienda de Hershey's en Times Square. Allí podías coger un balde metálico, colocarlo al final de un canalón plateado que descendía del techo

haciendo eses y llenarlo de bombones accionando una palanca. El sonido del chocolate colmando el balde era el sonido de la felicidad.

Pero Orville estaba ahora más preocupado con otro sonido: el de un cristal roto, si sus oídos adormilados no lo engañaban.

Apartó con cuidado una pequeña muralla de envoltorios y se bajó de la cama. Había resistido casi tres días sin probar el chocolate, todo un récord personal, y ahora que por fin había sucumbido a su demonio particular pensaba hacerlo en toda regla. Si hubiese vuelto a ponerse freudiano se habría dado cuenta de que se había comido diecisiete chocolatinas, una por cada uno de los miembros del personal de GlobalInfo que habían muerto en el atentado del lunes.

Pero Orville no creía en Sigmund Freud. Para una situación de cristales rotos, él creía en Smith & Wesson. Por eso guardaba un 38 Special junto a la cama.

*No puede ser. La alarma está puesta.*

Cogió el revólver y un objeto que había junto a él sobre la mesita. Parecía un llavero, pero era un control remoto muy sencillo con dos botones. El primero activaba una alarma silenciosa en la policía. El segundo una sirena por toda la finca.

—Es tan estruendosa que podría despertar a Nixon y ponerle a bailar claqué —le había dicho a Orville el encargado de instalación de alarmas cuando se la estaba colocando.

—Nixon está enterrado en California.

—Imagínese si es potente.

Ahora Orville apretó los dos botones —no era cuestión de correr riesgos— y cuando no sucedió nada le hubiera gustado abofetear con todas sus fuerzas al ratuno instalador, que le había jurado que aquella alarma era totalmente imposible de desconectar.

*Mierda, mierda, mierda*, maldijo Orville para sus adentros, aferrando con todas sus fuerzas el revólver. *¿Ahora qué narices hago? El plan era llegar hasta aquí y estar seguro. ¿Y el móvil...?*

En la mesita baja del salón, encima de un ejemplar atrasado de *Vanity Fair*.

Su respiración se fue acelerando y comenzó a sudar. Cuando escuchó el ruido de cristales — casi seguro que había sido en la cocina— estaba en su habitación, a oscuras, jugando una partida de *Los Sims* en el portátil y chupando los restos de chocolate de los envoltorios. Ni siquiera se dio cuenta de que el aire acondicionado había dejado de funcionar unos minutos atrás.

*Probablemente cortaron la luz al mismo tiempo que la alarma indeseconectable. Catorce mil pavos de alarma, será hijoputa.*

Y ahora el miedo y el húmedo verano de Washington hacían que un millar de finas gotitas empapasen la camiseta de Orville, hiciesen resbaladizo su agarre de la pistola e inseguros los pasos de sus pies descalzos camino de la salida. Porque Orville se largaba de allí a toda velocidad.

Cruzó el vestidor y echó una ojeada al pasillo de la planta de arriba. Desierto. Aparentemente no había otra manera de bajar de la primera planta que a través de la escalera de madera que unía el salón con la zona de dormitorios, pero Orville tenía un plan. Al final del pasillo, en el extremo opuesto al lugar donde terminaba la escalera, había una pequeña ventana de guillotina, y al otro lado un cerezo raquíptico, obstinado en no dar flores. Sin embargo las ramas eran gruesas y estaban lo bastante cerca de la ventana como para que alguien tan poco atlético como Orville se atreviese a intentarlo.

Con el enorme cuerpo encogido y la pistola metida en la goma de los calzoncillos, Orville gateó por la moqueta los tres metros que le separaban de la ventana. En el piso de abajo oyó un crujido, y ya no tuvo dudas. Alguien había entrado en su casa.

Abrió la ventana apretando los dientes muy fuerte, con ese gesto que miles de personas realizan cada día deseando que algo no haga ruido. Por suerte para ellos, su vida no depende de ese ruido. Por desgracia para Orville, la suya sí. Unos pasos habían comenzado a subir la escalera.

Abandonando toda precaución, Orville se puso de pie, abrió la ventana y se asomó. Las ramas estaban a más de un metro y medio de la pared, y el joven californiano tuvo que estirarse mucho para rozar con los dedos una suficientemente gruesa.

*Así no voy a ninguna parte.*

Sin pensárselo dos veces apoyó un pie en el alféizar, tomó impulso y se lanzó al vacío en un salto que ni el observador más benévolo hubiera calificado de grácil. Sus dedos aferraron la rama con fuerza, pero en el salto la pistola se le metió por dentro de los calzoncillos y, tras un breve y frío contacto con lo que Orville llamaba «el pequeño Timmy» resbaló por la pierna y cayó en el centro del parterre que rodeaba la casa.

*Joder. ¿Hay algo que pueda salir peor?*

En ese momento la rama se rompió.

Los más de cien kilos de Orville aterrizando de culo sobre el parterre hicieron bastante ruido. Más del treinta por ciento de la tela de sus calzoncillos no sobrevivió al lance, como atestiguaban un montón de cortes sangrantes en las nalgas, aunque el joven no se dio cuenta en ese momento. Su única preocupación era apuntar esas mismas nalgas hacia la casa y salir zumbando hacia la puerta de la propiedad, a veinte metros de distancia y cuesta abajo. No tenía las llaves de la puerta, pero si era necesario pensaba atravesarla a mordiscos. A media cuesta, el miedo que le atenazaba el corazón fue sustituido por una sensación de euforia.

*Dos huidas imposibles en una semana. Chúpate ésa, El Santo.*

La puerta de coches, increíblemente, estaba abierta. Extendiendo los brazos, Orville se precipitó hacia la salida.

De la sombra del muro que rodeaba la casa brotó de repente una forma borrosa que se estrelló contra la cara de Orville. El joven la recibió casi de lleno, y un horrible crujido húmedo acompañó la rotura de su nariz y de tres de sus dientes. Gimiendo y agarrándose el rostro, Orville cayó al suelo.

Una figura bajó corriendo el sendero de la propiedad y le apoyó a Orville una pistola en la nuca. El gesto era innecesario porque el cazador de espías había perdido el sentido. De pie junto a su cuerpo derrotado estaba Nazim, sosteniendo nervioso la pala con la que le había atizado al californiano en la clásica postura del bateador enfrente del pitcher. Había sido un golpe preciso, perfecto. Nazim era fantástico jugando al béisbol en el instituto, y pensó de manera incoherente en lo orgulloso que se habría sentido su entrenador de haberle visto ejecutar un movimiento como aquel en la oscuridad.

—Te lo dije —dijo Kharouf, entre jadeos—. La trampa de la puerta es infalible. Corren como conejitos asustados hacia donde tú quieres. Venga, deja eso y ayúdame a llevarle a la casa.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Sábado, 15 de julio de 2006. 06.34

Andrea despertó con la boca tan pastosa como si alguien hubiera hervido suelas de zapato dentro. Estaba en una camilla junto a la que el padre Fowler y Doc Harel, ambos en pijama, dormitaban en unas sillas.

Iba a levantarse para ir al servicio cuando la cremallera de la puerta se descorrió y en el hueco apareció Jacob Russell. El asistente de Kayn llevaba un walkie-talkie en el cinturón y un rictus preocupado en el rostro. Viendo dormidos al sacerdote y la doctora, se acercó de puntillas junto a la camilla y habló en susurros.

—¿Cómo se encuentra?

—¿Recuerda la mañana siguiente al día en que se graduó en la universidad?

Russell asintió, sonriendo.

—Bueno, pues lo mismo pero como si me hubieran cambiado los mojitos por líquido de frenos —dijo Andrea sujetándose la cabeza.

—Estábamos muy preocupados por usted. El jueves lo de Erling y ahora esto... Una auténtica racha de mala suerte.

En ese momento los dos ángeles guardianes de Andrea se despertaron a la vez.

—Mala suerte una mierda —dijo Harel, despezándose en la silla—. Ha sido un intento de asesinato.

—¿Qué está diciendo?

—Eso me gustaría a mí saber —dijo Andrea, muy asombrada.

—Señor Russell —dijo Fowler levantándose y acercándose al asistente—, solicito formalmente que se evacue a la señorita Otero a la *Behemot*.

—Padre Fowler, entiendo y agradezco su preocupación por el bienestar de la señorita Otero, que yo mismo soy el primero en suscribir. Pero de ahí a romper la regla de estanqueidad de la expedición media un abismo.

—Oigan... —intentó meter baza Andrea.

—Su salud no corre peligro inmediato, ¿cierto, doctora Harel?

—Bueno... técnicamente no —dijo Harel, a regañadientes—. Un par de días sin muchos esfuerzos y estará como nueva.

—Escuchen... —insistió Andrea, inútilmente.

—Ya lo ve, padre. No tendría ningún sentido evacuar a la señorita Otero sin haber concluido su labor.

—¿Aun cuando hayan atentado contra su vida? —dijo Fowler, muy tenso.

—No hay pruebas de eso. Cierto que es una desafortunada casualidad que los escorpiones irrumpieran en su saco pero...

—¡BASTA! —gritó Andrea.

Los tres se volvieron hacia la camilla, asombrados.

—¿Quieren dejar de hablar como si yo no estuviera presente y escucharme de una puta vez? ¿O yo no puedo manifestar mi propia opinión, antes de que me borren de la expedición?

—Por supuesto. Adelante, Andrea —dijo Harel.

—Quiero saber cómo llegaron los escorpiones hasta mi saco de dormir.

—Un desafortunado accidente —dijo Russell.

—No pudo ser un accidente —dijo el padre Fowler—. La enfermería es una tienda estanca.

—No lo entienden —dijo el asistente de Kayn meneando la cabeza con impotencia—. Todo el mundo está histérico tras lo sucedido a Stowe Erling. Corren rumores. Unos dicen que fue uno de los soldados, otros que fue Pappas cuando se enteró de lo que Erling había descubierto. Si la evacuo ahora, muchos querrán marcharse. Están Hanley, Larsen y algunos otros, que me piden que los devuelva al barco cada vez que me ven. Yo les he dicho que es por su seguridad, que no podemos garantizar que lleguen sanos y salvos a la *Behemot*, pero el argumento no tendría mucha fuerza si la evacuo a usted ahora.

Andrea guardó silencio unos instantes.

—Señor Russell, ¿debo entender que no soy libre de marcharme cuando quiera?

—En realidad he venido a traerle una proposición de mi jefe.

—Hable.

—No me ha interpretado bien. Será el señor Kayn en persona quien se la haga —Russell tomó el walkie-talkie de su cinturón y apretó el botón de llamada—. Señor, se la paso.

—Hola, buenos días, señorita Otero.

La voz del anciano Kayn era agradable y bien modulada, aunque tenía un ligero acento bávaro.

*Como el del gobernador de California. El que era actor.*

—¿Señorita Otero, está ahí?

Andrea se había quedado tan sorprendida que le costó poner a funcionar su reseca garganta.

—Sí, estoy aquí, señor Kayn.

—Señorita, me gustaría invitarla a almorzar conmigo. Podríamos charlar y yo respondería a sus preguntas, si lo desea.

—Sí, sí, claro que lo deseo, señor Kayn.

—¿Cree que se encontrará lo suficientemente bien como para venir a mi tienda?

—Sí, señor. Al fin y al cabo son doce metros.

—Hasta luego entonces.

Andrea le devolvió el walkie-talkie a Russell, que se despidió educadamente y se marchó. Fowler y Harel apenas dijeron nada. Miraban a Andrea con el ceño fruncido y la desaprobación pintada en el rostro.



—Dejen de mirarme así —dijo Andrea, dejándose caer de nuevo en la camilla y cerrando los ojos—. No puedo desaprovechar una oportunidad como la que me ha dado Kayn.

—Una asombrosa coincidencia el que te ofrezca la entrevista justo en el instante en el que pedimos que te marches —ironizó Harel.

—No puedo dejarlo pasar —insistió Andrea—. El público tiene derecho a conocer la verdad sobre ese hombre.

El sacerdote agitó la mano en el aire.

—Millonarios y periodistas... Son tal para cual. Se creen en posesión de la verdad.

—¿Como la Iglesia, padre Fowler?

CASA SEGURA DE ORVILLE WATSON

Afuera de Washington

Sábado, 15 de julio de 2006. 00.41

Las bofetadas despertaron a Orville.

No muy contundentes ni muy seguidas, apenas lo justo para traerle de vuelta al mundo de los vivos y arrancarle un diente delantero que aún no había terminado de caerle por el golpe con la pala. El joven lo escupió y enseguida el dolor de la nariz rota le recorrió la cabeza como una manada de caballos salvajes al galope. Iba y venía en pulsos intermitentes. Las bofetadas del hombre de ojos almendrados marcaban el ritmo como las rimas al final de un verso.

—Mira. Ya se ha despertado —dijo el hombre de las bofetadas a su compañero, un chico joven, delgado y algo más alto. Le propinó un par más como propina, y Orville gimió—. No estás en forma, ¿eh *koondeh*<sup>[15]</sup>?

Orville estaba encima de la mesa de la cocina, sin nada encima más que el reloj de pulsera. A pesar de que no había cocinado nunca en esa casa —no había cocinado nunca en ningún lugar, de hecho—, estaba completamente equipada. Orville maldijo su obsesión por el equilibrio. Para él, una cocina sin utensilios no era una cocina. Aunque en ese momento, viéndolos alineados junto al fregadero, deseó no haber comprado cuchillos afilados, sacacorchos revirados y brochetas puntiagudas.

—Escuchad...

—Cállate.

El chico joven le apuntaba con una pistola, mudo. El mayor, que debía mediar la treintena, levantó una de las brochetas y se la enseñó a Orville. A la luz de los halógenos del techo, un leve resplandor brilló por un instante en la punta.

—¿Sabes lo que es esto?

—Una brocheta. 3,45 el juego de doce en Wall Mart. Escucha... —Orville intentó levantarse sobre los codos, pero el otro le apoyó la mano entre los grasientos pechos y le obligó a tumbarse de nuevo.

—Te dije que te callaras.

Alzó la brocheta con la punta hacia abajo y la descargó contra la mano izquierda de Orville con todas sus fuerzas. La expresión de su rostro no cambió un milímetro, ni siquiera cuando el metal atravesó de parte a parte la mano de Orville y le clavó a la madera de la mesa.

Al principio, Orville estaba demasiado aturdido por su nariz rota para darse cuenta de nada más. Después el dolor recorrió su brazo como una descarga eléctrica. Chilló.

—Las brochetas... ¿sabes quién las inventó? —dijo el hombre más bajo, sujetando las mejillas de Orville con la mano y obligándole a mirarlo—. Fue nuestro pueblo. De hecho en España las llaman pinchos morunos. Nacieron en un tiempo en que era considerado de mala educación comer en la mesa con un cuchillo.

*Se acabó. Cabrones. Tengo que decir algo.*

Orville no era un cobarde, pero tampoco era idiota. Sabía cuál era su tolerancia al dolor y sabía cuándo estaba derrotado. Hizo tres aspiraciones muy fuertes y ruidosas por la boca. No se atrevía a respirar por la nariz para no aumentar el dolor.

—Basta ya. Os diré lo que queráis saber. Cantaré, hablaré, os dibujaré croquis, os daré esquemas. No hay necesidad de ser violentos —la última palabra se convirtió casi en un aullido de dolor y pánico cuando vio que el hombre ya había cogido otra brocheta.

—Por supuesto que hablarías. Pero nosotros no somos el comité de torturadores. Somos el comité de ejecución. Lo que pasa es que vamos muy despacito. Nazim, ponle la pistola en la cabeza.

El llamado Nazim, totalmente inexpresivo, se sentó en una silla y apoyó el cañón del arma en el cráneo de Orville, que se quedó completamente quieto al contacto con el metal. El último centímetro y medio de cañón se hundía en el casi siempre sedoso y espeso pelo rubio del joven californiano, que ahora estaba grasiento y lleno de hojas.

—En cualquier caso, ya que te pones comunicativo... cuéntame qué sabes de *Huqan*.

Orville cerró los ojos, asustado. Así que era eso.

—Nada. Oí algo aquí y allí.

—Y una mierda —dijo el otro abofeteándole una, dos, tres veces más—. ¿Quién te mandó a buscarle? ¿Quién sabe lo de Jordania?

—No sé nada de Jordania.

—Mientes.

—Es la verdad. ¡Lo juro ante Alá!

Aquellas palabras parecieron rascar la pátina de indolencia de sus agresores. Nazim apretó más fuerte el cañón del arma. El otro volvió a colocar la brocheta afilada sobre la piel desnuda del joven.

—Me das asco, *koondeh*. Mira para qué has usado tu talento. Para tirar por el suelo tu religión. Para traicionar a tus compatriotas musulmanes. Todo por un puñado de lentejas.

La punta de la brocheta recorrió el pecho de Orville, deteniéndose un instante en el pezón izquierdo del joven y levantando ligeramente la carne de debajo. La dejó caer de golpe, provocando una oleada de grasa que se extinguió en la papada y en el ombligo. El metal rasguñó la piel dejando pequeñas gotas de sangre que se mezclaron con el sudor nervioso que le cubría.

—Sólo que no ha sido un puñado de lentejas precisamente —continuó el hombre, mientras la afilada punta de acero se hundía un poco más, rascando la piel del brazo sin llegar a provocar sangre, camino de la mano derecha—. Tienes varias casas, un buen coche, empleados... Mira tu reloj, bendito sea el nombre de Alá.

*Puedes quedártelo si me dejas largarme de aquí*, pensó Orville, pero no lo dijo porque no quería que otra brocheta lo ensartase. *Oh, mierda, no sé cómo voy a salir de ésta*. Buscaba

angustiado la palabra justa que hiciese esfumarse a aquellos intrusos. Pero el dolor pulsante de su nariz y de la mano traspasada le decía a gritos que esa palabra no existía. Sentía las tripas crispadas, queriendo vaciarse.

Con la mano que no sostenía la pistola, Nazim le quitó el reloj y se lo pasó al otro hombre.

—Vaya... Jaeger LeCoultre. Sólo lo mejor, ¿eh? ¿Cuánto te paga el gobierno por ser una rata? Seguro que mucho, para poder comprarte relojes de veinte mil dólares.

El hombre arrojó el reloj al suelo y comenzó a pisarlo como si le fuera la vida en ello. No consiguió gran cosa más que rayar la esfera, con lo que su gesto perdió la teatralidad que buscaba y tuvo que pararse un poco a recuperar el aliento.

—Sólo cazo criminales —dijo Orville—. No tienes el monopolio del mensaje de Alá.

—No vuelvas a decir su nombre —respondió el otro, escupiendo sobre el rostro del californiano.

El labio superior de Orville empezó a temblar incontroladamente, pero el joven no era ningún cobarde. En aquel momento se dio cuenta de que iba a morir, así que decidió hacerlo con la mayor dignidad posible.

—*Omak zanya feeh erd*<sup>161</sup> —dijo mirándole directamente a los ojos y procurando no tartamudear.

Un destello de rabia cruzó por los ojos del hombre. Estaba claro que esperaba quebrar a Orville, verle suplicar. No aquella demostración de valentía estéril.

—Llorarás como una niña —dijo.

El brazo subió y volvió a bajar, clavando la brocheta en la mano derecha de Orville, que no pudo evitar soltar un chillido indefenso que poco tenía que ver con su bravuconada de unos segundos atrás. Un cuajarón de sangre voló por el aire y aterrizó en la boca abierta de Orville, que se atragantó y empezó a toser de manera espasmódica, cada tos más dolorosa que la anterior al agitar los brazos que seguían clavados a la mesa por los enormes pinchos de acero.

La tos se fue calmando gradualmente, y Orville convirtió en proféticas las palabras del hombre: dos gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la mesa. Aquello pareció ser todo lo que necesitaba el hombre para liberar a Orville de su tortura. Alzó un nuevo instrumento de cocina: un cuchillo de treinta centímetros.

—Se acabó, *kooneh*.

Sonó un disparo que arrancó ecos metálicos de las sartenes que colgaban alineadas de las paredes como soldados obedientes, y el hombre cayó al suelo. Su compañero no se dio ni siquiera la vuelta para ver de dónde procedía la bala. De un salto se arrojó por encima de la isleta de la cocina, rayando la vitrocerámica con la hebilla de su cinturón y aterrizando sobre las manos. Un segundo disparo levantó astillas de madera del marco de la puerta, a más de medio metro de su cabeza, y Nazim desapareció.

Orville, con los brazos en cruz, completamente desnudo, la cara aplastada, las palmas perforadas y cubierto de sangre, apenas acertó a girarse para ver quién era su salvador. Un joven rubio y delgado, por debajo de la treintena, vestido con unos vaqueros y lo que en la oscuridad de la cocina parecía una camisa de sacerdote.

—Menuda pinta tienes, Orville —le dijo el cura, mientras pasaba a su lado, en pos del segundo terrorista. Se cubrió en el marco de la puerta y se asomó de golpe, sujetando la pistola con ambas manos. Allí sólo había un salón vacío y una ventana abierta.

El sacerdote volvió al lado de Orville, quien si no hubiera tenido los brazos clavados a la mesa se habría frotado los ojos incrédulo.

—No sé quién eres, pero gracias. Por favor, suéltame —con la nariz destrozada, sonó como *Pod favoz, sueztabe*.

—Aprieta los dientes. Te va a doler —el joven cura tiró de la brocheta de la derecha, procurando hacerlo de la manera más recta posible, y aun así Orville volvió a soltar un alarido—. No eres nada fácil de encontrar, ¿sabes?

Orville lo interrumpió alzando la mano, en la que era claramente visible un agujero del tamaño de un centavo. Apretando los dientes por el dolor y el esfuerzo, Orville rodó un poco hacia su mano izquierda y él mismo se arrancó la segunda brocheta.

Esta vez no gritó.

—¿Puedes caminar? —dijo el cura, ayudándole a incorporarse.

—¿Es polaco el papa?

—Ya no. Mi coche está a un par de minutos. ¿Alguna idea de dónde estará tu invitado?

—¿Y yo qué coño sé? —dijo Orville, cogiendo un rollo de papel de cocina junto a la ventana y envolviéndose las manos de mala manera, medio rollo en cada una. Los extremos de sus brazos se asemejaron a gigantescos palillos de algodón de azúcar que fueran tiñéndose poco a poco de rojo y desde dentro.

—Deja eso, y aléjate de la ventana. Te vendaré en el coche. Creía que eras el experto en pensamiento terrorista.

—Vaya. Eres de la CIA. Y yo que creía que había tenido suerte.

—Bueno, más o menos. Me llamo Albert y soy un ISL<sup>17</sup>.

—¿Un Enlace? ¿Con quién, con el Vaticano?

Albert no respondió. Los miembros de la Santa Alianza jamás decían que pertenecían a ella.

—Déjalo estar, entonces —continuó Orville, reprimiendo un gesto de dolor—. Mira, aquí nadie va a ayudarnos. No creo que nadie haya oído los disparos, porque los vecinos más cercanos están a medio kilómetro. ¿Tienes un móvil?

—Eso no es una opción. Si viene la poli, te llevará al hospital y luego te tomarán declaración. Antes de media hora tendrías a los de la CIA con flores en tu habitación.

—Entonces ¿sabes manejar ese cacharro?

—No muy bien. Además, detesto las armas. Tienes suerte de que le diera al de la brocheta y no a ti.

—Pues tendrán que gustarte —dijo Orville levantando sus palitos de algodón de azúcar—. ¿Qué clase de agente eres tú?

—No he recibido más que el entrenamiento básico —dijo Albert, con un gesto de disculpa—. Lo mío son los ordenadores.

—Pues sí que estamos bien. Joder, me estoy mareando —dijo Orville, a punto de caerse. Sólo el brazo de Albert evitó que se desplomara.

—¿Crees que podrás llegar al coche, Orville? —El californiano asintió, aunque sin demasiada convicción—. ¿Cuántos son?

—Sólo queda el que ahuyentaste, que yo sepa. Pero estará esperándonos en el jardín.

Albert echó un breve vistazo por la ventana, procurando no asomarse mucho.

—Entonces estamos listos. Cuesta abajo, y con la sombra del muro... puede estar en cualquier parte.

CASA SEGURA DE ORVILLE WATSON

Afuera de Washington

Sábado, 15 de julio de 2006. 01.03

Nazim tenía mucho miedo.

Había imaginado muchas veces la escena de su martirio. Eran delirios abstractos, en los que él moría en una gran bola de fuego, algo grande y retransmitido por televisión. Aquel anticlímax absurdo de la muerte de Kharouf le había dejado confuso y asustado.

Había huido corriendo al jardín, temiendo oír llegar las sirenas de la policía en cualquier momento. Por un momento pensó en la tentadora promesa de la puerta de coches, que aún seguía entreabierta. El ruido de las chicharras y los grillos llenaba la noche de vida y de promesas, y por un instante Nazim dudó.

*No. Ofrecí mi vida por la gloria de Alá y por la salvación de los míos. ¿Qué será de mi familia si ahora huyo, si me ablando?*

Nazim no cruzó la puerta. Se apostó en las sombras, detrás de un seto de dragonaria muy descuidado, pero que aún conservaba algunas flores anaranjadas. Intentó relajar la tensión de su cuerpo cambiando la pistola de mano cada pocos minutos y abriendo y cerrando el puño que quedaba libre.

*Estoy en forma. Salté por encima de la cocina, la bala que iba dirigida a mí falló por mucho. Uno es un cura y el otro está herido. No podrán conmigo. Todo lo que tengo que hacer es vigilar el sendero de salida. Y si escucho los coches de la policía, saltaré el muro. Es alto pero podré hacerlo. Aquel punto de la derecha parece ligeramente más bajo. Es una pena que Kharouf no esté aquí. Era un genio abriendo puertas. La de la finca apenas le duró quince segundos. Me pregunto si ya estará en los brazos de Alá. Voy a echarle mucho de menos. Él querría que me quedase. Querría que acabase con Watson. Ya estaría muerto si él no se hubiera demorado tanto, pero nada lo enfurecía tanto como un hermano que traiciona a sus hermanos. Me pregunto en qué ayudaría a la jihad el que yo muriese aquí esta noche si no me llevase por delante al kooneh. No. No puedo tener esa clase de pensamientos. Debo concentrarme en lo que importa. Porque los placeres sucios de esta vida están destinados a acabarse. El imperio en el que nací está destinado a caer. Y yo ayudaré con mi sangre. Aunque me gustaría que no fuera hoy el día.*

Hubo un ruido en el camino de bajada de la casa. Nazim aguzó el oído. Ahí venían. Tenía que ser rápido. Tenía que...

—Está bien. Tira el arma. Ya.

Nazim ni siquiera pensó. Ni una oración final. Simplemente se dio la vuelta pistola en mano. Albert, que había salido por la parte de atrás de la casa y rodeado el muro para asegurarse de que podían alcanzar la puerta sin peligro, se había encontrado en la oscuridad con el brillo tenue de los adhesivos reflectantes de las Nike del chico. Al contrario que cuando disparó a Kharouf de manera instintiva para salvar la vida de Orville —acertando de puro milagro—, en esta ocasión pilló al crío totalmente desprevenido, a sólo tres metros de distancia. Plantó bien ambos pies en el suelo, apuntó al centro del pecho del chico, apretó el gatillo hasta la mitad de su recorrido y le dio el alto con una voz clara y firme.

Cuando Nazim se giró, Albert apretó el gatillo hasta el final y el pecho del chico voló en pedazos.

Nazim fue vagamente consciente del disparo, aunque no sintió ningún dolor, sólo la sensación de estar tumbado sobre la hierba reseca. Intentaba mover los brazos y las piernas, pero era inútil. Tampoco podía hablar. Vio como el que le había disparado se inclinaba sobre él, le buscaba el pulso en el cuello y meneaba la cabeza. Un minuto después llegaba Watson. Nazim observó que al inclinarse sobre él dejó caer una gota de sangre, aunque nunca supo que esa gota se mezcló con la que manaba de su propia herida. Su visión era cada vez más borrosa. Pudo oír la voz de Watson, sin embargo, rezando.

—Alabado sea Alá, quien nos regala la vida y la oportunidad de adorarlo con rectitud y honestidad. Alabado sea Alá, que nos enseñó en el sagrado *Q'ran* que aunque alguien ponga la mano sobre nosotros para matarnos, nosotros no pongamos la mano sobre él. Perdónale, Señor del Universo, pues sus pecados son los de la inocencia engañada. Protéjete de las torturas del infierno, y llévalo junto a ti, Señor del Trono.

Después de aquello, Nazim se sintió mucho mejor. Parecía que le habían quitado un peso de encima. Él había dado todo por Alá. Se fue dejando llevar hacia un estado de paz tal que cuando escuchó en la lejanía las sirenas las confundió en su mente con el ruido de los grillos. Uno de ellos cantaba junto a su oreja y fue lo último que oyó.

Unos minutos después, dos policías de uniforme se inclinaban sobre un muchacho vestido con una sudadera de los Redskins, cuyos ojos abiertos apuntaban al cielo.

—Central, aquí la unidad 23. Tenemos un diez cincuenta y cuatro. Envíen una ambulancia...

—Déjalo. No lo ha conseguido.

—Central, anule lo de la ambulancia. Procedemos a acordonar la zona.

Uno de los agentes se quedó mirando el rostro del chico. Una lástima que hubiese muerto de un disparo. Era lo suficientemente joven (*o yo lo suficientemente viejo*) para ser su hijo. Eso no le quitaría el sueño al patrullero, que había visto suficientes chicos muertos en las peligrosas calles de Washington como para cubrir por completo la moqueta del Despacho Oval. Pero ninguno de los que había visto tenía aquella expresión.

Por un momento pensó en llamar a su compañero y preguntarle qué demonios significaba aquella sonrisa serena. No lo hizo, claro.



Le daba miedo quedar como un idiota.

EN CIERTO LUGAR DE FAIRFAX COUNTY, VIRGINIA

*Sábado, 15 de julio de 2006. 02.06*

La casa segura de Orville Watson y el piso de Albert estaban a casi cuarenta kilómetros, y Orville los recorrió en el asiento de atrás del Toyota de Albert, medio dormido y medio inconsciente, pero al fin con las manos vendadas como Dios manda. Por suerte el cura llevaba un buen botiquín en aquel coche.

Una hora después, cubierto por un albornoz (lo único de Albert que remotamente le servía), Orville se tragó medio bote de Tylenol acompañado de zumo de naranja que le había traído el sacerdote.

—Has perdido mucha sangre. Esto te ayudará a fijar el hierro.

Lo único que Orville pretendía fijar era su cuerpo a una cama de hospital durante un mes, pero considerando sus opciones actuales lo mejor era seguir con Albert.

—¿No tendrás por casualidad una barrita de Hershey's?

—No, lo siento. No puedo comer chocolate. Aún me salen granos. Pero dentro de un rato me acercaré a un Seven Eleven a por algo de cena, camisetas XXXL y tal vez algún dulce, si quieres.

—Déjalo. Después de lo que ha pasado creo que aborreceré las barritas Hershey's durante el resto de mi vida.

Albert se encogió de hombros.

—Tú mismo.

Orville señaló al conjunto de ordenadores que abarrotaba el salón de Albert. Diez monitores, una mesa de cuatro metros de largo y una maraña de cables que corría por el suelo, cerca de las paredes, tan ancha como la pierna de un jugador de fútbol.



—Tienes un buen equipo aquí, señor Enlace Internacional —dijo el californiano, que necesitaba hablar para liberar la tensión.

Y observando al sacerdote se dio cuenta de que le ocurría lo mismo. Las manos le temblaban ligeramente, y tenía la mirada perdida.

—Sistemas HarperEdwards, placas base de TINCom... Es así como diste conmigo, ¿verdad?

—Tu *offshore*<sup>[18]</sup> en Nassau, la que usaste para comprar la casa segura. Me llevó cuarenta y ocho horas dar con el servidor que había almacenado la transacción original. Dos mil ciento cuarenta y tres pasos. Eres bueno.

—Tú también —dijo Orville, genuinamente impresionado.

Los dos se miraron y asintieron, reconociéndose mutuamente. Para Albert, aquella breve distensión fue el agujero por el que los nervios que había mantenido fuera en las últimas horas entraran a su cuerpo arrasando con todo, como *hooligans* en un bar del equipo rival. Sin tiempo para levantarse vomitó en un bol de palomitas que había dejado sobre la mesa la noche anterior.

—Nunca había matado a nadie. Ese chico... del otro apenas me di cuenta, por la tensión del momento y porque le disparé sin pensar. Pero el chico... apenas era un niño. Y me miró.

Orville no dijo nada, porque no se podía decir nada.

Pasaron así diez minutos. El estómago de Albert dio un par de espasmos más, pero ya nada salió por la boca del joven sacerdote.

—Ahora lo entiendo.

—¿A quién?

—A un amigo mío. Alguien que ha tenido que matar, y que ha sufrido mucho por hacerlo.

—¿Hablas de Fowler?

Albert lo miró con suspicacia.

—¿Cómo conoces ese nombre?

—Porque todo este lío comenzó cuando Kayn Industries contrató mis servicios. Querían saber quién era el padre Anthony Fowler, de Boston. Y no he podido evitar fijarme en que tú también eres cura.

Albert se puso aún más nervioso. Gritando, agarró a Orville por el albornoz.

—¿Qué les contaste? ¡Tengo que saberlo!

—Todo —dijo Orville con voz monocorde—. Su entrenamiento, su afiliación a la CIA, a la Santa Alianza...

—Oh, Dios mío. ¿Sabrán entonces cuál es su verdadera misión?

—Lo desconozco. Me hicieron dos preguntas. La primera, quién era él. La segunda, quién le importaba.

—¿Qué averiguaste? ¿Y cómo?

—No averigüé nada. Me hubiera dado por vencido de no ser porque recibí un sobre anónimo con una foto y el nombre de una periodista: Andrea Otero. En el sobre decían que Fowler haría cualquier cosa para evitar que sufriera daño.

Albert lo soltó y comenzó a pasear en círculo por la habitación, al tiempo que empezaba a atar cabos.

—Ahora empieza a encajar todo... Cuando Kayn acudió al Vaticano diciendo que tenía una pista para encontrar el Arca, que podría estar en manos de un antiguo criminal de guerra nazi, Cirin prometió poner a su mejor hombre a buscarlo a cambio de tener un observador en la expedición. Y dándote el nombre de Otero se aseguró a la vez de que Kayn aceptaría a Fowler creyendo tenerle controlado y de que Fowler aceptaría su misión. Maldito cabrón manipulador —dijo Albert, conteniendo una sonrisa mitad asqueada y mitad admirada.

Orville lo miraba boquiabierto.

—No entiendo una palabra de lo que estás diciendo.

—Mejor, porque tendría que matarte. Es broma. Escucha, Orville, hoy no he acudido a salvarte porque sea un activo de la CIA. No lo soy. Sólo soy un humilde enlace que le está haciendo un favor a un amigo. Y ese amigo está metido en un grave peligro debido en parte al informe que le diste a Kayn sobre él. Fowler está en Jordania, en una loca expedición para recuperar el Arca de la Alianza. Y por imposible que parezca, parece que la expedición podría tener éxito.

—*Huqan* —dijo Orville con un hilo de voz—. Averigüé algo de Jordania y de *Huqan* por casualidad y se lo di.

—Los chicos de la Compañía recuperaron ese nombre de tus discos duros. Pero nada más.

—Había conseguido detectar una mención a Kayn en uno de los servidores de webmail frecuentados por terroristas. ¿Sabes algo de terrorismo islámico?

—Lo que he leído en el *New York Times*.

—Entonces partimos de bajo cero. Ahí te va un cursillo acelerado. La «veneración» de los medios a Osama, el gran malo de la película, no tiene ningún sentido. Al Qaeda como superorganización del mal no existe. No hay una cabeza que cortar. La *jihād* no tiene una cabeza. La *jihād* es el mandato de Dios. Pero existen miles de pequeñas células, a diferentes niveles, que se impulsan unas a otras sin que ninguna tenga nada que ver con las demás.

—Es imposible luchar contra eso.

—Es como curar una enfermedad. No hay una medicina milagrosa, como la invasión de Irak, o del Líbano la semana pasada, o de Irán dentro de tres años. Sólo podemos hacer de glóbulos blancos, y matar los microbios uno por uno.

—Ése es tu trabajo.

—El problema es que no es posible infiltrarse en las células terroristas islámicas. No son sobornables, porque los mueve su religión, o la idea trastocada que tienen de ella. Eso lo entenderás bien, supongo.

Albert hizo un gesto avergonzado.

—Tienen un léxico diferente —continuó Orville—, un idioma complejísimo para los anglosajones, sus nombres pueden tener decenas de alias diferentes, emplean un calendario distinto... cada dato para un occidental requiere de decenas de comprobaciones y códigos mentales. Ahí es donde entro yo. Golpeando en el lugar donde un fanático está a un clic de ratón de otro fanático a tres mil millas de distancia.

—Internet.

—Era más bonito sobre la pantalla del ordenador —dijo Orville acariciando con cuidado su nariz aplastada, naranja por el Betadyne. Albert le había colocado un cartón con esparadrapo para enderezarla, pero era muy consciente de que si no acudía pronto a un hospital, dentro de un mes tendrían que rompérsela otra vez para colocarla bien—. Cuando los terroristas estaban lejos de mí.

Albert meditó durante unos instantes.

—Así que ese *Huqan* pretendía atacar contra Kayn.

—No recuerdo nada muy bien, aparte de que ese tipo parecía algo serio. La verdad es que lo que les pasé era un puñado de información en bruto. No había tenido tiempo de depurar nada.

—Entonces...

—Es como esas muestras gratis de los supermercados, ya sabes. Les das un poquito, y esperas sentado a que vengan a encargarte más. No me mires así. Hay que ganarse la vida.

—Tenemos que recuperar esos datos —dijo tamborileando con los dedos en el brazo del sillón—. Primero porque los que te atacaron estaban preocupados por cuánto sabías. Y segundo porque si ese *Huqan* está infiltrado en la expedición...

—No es posible. Todos mis archivos desaparecieron o ardieron.

—No todos. Hay otra copia.

Orville tardó unos instantes en comprender a qué se refería Albert.

—No. Ni de coña. Ese lugar es inexpugnable.

—No hay nada imposible, excepto una cosa: que yo aguante más tiempo sin cenar —dijo Albert levantándose y cogiendo las llaves del coche—. Intenta relajarte, volveré dentro de media hora.

El sacerdote iba a cruzar la puerta cuando Orville lo llamó. Sólo de pensar en colarse en la jaula impenetrable que era Kayn Tower había comenzado a sentir una ansiedad muy identificable. Y sólo había una manera de vencerla.

—Albert...

—¿Sí?

—Me he pensado mejor lo de las barritas de chocolate.

HUQAN

*El imam tenía razón.*

*Le había prometido que la jihad entraría en su alma y en su corazón. Le había prevenido contra los que les llamaban radicales, a los que llamaba musulmanes blandos.*

*—No ha de asustarte cómo se sientan otros musulmanes hacia lo que hacemos. Simplemente Dios no los preparó para la tarea, no templó su alma y su corazón en el fuego que nos consume. Déjalos que piensen que el Islam es una religión de paz. Eso nos ayuda. Debilita las defensas del enemigo, crea agujeros por los que nosotros podemos entrar. Grietas.*

*Él lo sentía. Sentía gritar en su interior lo que en labios de otro era murmullo.*

*Lo sintió la primera vez que se le requirió para llevar el manto de la jihad. A él, alguien especial con condicionantes especiales. Ganarse el respeto de sus hermanos no había sido sencillo, jamás había pisado un campo de Afganistán ni del Líbano. No había seguido el camino ortodoxo, y sin embargo la Palabra se había entretejido con la médula espinal de su ser como una enredadera en un árbol aún joven.*

*Ocurrió a las afueras de la ciudad, en un almacén. Unos hermanos retenían a otro que había dejado que las prioridades del mundo exterior interfiriesen con los dictados de Dios.*

*El imam le había dicho que tendría que mostrarse firme. Mostrarse digno. Que todos los ojos estarían pendientes de él.*

*Camino del almacén compró una jeringuilla y dobló ligeramente la punta contra la puerta de su coche. Se suponía que tenía que entrar y dialogar con el traidor. Con el que quería abrazar la comodidad de la vida que ellos estaban llamados a erradicar. Convencerle de su error.*

*Atado de pies y manos en una silla, completamente desnudo, la receptividad estaba garantizada.*

*En lugar de eso entró en el almacén, fue directamente hasta él y le clavó en el ojo la jeringuilla que había comprado de camino al lugar. Ignorando sus gritos, tiró hacia fuera, lacerando el ojo terriblemente. Luego la clavó en el otro.*

*Antes de cinco minutos, el traidor suplicaba que le matasen, y Huqan sonrió. Había dejado claro su mensaje. Fuera sólo esperaba el dolor y el deseo de morir.*

*Huqan. Jeringuilla.*

*Aquel día se ganó a pulso su sobrenombre.*

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Sábado, 15 de julio de 2006. 12.34

—Un Ruso Blanco, por favor.

—Me sorprende usted, señorita Otero. Yo imaginaba que tomaría un Manhattan, algo masificado y posmoderno —dijo Raymond Kayn, sonriendo—. Permítame que se lo sirva yo mismo. Gracias, Jacob.

—¿Está usted seguro, señor? —dijo Russell, a quien parecía no hacerle mucha gracia que Andrea se quedase sola con el anciano.

—Tranquilícese, Jacob. No voy a saltar encima de la señorita Otero. Es decir, si ella no quiere.

Andrea se descubrió a sí misma ruborizándose como una colegiala, y observó a su alrededor mientras el multimillonario le preparaba la copa. Cuando tres minutos antes Jacob Russell había ido a buscarla a la enfermería, Andrea estaba tan nerviosa que hubiera podido batir tres huevos sólo con el temblor de sus manos. Había dedicado un par de horas a corregir, pulir y reescribir y volver a pulir su lista de preguntas, y justo antes de entrar a la tienda había arrancado las cinco páginas de su libreta, había hecho una pelota y se la había metido en un bolsillo. Aquel hombre no era normal y no pensaba hacerle preguntas normales.

Al cruzar el umbral comenzó a dudar de su decisión. La carpa estaba dividida en dos estancias. Una antesala que obviamente ocupaba Jacob Russell, con una mesa de despacho, un portátil, y lo que Andrea supuso que era

*así que es así como mantienes contacto con el barco, ¿eh? Ya intuía que no estarías del todo desconectado*

una radio de onda corta. A la derecha, una fina cortina separaba el espacio de Kayn, prueba de la simbiosis que existía entre el anciano y su joven asistente.

*Me pregunto hasta dónde llegará la relación de estos dos, pensó Andrea. Nuestro amigo Russell es sospechoso, con su porte metrosexual y esos andares envarados. ¿Me atreveré a insinuar algo en la entrevista?*



Al atravesar la cortina, a Andrea le llegó un leve olor a sándalo. Una cama sencilla

*pero definitivamente más cómoda que los colchones hinchables en los que dormimos nosotros*

llenaba un lado de la estancia. Una réplica reducida de los retretes-ducha que utilizaba el resto del personal, un pequeño escritorio desprovisto de papeles (sin ordenador a la vista), un mueble bar y dos sillas completaban el mobiliario, íntegramente de color blanco. Una pila de libros tan alta como Andrea amenazaba con derrumbarse si alguien pasaba demasiado cerca. La joven hizo un esfuerzo por escudriñar los títulos pero no lo consiguió, aunque no tuvo tiempo porque Kayn se adelantó a recibirla.

De cerca parecía más alto que cuando Andrea lo había atisbado en la cubierta de popa de la *Behemot*. Metro setenta de carnes secas, pelo y ropa blancos, pies descalzos. El conjunto producía un efecto extrañamente fresco y rejuvenecedor, aunque una mirada al fondo de los ojos, dos agujeros azules rodeados de una ciénaga de bolsas y arrugas, contribuía a dejarlo todo en su sitio.

No extendió la mano, dejando la de Andrea en el aire y mirándola con una sonrisa de disculpa. Jacob Russell ya le había avisado de que no intentase tocar a Kayn bajo ningún concepto, pero de no haberlo intentado no hubiese sido fiel a sí misma, además de haberle dado cierta ventaja. El millonario se había sentido evidentemente cohibido y le había ofrecido a Andrea la bebida. La periodista, como todos los de su condición, no se acobardaba ante un buen copazo fuese la hora que fuese.

—Se puede saber mucho de una persona por el cóctel que toma —dijo Kayn, ofreciéndole la copa desde arriba, sujetándola con dos dedos muy cerca del borde del vaso, dejando a Andrea espacio para agarrarla sin rozarle.

—¿Ah sí? ¿Y qué le dice el Ruso Blanco acerca de mí? —dijo Andrea, dando un sorbo del vaso y cruzando las piernas en su silla.

—Veamos... una mezcla dulce, vodka en cantidad, licor de café y crema. Me dice que le gusta beber fuerte, que sabe hacerlo, que ha buscado mucho para encontrar su bebida, que le gusta estar atenta a lo que le rodea y que es una persona exigente.

—Vaya —dijo Andrea con tono irónico, su mejor aliado cuando se encontraba insegura—. ¿Sabe qué? Yo diría que usted me ha investigado y sabía perfectamente lo que tomaba. Porque ese bote de crema fresca no suele estar en cualquier mueble bar, y menos en pleno desierto de Jordania cuyo dueño es un millonario agorafóbico que no recibe visitas y que por lo que observo bebe whisky con agua.

—Bueno, ahora soy yo el sorprendido —dijo Kayn, que estaba de espaldas a la periodista, preparándose su propia copa.

—Eso está tan cerca de la verdad como los saldos de nuestras cuentas corrientes, señor Kayn. El millonario se dio la vuelta con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—Yo más bien diría que esto ha sido una prueba y que he dado la respuesta que esperaba —continuó Andrea—. Y ahora dígame usted por qué me está concediendo esta entrevista.

Kayn ocupó la otra silla, evitando mirar a Andrea de frente.

—Formaba parte de nuestro acuerdo.

—Creo que he planteado mal la pregunta. ¿Por qué yo?

—Ah, la maldición del *g'vir*, del rico. Todos quieren conocer sus motivos ocultos. Todos suponen que tiene una agenda, y más cuando es judío.

—No me ha respondido.

—Señorita, me temo que usted debe decidir qué respuesta quiere. Si la de esta pregunta... o la de todas las demás.

Andrea se mordió el labio inferior de pura rabia. Aquel viejo cabrón era mucho más listo de lo que parecía a simple vista.

*Me ha echado un órdago sin despeinarse. Vale, viejo, vamos a ir a tu ritmo. Voy a abrir mi corazón por completo, me voy a tragar tu historia y cuando menos te lo esperes sabré lo que quiero saber aunque tenga que arrancarte la lengua con mis pinzas de depilar.*

—¿Por qué bebe si se está medicando? —dijo Andrea, deliberadamente agresiva.

—Supongo que ha deducido lo de la medicación por mi problema con la agorafobia —respondió Kayn, tan complacido por que Andrea siguiese con la entrevista como irritado por la pregunta—. Sí, estoy tomando medicamentos contra la ansiedad y no, no debería beber. Lo hago, de todos modos. Cuando mi bisabuelo tenía ochenta años, mi abuelo odiaba verle *shikker*, verle borracho. Interrúmpame si hay alguna palabra yídish que no conozca, niña.

—Entonces lo interrumpiré mucho porque no conozco ninguna.

—Como guste. Mi bisabuelo bebía y bebía, y mi abuelo le decía: «debería usted frenar un poco, *tateh*». Y él siempre le respondía «Jódete, tengo ochenta años y beberé si quiero». Murió a los 98 años cuando una mula le dio una coz en las tripas.

Andrea soltó una carcajada. La voz de Kayn había cambiado al describir la historia de sus antepasados, imprimiéndole a la breve anécdota la fluidez de un ameno narrador, con sus voces diferenciadas.

—Sabe usted mucho de su familia. ¿Estaba muy unido a sus mayores?

—No. Mis padres murieron en la segunda guerra mundial, y aunque me contaron muchas historias y hablamos mucho debido a cómo pasamos mis primeros años, yo no recuerdo nada de eso. Todo lo que sé de mi familia lo he recopilado a través de diversas fuentes externas. Digamos que cuando me lo pude permitir peiné la vieja Europa en busca de mis raíces.

—Hábleme entonces de esas raíces. ¿Le importa que grabe? —dijo Andrea, sacando del bolsillo su grabadora digital. Podía almacenar 35 horas en calidad máxima.

—Hágalo. Esta historia comienza en un duro invierno en Viena, con un matrimonio judío caminando en dirección a un hospital nazi...

Ellis Island, Nueva York

Diciembre de 1943

*Yudel lloraba en silencio en la oscuridad de la bodega. El barco ya llegaba al muelle, y los marineros hicieron gestos a los refugiados que abarrotaban hasta el último rincón del carguero turco. Todos se apresuraron hacia el aire fresco. Él no se movió. Aferraba con fuerza los dedos fríos de la señora Myer negándose a aceptar que estaba muerta.*

No era su primer contacto con la muerte. Había tenido muchas experiencias límite desde que abandonó el zulo del juez Rath. Salir de aquel espacio reducido, asfixiante pero tranquilizador, había sido un golpe muy duro. Su primera experiencia con la luz del sol, le mostró que en ella habitaban monstruos. Su primera experiencia con la ciudad le enseñó que cada recoveco es un refugio desde el que atisbar antes de volver a caminar con andares rápidos hasta el siguiente. Su primera experiencia con los trenes lo aterró, con sus ruidos constantes y los monstruos caminando por los pasillos, buscando a quien devorar. Por suerte si les enseñabas unas tarjetas amarillas no se fijaban en ti y te dejaban pasar. Su primera experiencia a campo abierto le hizo odiar la nieve y el frío brutal que congelaba a cada paso. Su primera experiencia con el mar fue la de una inmensidad aterradora e infranqueable, el muro de una cárcel visto desde el interior.

En el barco que lo llevó a Estambul, Yudel comenzó a sentirse de nuevo tranquilo, acurrucado en una esquina con poca luz. Tardaron día y medio en alcanzar el puerto turco. Tardaron siete meses en poder salir de él.

La señora Myer luchó denodadamente para conseguir un visado de salida. En aquellos meses Turquía era un país neutral. Multitud de refugiados se agolpaban en los muelles y formaban largas filas ante los consulados o las organizaciones humanitarias como la Media Luna Roja. Inútil. Gran Bretaña limitaba cada vez más la afluencia de judíos a Palestina. Estados Unidos se negaba a conceder permisos de entrada. El mundo hacía oídos sordos a las preocupantes noticias que llegaban acerca de las masacres en campos de concentración. Incluso un diario tan prestigioso como The Times de Londres calificaba de «cuentos de terror» los relatos sobre el genocidio nazi.

Pese a todas las adversidades, la buena de Jora trabajó como pudo, mendigó y cubrió al pequeño con su abrigo por las noches. Intentaba no menguar el dinero que le había dado el doctor Rath. Vivían donde encontraban sitio, ya fuera un figón maloliente o el abarrotado vestíbulo de la Media Luna Roja, en el que por las noches los refugiados cubrían hasta el último centímetro de sus grises baldosas, y donde levantarse para orinar era una utopía.

Jora sólo podía preguntar y rezar. No tenía contactos, sólo conocía el yídish y el alemán y se negaba a usar el primer idioma, pues le traía recuerdos infaustos. Su salud se fue deteriorando. La mañana en la que la tos le arrancó un espumarajo de sangre de los pulmones, decidió que no habría más demoras. Reunir el valor suficiente para entregar todo el dinero que poseían a un marinero jamaicano que servía en un carguero con bandera estadounidense que zarpaba en pocos días. Contra todo pronóstico, el tripulante los introdujo en la bodega del barco discretamente. Allí se mezclaron con los cientos de privilegiados que habían conseguido contactar con familiares judíos en Estados Unidos que avalasen su visado.

Jora murió de tuberculosis treinta y seis horas antes de alcanzar la costa norteamericana. Yudel no se había separado de ella ni un momento, incluso a pesar de estar él mismo enfermo. Había contraído una otitis terrible, y sus oídos estaban completamente taponados desde hacía días. Sentía la cabeza como un barril lleno de mermelada. Los ruidos fuertes eran como caballos galopando sobre la tapa del barril. Por eso no escuchó al marinero que le conminaba a salir. Éste, harto de gritarle, lo obligó a patadas.

—¡Fuera, cabestro! Te esperan en la aduana.

Yudel intentó volver a aferrarse a Jora. El marinero, un hombre granujiento y bajito, lo apartó a empellones y lo enganchó por el cuello.

—Alguien vendrá a llevársela. ¡Tú sigue!

El pequeño se revolvió y logró zafarse. Buscó en el abrigo de Jora hasta encontrar la carta de su padre, la carta de la que Jora le había hablado tantas veces, y la escondió en la camisa. El marinero volvió a agarrarlo y lo obligó a salir al odiado exterior.

Caminó por la pasarela al interior de las instalaciones. En línea, unos funcionarios ataviados con uniforme azul recibían en largas mesas a los inmigrantes. Yudel aguardó en la cola, pero los pies le ardían dentro de los podridos zapatos, deseando escapar, esconderse de la luz. Temblaba por la fiebre.

Finalmente llegó su turno. Un funcionario de ojos pequeños y labios finos lo miró por encima de unas lentes doradas.

—¿Nombre y visado?

Yudel miró hacia el suelo. No entendía nada.

—No tengo todo el día. Nombre y visado. ¿Eres retrasado o qué?

Junto a él, otro funcionario algo más joven, que lucía un poblado bigote, le intentó calmar.

—Tranquilo, Jimussey. Viaja solo y no te entiendo.

—Entienden mil veces más de lo que crees, estas ratas judías. ¡Mierda santa! Éste es el último barco hoy y ésta es mi última rata. Hay una jarra esperando donde O’Kerrigan. Si tantas ganas tienes atiéndele tú, Colchie.

El funcionario de bigotes rodeó la mesa, se acercó a Yudel y se agachó junto a él. Comenzó a preguntarle en francés, en alemán y en polaco. El niño siguió mirando al suelo.

—No tiene visado y es tonto. Hay que mandarlo en el primer barco de vuelta a Europa, coño —dijo el de las gafas—. ¡Habla, retrasado! —se alzó sobre el mostrador, y golpeó con la mano abierta en la oreja izquierda del niño.

Durante un segundo Yudel no sintió nada. Después el dolor le empapó la cabeza como un torrente ácido. Un chorro de pus caliente y espeso salió de la oreja infectada.

—¡Raichmon! (piedad, en yídish) —aulló.

El funcionario de bigote se volvió con los ojos encendidos hacia su compañero.

—Jimussey. No.

—Niño desconocido, no entiende el idioma, sin visado. Deportación.

El de bigote hurgó en los bolsillos del niño velozmente. Allí no había visado. De hecho, no había nada aparte de algunas migas de pan y un sobre escrito en hebreo. Lo abrió por si había dinero, pero sólo había una carta y lo volvió a colocar en su sitio.

—Sí que te entiende, joder. ¿No has oído el nombre? Seguro que ha perdido el visado. Y no quieres mandarlo a deportar, Jimussey. Tardaríamos otro cuarto de hora, hombre.

El guardia de las gafas dio un suspiro ansioso.

—Que diga su apellido. Que lo oiga yo en voz alta y clara y nos vamos a beber, Dios te confunda. Pero si no, el que se esfuma es él, a Deportación.

—Ayúdame, chico —susurró el de bigote—. Créeme. No quieres acabar volviendo a Europa ni acabar en un jodido orfanato. Tienes que convencerle de que hay alguien ahí fuera esperándote. —Lo intentó una vez más, con la única palabra yídish que conocía—: ¿Mishpocha? (¿familia?).

De los temblorosos labios de Yudel brotó su segunda palabra, casi ininteligible.

—Cohen.

*El de bigote miró a su compañero de las gafas, aliviado.  
—Ya lo has oído. Se llama Raymond. Raymond Kayn<sup>[19]</sup>.*

KAYN

El viejo, de rodillas junto al inodoro de plástico de la tienda, reprimió una arcada, mientras el ayudante intentaba en vano ofrecerle un vaso de agua. Finalmente consiguió contener el vómito. Odiaba vomitar, odiaba esa sensación relajante y agotadora de expulsar todo lo malo que corroe por dentro. Un fiel reflejo de cómo era su alma.

—No sabes lo que me ha costado, Jacob. No te haces una idea, esa *rechielesnitseh*<sup>[20]</sup>... hablar con ella, verme tan expuesto. No puedo soportarlo más. Quiere hacer otra sesión.

—Me temo que tendrá que aguantar un poco más, señor.

El viejo miró con anhelo el mueble bar al otro extremo de la estancia, temblando ligeramente. El ayudante, que había seguido la dirección de su mirada, le dedicó una dura mirada y el viejo apartó la vista con un suspiro.

—Qué contradictorios somos los seres humanos, Jacob. Llegamos a disfrutar lo que más odiamos. Contarle mi vida a una desconocida me alivió mucho de mi carga, me sentí por un momento conectado con el mundo. Planeaba engañar, mezclar mentiras con verdades, tal vez. Pero en lugar de eso se lo he contado todo.

—Lo ha hecho porque sabía que no era una entrevista real. Que ella no podrá publicarlo.

—Tal vez. O tal vez necesitase contarle. ¿Crees que ella sospecha algo?

—No lo creo, señor. En cualquier caso, casi hemos llegado al final.

—Es muy inteligente, Jacob. Vigílala de cerca. Puede que sea más que una mera comparsa en todo este asunto.

## ANDREA Y DOC

De la pesadilla no le quedó ningún recuerdo, sólo un sudor frío, un jadeo asustado en la oscuridad, tratando de recordar dónde se encontraba. Tenía ese sueño a menudo, y nunca sabía en qué consistía. En el momento de despertarse se borraba por completo, y Andrea tan sólo podía saborear los restos de miedo y soledad que dejaba en su alma.

Enseguida ella estuvo a su lado, gateando hasta sentarse en su colchón, poniendo una mano en su hombro. Una temía ir más allá, la otra que no fuera. Hubo un sollozo, y ella la abrazó fuerte.

Juntaron sus frentes, luego sus labios.

Como un coche que hubiese renqueado durante horas montaña arriba y hubiese llegado finalmente a la cima, aquél fue el momento decisivo, el instante de equilibrio.

La lengua de Andrea se aventuró en la de ella, buscando, anhelante, y ella le devolvió el beso. Ella le quitó la camiseta por los hombros, igual que se pela una fruta deliciosa que ha pasado demasiado tiempo en el árbol, y recorrió con su lengua la piel salada y mojada entre sus pechos. Andrea se recostó de nuevo en el colchón. Ya no tenía miedo.

El coche enfiló entonces la cuesta abajo, despeñándose sin frenos.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Domingo, 16 de julio de 2006. 01.28*

Siguieron tumbadas hablando durante mucho rato, besándose cada pocas frases, como si no pudieran creer en haberse encontrado, en que la otra persona siguiese ahí.

—Vaya, doctora. ¿Así cuidas de tus pacientes? —dijo Andrea, jugueteando con los dedos en el cuello de ella, enredándose en su pelo rizado.

—Es mi juramento hipócrita.

—Creía que se llamaba juramento hipocrático.

—Yo hice uno diferente.

—Por mucho que bromees no vas a hacerme olvidar que sigo enfadada contigo.

—Siento no haberte contado la verdad sobre mí, Andrea, pero mentir forma parte de mi trabajo.

—¿Qué más forma parte de tu trabajo?

—Mi gobierno quiere saber qué está pasando aquí. Y no sigas preguntándome, porque no te diré nada.

—Tenemos formas de hacerte hablar —dijo Andrea, llevando el jugueteo con los dedos a una zona muy distinta.

—Definitivamente creo que me resistiré al interrogatorio —dijo Doc con voz ronca.

Ninguna de las dos dijo nada durante varios minutos, hasta que ella terminó con un gemido callado. Luego atrajo a Andrea hacia sí y le susurró al oído.

—Chedva.

—¿Qué significa? —dijo Andrea, también en un susurro.

—Es mi nombre.

Andrea exhaló una exclamación. Doc pudo sentir su sorpresa, y la abrazó fuerte. Sólo eran dos voces en la oscuridad.

—Tu nombre secreto.

—No lo repitas nunca en voz alta. Ahora eres la única que lo sabe.

—¿Y tus padres?

—Ellos ya no están.

—Lo siento.

—Mi madre murió cuando yo era niña, y mi padre hace trece años, en una cárcel del Negev.



—¿Por qué estaba allí?

—¿Seguro que quieres que te lo cuente? Es una mierda muy frustrante.

—Mi vida está llena de mierda frustrante, Doc. Sería agradable probar el sabor de la semana, para variar.

Hubo un silencio breve.

—Mi padre era un *katsa*, un agente especial del Mossad. Sólo existen unos treinta, y casi nadie dentro del Instituto llega a alcanzar ese rango. Yo misma llevo siete años dentro y soy *bat leveyha*, el grado inferior. Ya tengo treinta y seis años, así que no creo que me asciendan nunca. Mi padre, sin embargo, era *katsa* a los veintinueve. Trabajó muchos años fuera de Israel, y en 1983 afrontaba ya una de sus últimas operaciones. Vivió en Beirut varios meses.

—Tú no ibas con él, claro.

—Normalmente solía viajar con él cuando iba a Europa o América pero Beirut no era lugar para una niña. No era lugar para nadie, en realidad. Fue allí donde conoció al padre Fowler, que en aquella época tuvo que viajar al valle de la Bekaa para rescatar a tres misioneros. Mi padre le tenía mucho aprecio. Dice que lo que hizo para sacar a aquellos religiosos fue la acción más heroica que vio en su vida, y no mereció ni una línea en la prensa. Los religiosos dijeron simplemente que los habían soltado.

—Supongo que esa clase de trabajo no es amiga de la publicidad.

—No, no lo es. En el transcurso de su misión, mi padre se encontró con algo que no esperaba. Una información que indicaba que un grupo de terroristas islámicos tenían un camión cargado de explosivos y que querían atacar contra intereses norteamericanos. Mi padre avisó a su superior, que le respondió que si los americanos metían las narices en Líbano se merecían todo lo que les pasara.

—¿Y él intentó algo?

—Mi padre intentó avisar por su cuenta con una nota anónima a la embajada americana, pero sin el respaldo de una fuente fiable la nota fue ignorada. Al día siguiente la embajada voló por los aires y murieron 241 marines.

—Dios Santo.

—Mi padre regresó a Israel, pero aquella historia no había acabado. En la CIA se exigieron responsabilidades al Mossad, y alguien filtró el nombre de mi padre. Meses más tarde, cuando volvía a casa de un viaje a Alemania fue detenido en el aeropuerto. Los policías registraron su maleta y encontraron 200 gramos de plutonio 239 y pruebas de que pretendía venderlo al gobierno iraní. Con eso se podría haber fabricado una bomba nuclear mediana. Mi padre fue a la cárcel prácticamente sin juicio.

—Alguien había colocado las pruebas contra tu padre, ¿verdad?

—La CIA ya tenía su venganza. Enviaron un mensaje a través de mi padre a los operativos de todo el mundo: si os enteráis de algo así, aseguraos de que nos enteremos u os joderemos vivos.

—Oh, Doc. Tuviste que quedarte destrozada. Al menos tu padre sabía que tú lo apoyabas.

Hubo otro silencio, y éste fue muy largo.

—Me avergüenza decirlo pero... durante varios años yo no creí en la inocencia de mi padre. Pensaba que simplemente se había cansado y quería ganar dinero. Estuvo completamente solo, dejado de lado por todos, incluso por mí.

Una manta espesa y caliente de culpa quedó flotando en el aire...

—¿Pudiste reconciliarte con él antes de morir?

—No.

... Y cayó de golpe sobre la doctora, que se echó a llorar.

—Dos meses después de su muerte, un informe *sodi beyoter*, altamente confidencial, fue desclasificado. Decía que mi padre era inocente, aportando las pruebas pertinentes que lo demostraban, empezando por la firma del plutonio, que pertenecía a Estados Unidos.

—Espera... ¿me estás diciendo que el Mossad lo supo desde el principio?

—Lo vendieron, Andrea. Para cubrir su cagada usaron la cabeza de mi padre. Contentaron a la CIA, y la vida siguió su curso. Excepto para aquellos doscientos cuarenta y un soldados muertos y para mi padre en su cárcel de máxima seguridad.

—Qué hijos de puta.

—Una semana después enterraron a mi padre en Gilot, al norte de Tel Aviv, un lugar donde se rinde tributo a los caídos en las guerras contra los árabes. Mi padre es el número 71 de los miembros del Mossad que está enterrado allí, con honores de héroe de guerra. Lo cual no borra el daño que me hicieron.

—No lo entiendo, Doc, de veras que no. ¿Por qué demonios comenzaste a trabajar para ellos, entonces?

—Por la misma razón por la que mi padre aguantó en prisión diez años. Porque Israel es lo primero.

—Otra loca igual que Fowler.

—Aún no me has contado cómo os conocisteis.

El tono de voz de Andrea se ensombreció. Aquel recuerdo no era precisamente agradable.

—En abril de 2005 yo había ido a Roma a cubrir la muerte del Papa. Por accidente llegó a mis manos una grabación en la que un asesino en serie afirmaba que había matado a dos de los cardenales que iban a participar en el Cónclave para elegir al sucesor de Juan Pablo II. El Vaticano intentó encubrirlo y yo acabé subida a un tejado luchando por mi vida. Digamos que Fowler evitó que me hiciese tortilla. Cargándose mi exclusiva por el camino.

—Tenías razón. Eso sí que fue una mierda muy frustrante.

Andrea nunca tuvo tiempo de replicar porque un sordo estruendo en el exterior las sobresaltó y agitó las paredes de la tienda.

—¿Qué ha sido eso?

—Por un momento me ha parecido... No, no puede ser —Doc se interrumpió a media frase, casi con miedo.

Un grito.

Otro.

Y luego muchos más.

—Vamos fuera —dijo Andrea alcanzando su ropa.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Domingo, 16 de julio de 2006. 01.41*

Afuera, el caos.

—¡Traigan esos cubos!

—¡Lleven allí esos recipientes!

Jacob Russell y Mogens Dekker gritaban órdenes contradictorias en el centro de un río de barro que nacía de la cisterna de agua. Una gigantesca brecha en la parte de atrás del camión vomitaba el precioso líquido que se convertía en un barro pastoso y rojizo en cuanto tocaba el suelo.

Varios de los arqueólogos, Brian Hanley e incluso el padre Fowler, corrían de un lado para otro en ropa interior intentando formar una cadena con recipientes para salvaguardar la mayor cantidad posible de agua. Poco a poco el resto de atolondrados y adormilados miembros de la expedición se unían a la cadena.

Alguien —Andrea no supo con seguridad quién era, porque estaba completamente rebozado de barro hasta las cejas— intentaba levantar un dique de arena cerca de la tienda de Kayn, hacia la que el río de barro comenzaba a deslizarse peligrosamente. Hundía una y otra vez la pala en la arena, pero antes de darse cuenta estaba paleando barro, y desistió. Por suerte para el millonario el terreno era algo más elevado en su zona y no tuvo que abandonar su preciada reclusión.

Mientras, Andrea y Doc se habían unido a la cadena de las últimas, y eran las únicas completamente vestidas. Mientras pasaba hacia delante cubos vacíos y mandaba hacia atrás cubos llenos, la joven periodista era consciente de que lo que habían estado haciendo antes de la alarma condicionaba el que se hubiesen puesto toda la ropa antes de salir.



—¡Un soldador de acetileno! —gritaba Brian Hanley, al principio de la cadena, y la cadena lo repitió hacia atrás, como una letanía de salvación.

—¡No hay! —transmitió la cadena, a cuyo final se encontraba Robert Frick. Era muy consciente de que con un soldador y una placa grande de metal podría cerrarse la vía de agua, pero él no recordaba haber desempaquetado ninguno ni tenía tiempo de buscarlo. Tenía que

almacenar toda el agua que estaban consiguiendo salvar, y no había recipientes suficientemente grandes.

Frick optó por los enormes cajones de metal en los que había viajado el equipo. Pasó un rato antes de que a alguien se le ocurriera que entre cuatro podían acercarlos a la vía de agua y recoger más cantidad. Finalmente entre los gemelos Gottlieb, María Jackson y Tommy Eichberg levantaron uno de los cajones, pero los últimos metros fueron imposibles. El terreno embarrado cedía bajo sus pies o tropezaban y apenas podían avanzar. Aun así consiguieron llenar dos de los contenedores antes de que la presión del agua empezase a perder fuerza.

—¡Se está vaciando! ¡Intentemos taparlo ahora!

Con el agua al nivel de la brecha fue posible colocar un improvisado tapón hecho con varios metros de lona impermeable. Habían sido necesarias tres personas para apretar lo suficientemente la lona para que formase un tapón, pero el agujero era tan grande y los bordes tan irregulares que sólo sirvió para ralentizar la salida del líquido.

Media hora después, el balance era desolador.

—Creo que hemos logrado salvar unos 1800 litros de los 33 000 que quedaban en el depósito —dijo Robert Frick, desolado, agotado y con manos temblorosas. El grueso del grupo estaba reunido en la plaza de tiendas. Frick, Russell, Dekker y Harel se hallaban de pie junto al destrozado camión cisterna.

—Ya no hay duchas para nadie, me temo —dijo Russell—. Tenemos agua para diez días, asignando siete litros por persona. ¿Será suficiente, doctora?

—Cada vez hace más calor. A mediodía estaremos a 43°. Siete litros es un suicidio para los que estén trabajando a pleno sol. Y eso contando con medio litro para higiene personal.

—Y olvidándonos de cocinar —dijo Frick, desolado. A él le encantaba comer sopa, y se veía viviendo a base de embutidos durante los próximos días.

—Nos arreglaremos —dijo Russell.

—¿Y si tardamos más de diez días en cumplir el objetivo de la misión, señor Russell? Deberíamos pedir suministros a Aqaba, señor. Dudo mucho de que eso comprometa el éxito de la misión.

—Doctora Harel, siento que se entere por mí, pero he sabido por la radio del barco que Israel está en guerra con Líbano desde hace cuatro días.

—Vaya. No lo sabía —mintió Harel.

—Todos los grupos radicales de la región están en pie de guerra. ¿Se imagina lo que pasaría si un comerciante local le comenta de pasada a quien no debe que ha vendido un cargamento de agua a unos americanos que están haciendo el loco en el desierto? De repente, el estar sin agua y los intrusos que mataron a Erling serían el menor de nuestros problemas.

—Lo entiendo —dijo Harel, que vio cómo su oportunidad de alejar a Andrea de la línea de fuego se esfumaba definitivamente—. Pero luego no se queje cuando empiecen las lipotimias.

—¡Joder! —dijo Russell, descargando su frustración a patadas contra las ruedas del camión. Harel apenas reconocía al asistente de Kayn, a quien veía cubierto de barro, con el pelo completamente despeinado y un rictus alterado en el rostro que no correspondía a su habitual imagen

*la versión masculina de Bree Van de Kamp<sup>[21]</sup>, como dice Andrea*

aseada y fría. Y era el primer taco que le oía decir.

—Yo sólo le aviso —se defendió Doc.

—¿Qué hay de usted, Dekker? ¿Tiene alguna idea de lo que ha ocurrido? —dijo el asistente de Kayn, volviéndose hacia el comandante sudafricano.

Dekker, que no había dicho una palabra desde que concluyó el pobre intento de salvamento del agua, estaba arrodillado junto a la parte trasera del camión cisterna. Miraba fijamente el enorme boquete en el metal.

—¿Señor Dekker? —repitió Russell, con impaciencia.

El gigantesco mercenario se irguió.

—Fíjense: un agujero circular en el centro. Eso es relativamente sencillo de conseguir. Pero de haber sido únicamente así, podíamos haberlo tapado con algo. —Señaló una línea irregular que atravesaba el orificio principal—. Esta línea, sin embargo, es mucho más compleja.

—¿A qué se refiere? —dijo Harel.

—El terrorista colocó una fina tira de explosivo que, combinada con la presión del agua, consiguió que los bordes de metal del tanque se curvasen hacia fuera, en lugar de hacia adentro. Ni siquiera si hubiéramos dispuesto de un soplete hubiésemos conseguido tapanlo fácilmente. Es obra de un artista.

—Estupendo. El jodido Da Vinci de las bombas —dijo Russell, llevándose las manos a la cabeza.

*Y van dos tacos, pensó Harel.*

ARCHIVO MP3 RECUPERADO DE LA GRABADORA  
DE ANDREA OTERO POR LA POLICÍA JORDANA  
DEL DESIERTO TRAS LA DEBACLE DE LA EXPEDICIÓN MOISÉS

(...)

PREGUNTA: *Profesor Forrester, hay algo que me intriga sobremanera y son los hechos presuntamente sobrenaturales asociados al Arca de la Alianza.*

RESPUESTA: Ya estamos otra vez con ésas.

*Profesor, hay una serie de hechos incomprensibles que aparecen citados en la Biblia, como el de esa luz...*

No es «esa luz». Es la *shekinah*, la presencia de Dios. Hable usted con propiedad. Y sí, los judíos creían que un resplandor aparecía entre ambos querubines cada cierto tiempo, señal inequívoca de que Dios estaba junto a ellos.

*O el de ese israelita que cayó fulminado por tocar el Arca. ¿Realmente cree que el poder de Dios reside en la reliquia?*

Señorita Otero, tiene que comprender que hace 3500 años los seres humanos tenían un pensamiento y una manera de relacionarse con el mundo muy diferente al nuestro. Si Aristóteles, del que estamos mil años más cerca, concebía el cielo como un montón de esferas concéntricas, imagínese lo que suponía el Arca para los judíos.

*Me temo que me he perdido, profesor.*

Es una mera cuestión de método científico, de explicación racional. O de su ausencia. Los judíos no podían comprender que aquella caja de oro resplandeciese con un fulgor independiente, y se limitaron a ponerle nombre y explicación religiosa a lo que tiene una explicación que se escapaba al entendimiento de la Antigüedad.

*¿Y cuál es esa explicación, profesor?*

¿Ha oído hablar de la Batería de Bagdad? No, claro que no. Es algo de lo que no se habla en la tele.

*Profesor...*

La Batería de Bagdad es un artefacto encontrado en 1938 en un museo de dicha ciudad. Estaba compuesto por vasijas de barro con un recubrimiento asfáltico, barras de hierro y cilindros de cobre. En otras palabras, un conjunto electroquímico, primitivo pero efectivo, que servía para recubrir de cobre diversos utensilios usando la electrólisis.

*No es tan sorprendente. En 1938 esa tecnología tenía casi noventa años de antigüedad.*

Si me deja hablar igual no queda como una idiota. Los investigadores que han analizado la Batería de Bagdad han descubierto que procedía del Antiguo Sumer, y han conseguido datarla en torno al 2500 a. C. Eso son mil años antes del Arca y cuarenta y tres siglos antes de que Faraday se autoproclamase descubridor de la electricidad.

*¿El Arca es un artefacto similar?*

El Arca es un condensador eléctrico. Su diseño es muy inteligente, y está pensado para acumular electricidad estática en su interior: dos capas metálicas de oro separadas por un material aislante, la madera, y unidas entre sí por dos querubines de oro que actúan como terminales positivo y negativo.

*Pero si es un condensador, ¿cómo almacena electricidad?*

La respuesta es muy prosaica. Los objetos del Tabernáculo y del templo estaban realizados en cuero, lino y pelo de cabra, tres de los cinco materiales que mayor cantidad de estática generan. Bajo las condiciones atmosféricas adecuadas, el Arca podía soltar descargas de 2000 voltios. No es de extrañar que sólo la pudiesen tocar los «elegidos». Puede apostar que esos «elegidos» llevaban guantes bien gruesos.

*¿Luego usted afirma que el Arca no procede de Dios?*

Señorita, nada más lejos de mi intención. Afirmando que Dios pidió a Moisés que guardase sus mandamientos en lugar seguro, un objeto para ser venerado por los siglos, para ser el centro de la fe judía.

Y que los seres humanos aumentaron de manera artificial la leyenda del Arca.

*¿Y qué hay de las calamidades como el derrumbe de los muros de Jericó, las tormentas de arena o la lluvia de fuego que arrasa pueblos enteros?*

Invencciones o leyendas.

*¿Rechaza entonces de plano el que el Arca pueda provocar desgracias a su paso?*

Absolutamente.



## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Martes, 18 de julio de 2006. 13.02*

Dieciocho minutos antes de morir, Kyra Larsen sólo conseguía pensar en toallitas de bebé.

Era una especie de reflejo. Desde que dos años atrás tuvo a la pequeña Bente había descubierto las ventajas prácticas de un pañuelo que limpia, siempre está mojado y deja un olor agradable.

Había otra ventaja: su marido las odiaba.

No es que Kyra fuese mala persona. Pero parte de la gracia del matrimonio para ella consistía en detectar las pequeñas fisuras en la armadura de tu compañero e introducir pequeñas astillas, sólo para ver qué pasa. Ciertamente ahora Alex tendría que lidiar con una gran cantidad de toallitas de bebé, porque Bente estaría a su cargo hasta que acabase la expedición. Y Kyra volvería triunfante, con la satisfacción de poder restregar auténticos logros por las narices del señor Me Han Hecho Socio del Bufete.

*¿Soy una mala madre por querer compartir la responsabilidad con él? ¿Lo soy? Mierda, no.*

Cuando dos días atrás una agotadísima Kyra escuchó de labios del profesor Forrester que tendrían que redoblar el ritmo de trabajo y que las duchas quedaban abolidas, ella pensó que podría con todo. Que nada iba a acabar con su inquebrantable decisión de ser una arqueóloga de renombre. Por desgracia, la autoimagen y la realidad no suelen coincidir.

Soportó estoica la humillación del registro que se produjo tras el atentado contra el agua. De pie, con barro hasta las orejas, había aguantado ver cómo los soldados revolvían sus papeles y rebuscaban entre su ropa interior. Hubo muchas protestas entre los miembros de la expedición, pero todos habían sentido un cierto alivio cuando terminó el registro sin resultado alguno. La moral del grupo había quedado muy afectada por la muerte de Erling y prácticamente por los suelos tras el atentado del tanque.

—Al menos no es uno de nosotros —repetía David Pappas, cuando las luces se apagaban y el miedo encontraba un refugio en cada sombra de la tienda—. Aferrémonos a eso.

—Sea quien sea no sabe lo que estamos haciendo. Serán beduinos indignados por que estemos aquí. No se atreven a hacer nada más, no con todas esas ametralladoras en lo alto de los riscos.

—No es que las ametralladoras sirvieran de mucho a Stowe.

—Yo sigo diciéndoos que la doctora Harel sabe algo de su muerte —insistió Kyra, que había contado a todo el mundo que la doctora no estaba en su cama cuando ella se despertó aunque luego fingiese lo contrario. Nadie le había hecho demasiado caso.

—Callaos todos. El mejor favor que podéis hacer a Erling y a vosotros mismos es pensar en una forma de cavar ese túnel. Pensad en ello hasta cuando durmáis —dijo Forrester, que había abandonado su tienda individual alejada del campamento a instancias de Dekker, que quería crear un perímetro lo más cerrado posible.

Kyra estaba asustada, pero se contagió como todos del sentimiento de feroz indignación del profesor.

*Nadie nos echará de aquí. Tenemos una misión que cumplir, y lo haremos cueste lo que cueste. Y después todo será mejor,* pensaba, sin darse cuenta de que cerraba hasta arriba la cremallera del saco de dormir en un intento absurdo de buscar protección.

Cuarenta y ocho agotadoras horas después, el grupo de arqueólogos había trazado un camino por el que podrían cavar un túnel en diagonal hasta el Objeto. Kyra no se permitía a sí misma llamarlo de otra manera hasta que supieran seguro que era lo que ellos creían y no... y no cualquier otra cosa.

Al filo del amanecer del martes el desayuno llevaba largo rato digerido. Todos los miembros de la expedición habían ayudado a construir un andamio de acero que permitía a la miniexcavadora encontrar un punto de ataque a la ladera del monte. La configuración irregular y la inclinación del terreno no hubieran permitido a la pequeña pero potente máquina trabajar sin el riesgo constante de vuelco, así que David Pappas había diseñado una plataforma desde la que podrían empezar a cavar un túnel siete metros por encima del nivel del cañón. Quince metros de túnel, y después una diagonal en dirección contraria hasta el Objeto.

Ése era el plan. La muerte de Kyra iba a ser uno de los imprevistos.



Dieciocho minutos antes del accidente, Kyra Larsen sentía la piel de todo su cuerpo tan acartonada y pegajosa que en cada movimiento tenía la sensación de llevar puesto un maloliente traje de neopreno. Otros dedicaban parte de su agua diaria a asearse mínimamente. Kyra no. Pasaba muchísima sed (siempre había transpirado mucho, y aún más después del embarazo) e incluso llegaba a robar furtivos sorbos de agua de las botellas de los demás cuando no estaban mirando.

Cerró los ojos un momento y su imaginación voló a la habitación de la pequeña Bente, al armario de la esquina, donde una pila de paquetes de toallitas de bebé se le antojaban el paraíso. Fantasé con tener esa pila en la mochila, frotarse con ellas todo el cuerpo, arrancar la suciedad y el polvo que se le acumulaban en el pelo, en la parte interior de los codos, en el borde del sujetador. Y luego abrazar a la niña, jugar como cada mañana sobre su cama y contarle que mami había encontrado un tesoro.

*El mayor de todos.*

Kyra cargaba con varias maderas que Gordon Durwin y Ezra Levine estaban fijando a los lados del túnel para evitar que las endeble paredes se vencieran. Tres metros de ancho por dos y medio de alto, una medida acerca de lo que el profesor y David Pappas habían discutido durante horas.

—¡Tardaremos el doble! ¿Crees que esto es arqueología, Pappas? ¡Esto es una maldita operación rescate, y contrarreloj, por si no te has dado cuenta!

—Si no lo hacemos lo bastante ancho no podremos sacar la tierra del túnel con comodidad, la excavadora rozará las paredes y se nos vendrá todo abajo. Eso suponiendo que no choquemos con la base de piedra del risco y que lo único para lo que valga este plan sea para perder dos días muy valiosos.

—¡Iros a la mierda tú y tu máster de Harvard, Pappas!

Pero al final David había ganado, y el túnel medía tres por dos y medio.

Kyra se quitó distraídamente un escarabajo del pelo y se dirigió a la parte delantera del túnel, donde Robert Frick batallaba contra la pared de tierra. Mientras, Tommy Eichberg cargaba paladas de la tierra en la cinta transportadora que recorría el suelo del túnel y finalizaba medio metro después del borde de la plataforma, arrojando una constante nube de polvo sobre el suelo del cañón. La montaña que se había formado allí con todo el material que habían extraído de la ladera estaba a punto de alcanzar el nivel del túnel.

—Hola, Kyra —la saludó Eichberg, con desgana—. ¿Has visto a Hanley? Le toca sustituirme.

—Está abajo, preparando un sistema eléctrico. Dentro de poco no veremos nada aquí dentro.

Siete metros en el interior de la ladera. A partir de las dos de la tarde la escasa luz natural que llegaba al fondo del túnel sería insuficiente para trabajar. Eichberg maldijo en voz alta.

—¿Voy a tener que seguir paleando una hora más? ¡Y una mierda! —dijo arrojando la pala al suelo.

—No te vayas, Tommy. Si te vas Frick no podrá seguir.

—Bueno, sigue tú, Kyra. Yo tengo que ir a mear.

Y sin más se largó.

Kyra miró al suelo. Palear la tierra sobre la plataforma era un trabajo asqueroso. Había que estar constantemente pendiente de que el brazo de la excavadora no te golpeará, doblar el espinazo, y todo ello deprisa. Pero no quería ni imaginar lo que diría el profesor si los veía parados una hora. Se las cargaría ella, como siempre. Kyra tenía la secreta convicción de que el profesor la odiaba profundamente.

*Tal vez porque sospechaba que tenía un lío con Stowe Erling. Tal vez porque le hubiera gustado estar en lugar de Stowe. Viejo verde cabrón, ojalá AHORA estuvieras en su lugar,* pensó Kyra, agachándose a coger la pala.

—¡Cuidado ahí atrás!

Frick retrocedió un poco con la excavadora, cuya cabina estuvo a punto de golpear a la arqueóloga en la cabeza.

—¡Ten más cuidado, hombre!

—Yo avisé, monada. ¡Lo siento!

Kyra hizo un gesto de disgusto hacia la excavadora pero le resultaba imposible enfadarse con Frick. El huesudo operario era malhablado, soez y se tiraba pedos mientras trabajaba. Era un ser humano en toda la extensión de la palabra, una persona real. Kyra apreciaba eso por encima de todo, especialmente en comparación con los pálidos simulacros de vida que representaban los ayudantes de Forrester.

*El Club de los Lameculos, los llamaba Stowe. El ser uno de ellos le importaba un rábano.*

Empezó a arrojar tierra sobre la cinta transportadora. Dentro de un rato habría que añadirle otro módulo, porque el túnel había ganado terreno en el interior de la montaña.

—¡Eh, Gordon, Ezra! Dejad de apuntalar un segundo y traed otro módulo de cinta, por favor.

Sus dos compañeros obedecieron de manera mecánica. Todos habían rebasado hacía días el límite de lo que creían que podían aguantar.

*Vacío como bolsillo de ludópata, hubiera dicho mi abuelo. Pero ya queda menos. Estamos tan cerca que puedo oler las gambas del cóctel de bienvenida en el Museo de Jerusalén. Una palada más y estaré apartando a los periodistas. Una palada más y el señor Trabajo Hasta Tarde Con Mi Secretaria Otra Noche me verá desde muuuuy abajo. Lo juro por el Creador.*

Durwin y Levine volvían ya cargando otro módulo. La cinta transportadora estaba formada por una docena de ellos, enormes salchichas planas de medio metro de largo, conectadas entre sí por un cable eléctrico. No eran más que rodillos con una banda de plástico alrededor, pero desalojaban una ingente cantidad de kilos de arena por hora.

Kyra dio una última palada sólo por el placer de tener a sus dos compañeros esperando con el pesado módulo en brazos. La pala se hundió en la tierra con un sonido metálico, mordiente, rasposo.

Durante un segundo, por el cerebro de Kyra pasó la imagen de una tumba fresca, abierta.

Después el suelo se inclinó. Kyra perdió el equilibrio, y los dos arqueólogos trastabillaron y se fueron al suelo, dejando caer el módulo junto a la cabeza de Kyra. La joven gritó, pero no fue un grito de terror absoluto. Fue un grito de sorpresa y miedo.

El suelo se agitó una vez más. Ezra y Levine desaparecieron de los lados de Kyra como dos niños en un tobogán. Puede que ellos chillaran, pero ella no lo oyó, como tampoco oyó los grandes cuajarones de tierra que se desprendían de las paredes con un ruido sordo, ni sintió la piedra afilada que cayó del techo y dejó su sien ensangrentada. No escuchó el metal arrugado en el que se convirtió la excavadora al chocar contra las rocas diez metros más abajo.

Kyra no prestó atención a nada de esto, porque los cinco sentidos de su cuerpo estaban concentrados en la punta de sus dedos. Más concretamente en los once centímetros de cable con los que se aferraba al módulo de la cinta transportadora, caído casi paralelo al borde.

Pataleó con las piernas, intentando buscar un asidero, pero fue inútil. Sus brazos estaban al borde del precipicio, y la tierra iba desgajándose poco a poco bajo su peso. Bajo el sudor de sus manos, los once centímetros de cable se convirtieron en nueve, y Kyra ya no pudo aferrarse a aquel desesperado asidero con todos los dedos.

Otro resbalón, otro tirón de la fuerza de gravedad y sólo quedaron seis centímetros.

En uno de esos extraños caprichos de la mente humana, Kyra se maldijo por haber tenido a Durwin y Levine esperando un momento más de lo necesario. Si hubiesen dejado el módulo perpendicular al túnel, el cable no habría quedado aprisionado debajo de los rodillos de acero.

Después el cable desapareció y Kyra se hundió en el vacío negro.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Martes, 18 de julio de 2006. 14.07

—Han muerto varios.

—¿Quiénes?

—Larsen, Durwin, Levine y Frick.

—Y una mierda. Levine no. Lo han sacado con vida.

—La doctora está ahí arriba.

—¿Estás seguro?

—Os lo digo yo, joder.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido otra bomba?

—Ha sido un derrumbe. Nada misterioso.

—Un sabotaje, te lo juro, un sabotaje.

Un círculo de rostros angustiados y voces ansiosas se reunió junto a la plataforma. Hubo un murmullo contenido cuando Pappas asomó por la entrada del túnel, seguido por el profesor Forrester. Los seguían los hermanos Gottlieb, que por su pericia con el rapel habían sido designados por Dekker para rescatar a los posibles supervivientes.

Sobre una camilla sostenida entre los gemelos alemanes viajaba cubierto por una manta el primero de los cadáveres.

—Es Durwin. Conozco sus botas.

El profesor se acercó al resto del grupo.

—Ha habido un derrumbamiento, debido a una cavidad natural con la que no contábamos. Las prisas con las que realizamos el túnel no nos permitieron... —se interrumpió, incapaz de continuar.

*Eso es lo más cerca que estará jamás de admitir un error, supongo,* pensó Andrea, de pie en medio del grupo. Llevaba la cámara en la mano, dispuesta a tomar unas fotografías, pero al enterarse de lo que había ocurrido colocó de nuevo la tapa en el objetivo y se la colgó a la espalda.

Los gemelos dejaron el cadáver con cuidado en el suelo, retiraron la camilla de debajo y volvieron a subir.

Una hora más tarde, los cadáveres de los tres arqueólogos y el operador de la excavadora yacían ordenadamente en el suelo al borde de la plataforma. El último, el de Levine, había tardado en salir del túnel veinte minutos más que los otros. Era el único que había sobrevivido a la caída, aunque Doc no pudo hacer nada por él.

—Estaba destrozado por dentro —le susurró a Andrea, colocándose a su lado. Tenía los brazos y la cara cubiertos de tierra, y había bajado la rampa de acero muy despacio, casi con miedo de caer ella misma—. Hubiera preferido que...

—No digas más —dijo Andrea, apretándole la mano furtivamente. La soltó para cubrirse la cabeza con su gorra, igual que el resto del personal. Los únicos que no siguieron aquella costumbre judía fueron los soldados, tal vez por desconocimiento.

El silencio era absoluto, subrayado por un cálido soplo de brisa que jugueteaba en lo alto de los riscos. De repente se vio alterado por el sonido creciente de una voz humana que no parecía en exceso contenta. Andrea giró la cabeza y no pudo creer lo que veían sus ojos.

La voz pertenecía a Russell. Venía caminando un paso detrás de Raymond Kayn, y apenas treinta metros les separaban de la plataforma.

El multimillonario andaba, encogido, con los hombros caídos y los brazos cruzados. Su asistente lo seguía con cara de pocos amigos, y sólo se calló cuando comprendió que los demás podían escucharle. Era evidente que lo ponía tremendamente nervioso ver allí a Kayn, fuera de la tienda.

Poco a poco todos los rostros de la expedición se volvieron hacia las dos figuras que se acercaban. Además de Andrea y Dekker, de los presentes únicamente Forrester había visto en persona a Raymond Kayn. Y ello sólo una vez, durante una tensa y maratónica reunión en la Kayn Tower, en la que el arqueólogo había aceptado sin pensarlo dos veces las extrañas peticiones de su nuevo mecenas. Claro que el premio se le antojaba enorme.

Los costes también. Estaban en el suelo con una manta encima en aquel momento, de hecho.

Kayn se detuvo a cuatro metros de ellos, una figura temblorosa, vacilante, descalza, con la cabeza cubierta por una *kipá*<sup>[22]</sup> tan blanca como el resto de sus ropas. Al aire libre su delgadez y su corta estatura le conferían un aspecto aún más frágil, y sin embargo Andrea tuvo que resistir el impulso de arrodillarse. Percibió cómo la gente a su alrededor cambiaba de actitud como afectados por un invisible campo magnético. Brian Hanley, que estaba a menos de medio metro de ella, comenzó a cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro. David Pappas inclinó ligeramente la cabeza, e incluso a Fowler le brillaban los ojos. El sacerdote estaba a un lado del grupo, ligeramente apartado.

—Queridos amigos, no he tenido oportunidad de presentarme. Me llamo Raymond Kayn —dijo el viejo, y su voz clara desmintió la fragilidad de su aspecto.

Varios de los presentes asintieron, pero el viejo no pareció apreciarlo, y continuó hablando.

—Lamento que nos encontremos por primera vez en tan terribles circunstancias y quiero pedirles que nos reunamos todos en oración —bajó los ojos, inclinó la frente, y recitó—. *El maley rachamim shochen bam'romim hamtzey menuchah nechonah al kanfey hashechinah bema'alot kedoshim ute'horim kezohar harakia me'irim umazhirim lenishmat?*<sup>[23]</sup> Amén.

Todos repitieron amén.



Andrea, extrañamente, se sintió mucho mejor a pesar de que ni comprendía lo que había escuchado ni ésa era la fe en la que se había criado. Hubo unos instantes de silencio solitario y vacío que la voz de la doctora Harel quebró en mil pedazos.

—¿Volveremos ahora a casa, señor? —dijo, adelantando los brazos, en gesto de muda súplica.

—Ahora cumpliremos con la *halaká*<sup>[24]</sup>, y enterraremos a nuestros hermanos —dijo Kayn, y su voz sonó razonable y equilibrada en contraste con el agotado carraspeo de Doc—. Después descansaremos unas horas y seguiremos con el trabajo. No permitamos que el sacrificio de estos héroes sea en vano.

Dicho esto, Kayn se dio la vuelta y regresó a su tienda, seguido por Russell.

Andrea miró atónita a su alrededor, y sólo vio caras de aceptación.

—No puedo creer que estén comprando esta mierda —le susurró a Harel—. Ni siquiera se ha acercado a nosotros. Se ha quedado allí, a varios metros, como si tuviésemos la peste o fuésemos a hacerle algo.

—No era de nosotros de quien tenía miedo.

—¿De qué demonios hablas?

Doc no contestó. A Andrea no se le escapó la dirección de su mirada, ni el gesto de entendimiento que cambió con Fowler. El sacerdote, pálido, asintió.

*¿Y si no era de nosotros, de quién, entonces?*

ARCHIVO RECUPERADO DE LA CUENTA DE CORREO  
DE KHAROUF WAADI, USADO COMO BUZÓN DE INTERCAMBIO  
POR LOS TERRORISTAS DE LA CÉLULA SIRIA

Maktoob.com Inc.: Arabic/English Free Webmail, E-Cards, Chatting, Business, Voting, Shopping, Games

http://web8.maktoob.com/maktoobmail/action\_a?action=write&nm=1104548325

... خدمات مكتوب ...

English Interface

وضع جداول - وضع تعليمات وصف وتصنيف الوظائف في الخدمة المدنية - وضع جداول تشكيلاتها وقديم احتياجاتها - وضع ومستوياتها في كلياتها التنظيمية - وضع جداول تشكيلاتها وقديم احتياجاتها وقديم مستوياتها - وضع تعليمات وصف وتصنيف الوظائف في المنطقة المدنية (الزراعة والمؤسسات الحكومية إلى قديم ونوعية الوظائف - وضع تعليمات وصف وتصنيف الوظائف في تشكيلاتها وقديم احتياجاتها وقديم المطالبات والدرجات الإشغالية - وضع تعليمات وصف وتصنيف الوظائف في تشكيلاتها والدرجات الإشغالية

صفحة بريد مكتوب الرئيسية

المستخدم: halel\_1999 [خروج]

كوّن رسالة

اضغط هنا لتكملة بالبريد

الاسم:

نسخة:

سرية:

الموضوع:

الملفات:

أضف توقيعي  أخبرني عندما يقرأها المرسل اليه

Hermanos, el momento escogido ha llegado. Huqan ha pedido que os preparéis para mañana. El equipo necesario os lo facilitará una fuente local. Vuestro viaje debe llevaros desde Siria hasta Ammán por carretera, allí Ahmed os dará más detalles. K.  
\*\*\*\*\*

Salaam Aleikum. Sólo quería recordaros antes de salir unas palabras de Al Tibrizi que a mí me han servido de inspiración, espero que os reconforten antes de empezar la misión. W.

*«El mensajero de Dios dijo: un mártir tiene seis privilegios ante Dios. Se le perdonan sus pecados al derramar la primera gota de su sangre; se le muestra un sitio en el paraíso, es redimido de los tormentos del sepulcro; se le ofrece seguridad ante el temor del infierno y se coloca sobre su cabeza una corona de gloria, uno de cuyos rubíes vale más que el mundo y todo lo que en él existe; se casará con setenta y dos huríes de ojos negros; y se le aceptará su intercesión por setenta de sus parientes».*

\*\*\*\*\*

Gracias, W. Hoy mi mujer me ha bendecido y me ha despedido con una sonrisa en los labios. Me ha dicho: «Desde el día en que te conocí supe que estabas hecho para el martirio. Hoy es el día más feliz de mi vida». Bendigo a Alá por haberme concedido alguien como ella. D.

\*\*\*\*\*

Enhorabuena, D. O.

\*\*\*\*\*

¿No os llena el alma de ilusión? Ojalá pudiéramos compartirlo con alguien, gritarlo a los cuatro vientos. D.

\*\*\*\*\*

A mí también me gustaría compartirlo, pero no siento tu euforia. Me encuentro extrañamente en paz. Éste es mi último mensaje, ya que parto en unas horas con mis dos hermanos hacia la cita de Ammán. W.

\*\*\*\*\*

Comparto la paz de W. La euforia es comprensible pero peligrosa. A nivel moral, porque es hija del orgullo. A nivel táctico, porque puede hacerte cometer errores. Debes clarificar tus pensamientos, D. Cuando te halles en el desierto tendrás que esperar muchas horas a pleno sol la señal de Huqan. La euforia podría convertirse rápidamente en desesperación. Tienes que buscar aquellos argumentos que te llenen de paz. O.

\*\*\*\*\*

¿Qué me recomiendas? D.

\*\*\*\*\*

Piensa en los mártires que nos han precedido. Nuestra lucha, la lucha de la umma, está compuesta de pequeños pasos. Los hermanos que machacaron a los infieles de Madrid dieron un pequeño paso. Los hermanos que volaron

las torres dieron diez. Nuestra misión significa un millar de pasos. Supondrá arrodillar a los invasores para siempre. ¿Te das cuenta? Tu vida, tu carne, cumplen así una finalidad a la que no puede aspirar ningún hermano. Imagina un anciano rey que ha llevado una vida virtuosa, multiplicado su semilla en un enorme harén, derrotado a sus enemigos, expandido su reino en el nombre de Dios. Mira a su alrededor con la satisfacción del deber cumplido, y así debes sentirte tú. Refúgiate en ese pensamiento y transmíteselo a los guerreros que llevarás contigo a Jordania. P.

\*\*\*\*\*

He meditado largas horas en lo que me has dicho, O, y te doy las gracias. Mi ánimo es distinto, mi disposición más cercana a Dios. Sólo me duele que éste sea el último de nuestros mensajes, y que aunque triunfemos nuestro siguiente contacto será en otra vida. He aprendido mucho de ti y he hecho aprender a los demás. Hasta siempre, hermano. Salaam Aleikum.

إحفظ نسخة من الرسالة في ملف الصادر

مسح

أحفظ كمسودة

أرسل

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Miércoles, 19 de julio de 2006. 11.34*

Colgando del techo a ocho metros del suelo en el mismo lugar que el día anterior se había venido abajo acabando con la vida de cuatro personas, Andrea no podía evitar sentirse más viva de lo que se había sentido en toda su vida. No podía negar que la presencia de la muerte excitaba sus sentidos y de alguna manera estaba obligándola a despertarse de un sueño en el que le parecía llevar una década sumergida.

*De repente cuestiones como si odias más a papá por ser un homófobo intolerante o a mamá por ser la persona más mezquina del mundo empiezan a perder sentido en favor de cuestiones como ¿aguantará esta cuerda mi peso?*

Andrea, que no había practicado rapel en su vida, pidió que la bajaran muy despacio al fondo de la cueva. En parte por el miedo que tenía, y en parte porque quería buscar ángulos diferentes para sus fotos.

—Vale, chicos. Parad un poquito. Tengo una buena —gritó alzando un poco la cabeza.

La cuerda se detuvo.

Bajo sus pies se encontraban aún los restos de la miniexcavadora, como el juguete destrozado de un niño. Parte del brazo sobresalía en un ángulo extraño, y aún había restos de sangre en el destrozado parabrisas. Andrea apartó el objetivo, porque

*odio la sangre, la odio*

su falta de ética profesional tenía límites. Enfocó hacia el fondo de la cueva, pero cuando iba a disparar comenzó a dar vueltas.

—¿No podéis estaros quietos? No hay manera de enfocar así.

—Señorita, no es usted ninguna pluma, ¿sabe? —dijo Brian Hanley, en lo alto. Él y Tommy Eichberg estaban bajándola con ayuda de un fulcro—. Creo que será mejor que sigamos.

—¿Vaya, hombre, no sois capaces de manejar mis 55 kilos? Parecéis más fuertes que todo eso —dijo Andrea, que siempre había sabido cómo manipular a los hombres.

—Pesa bastante más de 55 kilos —refunfuñó Hanley en voz baja.

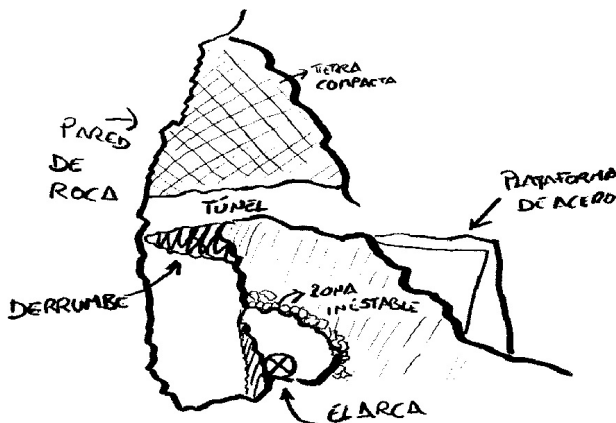
—Lo he oído —dijo Andrea, haciéndose la ofendida.

Estaba tan excitada por lo que estaba viviendo que le resultaba imposible enfadarse con Hanley. El trabajo de iluminación de la cueva que había realizado el electricista era soberbio, hasta tal punto que Andrea desechó completamente el flash. Aumentando un poco la sensibilidad podría tomar fotos espectaculares de la fase final de la expedición.

*No puedo creerlo. Estamos sólo a un paso del mayor descubrimiento de todos los tiempos y la foto que aparecerá en todas las portadas será la mía.*

La periodista contemplaba el interior de la cueva por primera vez. El lugar desde el que Pappas había calculado trazar un túnel en diagonal sobre la presumible posición del Arca se había encontrado de manera abrupta con una cavidad natural en la tierra que bordeaba las paredes del cañón.

—Imagine las paredes del cañón hace treinta millones de años —le había explicado el día anterior Pappas, dibujando un pequeño esquema en su libreta—. Entonces había agua en esta zona, que es la que formó el cañón. Cuando el clima cambió, las paredes de roca comenzaron a desgastarse y produjeron ese terreno de tierra compacta y rocas que rodea los bordes de los muros como un sarro gigantesco, tapando las cuevas con las que dimos por casualidad. Por desgracia mi error ha costado muchas vidas. Si hubiera recomprobado la resistividad del suelo en el interior del túnel...



—Me gustaría decirle que sé cómo se siente, David, pero no tengo ni la menor idea. Sólo puedo ofrecerle mi ayuda y al carajo lo demás.

—Gracias, señorita Otero. Significa mucho para mí. Especialmente después de que algunos miembros de la expedición aún me crean culpable de la muerte de Stowe sólo porque estuviésemos todo el día discutiendo.

—Por favor, llámame Andrea, ¿quieres?

—Me encantaría —dijo el arqueólogo, empujándose las gafas sobre la punta de la nariz con timidez. La periodista se dio cuenta de que David estaba rígido como un alambre, a punto de estallar por la tensión. Pensó en darle un abrazo, pero realmente había algo en ese chico que le producía un malestar creciente, como un cuadro al que de repente ves con más luz y te das cuenta de que en realidad representa una escena completamente diferente de la que tú pensabas.

—Dime, David, ¿crees que los que enterraron el Arca conocían la existencia de las cuevas?

—No lo sé. Creo que es posible que haya una entrada en el cañón que nosotros no hayamos localizado, cubierta por rocas o por tierra. Seguro que es la que utilizaron para colocar el Arca ahí abajo, un lugar que nosotros habríamos podido localizar de no haber sido toda esta maldita expedición una locura improvisada sobre la marcha. En lugar de eso hicimos algo que un arqueólogo jamás haría. Tal vez un buscador de tesoros sí. Pero esto no es lo que me enseñaron a hacer.

A Andrea le habían enseñado a hacer fotos, y eso es lo que estaba haciendo. Aún luchando contra el movimiento circular de la cuerda, estiró el brazo izquierdo por encima de su cabeza y se agarró a un saliente de la roca, mientras con la derecha apuntaba al fondo de la cueva, un espacio estrecho y alto con una cavidad aún más estrecha al final. Allí había instalado Hanley un generador y potentes focos, que recortaban las sombras del profesor Forrester y David Pappas contra la enorme y rugosa pared de roca. Cada vez que uno de ellos se movía ligerísimos granos de arena se desprendían de las piedras y flotaban por el aire. El olor allí dentro era seco y amargo, como el de un cenicero de arcilla que se ha pasado demasiado tiempo en el horno. El profesor tosía una y otra vez, a pesar de llevar puesta una mascarilla de papel como las de los hospitales.

Hizo varios disparos antes de que Hanley y Tommy se cansasen.

—¡Suéltese del saliente, que vamos a bajarla!

Andrea obedeció y se encontró de pie un minuto después. Soltó los mosquetones de su arnés, y la cuerda se elevó de nuevo. Era el turno de Brian Hanley.

Andrea se acercó a David, que intentaba ayudar al profesor a sentarse en el suelo. El viejo temblaba como una hoja al viento, y tenía la frente empapada en sudor.

—Beba un poco de mi agua, profesor —dijo David acercándole la cantimplora.

—¡Idiota! Tienes que bebértela tú. Tú eres quien tiene que entrar en esa cueva —y esas palabras le costaron un nuevo ataque de tos. Se arrancó la mascarilla y escupió un cuajarón de sangre en el suelo.

Aun con la voz mutilada por su enfermedad, el profesor sabía ser tremendamente insultante. David volvió a colocarse la cantimplora en el cinturón y se acercó a Andrea.

—Gracias por venir a ayudarnos. Tras el accidente sólo quedamos el profesor y yo... y no es que él sirva de mucho en su actual estado —añadió bajando la voz.

—La caca de mi gato tiene mejor aspecto.

—Va a... Bueno, ya lo sabe. La única forma en la que conseguiría retrasar lo inevitable sería subirse en el primer avión a Suiza.

—Vaya, a eso me apunto.

—Con el polvo que hay en el interior de la cueva...

—No puedo respirar, pero el oído lo tengo perfectamente —dijo el profesor, acabando cada palabra con un sonido que a Andrea le recordó el que se obtiene al frotar muy fuerte dos papeles—. Dejad de hablar de mí y poneros a trabajar. No voy a morirme hasta que no la saques de ahí, pedazo de inútil.

David hizo un gesto de disgusto. Por un momento Andrea creyó que iba a replicar al viejo, pero las palabras parecieron morir en sus labios.

*Te tiene bien jodido, ¿eh? Lo odias muchísimo y sin embargo no eres capaz de enfrentarte a él... No es que te haya dejado sin pelotas, es que te ha obligado a freírlas y comértelas para desayunar,* pensó Andrea con un ataque de lástima.

—Bueno, David, dime qué puedo hacer.

—Sígame, por favor.

Unos metros hacia el fondo de la cueva la configuración de la pared cambiaba ligeramente. Andrea se dijo que de no tener tantos miles de vatios iluminando la cueva podría haberla pasado por alto. En lugar de la roca desnuda había una zona en la que la pared parecía formada por pedazos de roca superpuestos.

Aquello estaba hecho por el hombre.

—Dios mío, David.

—Lo que me asombra es cómo consiguieron un muro tan sólido sin usar mortero y tapando sólo por un lado.

—Tal vez haya una salida de la cámara del otro lado. Tú mismo dijiste que tiene que haberla.

—Puede que tengas razón, pero no lo creo. He hecho nuevas lecturas con el magnetómetro. Detrás de este tapón de piedras está la zona inestable que habíamos identificado en un principio. Una cavidad similar a la que contenía el Rollo de Cobre, de hecho.

—¿Casualidad?

—Lo dudo mucho.

David se arrodilló y acarició la pared con la punta de los dedos. Cuando sus yemas encontraban un resquicio entre dos piedras intentaba tirar con todas sus fuerzas.

—No hay manera —continuó—. La cavidad de roca ha sido tapada a conciencia con piedras que por alguna razón están ahora más apretadas entre sí que en el momento en el que se colocaron. Probablemente en los casi dos mil años que han pasado haya habido un aumento del peso del suelo en la vertical del muro. Casi como...

—¿Como qué?

—... como si Dios hubiera sellado él mismo la puerta. No se ría.

*No, no me río,* pensó Andrea. *Nada de esto tiene ya la más mínima gracia.*

—¿No podemos retirar las piedras una a una?

—No sin saber cuál es el grosor del muro y lo que hay detrás.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Mirando dentro.

Cuatro horas más tarde, con la ayuda de Brian y Tommy, habían conseguido taladrar el muro de parte a parte con un pequeño agujero por el que una pelota de golf entraría bastante justa. Había sido necesario desmontar el motor de la miniperforadora —que aún no habían estrenado, dado que el primer túnel había sido horizontal, y en una zona de sólo tierra— y bajarlo al túnel por piezas. Hanley montó un antiestético híbrido de la perforadora aprovechando partes de la estructura de la miniexcavadora que yacía destrozada al principio de la cueva.

—Esto es reciclaje, *¡Ei gut!*<sup>[25]</sup> —dijo Hanley, encantado de su labor.

El resultado era feísimo y poco práctico. Para conseguir equilibrarlo tenían que empujar los cuatro a la vez, realizando un enorme esfuerzo. Para colmo sólo se permitió utilizar los cabezales



más pequeños para no someter el muro a excesivas vibraciones.

—¡Dos metros y catorce centímetros! —gritó Hanley, por encima del ruido traqueteante del motor.

David introdujo una cámara de fibra óptica conectada a un pequeño visor por la abertura, pero el cable de la cámara era demasiado rígido y corto y el suelo al otro lado del muro estaba lleno de obstáculos.

—¡Mierda! Así no hay manera de ver nada.

Poc.

Andrea se llevó la mano al cogote. Alguien le estaba tirando piedrecitas. Se dio la vuelta.

Forrester trataba de llamar su atención, incapaz de hacerse oír por encima del ruido del motor. Pappas se acercó y se agachó junto a su oreja.

—¡Eso es! —gritó David, nervioso y exultante a la vez—. Así lo haremos, profesor. ¿Brian, crees que podrías ampliar ese agujero hasta veinte por treinta?

—Ni de coña —dijo Hanley, rascándose la cabeza—. Estamos sin cabezales pequeños.

Llevaba las manos cubiertas por guantes muy gruesos, y estaba desmontando la punta del último cabezal, que desprendía humo y tenía la punta deformada. A Andrea le recordó lo que había pasado cuando intentó colgar un cuadro con una preciosa foto de Manhattan en su apartamento y escogió un muro de carga para hacerlo. La broca se había deshecho como si estuviera hecha de yogur.

—Tal vez Frick lo hubiese conseguido —se lamentó Brian, mirando hacia la esquina donde había muerto su compañero el día anterior—; él tenía mucha más experiencia con estos bichos que yo.

Pappas guardó silencio unos minutos. El esfuerzo era visible en su cara. El resto de los presentes casi pudieron oírle pensar.

—¿Y si te dejase usar cabezales medianos? —dijo al fin.

—Entonces sin mayor problema. Puede estar listo en dos horas. Pero la vibración será mucho mayor. La zona inestable... hay un riesgo. ¿Eres consciente?

David se rió, y en su carcajada no había ni un ápice de alegría.

—¿Me preguntas si soy consciente de que cuatro mil toneladas de piedras pueden aplastar el objeto más importante de la Historia? ¿Arruinar el trabajo de muchos años, una inversión de centenares de millones de dólares? ¿Que el sacrificio de cinco personas muertas haya sido inútil?

*Joder. Hoy lo veo distinto. Está... tan contaminado como el profesor, pensó Andrea.*

—Sí, soy consciente, Brian. Y voy a correr el riesgo —continuó David.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Miércoles, 19 de julio de 2006. 19.01*

Andrea hizo una nueva foto de Pappas arrodillado frente al muro de piedra. La cara le quedaba ensombrecida, pero el robot se veía perfectamente.

*Casi mejor, David... no es que seas una belleza precisamente*, se dijo Andrea, maliciosa. Tendría tiempo en pocas horas de lamentar ese pensamiento, pero en aquel momento nada había más cerca de la verdad. Aquel artilugio era una maravilla.

—Stowe lo llamó ATER: Annoying Terrain Explorer Robot<sup>[26]</sup>, pero nosotros lo llamamos Freddie.

—¿Por algo en especial?

—Lo hacíamos por joder a Stowe. Era un capullo arrogante, eso es todo —dijo David, y Andrea se sorprendió ante la explosión de rabia contenida del tímido arqueólogo.

Freddie era un desarrollo de Stowe Erling, quien por desgracia no estaría allí en el estreno de su robot. Consistía en un sistema capaz de introducir una cámara móvil y controlada a distancia en lugares a los que el ser humano no podía acceder sin peligro. Para salvar obstáculos, Freddie estaba dotado de dos pares de cadenas similares a las de un tanque. Era capaz de comprimirse verticalmente y de sumergirse en agua durante diez minutos sin sufrir daños. Erling había copiado la idea de un grupo de arqueólogos de Boston y lo había recreado junto con varios ingenieros del Massachusetts Institute of Technology, que le habían demandado por largarse con el prototipo a esa misión, algo que a Stowe poco podía importarle ya.

—Lo introduciremos por la abertura y obtendremos imágenes del interior de la grieta —dijo David—. De ese modo sabremos si es seguro derribar el muro sin destruir lo que hay al otro lado.

—¿Cómo será capaz de ver el robot?

—Freddie está equipado con lentes de visión nocturna. La zona central de su armadura emite un rayo de luz infrarroja que sólo su lente puede percibir. La calidad no es muy buena, pero creo que será suficiente. Lo único que tenemos que evitar es que se atasque o vuelque. Si vuelca... se acabó.

Los primeros metros fueron los más sencillos. El tramo inicial, aunque muy estrecho, dejaba a Freddie suficiente espacio para entrar. Salvar el desnivel de la pared con el suelo fue algo más difícil. Encontraron un terreno irregular, lleno de piedras sueltas. Por suerte el robot podía mover sus cadenas individualmente, lo cual le permitía salvar escollos que no fueran muy grandes.

—Dos tercios más a la izquierda —dijo David pegado a la pantalla de control, en la que se veía poco más que un campo de piedras en blanco y negro. Tommy Eichberg manejaba los controles por decisión de David, ya que tenía un pulso excelente en sus dedos rechonchos. Cada cadena se movía con una pequeña rueda en un mando de control conectado a Freddie por dos gruesos cables que también servían para proporcionarle energía o para intentar recuperarlo tirando de él hacia atrás en caso de que algo fuese mal.

—Ya casi está. ¡Uufff!

La pantalla osciló peligrosamente, y por un instante el aparato estuvo a punto de volcar.

—¡Ten más cuidado, Tommy, joder! —gritó David.

—Eh, cálmate, muchachito. Estas ruedas son más sensibles que el clítoris de una monja. Disculpe mi lenguaje, señorita —dijo volviéndose hacia Andrea—. Tengo lengua del Bronx.

—No debe preocuparse. Yo tengo oídos de Harlem —dijo la joven, siguiéndole la broma.

—Tienes que estabilizarlo un poco más.

—Ya lo intento. ¡Ya lo intento!

Otro ligero giro a los mandos y el robot salvó el desnivel de la piedra.

—¿Alguna idea de cuánta distancia ha recorrido Freddie? —dijo Andrea.

—Unos dos metros y medio tras el muro —le respondió David, secándose el sudor que le resbalaba por la frente. Cada vez hacía más calor allí dentro debido a los generadores y los focos.

—Y tiene... ¡Espera!

—¿Qué ocurre?

—Creo que he visto algo.

—¿Estás segura? No es fácil dar la vuelta con esto.

—Tommy, vaya a la izquierda, por favor.

Eichberg miró a Pappas, quien asintió. Lentamente la pantalla comenzó a moverse, revelando un contorno circular oscuro.

—Un poco hacia atrás.

Dos triángulos de bordes finos, uno junto al otro.

Una fila de pequeños cuadrados apiñados.

—Un poco más.

Finalmente la geometría se transformó en algo reconocible.

—Oh, Señor. Es una calavera.

Andrea miró a Pappas con gesto de triunfo.

—Ahí tienes la respuesta: así consiguieron cerrar su muro por dentro, David.

El arqueólogo no la escuchaba. Miraba la pantalla muy de cerca murmurando en voz baja. Sus dos manos sujetaban la pantalla con la desesperación de un vidente loco frente a su bola de

cristal. Una gota de sudor cayó de la nariz grasienta del joven y resbaló sobre la cuenca de la calavera y el lugar donde habría estado la mejilla del muerto.

*Igual que una lágrima*, pensó Andrea.

—¡Rápido, Tommy! ¡Rodéela y vaya más lejos! —dijo Pappas, y su voz cada vez era menos reconocible para Andrea—. ¡Hacia la izquierda!

—Tranquilo, chico. Vamos a hacer las cosas despacio. Creo que hay un...

—¡Déjelo, lo haré yo mismo! —dijo David, abalanzándose sobre el cuadro de mandos.

—Pero ¿qué haces? —se enfadó Eichberg—. ¡Suéltalo, joder!

Eichberg y él forcejearon durante un par de segundos por el mando, accionando las ruedas en el proceso. La cara de David estaba roja como la grana y las cerdas del bigote de Eichberg subían y bajaban por la furiosa respiración de su dueño.

—¡Cuidado! —gritó Andrea, mirando la pantalla, que de nuevo se agitó locamente. Y de repente ya no se movió más.

Eichberg soltó el mando de repente, y David cayó hacia atrás, haciéndose un corte en la sien con el borde del monitor. Pero en ese momento le preocupaba mucho más lo que se veía en él que el daño que le había hecho en la cabeza.

—Es lo que trataba de decirte, chico. Había un desnivel.

—Mierda. ¿Por qué no lo has soltado? Ahora ha volcado. ¡Volcado!

—Cállate. Tú la has jodido con tus prisas.

Andrea los mandó callar de un grito.

—¡Dejen de discutir! No está del todo sobre un costado, fíjense —dijo señalando la pantalla.

Los dos se acercaron a regañadientes. Brian Hanley, que había ido a buscar algunos repuestos fuera y se estaba descolgando haciendo rapel mientras la breve pelea, se acercó también.

—Esto tiene arreglo —dijo tras estudiar la pantalla un rato—. Si damos todos a la vez un tirón del cable podría volver a colocarse sobre las cadenas. Si tiramos suave sólo conseguiríamos arrastrarlo hasta que se atascara. Tiene que ser fuerte y seco, como un latigazo.

—No servirá de nada —dijo Pappas—. Arrancaríamos el cable.

—No se pierde nada por probar, ¿verdad?

Todos se pusieron en posición, agarrando el cable con ambas manos, lo más cerca posible del agujero. Hanley tiró del cable hasta que estuvo casi tirante pero no del todo.

—A mi señal. Una, dos, ¡tres!

Los cuatro tiraron a la vez.

El cable pasó de repente a estar demasiado suelto en sus manos.

—Mierda. Lo hemos arrancado.

Hanley tiró de él hasta que consiguió sacarlo del todo.

—Pues sí que... joder, lo siento, Pappas.

Pero el joven arqueólogo no prestaba atención a nada de lo que estaba ocurriendo. Por un instante se había girado, exasperado, dispuesto a emprenderla a golpes con lo primero que encontrase. Alzó una llave de tubo para emprenderla a golpes con el monitor —tal vez una venganza atrasada por el golpe de dos minutos atrás— cuando su vista se quedó clavada en la pantalla.

Andrea se acercó curiosa, y entonces comprendió.

*No.*

*No puedo creerlo.*

*Porque en realidad no lo he creído nunca, ¿verdad? Nunca creí que fuera posible que existieras.*

La grabación se había quedado congelada en el último fotograma que había captado el robot. Un fotograma en el que se había vuelto a poner sobre sus cadenas antes de soltarse el cable. Libre su campo de visión de la obstrucción de la calavera, la imagen mostraba un destello que Andrea tardó en asimilar hasta que comprendió que era un exceso de luz infrarroja rebotando sobre una superficie metálica. La joven creyó distinguir el borde irregular de lo que sin duda parecía una caja grande. En lo alto se entreveía una figura, pero Andrea no podía estar segura.

Quien sí estaba seguro era Pappas, que murmuraba con la mirada perdida.

—Está ahí, profesor. La he encontrado. La he encontrado para usted...

Andrea se volvió hacia el profesor y disparó sin pensar con su cámara, ansiosa de captar su primera impresión de sorpresa y alegría, la recompensa a toda una vida de búsqueda, dedicación y aislamiento emocional. Lanzó tres instantáneas antes de mirar realmente.

En aquellos ojos no había nada, de aquella boca sólo surgía un reguero de sangre que se apelmazaba sobre la barba.

Brian se acercó corriendo.

—Mierda. Hay que sacarlo de aquí. No respira.

LOWER EAST SIDE  
Nueva York  
Diciembre de 1943

*Yudel tenía tanta hambre que apenas sentía el resto de su cuerpo. Sólo era consciente de arrastrar su encogido estómago a través de las calles de Manhattan. Buscaba refugio en los portales y en los callejones, pero nunca conseguía quedarse demasiado tiempo en un sitio. Enseguida un ruido, una luz o una voz lo asustaban y corría, aferrando el maltrecho hato de ropa que constituía su única posesión en el mundo. Salvo en el intervalo de Estambul, no había conocido más hogar que los vientres seguros del zulo y la bodega del barco. La desquiciada, bulliciosa, iluminada Nueva York era para Yudel un bosque tenebroso. Bebió en fuentes y en desagües. Un mendigo borracho le arañó las piernas al pasar. Un policía lo llamó desde una esquina. Su uniforme le recordó al del monstruo con linterna que los buscaba en el portal del juez Rath. Huyó.*

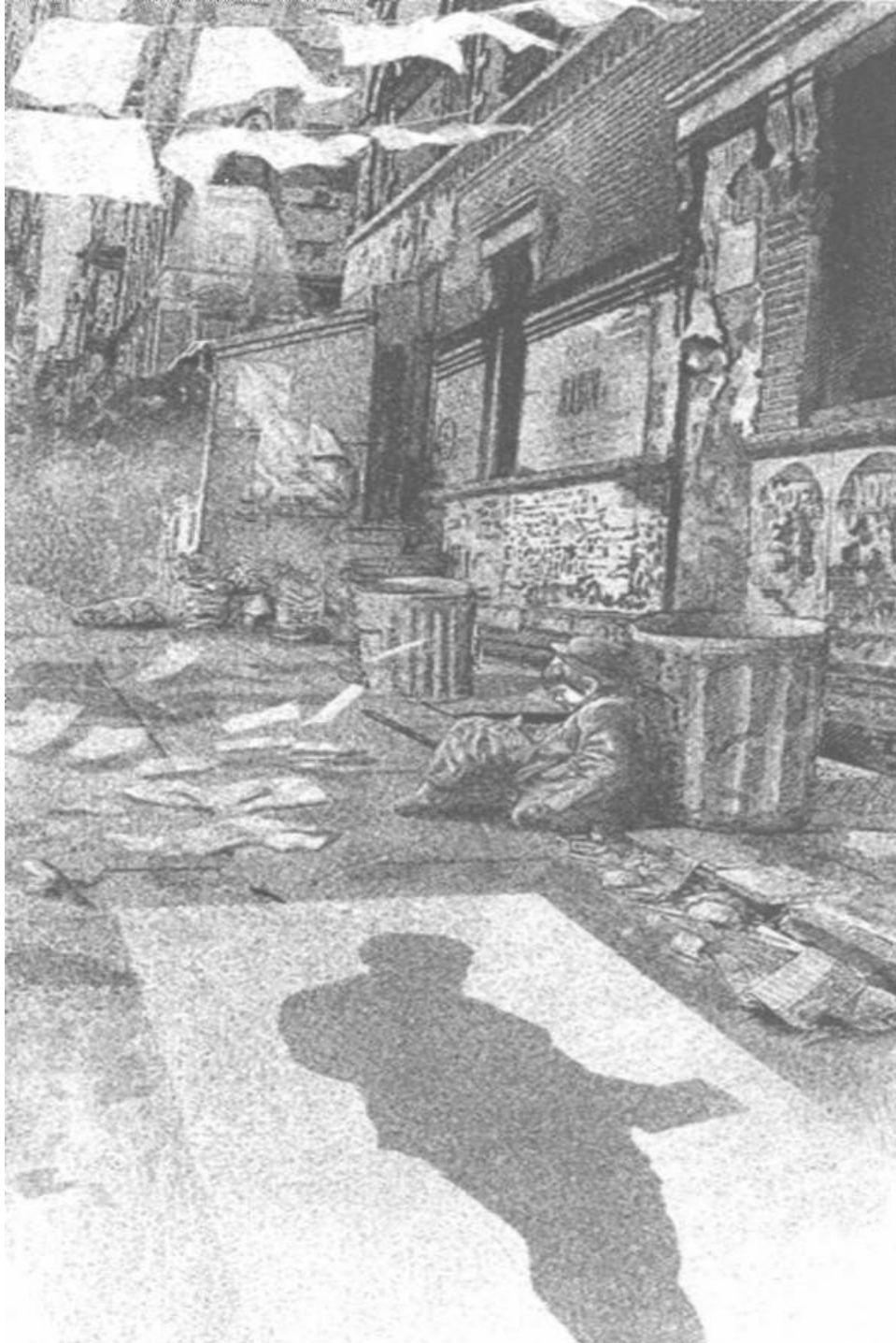
*Caía la tarde del tercer día tras su desembarco cuando el niño se desplomó, rendido, sobre las inmundicias de un callejón de Broome Street. Sobre su cabeza, los tenement<sup>[27]</sup> bullían de gritos, ruido de cacharros, discusiones, batallas sexuales, vida. Yudel se desmayó unos minutos. Recobró el sentido sintiendo que algo le corría por la cara. Supo lo que era antes de abrir los ojos asqueado. La rata no le hizo el menor caso. Se dirigía a un cubo de basura volcado, donde había olisqueado un pedazo de pan reseco. Era un trozo grueso, demasiado para que la rata saliese corriendo con él. Lo royó con dientes apresurados.*

*Yudel se arrastró como pudo hasta el cubo. Con dedos vacilantes agarró una lata y la arrojó contra el roedor. Falló. La rata le miró inexpresiva, los dientes hincados aún en el mendrugo. El niño agarró a tientas el mango partido de un paraguas. Hizo ademán de lanzarlo contra la rata y ésta se dio por vencida y se escurrió en busca de restos más fáciles.*

*El pequeño le echó mano al mendrugo. Abrió la boca para morderlo con avidez, pero la cerró y depositó el pan de nuevo sobre su regazo. Sacó un harapo irreconocible de la mochila y cubrió su cabeza y bendijo al Señor por el regalo del pan.*

—Baruch Atah Adonai, Eloheynu Melech haolam, ha motzee lechem min haaretz<sup>[28]</sup>.

*En el callejón, una puerta se había abierto hacía un par de minutos. Un viejo rabino, inadvertido por Yudel, había presenciado el duelo con la rata. Cuando escuchó la bendición del pan de boca de aquel chiquillo famélico, una lágrima rodó por su rostro. Jamás había visto nada igual. En aquella fe no había desesperación ni dudas.*



*El rabino siguió mirando al niño durante un buen rato. Su sinagoga era muy pobre. Apenas lograba reunir suficientes recursos para mantenerla abierta, al límite de la lógica. Por eso ni siquiera él entendió muy bien su decisión.*

*Yudel se había quedado dormido entre los restos pútridos de comida y basura. No se despertó cuando el rabino lo alzó en brazos, con cuidado, y lo llevó al interior de la sinagoga.*

La vieja estufa mantendrá el frío fuera aún algunas noches. Luego ya veremos, *se dijo el rabino.*

*Mientras sacaba al niño las ropas mugrientas y lo arropaba con su única manta, el rabino encontró la tarjeta verde azulada que le habían entregado en la Isla de Ellis, en la que lo identificaban como Raymond Kayn, con familia en Manhattan. También un sobre en el que se leía, en hebreo:*

Para mi hijo, Yudel Cohen  
no leer hasta tu bar mitzvah.

Noviembre de 1951

*El rabino rasgó el sobre, creyendo acertadamente que lo ayudaría a determinar el origen del muchacho. Lo que leyó lo dejó asombrado y confundido, pero le reafirmó en su convicción de que el mismo Piadoso había guiado los pasos de aquel niño hasta su puerta.*

*Afuera, la nieve comenzó a caer en grandes copos.*



CARTA DE JOSEF COHEN A SU HIJO YUDEL

*En Viena, martes 9 de febrero de 1943*

Querido Yudel:

*Escribo estas líneas apresuradas con la esperanza de que el cariño y el amor que sentimos por ti rellene los huecos que dejan la urgencia y la inexperiencia del corresponsal. No he sido nunca dado a efusiones, bien lo sabe tu madre. Desde que naciste, la forzada intimidad de la jaula en la que nos encerró la guerra me ha desgastado el corazón. Me entristece no haberte visto nunca jugar al sol, y ya nunca lo veré. El Eterno nos ha forjado en el crisol de una dura prueba, y no hemos dado la talla. Queda para ti cumplir aquello de lo que nosotros no hemos sido capaces.*

*Dentro de unos minutos marcharemos en busca de tu hermano, y no vamos a volver nunca. Tu madre no atiende a razones y no puedo dejarla ir sola. Camino a una muerte segura, soy consciente. Cuando leas esta carta tendrás doce años. Te preguntarás qué locura posee a tus padres para marchar así, en brazos del enemigo. ¿Por qué lo hacemos? Parte del motivo de esta carta es entender yo mismo la respuesta a esa pregunta. Cuando crezcas sabrás que hay empresas que es necesario acometer, aun a sabiendas de que el resultado será adverso.*

*El tiempo apremia y he de contarte algo muy importante. Desde hace siglos los miembros de nuestra familia han estado dedicados a la custodia de un objeto sagrado. Se trata de la vela que te acompañó el día de tu nacimiento. Por circunstancias terribles, es lo único que nos queda hoy que tenga un cierto valor intrínseco, y por eso tu madre me obliga a ponerla en juego para intentar rescatar a tu hermano.*

*Será un sacrificio tan inútil como el de nuestras vidas. No me importa. No lo haría si no quedases tú detrás, y en ti confío. Me gustaría explicarte la razón que hace esta vela tan especial, pero la desconozco. Sólo sé que guardarla incólume era mi misión, una misión que se ha transmitido de padres a hijos desde hace muchas generaciones, y en la que he fallado como en todo en la vida.*

*Busca la vela, Yudel. Se la entregaremos al médico que retiene a tu hermano en el Kinderspital AM Spiegelgrund. Si al menos sirviese para comprar la libertad de tu*

*hermano, buscadla juntos. Si no, ruego al Nombre que te mantenga a salvo y que cuando leas esto la guerra por fin haya terminado.*

*Hay algo más. Poco queda de la vasta herencia que os correspondía a Elan y a ti. Las fábricas de tu familia están en poder de los nazis. Las cuentas corrientes que poseíamos en los bancos de Austria hace tiempo que fueron intervenidas. Nuestros pisos ardieron en la ReichsKristallnacht. Pero por suerte podemos dejarte algo. Siempre hemos conservado un fondo familiar para los imprevistos en un banco de Suiza. La fuimos engordando poco a poco, con viajes cada dos o tres meses, a veces llevando sólo unos cientos de francos. ¡Tu madre y yo apreciábamos tanto aquellas escapadas de fin de semana! No es una gran fortuna, apenas cincuenta mil francos, pero servirá para que puedas estudiar y te establezcas como y donde quieras. El dinero está depositado en una cuenta numerada, del Crédit Suisse, la 336923348927R, bajo mi nombre. El director te solicitará una contraseña. Es «Perpignan».*

*Nada más. Recita cada día tus bendiciones, no te apartes de la luz de la Torah y honra a tu casa y a tu pueblo.*

*Bendito sea el Eterno, aquel que es nuestro Único Dios, Presencia Universal, Juez Auténtico. A Él me encomiendo y te encomiendo. ¡Que Él te guarde!*

*Tuyo,  
Josef Cohen*

HUQAN

*Llevaba tanto tiempo reprimiéndose, que cuando supo que por fin la habían encontrado sintió miedo. El miedo se convirtió en alivio, alivio por poder desprenderse de aquella espantosa máscara.*

*Sería al día siguiente, por la mañana. Todos se reunirían en el comedor para el desayuno. Nadie sospecharía nada.*

*Diez minutos atrás se había arrastrado bajo la plataforma del comedor y la había colocado. Un mecanismo sencillo y muy potente, pero perfectamente camuflado. Estarían encima de ella sin notar nada. Y al minuto siguiente se encontrarían dando cuentas a Alá.*

*Dudó si dar la señal después de la explosión. Los hermanos vendrían y aplastarían a los orgullosos soldaditos. A los que sobrevivieran, por supuesto.*

*Luego decidió esperar unas horas más. Darles tiempo a terminar el trabajo. Sin opciones y sin salida.*

*Recuerda a los bosquimanos, pensó. El mono ha encontrado el agua, pero todavía no la ha sacado...*

KAYN TOWER

Nueva York

Jueves, 20 de julio de 2006. 23.22

—Tú mismo, colega —dijo el fontanero rubio y delgado—. A mí realmente me la trae floja, ¿sabes? Yo cobro un sueldo fijo curre o no.

—Amén a eso, tío —corroboró el gordo y enorme fontanero de la coleta. El mono naranja le quedaba tan apretado que la tela de la espalda parecía a punto de reventar.

—Pues mira, mejor todavía —dijo el vigilante, tomándole la palabra—. Os volvéis mañana y ya está. No podéis complicarme tanto la vida, coño. Tengo a dos hombres de baja por enfermedad, no puedo asignaros a nadie para hacer de niñeras. Son las reglas, sin niñera no hay personal externo después de las 20.00.

—No sabes cómo te lo agradezco —dijo el rubio—. Con un poco de suerte entrará en el turno de otro. No me apetece nada arreglar reventones, ¿sabes?

—Eh, espera, espera, espera. ¿A qué te refieres con reventar?

—Pues eso, explotar. ¿Bum, lo pillas? Es lo que pasó en Saatchi and Saatchi. ¿Quién llevaba eso, Bennie?

—Creo que era Louie el Trenzas —dijo el gordo.

—Sí, Louie el Trenzas, qué gran tipo. Que Dios lo bendiga.

—Amén a eso, tío. Bueno, adiós, guripa. Que tengas buena noche.

—¿Vamos al Spinato's, colega?

—¿Cagan los osos en el bosque?

Los dos fontaneros cogieron sus cosas y se dirigieron hacia la salida.

—Esperad, esperad —dijo el vigilante, que cada vez estaba más nervioso—. ¿Qué le pasó a Louie el Trenzas?

—Sabes, él tuvo una emergencia como la de esta madrugada y no pudieron acceder al edificio por no sé qué de una alarma y tal. Bueno, pues la presión acumulada de la bajante fue demasiado para las tuberías y todas empezaron a, ya sabes, romperse y esparcir mierda por tooooda la puñetera planta.

—Sí... fue como el jodido Vietnam.

—Eh, tío, tú no has estado en Vietnam ¿vale? Mi padre estuvo en Vietnam.

—Tu padre se pasó los setenta *fumao*.

—El caso es que a Louie el Trenzas ahora le llaman Louie el Calvo. Hazte una idea de lo jodido que fue aquello. Espero que no tengan muchas cosas de valor en esa zona porque por la mañana estarán marrón glasé.

El vigilante comprobó una vez más el monitor central que había en el enorme vestíbulo. Las luces de emergencia de la sala 328E parpadeaban insistentemente con el color amarillo que indicaba problemas de fontanería o gas. Aquel edificio era tan inteligente que podía avisarte cuando se te desabrochaban los cordones de los zapatos.

Comprobó en el directorio lateral a qué zona pertenecía el código 328E y palideció.

—Joder. Es la sala de juntas principal. En el piso 38.

—Uuuuh, mal rollo, colega —dijo el gordo enorme—. Seguro que está llena de sillones de cuero y de Van Gongs.

—¿Van Gongs? Pero mira que eres inculto, colega. Se dice Van Gogh. Gogh.

—Ya sé quién es Van Gogh. El pintor italiano.

—Van Gogh era alemán y tú eres imbécil. Venga, tira para Spinato's que van a cerrar y me muero de hambre.

El vigilante (que de hecho era muy aficionado al arte) omitió ilustrarles sobre la nacionalidad holandesa de Van Gogh porque en aquel momento estaba aterrizado por la suerte de un Cézanne que de hecho sí que colgaba en la sala de juntas.

—Chicos. Eh, chicos —dijo rodeando el mostrador y corriendo tras los fontaneros—. Vamos a hablar un momento...

Orville se desplomó en el sillón presidencial de la sala de juntas —un sillón cuyo dueño casi nunca usaba— y se planteó quedarse allí dormido, rodeado de toda aquella caoba. Una vez pasados los nervios de la actuación delante de los vigilantes del edificio, volvía el cansancio y el dolor pulsante de sus manos.

—Joder, creí que no se iría nunca.

—Hiciste un trabajo de fábula con esas acreditaciones, Orville. Enhorabuena —dijo Albert, desmontando la bandeja superior de la caja de herramientas y sacando un ordenador portátil.

—Era un protocolo simple. Por suerte pudiste teclear tú por mí —dijo sacándose los guantes de talla descomunal con los que había camuflado las vendas de sus manos.

—Ánimo. Creo que tenemos media hora antes de que nos mande a algún pesado a dar una vuelta por aquí. A partir de ahí, si no hemos conseguido entrar tendremos unos cinco minutos antes de que nos busquen arriba. Indícame el camino, Orville.

El primer panel fue sencillo. La huella biométrica estaba preparada para responder única y exclusivamente a las manos de Kayn y Jacob Russell, pero adolecía de un defecto común a todos los sistemas cuya clave era una cantidad de información grande, y la huella completa de una palma lo es. Para ojos expertos, esa clave es claramente visible en la memoria del dispositivo.

—Pim pam fuera, aquí va la primera —dijo Albert, cerrando el portátil cuando la luz anaranjada de la placa oscura se iluminó y la pesada puerta se abrió con un zumbido.

—Albert... se van a dar cuenta seguro —dijo Orville, señalando la zona alrededor de la placa donde el sacerdote había usado una palanca para acceder a los circuitos del dispositivo. Ahora la madera aparecía levantada y rajada.

—Cuento con ello.

—Estás de broma.

—Confía en mí, ¿vale? —dijo el sacerdote, llevándose la mano al bolsillo. Un móvil estaba sonando con un pitido insistente.

—¿Crees que es momento de hablar por teléfono?

—Eso mismo digo yo. Hola, Anthony. Estamos dentro. Llámame en veinte minutos —y colgó.

Orville empujó la puerta y entraron en el pasillo estrecho y enmoquetado que conducía al ascensor privado de Kayn.

—Me pregunto qué clase de trauma tiene que tener un hombre para encerrarse detrás de tantos muros —dijo Albert.

ARCHIVO MP3 RECUPERADO DE LA GRABADORA  
DE ANDREA OTERO POR LA POLICÍA JORDANA DEL DESIERTO  
TRAS LA DEBACLE DE LA EXPEDICIÓN MOISÉS

(...)

PREGUNTA: *Debo agradecerle su tiempo y su paciencia, señor Kayn. Está siendo una jornada agotadora. Aprecio especialmente que me haya detallado episodios de su vida tan dolorosos como su huida de Alemania o su llegada a los Estados Unidos. Esos pasajes arrojan una gran profundidad humana sobre su figura.*

RESPUESTA: Querida niña, no es nada propio de usted dar tantos rodeos antes de preguntar algo.

*Ya, últimamente todos me dan consejos sobre cómo hacer mi trabajo. Me encanta.*

Lo siento, continúe, por favor.

*Señor Kayn, entiendo que el origen de su enfermedad, su agorafobia, se halla enraizado en los hechos tan dolorosos de su infancia.*

Eso creen los médicos.

*Hagamos un breve resumen, me será más fácil luego introducir cortes para radio. Usted vivió al cuidado del rabino Menachem Ben-Schlomo hasta alcanzar la mayoría de edad.*

Correcto. El rabino fue como un padre para mí. Me daba de su plato aunque él pasase hambre. Consiguió orientar mi vida y que encontrase la fuerza necesaria para vencer mi miedo y mi trauma. Le llevó más de cuatro años conseguir que yo fuese capaz de salir a la calle y relacionarme con otras personas.

*Fue todo un logro. Un niño que no era capaz de mirar a otra persona a la cara sin sufrir ataques de pánico irracional se convirtió primero en uno de los mayores ingenieros del mundo.*

Un logro de la fe y del amor del rabino Ben-Shlomo. Doy gracias al Misericordioso por ponerme en manos de un hombre tan grande.

*Luego en multimillonario, y finalmente en filántropo.*

Prefiero no tocar el último punto. No me siento muy cómodo hablando de mis obras de caridad. Siempre siento que nada es suficiente.

*Volvamos a la pregunta anterior. ¿Cuándo se dio cuenta de que podía llevar una vida normal?*

Nunca. He luchado toda mi vida contra esta disfuncionalidad, querida mía. Hay días buenos y días malos.

*Ha llevado sus negocios con mano de hierro y está entre los 50 primeros de Fortune. Supongo que ha habido más días buenos que malos. Incluso se casó y tuvo un hijo.*

Supone bien. De mi vida familiar prefiero no hablar.

*Su mujer se marchó y ahora vive en Israel, dedicada a la pintura.*

Unos cuadros muy buenos, se lo garantizo.

*¿Qué hay de Isaac?*

Él... era grande. Muy grande.

*Señor Kayn, puedo imaginar lo difícil que le resulta hablar de su hijo, pero es un punto importante y no voy a renunciar a ello. Y menos viendo esa mirada en su cara. Usted lo amaba mucho.*

*¿Sabe cómo murió?*

*Sé que fue una de las víctimas de los atentados de las Torres Gemelas. Y por las... catorce, casi quince horas de entrevistas que llevamos deduzco que su desaparición fue el detonante de la regresión profunda de su enfermedad.*

Voy a pedirle a Jacob que entre. Quiero que usted se marche.

*Señor Kayn, creo que usted quiere hablar, necesita hablar. No voy a importunarle con aforismos de psicología barata. Haga lo que crea oportuno.*

Apague la grabadora, mi niña. Quiero pensar.

*Señor Kayn, gracias por reanudar la entrevista. Cuando quiera.*

Isaac era todo. Era alto y delgado, muy guapo. Mire su foto.

*Me gusta la sonrisa.*

Creo que le hubiese caído muy bien. Él era un poco como usted, prefería pedir perdón antes que permiso. Tenía la fuerza y la energía de un reactor nuclear. Y se ganaba todo lo que conseguía.

*Con todos mis respetos, señor, es complicado aceptar una afirmación como ésa sobre alguien que nació para heredar una fortuna de once cifras.*



¿Qué va a decir un padre? El propio Altísimo le dijo al profeta David que «sería su hijo para siempre». Ante una muestra de amor semejante mis palabras... Ah, pero ya veo que usted sólo me provocaba.

*Discúlpeme.*

Al contrario. Isaac tenía grandes defectos, pero entre ellos no se contaba la complacencia. No le importaba contradecir mis deseos. Se marchó a estudiar a Oxford sólo para poder estar en una Universidad a la que yo no hubiese hecho donaciones.

*¿Allí conoció al señor Russell, verdad?*

Iban juntos a clase de Macroeconomía y me lo recomendó mucho al acabar la carrera. Con el tiempo Jacob se convirtió en mi mano derecha.

*El puesto que usted hubiese deseado para Isaac.*

El que nunca hubiese aceptado. Cuando era pequeño... *(sollozo ahogado)*.

*Continuamos con la entrevista.*

Gracias. Perdona que me haya emocionado al recordarlo. Era sólo un niño, no debería tener más de 11 años. Un día llegó a casa con un perro que había recogido en la calle. Yo me enfadé muchísimo. No me gustan los animales. ¿Le gustan los perros, querida?

*Mucho.*

Bueno, debería haber visto a aquél. Era un mestizo feo, mugriento y tenía sólo tres patas. Debía de llevar años vagabundeando. Lo más sensato que se podía hacer con aquel animal era llevarlo al veterinario para que acabase con su sufrimiento. Se lo dije. Él me miró muy serio y me dijo: «A ti también te recogieron de la calle, papá. ¿Crees que el rabino debía haber acabado con tu sufrimiento?».

*¡Vaya!*

Sentí una bofetada interior, de miedo y de orgullo. ¡Aquel niño era mi hijo! Le di permiso para quedarse con el animal si él se hacía responsable, y vaya si lo fue. El perro vivió cuatro años más.

*Creo entender ya a qué se refería antes.*

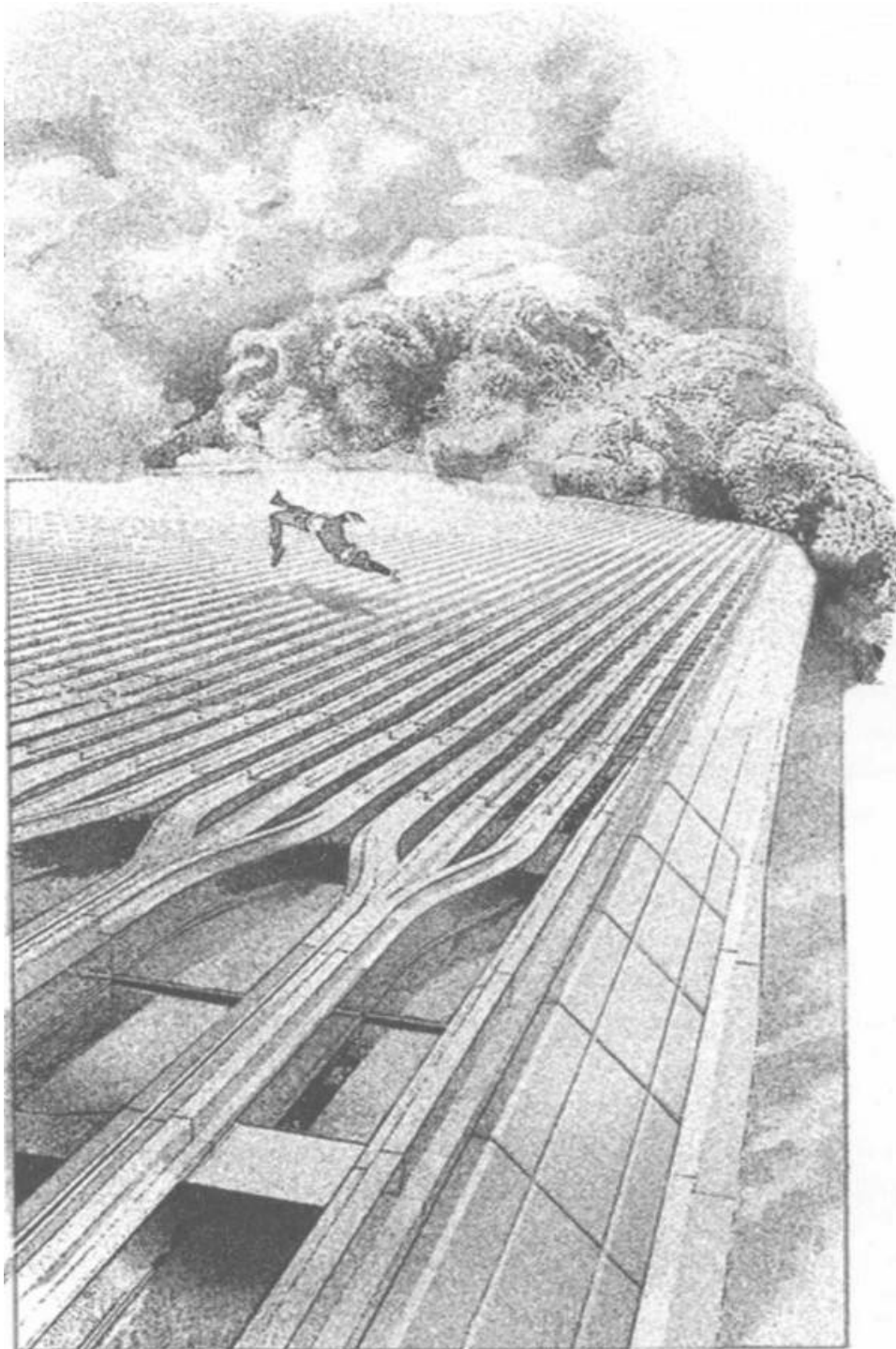
Desde muy pequeño fue consciente de que no quería vivir una vida a mi sombra. En... su último día fue a una entrevista de trabajo en Cantor Fitzgerald. Estaba en el piso 104 de la Torre Norte.

*¿Quiere que paremos un rato?*

*Nishtgedeiget*<sup>[29]</sup>. Estoy bien, querida. Isaac me llamó aquel martes. Yo estaba viendo lo que ocurría en la CNN. No había hablado con él en todo el fin de semana. No me imaginaba dónde podría estar.

*Tenga un poco de agua.*

Descolgué el teléfono. Él dijo: «Papá, estoy en el World Trade Center. Ha explotado una bomba. Tengo mucho miedo». Yo me puse de pie, estaba muy asustado. Creo que le grité. No recuerdo lo que le dije. Él me dijo: «Llevo intentando llamarte casi diez minutos, la red está saturada. Papá, te quiero». Le dije que se quedase tranquilo, que llamaría a las autoridades. Que lo sacaríamos de allí. «No se puede bajar, papá. El piso se ha hundido y el fuego está subiendo. Hace mucho calor. Quiero que...». Y eso fue todo. Tenía veinticuatro años.



*(Una larga pausa)*

Miré el auricular sin comprender nada, acariciándolo con las yemas de los dedos. La comunicación se había cortado. Creo que mi cerebro se cortocircuitó en aquel momento. El resto del día se ha borrado por completo de mi cabeza.

*No supo más de él.*

Bendito sea el Nombre, ojalá hubiera sido así. Al día siguiente abrí los periódicos, buscando noticias de supervivientes. Entonces vi su foto. Estaba allí, suspendido, ingrávito, libre. Había saltado.

*Oh. Oh, Dios mío. Lo siento, señor Kayn.*

Yo no. Las llamas y el calor eran insufribles. Él tuvo que ser capaz de romper las ventanas y elegir su destino. Puede que su destino fuese morir, pero nadie le dijo cómo. Él abrazó su suerte como un hombre. Murió fuerte, volando, dueño de diez segundos de aire. Se acabaron los planes que había hecho para él durante largos años.

*Dios santo, es terrible.*

Todo esto hubiera sido para él. Todo.

KAYN TOWER

Nueva York

*Miércoles, 19 de julio de 2006. 23.39*

—¿Pero estás seguro de que no recuerdas nada?

—Te lo he dicho. Me hizo darme la vuelta. Luego tecleó como un loco.

—No podemos seguir así. Aún le queda más del 60 por ciento de combinaciones. Necesito que me digas algo. Algo, cualquier cosa.

Se hallaban junto a la puerta del ascensor, y aquel panel sí que iba a suponer un desafío. Al contrario que la huella biométrica, aquél era un simple panel de números, y una breve secuencia era imposible de detectar en una memoria medianamente grande. Para conseguir abrir la puerta del ascensor Albert había conectado un cable ancho y largo al interior del panel de entrada con la intención de descubrir la clave usando un método de fuerza bruta. En líneas generales consistía en que el ordenador probaría todos los números posibles que podía contener la clave, desde todo ceros a todo nueves. Lo cual podía llevar su tiempo.

—Tenemos tres minutos para cruzar esa puerta, y al ordenador le llevará otros seis sólo completar el rango de los veinte números. Eso si no se quema antes, porque he desviado toda la potencia del procesador al programa. —Y en efecto el ventilador del ordenador hacía un ruido infernal, como si cincuenta abejas celebrasen una fiesta en una caja de zapatos.

Orville se esforzó en recordar. Se había girado de cara a la pared y había mirado su reloj. No podían haber pasado más de tres segundos.

—Limítalo a diez dígitos.

—¿Estás seguro?

—En absoluto. Pero no creo que tengamos más opción.

—¿Cuánto le llevará?

—Cuatro minutos —dijo Albert, rascándose nervioso el mentón.

—Pues esperemos que no sea el último número posible y que descifre la clave antes, porque ya los oigo acercarse.

Al otro lado del pasillo comenzaron a sonar unos golpes sobre la puerta.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 06.39

Por primera vez desde que ocho jornadas atrás la expedición llegase al cañón de la Garra, el amanecer del gran día encontró a casi todos sus miembros dormidos. Cinco de ellos lo hacían bajo metro y medio de arena y piedras, y no despertarían nunca más.

Otros aguantaban el frío de la madrugada bajo una manta de camuflaje, escrutando un horizonte desdibujado en el que no tardaría en explotar una luz abrasadora que convertiría la baja temperatura en el infierno del día más caluroso del verano en Jordania desde hacía 45 años. A veces daban cabezadas inquietas, y eso los atemorizaba. Pues si para todo soldado el turno de imaginaria es el más duro, para el que tiene sangre en las manos es el momento en el que los muertos vienen a soplarle en el cogote.

A media distancia entre el lecho de muerte y la vigilia de los riscos, quince personas se agitaban en sus catres, tal vez echando de menos los bocinazos con los que el profesor Forrester los obligaba a saltar de la cama antes de romper el alba. El amanecer tuvo lugar a las 5.33 de la madrugada y sólo lo recibió el silencio.

Hacia las 6.15, más o menos a la hora en la que Orville Watson y el padre Albert cruzaban el vestíbulo de la Kayn Tower, el primero en levantarse fue Nuri Zayit, que golpeó con el pie a Rani, su ayudante, y arrastró los pies fuera de la tienda. Ya en el comedor comenzó a preparar enormes jarras de café instantáneo usando leche, apenas quedaba ya, pues muchos acudieron a la leche fría en un intento de paliar la falta de agua. No había zumos ni frutas con qué prepararlos. Sólo podía comenzar a guisar tortillas y huevos revueltos. Puso todo su empeño y un poco de perejil en la preparación, como siempre hacía el viejo mudo que en su vida sólo se había comunicado a través del *filet mignon*.

En la tienda enfermería, Harel se desprendió del sudoroso abrazo de Andrea y fue a comprobar el estado del profesor Forrester. El viejo estaba conectado a un respirador de oxígeno, pero los números de sus gráficas pintaban aún peor que el propio aspecto demacrado del arqueólogo. Doc dudaba mucho que consiguiese sobrevivir a esa noche. Meneando la cabeza para alejar de sí esos pensamientos, se arrojó encima de Andrea y la despertó con un beso. Hubo magreo, charla insustancial y un sentimiento casi simultáneo de que estaban comenzando a enamorarse. Ambas se dirigieron al comedor en busca de un buen desayuno.

Fowler, quien ahora sólo compartía la tienda con David Pappas, comenzó la jornada contraviniendo todas sus normas y cometió un error. Confiando en que en la tienda de los soldados todos estuviesen dormidos, se escurrió fuera de la tienda. Hizo una llamada a Albert por medio del satélite, y el joven cura le respondió impaciente que le llamase en media hora. Fowler colgó con el corazón en un puño, aliviado de que la llamada hubiese sido tan breve y preocupado de tener que tentar a la suerte una vez más.

David Pappas, por su parte, se despertó poco antes de las seis y media y fue a ver al profesor Forrester, en buena parte deseando que se recuperase y en parte para mitigar el sentimiento de culpa que le habían producido sus locos sueños de aquella noche. Sueños en los que era el único arqueólogo vivo en el momento en que la luz del sol bañaba de nuevo la superficie del Arca.

En la tienda de los soldados, María Jackson observaba la espalda de su jefe y amante desde su propio catre —nunca dormían juntos cuando estaban en una misión, aunque se escapasen de vez en cuando para hacer misiones de reconocimiento— y se preguntaba en qué pensaría el sudafricano.

Dekker, por su parte, era uno de los que de madrugada sentía el aliento de los muertos erizándole los pelos del cuello. En el escalofrío breve e intenso entre dos pesadillas, creyó ver cómo se activaba una señal en la pantalla del escáner de frecuencias, demasiado breve para ser posicionada. Se incorporó de golpe y dio unas órdenes breves y precisas.

En la tienda de Raymond Kayn, Russell preparó la ropa para su jefe y le suplicó que tomase la pastilla roja al menos. Kayn aceptó a regañadientes y la escupió a escondidas. Se encontraba extrañamente calmado. Al fin y al cabo el objetivo de sus 76 años de existencia se cumplía aquel mismo día.

En una tienda algo más modesta, Tommy Eichberg se metió discretamente el dedo en la nariz atascada, se rascó el trasero camino del baño y buscó a Brian Hanley sin encontrarle. Necesitaba su ayuda para arreglar un cojinete de bolas que usarían después en la mini-perforadora. Eran dos metros y medio de muro, pero atacando desde arriba podrían liberar la presión vertical y después retirar las piedras una a una con las manos. Si lo hacían rápido, el trabajo podría estar hecho en seis horas. Desde luego no ayudaba nada que Hanley no apareciera por ninguna parte.

Por su parte, *Huqan* comprobó el reloj, se situó en el lugar estratégico en el que llevaba pensando toda la semana y se dispuso a esperar el cambio de turno de los soldados.

Esperar se le daba bien. Llevaba haciéndolo toda su vida.

KAYN TOWER

Nueva York

Miércoles, 19 de julio de 2006. 23.41

7456898123.

El ordenador encontró la clave exactamente en dos minutos y cuarenta y tres segundos, lo cual fue una gran suerte porque Albert había calculado mal el tiempo de respuesta de los vigilantes y la puerta del fondo ya se estaba abriendo, casi al mismo tiempo que la del ascensor.

—¡Quietos!

Dos de los vigilantes y un oficial de la policía irrumpieron en el pasillo con las armas preparadas y cara de pocos amigos. Albert y Orville se arrojaron dentro del ascensor. Hubo un ruido de pies que corrían sobre la moqueta e incluso una mano estuvo a punto de introducirse en el hueco entre la puerta y la célula fotoeléctrica, pero falló por unos centímetros.

La puerta se cerró con un leve chasquido. Aunque algo amortiguadas, las voces de sus perseguidores les llegaban sin embargo con toda claridad.

—¿¡Cómo se abre esto!?

—No irán muy lejos, agente. Ese ascensor sólo se pone en marcha con una llave especial. Nadie puede hacerlo funcionar sin ella.

—Activen ese protocolo de emergencia del que me habló.

—Sí, señor. Ya lo verá. Será como pescar en una lata de sardinas.

Orville, con el corazón repiqueteándole en el pecho como un martillo neumático, se volvió hacia Albert con voz histérica.

—¡Van a cogernos, joder!

Pero el sacerdote estaba sonriendo.

—¿Qué demonios te pasa? ¡Piensa algo! —insistió Orville.

—Ya lo hice. Cuando esta mañana entramos en el sistema de la Kayn Tower nos fue imposible acceder a la subrutina del ordenador que abre las puertas de este ascensor.

—Era puñeteramente imposible —se lamentó Orville, a quien no le gustaba nada perder, y con aquel maldito *firewall* había perdido estrepitosamente.

—Puede que seas un buen espía y que domines algunos trucos... pero todavía te falta algo esencial para ser un buen *hacker*: pensamiento lateral —dijo Albert cruzando los brazos tras la cabeza y relajándose como si estuviera en el salón de su casa—. Usar ventanas cuando se atrancan las puertas. O en este caso, intercambiar la subrutina de posición del ascensor. Un paso



sencillo que no estaba bloqueado. Ahora el ordenador piensa que el ascensor está en el piso 39 en vez de en el 38.

—¿Y? —dijo Orville, un poco molesto ante el pavoneo del sacerdote, pero expectante.

—Pues que, amigo mío, los protocolos de emergencia de esta ciudad están obligados a hacer descender todos los ascensores a la última planta disponible y abrir las puertas después.

En ese instante, con una ligera sacudida, el ascensor comenzó a ascender, ante los asombrados gritos de los vigilantes de fuera.

—Arriba es abajo y abajo es arriba —dijo Orville, aplaudiendo en mitad de una nube desinfectante con olor a menta—. Un genio. Eres un genio.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 06.43*

Fowler no estaba dispuesto a arriesgar otra vez la vida de Andrea. Y sin embargo usar el teléfono satélite sin protección era una locura.

No era propio del ex mayor cometer semejante error de juicio dos veces. Aquella iba a ser la tercera.

La primera había sido la noche anterior. El sacerdote levantó la vista de su breviario cuando el equipo de excavación salió de la cueva con el cuerpo medio muerto del profesor Forrester a cuestas. Andrea fue corriendo hacia él y le contó lo que había sucedido. La joven le dijo que estaban seguros de que una caja de oro se ocultaba dentro de aquel lugar, y Fowler no dudó más. Aprovechando el revuelo causado por la noticia, llamó a Albert, que le explicó que lanzaría su último intento por recabar más datos de los terroristas y de *Huqan* al filo de la medianoche en Nueva York, una hora después del amanecer en Jordania. La llamada duró exactamente trece segundos.

La segunda ocurrió una hora atrás, cuando Fowler se saltó su propio horario y llamó a Albert por su cuenta. Fueron seis segundos escasos. Dudaba que el escáner hubiera podido localizar y precisar la llamada.

La tercera iba a producirse en seis minutos y medio.

*Albert, por Dios. No me falles.*

KAYN TOWER

Nueva York

*Miércoles, 19 de julio de 2006. 23.45*

—¿Por dónde crees que entrarán?

—Supongo que traerán un equipo de SWAT y se descolgarán desde el tejado con cuerdas, atravesarán los cristales a balazos y todo ese rollo.

—¿Un equipo de SWAT para dos ladrones desarmados? ¿No crees que es matar moscas a cañonazos?

—Míralo de este modo, Orville: dos desconocidos han irrumpido en la suite privada del multimillonario más paranoico del planeta. Alégrate de que no nos bombardeen. Y ahora déjame concentrarme. Para ser el único con acceso a esta planta tiene un ordenador muy protegido.

—No me digas que después de lo que nos ha costado llegar hasta aquí no puedes entrar en su ordenador.

—Yo no he dicho eso. Digo que me va a llevar al menos diez segundos más.

Albert se limpió el sudor de la frente y dejó que sus manos volasen por el teclado. Ni siquiera el mejor *hacker* del mundo puede entrar en una computadora que no está integrada en el sistema. Ése había sido el problema desde el principio. Se habían partido la cabeza durante días para localizar el ordenador de Russell, algo que había resultado imposible porque en cuestiones de informática aquella planta simplemente no pertenecía a la Kayn Tower. Como había descubierto con asombro al entrar, tanto Russell como el multimillonario usaban sendos ordenadores conectados a Internet y entre sí por tarjetas 3G, una de las cientos de miles que funcionaban en Nueva York. Sin aquel dato crucial, Albert podría haber buscado por la red dos ordenadores invisibles durante décadas.

*Deben pagar más de quinientos dólares diarios por el ancho de banda y las llamadas. ¿Pero qué es eso cuando vales miles de millones? Sobre todo cuando mantienes a los de nuestra clase alejados con un truco tan sencillo,* pensó Albert.

—Creo que lo tengo —dijo el sacerdote. La pantalla pasó del fondo negro con letras blancas de la consola de comandos al brillo azulado que indicaba el inicio del sistema operativo—. ¿Ha habido suerte con el disco?

Orville había revuelto los cajones y el único armario del discreto y elegante despacho de Russell, desparramando los papeles por la elegante alfombra. En un arrebató absurdo estaba

ahora arrancando los cuadros de las paredes, buscando una caja fuerte inexistente o rajando la parte baja de sillones con un abrecartas de plata.

—Parece que no hay nada —dijo Orville, empujando con el pie una de las sillas de confidente y colocándose al lado de Albert. Las vendas de sus manos volvían a estar cubiertas de sangre, y el joven se ponía pálido por momentos.

—Qué hijo de puta paranoico. Sólo se comunicaban entre sí. Ningún e-mail de fuera. Russell debe de tener otro ordenador con el que dirige la empresa.

—Seguro que es el que se ha llevado a Jordania.

—Necesito tu ayuda. ¿Qué buscamos?

Un minuto después, tras teclear todas las claves de búsqueda que se le ocurrieron, Orville se dio por vencido.

—Es inútil. No hay nada. Y si había algo, lo ha borrado.

—Eso me da una idea. Espera —dijo Albert, sacando una llave USB de su bolsillo y conectándola a la CPU—. Este programita permite recuperar los datos de los sectores borrados del disco duro. Podemos extender la búsqueda aquí.

—De acuerdo. Busca GlobalInfo.

—¡Ahora!

Con un zumbido, una lista de 14 archivos apareció en la ventana de búsqueda del programa. Albert los abrió todos a la vez.

—Son archivos html. Páginas web guardadas. ¿Te suena alguno?

—Sí, yo mismo las guardé. Son conversaciones de servidor, como yo las llamo. Los terroristas nunca se envían e-mails para preparar sus atentados, como en las películas. Cualquier idiota sabe que un correo electrónico puede cruzar veinte o treinta servidores antes de alcanzar su destino, así que nunca sabes quién puede estar mirando. Lo que hacen es pasarse unos a otros la clave de una cuenta gratuita y escriben sobre el borrador del e-mail. El correo nunca va a ninguna parte, porque todos están accediendo a un solo punto... y...

Orville se quedó parado mirando la pantalla, tan asustado que por un momento se olvidó de respirar. Lo impensable, lo que nunca había imaginado se reveló de repente ante sus ojos.

—Esto no está bien.

—¿El qué, Orville?

—Yo... *hackeo* miles y miles de cuentas todas las semanas. Cuando grabamos los archivos de una web al servidor, sólo guardamos el texto. De lo contrario las imágenes llenarían por completo nuestros discos duros. El resultado es feo, pero se entiende.

El joven alzó un dedo tembloroso, señalando a la pantalla, donde la conversación entre los terroristas en una cuenta de correo Maktoob.com aparecía con coloridos botones y demás imágenes.

—Alguien entró a Maktoob.com desde el navegador de este ordenador, Albert. Aunque luego las borrarán, sus imágenes se quedaron en la caché. Y para poder entrar en Maktoob...

Albert comprendió, incluso antes de que el aturdido joven terminara.

—Tenía que conocer la clave.

Orville asintió.

—Es Russell, Albert. Russell es *Huqan*.

En ese momento, unos balazos hicieron añicos la ventana.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 06.49

Fowler miraba atentamente la esfera de su reloj. Nueve segundos antes de la hora prevista, ocurrió lo que menos se podía esperar.

Albert estaba llamando.

El sacerdote había salido a la entrada del cañón dispuesto a llamar desde allí, un lugar en el punto ciego del tirador situado en el risco más al sur. Justo en el momento en el que encendió el teléfono para llamar a Albert, entró su llamada. Fowler supo instantáneamente que algo no iba bien, pues Albert tenía claro que llamar durante aquel viaje estaba prohibido.

—¿Albert? —descolgó—. ¿Qué sucede?

Al otro lado del teléfono había muchas voces gritando. Anthony intentó comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Arroje el teléfono al suelo!

—¡Oficial, voy a realizar esta llamada! —la voz de Albert sonaba alejada, como si no tuviese el teléfono en la oreja—. ¡Es de vital importancia para la seguridad nacional!

—¡Que lo suelte, joder!

—Ahora bajaré el brazo lentamente y hablaré. Si ve algo sospechoso, dispáreme.

—¡Es mi último aviso!

—Anthony —la voz del valiente Albert sonó con claridad. Finalmente se había puesto el auricular—. ¿Me copias?

—Sí, Albert.

—Russell es *Huqan*. Confirmado. Ten cuidado.

La comunicación se interrumpió. Fowler sintió cómo un estremecimiento recorría su cuerpo como una ola. Se dio la vuelta, dispuesto a correr hacia el campamento, cuando el mundo se vino abajo.

INTERIOR DE LA TIENDA COMEDOR,  
CINCUENTA Y TRES SEGUNDOS ANTES

Andrea y Harel se detuvieron en la puerta de la tienda comedor cuando vieron a David Pappas corriendo hacia ellas. El arqueólogo traía la camiseta manchada de sangre y los ojos desencajados.

—¡Doctora, doctora!

—¿Qué demonios ocurre, David? —respondió ésta, del mismo humor de perros que arrastraba desde que el atentado había dejado seca su cafetera.

—Es el profesor. No se encuentra bien.

David se había ofrecido a quedarse con él para que Andrea y Doc pudieran ir a desayunar. Tan sólo el estado del profesor había retrasado el derribo del muro, por el que Russell había insistido mucho la noche anterior. Pero David se negó a abrir la cavidad hasta saber si el profesor podría recuperarse y acompañarles. Andrea —cuya opinión sobre Pappas había empeorado en las últimas horas— sospechaba que simplemente le daba a Forrester el tiempo necesario para quitarse de en medio.

—De acuerdo —suspiró Doc—. Vete adentro, Andrea. No tiene sentido que las dos nos perdamos el desayuno —dijo, la cabeza medio vuelta hacia ella, mientras comenzaba a trotar hacia la enfermería.

La periodista echó un vistazo dentro. Zayit y Peterke la saludaron con la mano. A Andrea le caían muy bien el mudo cocinero y su simpático ayudante, pero los únicos ocupantes de las mesas en ese momento eran dos de los soldados, Aldys y Maloney, que se sentaban con sus bandejas. A Andrea le extrañó que sólo estuvieran ellos dos, ya que solían desayunar casi todos juntos, dejando durante media hora tan sólo a un centinela en el risco sur —de hecho era el único momento del día en el que se reunían todos en un mismo sitio—. Como la compañía no le gustaba demasiado, decidió darse la vuelta y echar a correr detrás de Doc para ver si podía servir de algo

*aunque mis conocimientos médicos sean tan pobres que aún me pongo las tiritas al revés*

cuando ella se giró y, corriendo hacia atrás, gritó:

—¡Hazme un favor! Tráeme un café supergigante, ¿quieres?

Andrea puso un pie en el interior de la cafetería calculando cuál sería la mejor ruta para esquivar a los sudorosos mercenarios que se inclinaban como orangutanes sobre su comida cuando estuvo a punto de tropezar con Nuri Zayit. El cocinero debía de haber sido testigo de la escena, porque le tendió a Andrea una bandeja con dos vasos grandes de café instantáneo y un plato de tostadas.

—Sucedáneo soluble con leche, ¿verdad, Nuri?

El mudo sonrió, encogiéndose de hombros. No era culpa suya.

—Ya lo sé, hombre. Oye, igual esta noche había brotado agua de una roca y todo ese rollo bíblico. Muchísimas gracias de todas maneras.

Despacio y procurando no volcar la bandeja —pues en su fuero interno Andrea era consciente de que tenía un serio problema de coordinación, aunque jamás lo admitiría en voz alta — se dirigió de vuelta a la enfermería. Nuri la despidió con la mano desde la entrada sin perder la sonrisa.

Entonces ocurrió.

Andrea sintió que una mano gigante la levantaba del suelo y la hacía recorrer dos metros en el aire antes de dejarla caer de nuevo. Sintió un fuerte dolor en el brazo derecho y un terrible calor en el pecho y en la espalda. Se dio la vuelta a tiempo de ver miles de pequeños fragmentos de tela ardiendo, volando por el cielo, consumiéndose en pocos segundos. Una columna de humo negro era todo lo que quedaba en el lugar en donde dos segundos atrás se alzaba el comedor. En lo alto, el humo se mezclaba con otro diferente, mucho más negro. Andrea no pudo discernir su procedencia. Con mucho cuidado se palpó el pecho y encontró su camiseta empapada de un líquido viscoso y caliente.

En ese momento llegó Doc, que se inclinó sobre ella con la cara enrojecida.

—¿Estás bien? Oh, Señor. ¿Estás bien, mi vida?

Andrea fue consciente de que le estaba gritando, aunque ella la escuchaba muy lejos, a través de un pitido persistente. Sintió cómo le palpó el cuello y los brazos.

—Mi pecho.

—No pasa nada. Está bien. Sólo es café.

Andrea se incorporó con cuidado y vio que se había derramado encima parte del contenido de los vasos. Su mano derecha seguía aferrando la bandeja, mientras que el brazo izquierdo se había golpeado con una roca. Movié los dedos con miedo, pero por suerte no había nada roto aunque sentía todo aquel lado entumecido.

Mientras varios aturridos miembros de la expedición intentaban apagar el fuego con cubos de arena, Doc se concentró en curar las heridas de Andrea. La joven tenía contusiones por todo el lado izquierdo, el pelo y la piel de la espalda ligeramente chamuscados y seguía oyendo el pitido persistente.

—Se te irá reduciendo. Tres o cuatro horas y podrás mantener una conversación normal sin dejarnos sordos a nosotros —dijo Doc, guardando el otoscopio en el bolsillo del pantalón.

—Lo siento —dijo Andrea, casi gritando sin darse cuenta. Estaba llorando.

—No tienes nada que sentir.



—Él... Nuri... me acercó el café. Si hubiera entrado dentro a cogerlo yo misma, ahora estaría muerta —dijo Andrea, intentando susurrar—. Podría haberlo invitado a fumar un cigarro. Podría haberle devuelto el favor de salvarme la vida.

Harel señaló alrededor. Habían volado por los aires la tienda comedor y el camión depósito de gasolina. Dos explosiones distintas y simultáneas. Cuatro personas se habían convertido en cenizas.

—El único que tiene que sentir algo es el hijo de puta que ha hecho esto.

—No se preocupe, señora, que aquí lo traemos —dijo Torres. Él y Jackson caminaban con el cuerpo medio inclinado, arrastrando por los pies un bulto oscuro y esposado. Lo dejaron en el centro de la plaza de tiendas, ante la mirada atónita de los miembros de la expedición.

Ninguno de ellos podía creer lo que estaba viendo.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 06.49

Fowler se llevó la mano a la frente. Estaba sangrando. La explosión del tanque de gasolina le había arrojado al suelo y se había golpeado contra algo. Intentó dar un paso hacia el campamento, con el teléfono móvil aún en la mano. En medio de la bruma de su visión y de un humo espeso, vio como dos de los soldados se acercaban a él con las armas preparadas.

—Has sido tú, ¡hijo de puta!

—Mira, aún lleva el móvil en la mano.

—Es lo que usaste para activarlas, ¿eh, cabrón?

Una culata lo golpeó en la cabeza. Cayó al suelo pero no sintió las patadas ni cómo se le rompieron tres costillas. Perdió el sentido mucho antes.

—Es ridículo —gritó Russell, que se había unido al grupo que rodeaba el cuerpo inconsciente del padre Fowler. Dekker, Torres, Alryk y Jackson por parte de los soldados; Eichberg, Hanley y Pappas del personal civil.

Con la ayuda de Harel, Andrea intentaba a su vez ponerse de pie y acercarse al círculo de caras amenazadoras y tiznadas de humo negro.

—No es ridículo, señor —dijo Dekker, arrojando el teléfono satélite de Fowler al suelo—. Llevaba esto encima cuando lo encontramos junto al depósito de gasolina. Gracias al escáner sabemos que hizo una llamada breve esta madrugada, y ya sospechábamos de él. En lugar de acudir todos a desayunar nos escondimos y tomamos posiciones para vigilarle. En qué hora.

—Sólo es... —empezó a decir Andrea, pero Harel le tiró muy fuerte del brazo.

—Cállate. Así no le ayudarás —le susurró.

*Exacto. ¿Qué voy a decir, que es el teléfono secreto con el que se comunicaba con su contacto de la CIA? No es la mejor de las defensas, idiota.*

—Es un teléfono. Algo ciertamente prohibido en la expedición, pero no es suficiente para acusar a este hombre —dijo Russell.

—Tal vez por sí solo no, señor. Pero mire lo que hemos encontrado en su maletín.

Jackson arrojó el maletín despanzurrado al suelo. Lo habían vaciado y levantado el forro del fondo. Pegado a la base había un compartimento que almacenaba pequeñas barritas de algo que a

Andrea le pareció mazapán.

—Es C4, señor Russell —siguió Dekker.

Aquella revelación los dejó a todos sin aliento un instante. Y entonces Alryk comenzó a chillar y desenfundó su pistola, acercándose a Fowler.

—Ese cerdo mató a mi hermano. Déjeme meterle una bala en su puta cabeza —dijo el enorme teutón, que parecía fuera de sí.

—Ya he oído suficiente —dijo una voz suave y autoritaria.

El círculo se abrió, y Raymond Kayn se acercó al cuerpo inconsciente del sacerdote. Se inclinó sobre él, las manos a la espalda, una figura de negro y la otra de blanco.

—Alcanzo a entrever las razones que llevaron a este hombre a hacer lo que hizo. Pero esta empresa se ha demorado mucho, y no se verá retrasada nunca más. Pappas, regrese al trabajo y derribe ese muro.

—Me niego a hacerlo, señor Kayn, sin saber lo que está sucediendo aquí —respondió el arqueólogo.

Brian Hanley y Tommy Eichberg se cruzaron de brazos y se colocaron al lado de Pappas. Pero Kayn apenas les dedicó una segunda mirada.

—¿Señor Dekker?

—¿Señor? —dijo el enorme sudafricano.

—Por favor, imponga un poco de disciplina. El tiempo de las contemplaciones terminó.

—Jackson —dijo Dekker, haciendo una seña.

La mercenaria levantó su M4 y encañonó a los tres disidentes.

—Esto tiene que ser una broma —rezongó Eichberg, cuya gruesa y colorada nariz estaba a pocos centímetros del cañón de la metralleta de Jackson.

—No lo es, bonitos. Caminad u os hago un culo nuevo —dijo Jackson, amartillando el arma con sonido metálico y amenazador.

Ignorando a los que se acababan de marchar, Kayn se dirigió hacia Doc y Andrea.

—En cuanto a ustedes, señoritas, ha sido un placer contar con sus servicios. El señor Dekker garantizará su traslado con total seguridad a la *Behemot*.

—¿Qué dice? —aulló Andrea, que pese a sus dificultades para oír había entendido muy bien la primera frase—. ¡Maldito hijo de puta! Ellos van a sacar el Arca en unas horas, joder. Déjeme quedarme hasta mañana. Me lo debe.

—¿Acaso le debe algo el pescador a su gusano? Llévensela. Ah, y asegúrense de que se van con lo puesto. No la dejen llevarse el disco duro con las fotos que ha hecho aquí.

Dekker llamó aparte a Alryk y le habló en voz baja.

—Llévalas tú.

—Y una mierda. Quiero quedarme para tratar con el cura. Acaba de matar a mi hermano —dijo el alemán, con la mirada perdida y los ojos inyectados en sangre.

—Estará vivo cuando regreses. Haz lo que te ordeno. Torres te lo mantendrá calentito.

—Joder, coronel. Hay al menos tres horas de ida y tres de vuelta hasta Aqaba, a velocidad total con el coche. Si Torres le pone la mano encima, cuando yo llegue no quedará nada de él.

—Créeme, Gottlieb. Estarás de vuelta en una hora.

—¿A qué se refiere, señor?

Dekker le miró fijamente, molesto por lo obtuso del cerebro de su subordinado. Le fastidiaba tener que explicarse demasiado.

—Zarzaparrilla, Gottlieb. Y hazlo rápido.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 07.14*

En la parte de atrás del H3, Andrea entrecerraba los ojos intentando lidiar con el polvo que entraba a través de las ventanillas. La onda expansiva de la explosión del tanque de gasolina había destrozado los cristales y rajado el parabrisas, y a pesar de que Alryk había tapado los huecos con cinta aislante y un par de camisas de camuflaje —de lo contrario el todoterreno hubiera sido ingobernable—, la prisa con la que había realizado el trabajo había dejado pequeñas grietas por las que se colaba la arena. Doc se había quejado al mercenario, pero éste no había respondido. Sujetaba el volante con ambas manos, los nudillos blancos y la boca tensa. Había salvado la enorme duna de la entrada del cañón en tan sólo tres minutos y ahora pisaba el acelerador como si le fuera la vida en ello.

—No es el viaje más cómodo del mundo pero al menos volvemos a casa —dijo Doc, poniendo la mano en el muslo de Andrea. Ésta le sujetó la mano muy fuerte.

—¿Por qué lo haría, Doc? ¿Por qué llevaba explosivos en el maletín? Dime que todo esto es un montaje —la voz de la joven era casi una súplica.

La doctora se inclinó sobre ella, de forma que Alryk no pudiera oírles desde el asiento delantero, aunque con el ruido del motor y del viento agitando la improvisada cobertura de las ventanillas Andrea dudaba que el alemán pudiera oírlos si ellas no gritaban.

—No lo es, Andrea. Los explosivos eran suyos.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Andrea, mirándola ahora muy seria.

—Porque él me lo dijo. Después de lo que descubriste bajo la tienda de los soldados, Fowler me pidió ayuda para un plan descabellado: volar el suministro de agua.

—¿Qué dices, Doc? ¿Tú sabías algo de esto?

—Él vino aquí por ti, Andrea. Te salvó la vida una vez, y según el código de honor por el que se rigen los de su clase, eso le obliga a prestarte ayuda cada vez que la necesites. De alguna manera que desconozco fue su jefe quien te involucró en todo esto para asegurarse de que él estaría aquí.

—¿Por eso Kayn dijo lo del gusano?

—Para ellos sólo eras algo que les servía para controlar a Fowler. Todo ha sido una mentira desde el principio.

—¿Y ahora qué pasará con él?

—Olvídalo. Lo interrogarán y después... desaparecerá. Y, antes de que digas nada: ni se te pase por la imaginación volver allí.

La enormidad de aquella revelación dejó atónita a la periodista.

—¿Por qué, Doc? —Andrea se apartó de ella, asqueada—. ¿Por qué no me lo dijiste, después de todo este tiempo? Me juraste que no volverías a mentirme. Me lo juraste en mitad de un polvo, zorra. No sé cómo he podido ser tan estúpida de...

—Yo digo muchas cosas.

Una lágrima rodó por las mejillas de Doc, y cuando siguió hablando había un tono acerado en su voz.

—Su misión y la mía eran diferentes. Para mí sólo era otra más de las ridículas expediciones que aparecen de tanto en tanto. Ya te lo dije. Pero él sabía que podía ser real. Y si lo era tendría que hacer algo al respecto.

—¿El qué? ¿Volarnos a todos en pedazos?

—No sé quién fue el que ha puesto las bombas de esta mañana pero, créeme, no fue Anthony.

—Y tú no has dicho nada.

—No podía hablar sin implicarme —dijo Harel apartando la mirada—. Sabía que nos sacarían de allí. Yo... quería estar contigo. Lejos de la excavación. Lejos de mi vida, supongo.

—¿Y qué hay de Forrester? Era tu paciente y lo has dejado allí.

—Murió esta mañana, Andrea. Justo antes de la explosión. Llevaba años enfermo, ya lo sabes.

La joven sacudió la cabeza.

*Ganaré el Pulitzer, pero ¿a qué precio?*

—No puedo creerlo. Tanta obsesión. Tantas muertes. Tanta violencia sólo por una absurda pieza de museo.

—¿Fowler no te lo ha explicado? Hay mucho más en juego de lo que...

Harel se interrumpió. El coche estaba aminorando la marcha.

—Esto no es normal —dijo Harel asomándose por las rendijas de la ventanilla—. Aquí no hay nada.

Una ligera sacudida y el Hummer se detuvo del todo.

—Eh, Alryk, ¿qué hace? —dijo Andrea—. ¿Por qué paramos?

El enorme alemán no dijo nada. Con parsimonia, quitó las llaves del contacto, puso el freno de mano y se bajó del coche dando un portazo.

—Mierda. No se atreverán —dijo Harel. Andrea percibió el miedo en la doctora, flameando como una bandera al viento.

Los pasos de Alryk resonaron sobre la arena. Estaba dando la vuelta al coche por detrás, acercándose a la puerta del lado de la doctora.

—¿Qué está pasando, Doc?

La puerta se abrió.

—Bajen —dijo Alryk con rostro inexpresivo.

—No puedes hacer esto —dijo Harel, sin moverse ni un milímetro—. Tu jefe no quiere enemistarse con el Mossad, Alryk. Somos muy mal enemigo.

—Ordenes son órdenes. Bajen.

—No a ella, al menos. Déjala marchar, por favor.

El alemán se llevó la mano al cinturón y desenfundó su pistola automática.

—Por la última vez. Bajen.

Harel miró a Andrea con resignación, se encogió de hombros y se agarró con ambas manos a la presilla situada sobre la puerta para bajar con seguridad.

De pronto, flexionó los músculos de los brazos y sosteniéndose sobre ambas manos lanzó los pies hacia delante, impactando en el pecho de Alryk con sus gruesas botas. El alemán soltó la pistola, que cayó sobre la arena, y Harel se lanzó sobre él con la cabeza por delante, logrando derribarle. La doctora se incorporó enseguida y le dio un puntapié que impactó en la cara del mercenario, reventándole una ceja y hundiéndole un ojo. Doc levantó el pie sobre su rostro, dispuesta a terminar el trabajo, pero el soldado se incorporó y le agarró el pie con la enorme mano, girándolo brutalmente a la izquierda. Hubo un crujido de huesos rompiéndose, y Doc cayó al suelo.

El mercenario se levantó y se dio la vuelta. Andrea se dirigía hacia él dispuesta a golpearle, pero el mercenario se la quitó de encima con un revés de la mano que dejó la mejilla de Andrea de un intenso color escarlata. Andrea cayó de culo, notando algo duro bajo el trasero.

Mientras, Alryk se inclinó y agarró con la mano izquierda la inmensa mata de pelo rizado de la doctora y tiró de ella, levantándola como si fuera una zanahoria hasta poner el rostro de ella junto al suyo. Harel estaba aturdida, pero aún acertó a mirar fijamente a los ojos del soldado y escupirle con desprecio.

—Jódete, montón de mierda.

El alemán le devolvió el escupitajo, y después alzó la mano derecha, armada con su cuchillo de combate. Lo hundió en el estómago de la doctora con todas sus fuerzas, deleitándose en los ojos desorbitados y la boca abierta de su víctima, que luchaba por respirar. Retorció el cuchillo en la herida, en un movimiento circular, y después lo retiró con fuerza. Una oleada de sangre brotó con fuerza, manchando el regazo y las botas del mercenario, que soltó a Doc con disgusto.

—¡NOOOO!

El mercenario se volvió hacia Andrea, que había aterrizado sobre la pistola y había intentado descubrir dónde demonios estaba el seguro cuando el ruido del cuchillo hundiéndose en las tripas de Doc y el estertor agónico de su amante le hicieron alzar la cabeza. Gritó con todas sus fuerzas y apretó el gatillo.

La automática se encabritó en sus manos y le dejó los dedos entumecidos —no había disparado un arma en su vida, y así fue el resultado—. El disparo pasó junto al soldado sin rozarle y se estrelló en la portezuela del Hummer. Alryk, gritando algo en alemán, se abalanzó sobre ella. Andrea disparó tres veces más, casi sin mirar.

Una bala se perdió en el aire.

Otra reventó un neumático del todoterreno.

La tercera entró por la boca abierta del mercenario, que por pura inercia de sus noventa y cuatro kilos continuó su trayectoria hacia el cuerpo de Andrea, aunque sus manos ya no buscaban arrebatarse el arma y estrangularla, sino que colgaban inertes a los costados del cuerpo. Se desplomó boca arriba, intentando hablar y emitiendo gárgaras de sangre por la boca abierta. Andrea vio horripilada que el disparo le había arrancado varios dientes. Se hizo a un lado, aún apuntándole —aunque de no haber conseguido herirle de casualidad esto hubiera servido de

poco, ya que la mano le temblaba y sus dedos estaban casi sin fuerza, con el brazo magullado por el retroceso—, y esperó.

El alemán tardó casi un minuto en morir. La bala le había partido el cuello, dejándolo inmóvil, y fue su propia sangre la que bloqueó su tráquea y le ahogó.

Cuando estuvo segura de que Alryk ya no era una amenaza, Andrea corrió hacia Harel, que se desangraba en la arena. Le hizo incorporarse, procurando no mirar los intestinos desgarrados que se le escapaban por la enorme herida que Harel intentaba inútilmente taponar con sus propias manos.

—Aguanta, Doc. Tú dime qué hay que hacer y te sacaré de ésta, aunque sea sólo para patearte el culo por haberme mentido.

—No te esfuerces —respondió Harel con un hilo de voz—. Estoy jodida. Créeme. Soy médica.

Andrea sollozó, pegando su frente a la de ella. Doc retiró una de sus manos de la herida y tomó una de las de la periodista entre las suyas.

—No. Dime que no es verdad.

—Ya te he mentado bastante. Quiero que hagas una cosa por mí.

—Lo que sea.

—Dentro de un minuto quiero que te subas al Hummer y te dirijas hacia el oeste por este camino de cabras. Debemos estar a 150 kilómetros de Aqaba, pero deberías poder alcanzar la carretera —hizo una pausa por el esfuerzo y apretó los dientes de puro dolor— en unas dos horas. Síguela entonces hacia el norte, y si ves a alguien deja el Hummer y únete a ellos. El coche lleva un marcador GPS, y yo lo que quiero es que te pierdas. ¿Me juras que lo harás?

—Te lo juro.

Harel se retorció agónicamente. La fuerza con la que sujetaba la mano de Andrea decrecía por momentos.

—Ves, nunca debí haberte dicho mi verdadero nombre. Quiero que hagas otra cosa por mí. Dilo en voz alta. Nadie lo ha hecho nunca.

—Chedva.

—Grítalo fuerte.

—¡Chedva!

Un cuarto de hora después la vida de Chedva Harel se extinguió para siempre.

Cavar el agujero en la arena con sus propias manos fue para Andrea una prueba durísima. No por el esfuerzo, sino por lo que significaba. Por lo efímero del gesto y porque Chedva había muerto en parte por los acontecimientos que ella había desencadenado. Hizo el hoyo de apenas tres palmos de hondo, y luego lo señaló con la varilla de la radio del coche y un círculo de piedras.

Cuando terminó, Andrea buscó agua en el todoterreno con poco éxito. La única que pudo encontrar fue la que colgaba en la cantimplora del soldado, llena en tres cuartas partes. Cogió también su gorra, aunque tuvo que ajustársela con un imperdible que encontró en uno de sus propios bolsillos para evitar que se le cayese. Se hizo también con una de las camisas colocadas sobre las ventanillas destrozadas y con un delgado tubo de acero que encontró en el maletero del



Hummer. Arrancó los dos limpiaparabrisas e introdujo las varillas en el interior del tubo. Luego colocó encima la camisa, improvisando de esta manera un parasol rudimentario.

Volvió al camino, del que el Hummer se había apartado unos pocos metros. Por desgracia, cuando Doc la había obligado a jurar que volvería a Aqaba, no sabía nada del balazo que había destrozado el neumático, porque ella estaba de espaldas. Aunque pretendiese hacer honor al juramento —que no era el caso—, le hubiera resultado imposible cambiar la rueda a ella sola, porque por más que buscó en el Hummer no encontró un gato. En aquel terreno irregular el coche no sería capaz de andar ni cien metros sin una rueda delantera.

Miró hacia el oeste, donde apenas se entreveía el camino, una fina línea de tierra más clara que serpenteaba entre las dunas.

*Ciento cincuenta kilómetros a pleno sol, casi cien hasta la carretera. Eso son por lo menos dos días caminando a 40 grados antes de soñar con encontrarme con alguien. Y yo aquí no llevo agua ni para seis horas. Eso contando con que no me perdiese por ese camino casi invisible, o con que cuando esa panda de hijos de puta saque el Arca no me encuentre en su camino de vuelta.*

Miró hacia el este, donde la huella de las rodadas del Hummer aparecía bien visible.

*A doce kilómetros en esa dirección hay coches, agua y la noticia del siglo, pensó, comenzando a caminar. Por no hablar de un montón de gente que quiere matarme. Aún tengo alguna posibilidad de recuperar mi disco duro y de ayudar al cura.*

*Aunque... que me cuelquen si sé cómo.*

CRIPTA DE LAS RELIQUIAS,  
TRECE DÍAS ANTES

—¿Quieres un poco de hielo para esa mano? —dijo Cirin.

Fowler sacó un pañuelo del bolsillo y se cubrió los nudillos, que sangraban por varios cortes. Esquivando a fray Cesáreo, aún afanado en recomponer el nicho que Fowler acababa de destrozar de un puñetazo, se acercó al jefe de la Santa Alianza.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Camilo?

—Quiero que la traigas, Anthony. Si es cierto, si existe, el lugar para el Arca es una cámara acorazada a cincuenta metros por debajo del Vaticano. No es el momento para que ande suelta por el mundo, en manos equivocadas. Ni siquiera para que se conozca su existencia.

Fowler apretó los dientes con una rabia fría, ante la megalomanía de Cirin, o de quienquiera por encima de él —tal vez el Papa en persona— que hubiera decidido el destino del Arca. Lo que le estaba pidiendo iba más allá del compromiso que pesaba sobre su vida como dos losas de piedra. Los riesgos de aquella misión eran incalculables.

—Nosotros la guardaremos —insistió Cirin—. Nosotros sabemos esperar.

Fowler asintió.

Iría a Jordania.

Pero él también era capaz de tomar sus propias decisiones.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 09.23

—Despierta, curita.

Fowler recuperó poco a poco el sentido sin saber dónde se encontraba, sólo que le dolía todo el cuerpo. Sentía los brazos inmovilizados con unas esposas por encima de la cabeza, y por lo que notaba a su espalda debía de estar amarrado a la pared del cañón.

Al abrir los ojos comprobó que no se equivocaba, así como tampoco al reconocer la voz que lo instaba a despertarse. Torres estaba frente a él, y mostraba algo que al sacerdote lo asustaba mucho.

Una enorme sonrisa.

—Sabes, sé que me entiendes —dijo el mercenario, en español—. Y prefiero hablarte en mi idioma. Domino mucho más sus sutilezas.

—No hay demasiada sutileza en tu organismo —le respondió el cura también en castellano.

—Te equivocas, cura. Al contrario. Una de las cosas por las que me hice famoso en mi Colombia natal es por cómo he sabido siempre usar los elementos a mi favor. Pequeños amigos que hagan mi trabajo.

—Fuiste tú quien puso los escorpiones en el saco de la señorita Otero —dijo Fowler intentando tirar discretamente de las esposas. No sirvió de nada. Estaban clavadas firmemente a la roca con varias espiguillas de acero.

—Aprecio tus afanes, curita. Pero por más que jales no se moverán —dijo Torres, que advirtió los esfuerzos de Fowler—. Pues sí, yo quería arreglar a la chapetona<sup>[30]</sup>, pero no salió bien. Como te iba diciendo, debía esperar a nuestro amigo Alryk pero creo que nos dejó metidos. Se debe estar dando el lote con las dos furcias de tus amigas. Espero que haya sido antes de volarles la chola. La sangre es terriblemente difícil de sacar de los uniformes.

Fowler dio un tirón involuntario de la cadena. Estaba ciego de rabia, y por un instante no pudo controlarse.

—¡Ven aquí, Torres! ¡Ven aquí!

—Ey, ey, *¿quihubo?* —dijo el otro disfrutando de la furia en el rostro de Fowler—. Me gusta verte tan emputecido. A mis amigas les va a encantar.

El sacerdote siguió la dirección en la que señalaba el dedo del mercenario. A poca distancia de sus pies había un pequeño montículo en la arena. Unas formas rojas se agitaban en su cúspide.

—*Solenopsis catusianis*, ¿sabes? No tengo ni idea de latín, pero sé que son unas hormigas de lo más perracas<sup>[31]</sup>. Ha sido una suerte encontrar un nido tan cerca, porque me encanta verlas camellar<sup>[32]</sup> y desde hace mucho no he podido...

El mercenario se agachó y cogió una piedra. Jugueteadando con ella, retrocedió varios pasos.

—Pero hoy nos lo vamos a pasar vaina, ¿eh, curita? Porque éstas tienen unos dientes de cagarse, pero eso no es lo más chévere. Es cuando te agarran con el aguijón y te inyectan el veneno. Déjame que enseñe.

Echó el brazo hacia atrás y levantó una rodilla, parodiando el gesto típico de los lanzadores de béisbol. Soltó la piedra, que voló derecha al montículo haciéndolo pedazos.

Fue como si una masa roja y pulsante cobrase vida sobre la arena. Las hormigas comenzaron a agitarse en todas direcciones, saliendo del nido a centenares por segundo. Torres retrocedió un poco más y volvió a lanzar una piedra, esta vez en arco. La piedra aterrizó a media distancia entre Fowler y el nido. La masa roja se quedó quieta durante un segundo y luego se abalanzó sobre la piedra, haciéndola desaparecer.

Torres se echó aún más atrás, muy despacio, y arrojó otra piedra, que quedó a menos de medio metro de Fowler. De nuevo se repitió la fagocitación de la piedra, y la masa pulsante quedó a veinte centímetros de los pies del sacerdote. Éste incluso podía oír las crepitar, un sonido repugnante y aterrador como el agitar de una bolsa de papel llena de uñas cortadas.

*Se guían por el movimiento. Ahora tirará otra piedra cerca de mí, y luego intentará que me mueva. Si lo hago, se acabó*, pensó Fowler.

Así sucedió. Una tercera piedra cayó a los pies del sacerdote, y las hormigas la cubrieron enfurecidas. Poco a poco las botas de Fowler fueron quedando sumergidas por la marea de hormigas que no paraba de vomitar el nido. Torres tiró varias piedras al centro de la masa, que se agitó y removió mientras el olor desprendido por los insectos aplastados enfurecía aún más al resto.

—Lo llevas fregado, curita —dijo Torres.

El mercenario lanzó otra piedra, pero esta vez no estaba dirigida al suelo. Ésta iba derecha a la cabeza de Fowler. Falló por medio centímetro y cayó en el centro de la marea roja, que se agitó en círculos concéntricos.

Torres se agachó de nuevo y escogió una piedra más pequeña y manejable. Apuntó cuidadosamente y soltó el brazo. El proyectil acertó a un lado de la frente del sacerdote, de la que brotó un hilo de sangre. Fowler reprimió una mueca de dolor.

—Ah, ya te ablandarás, curita. Pienso estar así toda la mañana.

El mercenario se agachó de nuevo en busca de munición, pero tuvo que desistir porque su walkie-talkie comenzó a sonar.

—Torres, aquí Dekker. ¿Dónde cojones estás?

—Haciéndome cargo del cura, señor.

—Deja eso para Alryk, que estará al llegar. Se lo prometí, y como dijo Schopenhauer, un gran hombre toma sus promesas por leyes divinas.

—Roger, señor.

—Hazte cargo de Nido 1.

—Con todo respeto, no es mi turno, señor.

—Con todo el respeto, como no estés en Nido 1 en menos de treinta segundos iré a buscarte y te sacaré la piel a tiras. ¿Me copias?

—Le copio, comandante.

—Me alegra oírlo. Corto y cierro.

Torres volvió a colocarse el walkie en el cinturón y comenzó a andar muy despacio hacia atrás. Las hormigas no le prestaron atención.

—Ya lo has oído, curita. Desde la explosión sólo somos cinco, así que vamos a demorar la vaina un par de horas, pero cuando me regrese estarás más blandito. Nadie puede aguantar tanto rato sin moverse.

Fowler vio cómo Torres doblaba el recodo de la pared del cañón en dirección a la entrada, pero el alivio no le duró mucho.

Algunas de las hormigas comenzaron a trepar por sus botas y se aventuraron por la pernera del pantalón.

INSTITUTO METEOROLÓGICO AL-QĀHIRA

El Cairo, Egipto

Jueves, 20 de julio de 2006. 09.56

Aún no eran las diez y la camisa blanca del funcionario del IMAQ mostraba unos profundos cercos de sudor que estaban a punto de unirse bajo su corbata. Llevaba toda la mañana al teléfono haciendo un trabajo que normalmente correspondería a otro, pero a aquellas alturas del verano todo el mundo que era alguien estaba en Sharm-El-Sheik fingiendo ser un experto buceador.

Sin embargo aquella tarea no podía ser pospuesta. La fiera que andaba suelta era demasiado peligrosa.

Por trigésima cuarta vez desde que había confirmado las lecturas de sus dispositivos, el funcionario descolgó el auricular y llamó a otro de los puntos afectados.

—Práctico de Aqaba.

—*Salaam aleikum*, soy Jawar Ibn Dawud, del Instituto Meteorológico Al-Qahira.

—*Aleikum Salaam*. Jawar, soy Najjar —aunque los dos hombres no se habían visto nunca, habían hablado por teléfono una docena de veces—. ¿Puedes llamar dentro de unos minutos? Tengo una mañana liada.

—Escucha, esto es importante. Esta madrugada hemos detectado una masa de aire caliente como el infierno que va en vuestra dirección.

—Un simún, ¿eh? ¿Pasará por aquí? Mierda, tengo que llamar a mi mujer para que quite la ropa del tendedero.

—Será mejor que dejes de bromear. Éste es uno de los más grandes que he visto nunca. Los gráficos se salen de la escala. Es muy, muy peligroso.

El funcionario casi pudo escuchar al práctico del puerto tragando saliva al otro lado del teléfono. Como todos los jordanos había aprendido a respetar y temer al simún, el viento mata hombres. Una tormenta de arena de movimientos circulares, que viajaba a 160 kilómetros por hora con vientos a 56 grados de temperatura. Los que tenían la desgracia de que un simún con toda su fuerza los cogiese a campo abierto morían instantáneamente de un paro cardíaco provocado por el golpe de calor. El súbito descenso de la humedad de sus cuerpos dejaba carcasas vacías y secas en el lugar donde minutos antes había un ser humano. Por suerte las modernas técnicas de detección permitían alertar a la población civil con algo de tiempo cuando el fenómeno se producía.

—Vaya. ¿Tienes un vector? —dijo el práctico, con la preocupación ahora sí patente en la voz.

—Salió del Sinaí hace unas horas. Creo que en Aqaba os tocará de refilón. Se alimentará de las corrientes de convención y explotará como una bomba en vuestro desierto Central. Tienes que hacer llamadas y que la gente haga llamadas.

—Ya sé cómo funciona la cadena, Jawar, gracias.

—Tú procura que hasta la noche nadie salga en barco, ¿vale? De lo contrario tendrás que recoger un montón de momias por la mañana.

Con disgusto, el funcionario colgó el teléfono.

## INTERIOR DE LA CUEVA

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 11.07*

Con un enorme esfuerzo, David empujó la cabeza de la perforadora a través de la abertura por última vez. Acababan de abrir una ranura de dos metros de ancho por nueve centímetros de alto, y gracias al Eterno el techo de la cámara al otro lado del muro no se había desplomado, aunque había habido algún ligero temblor causado por las vibraciones de la perforadora.

Las piedras ahora eran removibles con las manos desnudas, sin mayor esfuerzo para separarlas que el que haría falta para partir en dos una manzana. Levantarlas y apartarlas era otra cuestión, pues había muchísimas.

—Llevará al menos otro par de horas, señor Kayn.

El multimillonario había bajado a la cueva hacía media hora, al filo del mediodía. Se había colocado en una esquina, con ambas manos detrás de la espalda como era costumbre en él, y simplemente se había quedado mirando, aparentemente tranquilo. Había temido la experiencia del descenso al pozo, pero sólo a nivel racional. Llevaba toda la noche preparándose mentalmente, y no había sentido la compulsión atemorizada que le atenazaba el pecho. Su pulso se había acelerado, cierto, pero no más de lo que sería normal en un anciano de setenta y seis años que hiciese el primer descenso en arnés de su vida.

*No entiendo por qué estoy tan bien. ¿Es la cercanía del Arca lo que me cura? ¿O es este hermoso y estrecho útero, este pozo caluroso el que me calma y me acoge?*, se dijo Kayn.

Russell se acercó a él y le murmuró unas frases acerca de ir a buscar algo a su tienda. El multimillonario asintió, distraído en sus propios pensamientos, aunque no lo bastante como para no enorgullecerse de haberse liberado de la dependencia de Jacob. Lo quería como a un hijo, y le estaba muy agradecido por su abnegación, pero apenas podía recordar cuándo había podido pasar un rato sin Jacob al otro lado de la puerta, dispuesto a ofrecer una mano amiga o un sabio consejo. Cuánta paciencia había tenido el joven con él.

*Si no fuera por Jacob, nada de todo esto habría sucedido.*



TRANSCRIPCIÓN DE LA COMUNICACIÓN MANTENIDA  
ENTRE LA TRIPULACIÓN DE LA *BEHEMOT* Y JACOB RUSSELL  
EL 20 DE JULIO

MOISÉS 1: Behemot, aquí Moisés 1, ¿me recibe?

BEHEMOT: Aquí Behemot. Buenos días, señor Russell.

MOISÉS 1: Hola, Thomas. ¿Cómo se encuentra?

BEHEMOT: Ya lo sabe, señor. Muchísimo calor, pero creo que los que hemos nacido en Copenhague nunca tenemos bastante de eso. ¿En qué puedo ayudarle?

MOISÉS 1: Thomas, el señor Kayn necesitará aquí el BA-609 dentro de media hora. Haremos una recogida de urgencia. Dígale al piloto que cargue el máximo de combustible.

BEHEMOT: Señor, me temo que va a ser imposible. Hemos recibido una llamada del práctico del puerto indicando que hay una enorme tormenta de arena entre ustedes y nosotros. Han prohibido el tráfico aéreo hasta las 18.00 horas.

MOISÉS 1: Thomas, acláreme una cosa, por favor. ¿En el costado de su barco lleva usted pintado el símbolo del práctico del puerto de Aqaba o el logo de Kayn Industries?

BEHEMOT: El de Kayn Industries, señor.

MOISÉS 1: Ya me parecía. ¿Y ha oído por casualidad el nombre de la persona que necesita aquí el BA-609?

BEHEMOT: Ejem, sí, señor. El señor Kayn.

MOISÉS 1: Bien, Thomas, pues tenga la amabilidad de cumplir la orden que le he dado o usted y toda la tripulación de esa bañera se verán en la calle antes de un mes. ¿Me he expresado con claridad suficiente?

BEHEMOT: Meridiana, señor. El avión va hacia allí, señor.

MOISÉS 1: Siempre es un placer, Thomas. Corto y cierro.

## HUQAN

*Comenzó alabando el nombre de Alá el sabio, el santo, el misericordioso, el que le daría la victoria frente a sus enemigos. Lo hizo postrado en el suelo, sin más vestidura que una túnica blanca cubriendo su cuerpo. Frente a él había una palangana con agua.*

*Para estar seguro de que el agua alcanzase la piel bajo el metal, se quitó un anillo de oro blanco, regalo de su hermandad con la fecha en la que había terminado los estudios. Después se lavó ambas manos hasta las muñecas, poniendo énfasis en la piel entre los dedos.*

*Ahucó la mano derecha, la que nunca bajo ningún concepto permitía que tomase contacto con sus partes íntimas, y tomó un poco de agua. Se enjuagó la boca con el líquido tres veces, fuertemente.*

*Volvió a recoger agua en el hueco de la mano derecha, se la llevó hasta la nariz y aspiró fuertemente para limpiar las fosas nasales. Repitió tres veces la operación. Con la mano izquierda limpió los pasajes de agua, arena y mucosidad.*

*Usando de nuevo la mano izquierda, humedeció las puntas de sus dedos y se limpió la punta de la nariz.*

*Levantó la mano derecha y la sostuvo enfrente de su cara. Volvió a bajarla para sumergirla en la palangana, y lavó su cara desde la oreja derecha a la oreja izquierda, por tres veces.*

*Luego desde la frente a la garganta, tres veces más.*

*Se quitó el reloj y se lavó ambos antebrazos, primero el derecho y luego el izquierdo, con movimientos firmes, de la muñeca al codo.*

*Empapando las palmas de las manos, frotó su cabeza desde la frente a la nuca.*

*Pasó las puntas mojadas de los índices en el pabellón auditivo y dentro de ambos oídos. Luego los pulgares detrás de las orejas y los lóbulos.*

*Finalmente se lavó ambos pies hasta los tobillos, comenzando con el pie derecho e insistiendo más entre los dedos de los pies.*

*—Ash hadu an la ilaha illa Allah wahdahu la shariika lahu wa anna Muhammadan'abduhu wa rasuluh —recitó con fervor, resaltando el centro de su fe: que no hay más dios que Alá, que no tiene iguales, y que Mahoma es su sirviente y mensajero.*

*Así terminaba el ritual de la ablución. Así comenzaba su vida como guerrero de la jihad a cara descubierta. Ahora estaba preparado para matar y morir a mayor gloria de Alá.*

*Aferró la pistola, permitiéndose una breve sonrisa. Ya oía los motores del avión. Era hora de dar la señal.*

*Luego, con gesto solemne, Russell salió de la tienda.*

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 13.24*

El piloto del BA-609 se llamaba Howell Duke, y en sus veintitrés años de experiencia había acumulado dieciocho mil horas de vuelo pilotando todo lo que el hombre había construido y en todas las condiciones posibles. Aguantó preocupado en una ventisca de nieve en Alaska. Soportó genuinamente asustado una tormenta eléctrica sobre Madagascar. Pero nunca jamás había sentido el miedo auténtico y puro, esa sensación fría que te encoge las pelotas y la garganta y te rasca el alma con dedo de hielo.

Hasta hoy.

Volaba en mitad de un cielo completamente despejado, visibilidad plena y exprimiendo hasta el último caballo de potencia de los excelentes motores del avión. Aquel aparato no era el más rápido ni el mejor que había pilotado, pero con mucha diferencia era el más divertido. Podía ir a 510 kilómetros por hora y a la vez quedar clavado en mitad del aire como una nube majestuosa. Todo iba perfecto.

Bajó un segundo la vista para comprobar la altitud, el combustible y la distancia al objetivo. Cuando la volvió a alzar se quedó con la boca abierta. En el horizonte había algo que no estaba ahí un segundo antes.

A primera vista parecía una pared de arena de ciento treinta metros de alto y varios kilómetros de ancho. Dada la escasez de puntos de referencia en el desierto, Duke pensó al principio que estaba completamente quieta. Pero luego se dio cuenta de que se movía, y muy deprisa.

*Ya veo el cañón ahí delante. Joder, gracias a Dios que esto no ha pasado hace diez minutos. Debe de ser el simún acerca del que me advirtieron.*

Hizo un cálculo rápido. Al menos necesitaría tres minutos para aterrizar el avión, y aquella cosa estaba al menos a cuarenta kilómetros. Tardaría unos veinte minutos en alcanzar el cañón. Apretó el botón de conversión a modo helicóptero y notó la inmediata desaceleración del motor.

*Menos mal. Tengo tiempo de bajar el pájaro y empotrar mi culo en el agujero más estrecho que pueda encontrar. Si la mitad de las cosas que se cuentan de esa cosa son ciertas...*

Tres minutos y medio después el tren de aterrizaje del BA-609 se posaba en la explanada entre el campamento y la zona de la excavación.

Duke cortó el motor y, por primera vez en toda su carrera, no hizo las comprobaciones de seguridad finales. Se quitó el cinturón de seguridad y bajó del avión como si llevara brasas en los pantalones. Miró a izquierda y derecha y no vio a nadie.

*Tengo que avisar a todos. Dentro del cañón no tendrán visibilidad de esa cosa hasta medio minuto antes de tenerla encima.*

Corrió hacia la zona de tiendas —aunque aún no había decidido si estar en la tienda era suficientemente seguro— y se encontró con una figura vestida de blanco que caminaba hacia él. Tardó un poco en reconocerle.

—Ah, señor Russell. Veo que ha adoptado las costumbres locales —dijo Duke intentando bromear con voz nerviosa—. Verá, no sabe lo que he visto...

Russell estaba ya a tan sólo seis metros de distancia. En ese momento el piloto se dio cuenta de que llevaba una pistola en la mano y se detuvo.

—¿Señor Russell? ¿Qué sucede?

El ejecutivo no le dirigió la palabra ni le dio ninguna opción. Simplemente apuntó a su pecho y disparó tres veces en rápida sucesión. Llegó a su lado y volvió a disparar, esta vez a la cabeza, otras tres veces.

En una cueva cercana, O. escuchó los disparos y alertó al grupo.

—Hermanos, es la señal. Vamos allá.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 13.39*

—¿Acaso está borracho, Nido 3?

—Comandante, le digo que el señor Russell acaba de volarle el culo al piloto del avión y después se ha ido corriendo en dirección a la excavación. Solicito instrucciones.

—Joder. ¿Alguien tiene una visual de Russell?

—Señor, aquí Nido 2. Está subiendo la plataforma. Va vestido de una forma extraña. ¿Quiere que haga un disparo de advertencia?

—Negativo, Nido 2. No actúe hasta que sepamos más. Nido 1, ¿me recibes?

—...

—Nido 1, ¿me recibes?

—Nido 1. Torres, joder, coge el walkie.

—...

—¿Nido 2, tienes una visual de Nido 1?

—Sí señor. Torres no está, señor.

—Mierda santa. Vosotros dos, no quitéis la vista de la entrada de la excavación. Voy para allá.

EN LA ENTRADA DEL CAÑÓN,  
DIEZ MINUTOS ANTES

El primer aguijonazo fue en la zona de la pantorrilla, hacía veinte minutos.

Fowler había notado un dolor agudísimo. Por suerte había sido muy breve, dejando detrás un dolor sordo que comparado con el que le había precedido era como una palmada comparada con un trueno.

El sacerdote se las había arreglado para no gritar. Iba a apretar los dientes con furia, pero se forzó a no hacerlo. Usaría ese recurso con el siguiente aguijonazo.

Las hormigas no se habían aventurado más arriba de la rodilla en sus piernas, y Fowler no tenía la menor idea de qué pensaban que era él. Debía intentar no parecer comestible ni peligroso, y para ambas cosas sólo debía hacer una: no moverse.

El segundo aguijonazo dolió mucho más, tal vez porque ya sabía lo que venía después. El entumecimiento en la zona, la inevitabilidad, la sensación de impotencia.

A partir del sexto pinchazo perdió la cuenta. Puede que le hubieran picado doce, puede que veinte. No muchas más, pero se hallaba al límite de sus fuerzas. Había usado todos sus recursos. Apretar los dientes, morderse los labios, hinchar tan fuerte las ventanas de la nariz que podrían haber cabido tres dedos en su interior. En un momento dado, llevado por la desesperación, incluso se atrevió a retorcer las manos sobre las esposas.

Lo peor era la incertidumbre. No saber cuándo llegaría el siguiente pinchazo. Hasta aquel momento había tenido una inmensa suerte, ya que el grueso de las hormigas se había desplazado un par de metros hacia su izquierda, y sólo un par de centenares cubrían el suelo inmediatamente debajo de él. Pero sabía perfectamente que bastaba un movimiento brusco para que todas atacasen.

Necesitaba centrar su atención en algo que no fuera el dolor, o se rebelaría contra él y comenzaría a aplastar insectos con la bota. Tal vez matase a unos cuantos, pero tenía claro que en este caso la superioridad numérica era un factor más relevante que el poderío físico.

Un nuevo aguijonazo fue la gota que colmaba el vaso. El dolor le recorrió la pierna y explotó en sus genitales con una fuerza inusitada. Estaba a punto de perder la razón.

Por extraño que parezca, fue Torres quien le salvó la vida.

—Son tus pecados que te alcanzan, curita. Mordiéndote, uno a uno. Y como los pecados matan el alma poco a poco, así te estás muriendo tú.

Fowler alzó la mirada. El colombiano estaba frente a él, mirándolo con gesto burlón. Seguía manteniéndose alejado, casi a diez metros.

—Me entró la jartera de estar allá arriba, ya sabes. Y he venido a verte en tu infierno. Mira, así no nos molestarán —con la mano izquierda giró la rueda del walkie-talkie hasta apagarlo. Con la derecha le enseñó una piedra del tamaño de una pelota de tenis—. Y ahora, ¿por dónde íbamos?

El sacerdote agradeció enormemente la presencia de Torres. Le daba alguien a quien odiar. Alguien en quien centrar su odio. Y eso podía comprar unos segundos más de inmovilidad, unos segundos más de vida.

—Ah, sí —continuó el mercenario—, íbamos por que o pones tú el espectáculo, o lo pondré yo por ti.

Lanzó la piedra, que impactó en el hombro de Fowler y cayó cerca del grueso de las hormigas, que volvieron a convertirse de nuevo en la masa pulsante y letal en la que las había transformado la agresión contra su hogar.

Fowler cerró los ojos para intentar controlar el dolor. La piedra había impactado en el mismo sitio en el que dieciséis meses antes un asesino psicópata le había metido una bala. La zona aún seguía doliéndole por las noches, y la pedrada fue como revivir aquel balazo. Procuró concentrarse en usar el daño del hombro como canalizador del de las piernas, usando el truco que un instructor le contó hace un millón de años:

*El cerebro sólo puede concentrarse en un dolor agudo cada vez.*

Al volver a abrir los ojos y ver lo que estaba ocurriendo detrás de Torres tuvo que hacer un enorme esfuerzo porque sus emociones no lo traicionaran. La cabeza de Andrea Otero comenzaba a asomar por detrás de la duna que llevaba a la zona exterior del cañón donde ellos se encontraban ahora. La periodista estaba ya muy cerca, y sin duda en unos instantes los vería, si es que no lo había hecho ya.

Comprendió que tenía que evitar por todos los medios que Torres mirase alrededor para buscar otra piedra. Así que decidió darle lo que el colombiano menos se hubiera imaginado que obtendría.

—Por favor, señor Torres. Por favor, se lo imploro.

La expresión del colombiano cambió por completo. Como a todos los matones, pocas cosas le excitaban y satisfacían más que el control total que suponía la súplica de la víctima. Podía imaginar el éxtasis que se producía en el cerebro profundamente acomplejado de aquel colombiano asesino y ladrón el ver suplicando a un cura blanco y norteamericano.

—¿Qué es lo que me suplicas, curita?

El sacerdote tuvo que hacer un auténtico esfuerzo de concentración para elegir las palabras exactas, porque de que no se diese la vuelta para coger otra piedra dependía absolutamente todo. Andrea ya los había divisado, y Fowler estaba seguro de que se acercaba aunque ahora ya no la viese. El cuerpo de Torres se lo impedía.

—Le suplico por mi vida. Por mi vida miserable. Usted es un guerrero, es un macho. Yo a su lado no valgo nada.

El mercenario sonrió de oreja a oreja, enseñando unos dientes de un marrón amarillento.



—Bien dicho, curita. Y ahora...

Nunca pudo acabar la frase, ni siquiera presintió el golpe.

Andrea, que había tenido tiempo de hacerse una composición de lugar mientras se acercaba, decidió obviar la pistola. Visto el poco éxito —y la mucha suerte— que había tenido con Alryk lo máximo a lo que podía aspirar era a que las balas perdidas no hicieran con la cabeza de Fowler lo mismo que había sucedido con el neumático. Así que sacó los limpiaparabrisas del tubo de acero y, enarbolándolo como si fuera una barra de béisbol, se acercó lentamente a Torres.

La barra no era demasiado pesada, así que debía escoger muy bien el ataque. A tan sólo unos pasos de la espalda del mercenario, Andrea se decidió por una trayectoria curva que le diese en un lado de la cabeza. Sentía las palmas de las manos sudorosas, y rezó una y otra vez por no cagarla. Si el otro se daba la vuelta, estaba jodida.

No lo hizo. Andrea plantó firmemente los pies en el suelo y le atizó de lleno.

—Joder, qué bien sienta.

El colombiano cayó cuán largo era al suelo, agitando la arena alrededor. La masa de hormigas debió sentir la vibración, porque acudió hacia el cuerpo caído de Torres, que, inadvertido, comenzó a incorporarse. Volvió a caer de nuevo, aún mareado por el impacto de la barra en su sien, y entonces las primeras hormigas alcanzaron sus manos. Cuando sintió el primer aguijonazo, Torres alzó la mano con desorbitado terror en los ojos. Intentó ponerse de rodillas y sacudir los brazos para evitar las picaduras, pero sólo consiguió excitar aún más y en mayor número a los insectos, que comenzaron a pasar un único mensaje a través de sus feromonas.

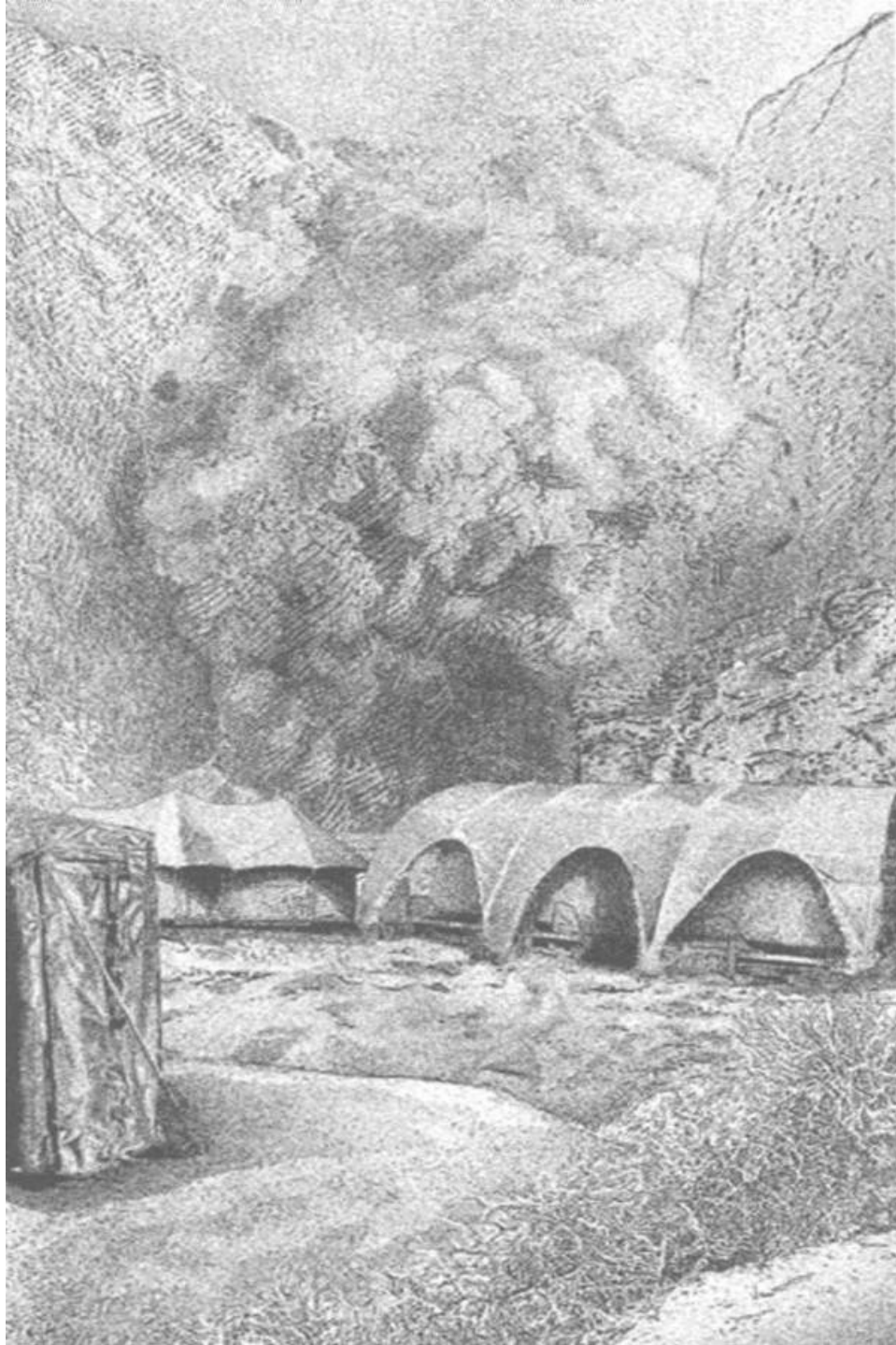
*Enemigo.*

*Matar.*

—¡Corra, Andrea! —gritó Fowler—. ¡Aléjese de ellas!

La joven dio varios pasos hacia atrás, pero pocas hormigas hicieron tentativa de seguir la vibración de sus pasos. Ahora estaban todas centradas en el colombiano, que casi completamente cubierto de ellas aullaba sumido en una agonía indescriptible, con casi cada nervio de su cuerpo atacado por las finas mandíbulas y los afilados aguijones. Consiguió ponerse de pie y caminar unos pocos pasos, y las hormigas le cubrían como un gigantesco abrigo de piel extraterrestre.

Luego cayó y no se levantó más.



Andrea, mientras tanto, retrocedió varios metros hasta el lugar donde había dejado caer los limpiaparabrisas y la camisa y enrolló ésta en aquéllos. Describiendo un amplio círculo, llegó hasta el lugar donde se encontraba Fowler y prendió fuego a la camisa en varios puntos con ayuda del mechero. Cuando ésta comenzó a arder bien trazó un círculo de fuego en el suelo cerca del sacerdote. Las pocas hormigas que no habían acudido a atacar a Torres huyeron despavoridas.

Con ayuda de la barra de acero, Andrea hizo palanca en las esposas de Fowler y las presillas con las que estaba sujeto a la roca saltaron con facilidad.

—Gracias —dijo el sacerdote, al que le temblaban las piernas.

Se alejaron treinta metros del hormiguero, y cuando Fowler consideró que era suficiente distancia ambos se dejaron caer al suelo, derrengados. El sacerdote se arremangó los pantalones para comprobar el estado de sus piernas. Aparte de unas feas pero diminutas heridas rojizas y un dolor persistente pero débil, como el olor perenne de la basura al fondo del cubo, la veintena de picaduras no habían dejado muchas secuelas.

—Ahora que le he salvado la vida supongo que su deuda de vida para conmigo está pagada, ¿no? —dijo Andrea con ironía.

—¿Doc le contó eso?

—Eso y muchas cosas más que tengo que preguntarle.

—¿Dónde está ella? —dijo el sacerdote, conociendo de antemano la respuesta.

La joven meneó la cabeza y rompió a llorar. Fowler la abrazó con delicadeza.

—Lo siento muchísimo, señorita Otero.

—Yo la quería —dijo ella, enterrando el rostro en el pecho del sacerdote. En medio de los sollozos notó como Fowler se ponía tenso como un cable de acero y contenía el aliento.

—¿Qué ocurre?

Fowler señaló al horizonte por toda respuesta, y Andrea vio la mortal y ardiente pared de arena dirigiéndose hacia ellos, tan inevitable como el crepúsculo.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 13.48*

*Vosotros dos, no quitéis la vista de la entrada de la excavación. Voy para allá.*

Ésas fueron las palabras que causaron, si bien indirectamente, la ruina del resto del pelotón de Dekker. Porque cuando se produjo el ataque, los ojos de los dos únicos soldados que quedaban estaban mirando a todas partes menos al lugar por donde llegaba el peligro.

Tewi Waaka, el gigantón sudanés, sólo vio venir a los intrusos vestidos con ropas de color marrón con el rabillo del ojo cuando éstos ya habían rebasado el campamento. Eran seis, armados con fusiles Kalashnikov. Alertó a Jackson por la radio y los dos abrieron fuego. Uno cayó bajo la lluvia de balas, los otros se ocultaron tras las tiendas.

Waaka se asombró de que no respondiesen al fuego. En realidad ése fue su último pensamiento, porque instantes después los dos terroristas que habían escalado el risco para sorprenderlo por detrás lo tuvieron por fin a tiro. Dos ráfagas de Kalashnikov y Tewi Waaka se reunió con sus ancestros.

Al otro lado del cañón, Nido 2, es decir, María Jackson, vio a través de la mirilla de su M4 cómo acribillaban a Waaka y comprendió que a ella le aguardaba el mismo destino. María conocía muy bien las escarpadas revueltas que conducían a lo alto del risco en el que había pasado tantas horas sin nada que hacer más que mirar a su alrededor y acariciarse discretamente por encima del pantalón, mientras contaba las horas que faltaban para que Dekker viniese a buscarla para una misión de reconocimiento privada.

Por eso había imaginado en cien ocasiones por dónde subirían unos hipotéticos enemigos que quisieran rodearla. Cuando se asomó por el borde del risco, vio a dos nada hipotéticos enemigos a menos de medio metro de ella y les colocó catorce nada hipotéticas balas en el cuerpo a cada uno de ellos.

No hicieron ningún ruido al morir.

Aún quedaban cinco enemigos, al menos que ella supiera, pero poco podía hacer en aquella posición sin ninguna cobertura. La única opción que se le ocurría era seguir a Dekker hacia la excavación y desde allí trazar juntos un plan. Era una opción de mierda —perdía instantáneamente la ventaja de la altura y la visibilidad de la ruta de salida— pero se vio obligada a tomarla cuando resonaron en su walkie-talkie dos palabras:

—María... ayúdame...

—¿Dekker, dónde estás?

Sin hacer ninguna concesión a la prudencia, María se descolgó por la escala de cuerda dejando sus enemigos a la espalda y corrió hacia la excavación.

Estaba junto a la plataforma, tumbado en el suelo, con una herida feísima en el lado derecho del pecho y la pierna izquierda retorcida bajo el cuerpo. Debía habérsela roto al caer de lo alto del andamiaje. María analizó la herida. El sudafricano había conseguido taponar la herida pero el sonido de su respiración era

*jodidamente silbante*

muy preocupante. Tenía un pulmón perforado, y eso tendría mal arreglo si no acudían a un médico pronto.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Fue Russell. Qué hijo de puta... me ha pillado por sorpresa justo cuando entraba.

—¡Russell! —dijo María, atónita. Luchó por reponerse de su sorpresa—. Te pondrás bien. Te sacaré de aquí, comandante. Por mis muertos.

—De eso nada. Tienes que irte, que a mí ya me han jodido. Ya lo dijo el maestro: La vida del hombre no es más que una lucha con la certidumbre de resultar vencido.

—¿Quieres dejar el puto Schopenhauer por una puta vez en tu vida, Dekker?

El comandante sonrió tristemente ante el arranque de su amante, y luego hizo un levísimo gesto con la cabeza.

—A tu espalda, soldado. Mira que te lo tengo dicho.

María se giró y vio a los cinco terroristas converger sobre ella en abanico, camuflándose tras cada pequeña roca y cada arbusto. Sólo podía protegerse tras los enormes montones de arpillera en los que venían envueltos los engranajes de la plataforma para evitar la corrosión.

—Estamos jodidos, comandante.

Colgándose el M4 al hombro intentó arrastrar a Dekker debajo del andamiaje, pero apenas pudo moverle unos centímetros. El peso muerto del sudafricano era excesivo incluso para una mujer tan fuerte como ella.

—María. Escúchame.

—¿Qué coño quieres? —dijo María, intentando pensar. Estaba acuclillada junto a los soportes de acero del andamiaje. No se decidía a abrir fuego hasta no tener un tiro claro, pero estaba segura de que ellos lo tendrían mucho antes que ella.

—Ríndete. No quiero que te maten —dijo Dekker, con la voz cada vez más débil.

La soldado iba a mandar a la mierda a su jefe cuando una súbita ojeada hacia la entrada del cañón le dijo que tal vez hubiese una posibilidad absurda de que rendirse fuera la manera de acabar con todos.

—¡Me rindo! ¿Me oís, majaderos? ¡Me rindo! ¡USA go home!

Arrojó el fusil por delante de ella varios metros. Luego la pistola automática. Y finalmente se puso de pie, con las manos en alto.

*Cuento con vosotros, cabrones. Es vuestra oportunidad de interrogar a una prisionera a fondo. No me disparéis, joder.*

Lentamente los terroristas se fueron poniendo de pie, los cinco. Se acercaron con sus armas listas, apuntándole directamente a la cabeza. María podía sentir cada uno de los cañones de los Kalashnikov, calientes bajo el sol ardiente de la tarde, dispuestos a vomitar el plomo que acabaría con su preciosa vida.

—Me rindo —repitió, viendo cómo se acercaban a ella lentamente formando un semicírculo. Con las rodillas flexionadas, el rostro cubierto por los pasamontañas negros, separados entre sí siete metros para no ofrecer blanco fácil.

*Y una mierda me rindo, hijos de perra. Que disfrutéis vuestras 72 vírgenes.*

—¡Me rindo! —gritó por última vez, esperando ahogar el ruido creciente del viento, un ruido que se convirtió en un fragor cuando la pared de arena rebasó la zona de tiendas, engulló al avión y se precipitó sobre los terroristas. Dos de ellos se volvieron, asombrados. Los otros tres nunca supieron qué pasó.

Los cinco murieron en el acto.

María se arrojó junto a Dekker. Tiró del borde de la tela de arpillera, que les cubrió a ella y a su amante como una improvisada y estrecha tienda de campaña.

*Echarse al suelo. Taparse con algo. No ofrecer resistencia al calor y al viento o te convertirás en una uva pasa.*

Ésas habían sido las palabras de Torres, siempre fanfarrón, cuando les habló del «mito» del simún entre mano y mano de póker. Y parecía que funcionaban. Se agarró fuerte a Dekker, y éste le devolvió el abrazo débilmente.

—Aguanta, comandante. En media hora estaremos lejos de aquí.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 13.52

La cavidad era poco más que una grieta revirada en la base del cañón, pero suficiente para que cupiesen dos personas algo encogidas. Consiguieron embutirse en ella justo antes de que el simún golpear el cañón, y un pequeño reborde los protegió del golpe de calor inicial, aunque para hablar tuvieron que hacerlo en voz bien alta.

—Relájese, señorita Otero. Estaremos aquí al menos veinte minutos. Este viento es mortífero pero por suerte sopla durante poco rato.

—Usted ya había estado antes aquí, ¿verdad, padre?

—Algunas veces. Pero nunca había visto el simún. Lo que aprendí sobre él lo descubrí en el Atlas Rand MacNally.

Andrea permaneció callada un rato, intentando recobrar el aliento. Por suerte la arena que revoloteaba enloquecida por el interior del cañón apenas penetraba en la grieta, aunque la temperatura se había elevado considerablemente. La periodista respiraba con dificultad.

—Hable, padre. Hable porque siento que voy a desmayarme.

Fowler intentó cambiar de posición para poder frotarse las doloridas piernas. Aquellas heridas necesitarían desinfectantes y antihistamínicos lo antes posible, aunque eso no era aún la prioridad. Sacar de allí a Andrea lo era.

—En cuanto amaine el viento nos acercaremos a los H3, haremos un puente y usted se largará pitando en dirección Aqaba antes de que alguien nos dispare. Sabe conducir, ¿verdad?

—En realidad ya estaría en Aqaba —mintió Andrea— si hubiese encontrado el maldito gato en el Hummer en el que íbamos Doc y yo. Pero creo que alguien lo había robado.

—Esos coches lo llevan debajo del hueco de la rueda de repuesto.

*Que es por supuesto el único lugar donde no miré.*

—No me cambie de tema. Lo ha dicho en singular. ¿Es que no viene conmigo?

—Yo tengo una misión que cumplir, Andrea.

—Usted vino aquí a buscarme, ¿verdad? Ahora puede volver conmigo.

El sacerdote se tomó unos segundos antes de responder. Finalmente decidió que la joven merecía conocer la verdad.

—No, Andrea. Me enviaron para recuperar el Arca a toda costa, pero ésa es una orden que nunca tuve intención de cumplir. Hay una razón para que viniese aquí con explosivos en el

maletín. Y esa razón es lo que está dentro de esa cueva. Yo nunca creí del todo en su existencia, y por eso nunca hubiese aceptado la misión de no estar usted involucrada. Mi jefe nos la jugó a los dos.

—¿Por qué, padre?

—Andrea, realmente esto es muy complicado, pero intentaré resumírselo en unas pocas palabras. En el Vaticano han estudiado en múltiples ocasiones lo que ocurriría si el Arca de la Alianza vuelve a Jerusalén. La gente la vería como un símbolo. Un símbolo de que el templo de Salomón debe alzarse de nuevo, en su ubicación original.

—La Explanada de las Mezquitas.

—El fervor religioso se cuadruplicará en la región. Se empujará a los palestinos. Y finalmente se derribará la Mezquita de Al Aqsa. No es una especulación, Andrea. Es una premisa básica. Si alguien tiene el poder para aplastar a otro y una justificación, eventualmente lo hace.

Andrea recordó una de las primeras noticias en las que había trabajado en su carrera profesional, siete años atrás. Era septiembre del año 2000, y ella apenas llevaba un mes como asustadiza becaria en la sección de Internacional de un periódico. Entonces llegó la noticia de que Ariel Sharon simplemente se dio un paseo —rodeado de cientos de policías antidisturbios— por la Explanada de las Mezquitas. La frontera entre Israel y Palestina en el corazón de Jerusalén, los metros cuadrados más sagrados y disputados de la historia, hogar de la Mezquita de Al Aqsa, el tercer lugar más importante para el Islam.

Aquel simple paseo había dado lugar a la Segunda Intifada, la que aún no había terminado. A los miles de muertos, a los atentados suicidas, a la mayor escalada de un odio eterno que no auguraba reconciliación posible. Si el Arca significaba volver a levantar el Templo de Salomón en aquel lugar arrasando Al Aqsa, cada país de credo islámico se alzaría contra Israel, provocando un conflicto de consecuencias inimaginables. Con un Irán a punto de alcanzar su capacidad nuclear, el límite simplemente no existía.

—¿Ésa es la justificación? —dijo con voz quebrada—. ¿Los mandamientos del Dios del Amor?

—No, Andrea. El contrato de propiedad de la Tierra Prometida.

La periodista se revolvió en el hueco, incómoda.

—Ahora recuerdo cómo lo llamó Forrester... el contrato con Dios. Y lo que me dijo Kyra Larsen acerca del auténtico significado y poder del Arca. Pero lo que no entiendo es ¿qué tiene que ver Kayn en todo esto?

—El señor Kayn tiene una mente trastornada y a la vez profundamente religiosa. Al parecer su padre le dejó una carta en la que le instaba a cumplir el destino de su familia, eso es todo lo que sé —Andrea, que conocía la historia con más detalle tras su entrevista con Kayn, no lo interrumpió. Si Fowler quería el resto, que se comprase el libro que pensaba escribir en cuanto saliese de allí, pensó—. Y él tenía muy claro desde que nació su hijo que todos los recursos de su empresa se destinarían a conseguir el Arca y a que el chico...

—Isaac.

—... A que Isaac cumpliera el destino familiar.

—¿Restituir el Arca al Templo?

—No lo entiende, Andrea. Según una determinada interpretación de la Torah, aquel que restituya el Arca y reconstruya el Templo (algo muy al alcance de la megafortuna del señor



Kayn) será el Anunciado. El Mesías.

—Oh, Dios —el rostro de Andrea se demudó a medida que la última de las piezas caía en su sitio y lo explicaba todo. Los delirios. El comportamiento obsesivo. El terrible trauma de su infancia encerrado en un estrecho zulo. La religión como hecho absoluto.

—Exacto. E incluso la muerte de su propio hijo, Isaac, fue vista por Kayn como un sacrificio exigido por Dios para que él mismo alcanzase ese destino.

—Pero, padre... si Kayn sabía quién era usted, ¿cómo demonios le permitió venir?

—Sabe, es irónico. Él no podía hacer esto sin el beneplácito de Roma, un sello de aprobación de que el Arca era real. Así me incrustaron en la expedición. Pero había alguien más infiltrado. Alguien con una posición de poder, que había decidido trabajar para Kayn después de que su propio hijo le hablase de la obsesión de su padre por el Arca. Conjeturo que al principio sólo fue un trabajo en el que conseguir información privilegiadísima. Después, cuando el año pasado se concretó la obsesión de Kayn, hizo sus propios planes.

—¡Russell! —dijo Andrea con un grito ahogado.

—El mismo que la arrojó a usted al agua y mató a Stowe Erling en un torpe intento de encubrir su hallazgo. ¿Tal vez para desenterrar el Arca más tarde? Ah, y o bien él o Kayn eran los responsables del protocolo Ypsilon.

—Y me puso escorpiones en la cama. Qué cabrón.

—No, ése fue Torres. Tiene usted un club de fans de lo más selecto.

—Eso es desde que lo conozco, padre. Aunque sigo sin entender para qué quería Russell el Arca.

—Tal vez para destruirla. Si es así, no se lo impediré, aunque lo dudo mucho. Lo más probable es que quiera sacarla de aquí y usarla de alguna absurda manera para chantajear al gobierno de Israel. Aún no he logrado atar todos los cabos, aunque nada va a desviarme de mi decisión.

Andrea hizo un esfuerzo por elevar la vista lo suficiente para escrutar el rostro del sacerdote en la incómoda posición en la que se encontraban. Lo que vio la dejó helada.

—¿Realmente va a volar el Arca, padre? ¿Un objeto tan sagrado?

—Creía que usted no creía en Dios —dijo Fowler sonriendo irónicamente.

—Últimamente mi vida ha dado muchos vuelcos —dijo Andrea, entristecida.

—La ley de Dios está grabada aquí y aquí —dijo el sacerdote tocándose con el dedo índice en la frente y en el pecho—. Eso sólo es una caja de metal y madera que causaría la muerte de millones de personas y cien años de guerras si volviera a ver la luz. Lo que hemos visto hasta ahora en Afganistán y en Irak sería un triste y pálido prólogo. Por eso no va a salir de esa cueva.

Andrea no dijo nada, y de repente su silencio dejó de tener como fondo el bramido del viento contra las rocas.

El simún había pasado.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

*Jueves, 20 de julio de 2006. 14.16*

Entraron en el cañón de manera cautelosa, para descubrir un paisaje arrasado. Las tiendas habían sido arrancadas de cuajo y su contenido estaba desparramado por todas partes. Las lunas de los cuatro todoterrenos aparecían rajadas y agrietadas por la multitud de pequeñas piedras que el simún había arrancado de los aleros de los riscos y hecho rebotar por las paredes como balas perdidas. Fowler y Andrea se dirigían hacia aquella zona cuando el motor de uno de los coches comenzó a rugir.

Sin previo aviso, el H3 se lanzó sobre ellos a toda velocidad.

Fowler apartó a Andrea de un violento empujón y saltó él mismo hacia el lado contrario. Por una fracción de segundo pudo ver a María Jackson al volante, con los dientes apretados y una expresión de furia en el rostro. Las enormes ruedas traseras del coche pasaron rozando la nariz de Andrea, cubriendo de arena a la joven.

Antes de que ambos pudieran levantarse del suelo el H3 dobló la curva del cañón y desapareció.

—Creo que estamos solos —dijo el sacerdote, mientras ayudaba a incorporarse a Andrea—. Ésa era uno de los soldados de Dekker huyendo como alma que lleva el diablo. No creo que queden muchos de sus compañeros por aquí.

—No es lo único que se ha esfumado, padre. Creo que su plan también se ha ido al cuerno —respondió la periodista, señalando los tres todoterrenos restantes.

Las doce ruedas aparecían completamente rajadas.

Durante un par de minutos vagabundearon entre los restos de las tiendas, buscando algo de agua. Encontraron tres cantimploras medio vacías y —una sorpresa medio enterrada— la mochila de Andrea con su disco duro.

—Ahora todo ha cambiado —dijo Fowler, mirando a todos lados con recelo. No las tenía todas consigo, y caminaba como si a cada paso un tirador fuera a acribillarles desde lo alto de los riscos. Andrea lo seguía encorvada y asustada—. No puedo sacarla de aquí, así que no se separe de mí hasta que se nos ocurra algo.

Llegaron junto al BA-609, que aparecía medio volcado sobre el costado izquierdo, como un pájaro con un ala rota. Fowler se introdujo en la cabina y salió al cabo de 30 segundos con varios cables en la mano.

—Russell no podrá usarlo para llevarse el Arca —dijo arrojando lejos los cables y saltando de nuevo sobre la arena. Hizo una mueca de dolor cuando sus pies tocaron el suelo.

*Aún no se ha recuperado. Todo esto es una locura,* pensó Andrea.

—¿Alguna idea de dónde está?

Fowler iba a responder cuando se interrumpió y rodeó el avión por la parte trasera. Junto a las ruedas yacía un objeto negro y opaco. El sacerdote lo alzó.

Era su maletín.

La cubierta superior aparecía rajada de parte a parte, dejando ver aún el hueco que había ocupado la barra de explosivo plástico que Fowler había usado para volar el tanque de agua. Tocando en dos puntos concretos del maletín, el sacerdote hizo que la tapa se abriera de forma que el compartimento secreto quedase al descubierto.

—Una pena que destrozasen el cuero. Este maletín ha estado conmigo muchos años —dijo el cura mientras recogía los cuatro paquetes restantes de explosivo y algo más. Un objeto del tamaño de la esfera de un reloj, del que salían dos pequeñas abrazaderas metálicas. Fowler hizo un paquete con todo ello y la primera de las muchas prendas diseminadas por el fondo del cañón que se le puso a tiro—. Guárdeme esto en la mochila, ¿quiere?

—Y una mierda —dijo Andrea dando un paso atrás—. Esas cosas me dan un miedo de muerte.

—Sin el detonador armado es más inofensivo que la plastilina.

Andrea accedió a regañadientes.

Cuando rebasaron el avión camino de la plataforma se encontraron con los cinco terroristas que habían rodeado a María y a Dekker antes de que comenzase el simún. La primera reacción de Andrea fue de pánico, hasta que comprendió que estaban muertos. Cuando llegaron a su altura, Andrea no pudo evitar una mueca de horror. Los cuerpos estaban tendidos en posiciones extrañas —uno de ellos aún medio incorporado—, intentando levantar un brazo hacia la nada y los ojos desmesuradamente abiertos

*como el que contempla el infierno*

con una expresión congelada de incredulidad.

Sólo que no había ojos.

Las cuencas aparecían vacías, las bocas abiertas sólo eran pozos de negrura y la piel era un pergamino grisáceo y acartonado. Andrea sacó la cámara de la mochila y tomó varias fotos de las momias, disecadas en cuestión de minutos.

*No puedo creerlo. Parece que la vida les haya sido arrebatada sin permiso ni aviso. Que aún se la estén arrebatando. Dios, qué horror.*

Se dio la vuelta para marcharse y su mochila rozó ligeramente la cabeza del primero de los cuerpos. Ante los ojos atónitos de Andrea, la estructura acartonada se pulverizó y derrumbó, dejando una heterogénea mezcla de polvo grisáceo, ropa y huesos.

Se volvió al sacerdote, asqueada, pero éste no daba muestras de tener los mismos escrúpulos. Fowler había encontrado una utilidad mucho mejor en los muertos. Se había hecho con uno de

los Kalashnikov de los terroristas y varios cargadores, que se distribuyó por los bolsillos. Con la punta del fusil, señaló a la plataforma que conducía a la entrada de la cueva.

—Russell está ahí arriba.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando decidió dar la cara llamó a sus amigos —hizo un gesto con la cabeza hacia los cadáveres—. Ésta es la gente que vio usted cuando llegó al cañón. Desconozco si hay más y cuántos son, pero está claro que Russell sigue allí porque no hay huellas en la arena junto a la plataforma. El simún lo ha cubierto todo de nuevo. Si hubiesen salido antes, los habríamos visto. Russell está dentro, y el Arca también.

—¿Qué vamos a hacer?

Fowler meditó durante unos segundos, con la cabeza baja.

—Si fuera listo volaría la entrada de la cueva y los dejaría morir de hambre. Pero me temo que ahí dentro hay más personas. Al menos Eichberg, Kayn y David Pappas.

—¿Entonces va a entrar?

Fowler asintió.

—Páseme los explosivos, por favor.

—Pues déjeme ir con usted —dijo Andrea, obedeciendo.

—Señorita Otero, usted se quedará aquí fuera y esperará que yo salga. Si quien lo hace son ellos, no diga nada. Escóndase. Haga alguna foto si puede, y luego cuéntelo todo.

INTERIOR DE LA CUEVA,  
CATORCE MINUTOS ANTES

Deshacerse de Dekker había sido más fácil de lo que se hubiera atrevido nunca a soñar. El tipo estaba tan desconcertado por el hecho de que hubiera disparado al piloto, tan ansioso por hablar con él, que ni siquiera había tomado las mínimas precauciones al entrar en el túnel y se había encontrado con una bala antes de rodar plataforma abajo.

*Contratar el protocolo Ypsilon a espaldas del viejo ha sido una genialidad, pensó autoindulgente Russell.*

Le había costado casi diez millones de dólares. Dekker se había mostrado cauto y receloso al principio, hasta que el propio Russell se había comprometido a pagarle ocho cifras por adelantado y otras ocho si finalmente se veían obligados a aplicarlo. Todo ello al margen de las tarifas de Blackwater USA.

El secretario de Kayn sonrió con suficiencia. La semana siguiente los contables de la Kayn Industries notarían el agujero sin justificar en el fondo de pensiones del grupo, y comenzarían las preguntas. Para ese entonces él estaría muy lejos, con el Arca a salvo en una localización secreta de Egipto. Le sería muy sencillo perderse allí. Y después el odiado Israel tendría que pagar un precio por las humillaciones que habían hecho caer sobre la casa del Islam.

Russell recorrió el túnel hacia el interior de la cueva y se asomó. Kayn estaba allí, contemplando expectante cómo Eichberg y Pappas sacaban las últimas piedras que bloqueaban el paso a la cavidad, alternando el uso de las manos y la taladradora eléctrica. No habían escuchado el disparo que había realizado. Tan pronto como se asegurase de que el camino al Arca estaba despejado, y de que no los necesitaba, los despacharía de un tiro. Algo rápido.

Para Kayn, por el contrario...

No se han inventado palabras que puedan resumir en pocas líneas la marea de odio aplastante que Russell sentía por el viejo. Latía y crujía en el fondo de su alma como un cable de alta tensión, portando como pequeños electrones todas y cada una de las humillaciones que Kayn le había hecho padecer. Cada minuto a su lado durante casi seis años había sido una tortura insufrible. Escondiéndose en el baño para rezar, escupiendo en las macetas el alcohol que a veces se veía obligado a tomar para no despertar sospechas. Cuidando de su mente maltrecha y atrapada a todas horas. Fingiendo un cariño solícito y contenido.

Mentiras.

*Tu mejor arma será la taqiyya, el engaño del guerrero. El jihadista puede mentir sobre su fe, fingir, ocultar, tergiversar. Siempre a un infiel, siempre sin pecado,* le había dicho el imam hace quince años. *Y no creas que te resultará sencillo. Llorarás cada noche por el desgarró de tu alma, hasta que te cueste saber quién eres.*

Ahora era él de nuevo.

Con toda la agilidad de su joven y bien entrenado cuerpo, Russell descendió por la cuerda sin ayuda del arnés, como había subido un par de horas antes. Su túnica blanca flameó mientras bajaba, captando la mirada de Kayn, quien se volvió hacia su secretario con expresión de sorpresa.

—¿Qué significa esta mascarada, Jacob?

Russell no respondió. Se dirigió hacia la entrada de la cavidad. El espacio abierto era de un metro y medio de alto por dos de ancho.

—Está ahí, señor Russell. Todos la hemos visto —dijo Eichberg, que con su excitación inicial tardó en fijarse en la túnica de Russell—. ¿Oiga, y esa ropa?

—Cállese y llame a Pappas.

—Señor Russell, debería ser un poco más...

—No me obligue a repetirlo —dijo el secretario, sacando la pistola de entre sus ropajes.

—David —croó Eichberg, asustado como un niño.

—¡Jacob! —gritó Kayn.

—Cállese, viejo de mierda.

Kayn se quedó lívido ante el insulto, algo muy lejos de lo que un multimillonario como él estaba acostumbrado a escuchar, y menos en la persona de la que sólo recibía atenciones. No tuvo tiempo de responder, porque en ese momento David Pappas salió de la cavidad entrecerrando los ojos, intentando acostumbrar la vista.

—¿Qué demonios...? —Cuando vio la pistola en manos de Russell, comprendió. Fue el primero de los tres en hacerlo, aunque no el más decepcionado y aturdido. Ese papel le correspondía a Kayn—. Usted. Ahora lo entiendo. Usted tenía permisos de administrador en el programa del magnetómetro. Fue usted quien cambió los datos. Fue usted quien mató a Stowe.

—Un pequeño error que estuvo a punto de costarme caro. Creí que manejaba las voluntades de esta expedición mejor de lo que lo hacía —reconoció Russell encogiéndose de hombros—. Y ahora respóndame: ¿se puede extraer ya el Arca al exterior?

—Váyase a tomar por culo, Russell.

Sin mediar palabra el joven apuntó a la pierna de Pappas y disparó. La rodilla derecha del arqueólogo se convirtió en un amasijo sanguinolento y éste cayó al suelo lanzando aullidos de dolor que rebotaron por las paredes de la cueva y se confundieron con los últimos ecos del disparo.

—La próxima irá a la cabeza. Respóndame, Pappas.

—Sí se puede, señor. El camino está despejado —dijo Eichberg, con las dos manos levantadas en gesto de rendición.

—Es todo lo que quería saber.

Dos disparos consecutivos, un movimiento del brazo en diagonal y otros dos disparos. Eichberg se derrumbó sobre Pappas con la cabeza destrozada. La sangre de ambos se mezcló sobre el suelo de piedra.

—Los has matado, Jacob. Los has matado a los dos.

Kayn se apretujaba contra una esquina, intentando encoger al máximo su cuerpo. El rostro del millonario era un nudo de terror e incompreensión.

—Vaya, viejo. Para ser un loco chiflado tienes una gran capacidad para afirmar lo obvio — dijo Russell. Echó un vistazo al interior de la cavidad, sin dejar de apuntar a Kayn con la pistola. Cuando volvió hacia él de nuevo su rostro exhibía una mueca de satisfacción—. Así que lo conseguimos por fin, ¿eh, Ray? El trabajo de toda tu vida. Una lástima que vaya a ser tan corta.

El secretario caminó hasta su jefe con pasos cortos, medidos. Kayn se acurrucó aún más en su rincón, totalmente acorralado. El sudor le cubría por completo la cara.

—¿Por qué, Jacob? —sollozó—. Yo te quise como a mi propio hijo.

—¿A eso le llamas querer? —chilló Russell, llegando junto a él y golpeándole una y otra vez con la culata del arma en la cara, en los brazos, en la cabeza—. Te he servido como un esclavo, viejo. Y cada vez que llorabas como una niña y yo corría a tu lado en mitad de la noche tenía que recordarme por qué lo hacía. Pensar en el momento en que te tendría vencido y a mi merced.

Kayn se desplomó. Su rostro estaba deformado por los golpes. La sangre le manaba de la boca entreabierta y de los pómulos destrozados.

—Mírame bien, viejo —siguió Russell, alzando a Kayn como un pelele por las solapas y poniendo el rostro junto al suyo—. Mira a la cara a tu propio fracaso. Dentro de unos minutos mis hombres bajarán a esta cueva y se llevarán tu Arca. Daremos al mundo un escarmiento. Y las cosas serán como siempre debieron ser.

—Vaya, señor Russell. Lamento mucho tener que decepcionarlo.

El secretario se dio la vuelta de golpe. En el otro extremo de la cueva Fowler terminó de descolgarse por la cuerda y encañonó a Russell con el Kalashnikov.

## LA EXCAVACIÓN

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 14.27

—Padre Fowler.

—*Huqan*.

Russell sostenía aún a un inerte Kayn por las solapas entre él y el sacerdote, que no dejaba de apuntar al secretario a la cabeza.

—Parece que ha dado usted cuenta de mis hombres.

—No he sido yo, señor Russell. Ha sido Dios. Los convirtió en polvo.

Russell lo miró atónito, intentando descubrir si el sacerdote se estaba marcando un farol. En su compartimentada mente, la ayuda de sus acólitos era un elemento insustituible. No comprendía por qué demonios aún no estaban allí, e intentaba pensar desesperadamente en un plan para ganar tiempo.

—Veo que me ha ganado, padre —dijo volviendo a su habitual máscara de irónica superioridad—. Sé lo buen tirador que es usted. A esta distancia no puede fallar. ¿O tiene miedo de darle al aún no proclamado Mesías?

—El señor Kayn sólo es un viejo enfermo que cree cumplir la voluntad de Dios. Desde mi punto de vista lo único que los diferencia a ustedes dos es la edad. Tire el arma.

La furia por el insulto y la impotencia por la situación recorrieron el rostro de Russell a partes iguales. Tenía el arma agarrada por el cañón tras haber estado usando la culata como porra, y Kayn no le ofrecía protección suficiente. Cualquier movimiento en falso tendría como resultado un agujero en el cráneo.

Y Russell lo sabía.

Abrió el puño derecho y dejó caer el arma al suelo. Abrió el izquierdo y soltó a Kayn.

El multimillonario cayó a cámara lenta, desmadejado, como si ninguno de sus miembros tuviera conexión alguna con el siguiente.

—Muy bien, señor Russell —dijo Fowler—. Ahora, si no le importa dar diez pasos hacia atrás, por favor...

Russell obedeció, maquinalmente. En sus ojos el odio llameaba como una pira funeraria.



Por cada paso que el secretario dio hacia atrás, el sacerdote dio uno hacia delante, hasta que el primero topó con la pared y el segundo con el cuerpo de Raymond Kayn.

—Estupendo. Ahora ponga las manos encima de la cabeza y aún saldrá con vida de este asunto.

Fowler se agachó junto a Kayn, buscándole el pulso. El viejo se agitaba débilmente, y una de sus piernas se movía espasmódicamente. El sacerdote frunció el ceño, muy preocupado. Aquello era una conmoción cerebral. La vida se le escapaba por momentos.

Russell, mientras tanto, dirigía su mirada a todas partes intentando encontrar algo que usar como arma contra el sacerdote. De repente se dio cuenta de que su pie derecho no pisaba suelo firme. Lentamente bajó la vista y descubrió que estaba encima de un manojito de cables que acababan medio metro a su derecha, en el grupo electrógeno que alimentaba la cueva.

Sonrió.

Fowler agarró por un brazo a Kayn, dispuesto a arrastrarle más lejos de Russell para poder asistirle cuando con el rabillo del ojo vio como el secretario daba un salto. Ni corto ni perezoso, disparó.

Al mismo tiempo, la luz desapareció.

Lo que pretendía ser un disparo de advertencia se convirtió en una ráfaga que destruyó por completo el grupo electrógeno. El aparato comenzó a soltar pequeñas chispas eléctricas a intervalos de varios segundos, que iluminaban brevemente la cueva con una mortecina luz azulada, como flashes cansados de una cámara sin apenas batería.

Fowler se acuclilló, de inmediato, una posición mil veces repetida en un centenar de saltos en territorio enemigo en noches sin luna. Cuando no sabes dónde está el enemigo, y tu única solución es esperar sin precipitarte.

Chispazo.

Fowler creyó ver una sombra corriendo junto a la pared a su izquierda y disparó. Falló. Maldiciendo su mala suerte, se movió varios metros en zigzag para evitar que el fegonazo del arma delatase su posición.

Chispazo.

De nuevo una sombra, ésta vez a la derecha, aunque mucho más larga y sobre la pared. Disparó en dirección contraria, casi sin apuntar. Un nuevo fallo y más movimiento.

Chispazo.

Estaba pegado a la pared. No veía a Russell por ninguna parte. Lo cual sólo podía significar que estaba...

Con un grito agudo, el secretario se arrojó sobre Fowler y lo golpeó repetidas veces en la cara y en el cuello. El sacerdote sintió sus dientes en un brazo, clavándose con saña. Sin poder evitarlo soltó el Kalashnikov. Por un momento lo sintió en manos del otro. Forcejearon y el arma se perdió en la oscuridad.

Chispazo.

Fowler estaba en el suelo, con Russell intentando estrangularle con todas sus fuerzas. El sacerdote, que por fin podía ver a su enemigo, cerró los dedos y aplicó un certero puñetazo en el plexo solar de Russell. El secretario aulló y se quitó de encima de él.

Un último y débil chispazo.

Fowler alcanzó a ver cómo Russell desaparecía en la cavidad. Un brillo acerado, fugaz, le permitió ver que había recuperado su pistola.

Una voz, en el suelo a su derecha, lo llamó.

—Padre.

Fowler reptó hasta el moribundo Kayn. No quería ofrecer un blanco fácil en el caso de que Russell decidiese practicar su puntería a ciegas o de que un nuevo chispazo revelase su posición. Finalmente sus manos palparon el cuerpo del viejo, y situó la boca junto a su oreja, susurrando.

—Señor Kayn, aguante. Puedo sacarle de aquí. Aguante, por favor.

—No padre, no puede —dijo el multimillonario, y su voz, aunque baja, tenía la sencillez y la firmeza de la de un niño pequeño—. Y es mejor así. Ahora estoy a punto de ver a mis padres y a mi hermano. Mi vida empezó en un agujero oscuro, y es justo que así acabe.

—Encomiéndese a Dios, entonces —dijo el sacerdote.

—Lo hago. ¿Me cogerá la mano mientras me marchó?

Fowler no dijo nada, pero buscó a tientas la mano del moribundo y la sostuvo con un apretón cálido y seco. Menos de un minuto después Kayn emitió un estertor final, en mitad de una oración susurrada en hebreo, y murió.

El sacerdote, mientras tanto, ya había decidido qué hacer.

En la completa oscuridad se llevó la mano a los botones de la camisa y la desabrochó, extrayendo el paquete que había hecho con los explosivos. A tientas palpó el detonador, lo clavó en el explosivo y manipuló los botones, contando mentalmente el número de bips.

*Después de accionar el botón, dos minutos.*

Pero no podía dejar la bomba en la parte exterior de la cueva. Podría no ser suficiente. Desconocía la distribución de la cavidad, y si el Arca estaba en un repecho podría sobrevivir a la explosión sin un rasguño. Si quería evitar que la locura se extendiese, tenía que poner la bomba junto al Arca. No podía arrojarla como si fuese una granada, porque lo más probable era que el detonador se desprendiese. Y necesitaba disponer del tiempo suficiente para escapar.

La única opción era vencer a Russell, colocar el C4 y salir corriendo.

Se arrastró hacia aquella zona, confiando en no hacer mucho ruido, pero era un esfuerzo imposible. El suelo estaba repleto de piedras desperdigadas que rodaban a su paso.

—Lo oigo venir, cura.

Un fognazo rojizo acompañó a las palabras de Russell. La bala pasó a mucha distancia de Fowler, pero el sacerdote no se confió y rodó a toda velocidad a su izquierda. Una segunda bala impactó en el lugar que había ocupado el cura dos segundos antes.

*Está usando los fognazos para orientarse. Pero no puede hacerlo muchas veces, o se quedará sin munición, pensó Fowler, contando mentalmente las heridas que había visto en los cuerpos de las víctimas del secretario. Disparó una vez a Dekker, tres veces a Pappas, dos veces a Eichberg y dos veces a mí. Eso hacen 8 balas. Esa pistola lleva catorce, quince si tenía una bala en la recámara. Le quedan seis o siete balas. Tendrá que recargar pronto. Cuando lo haga, oiré el chasquido del cargador vacío saliendo de la culata. Y entonces...*

No había terminado de hacer sus cálculos cuando dos nuevos fognazos iluminaron el espacio junto a la abertura de la cavidad. En esta ocasión Fowler rodó lejos de su posición inicial justo a tiempo. El disparo le falló por diez centímetros.

*Cuatro o cinco balas.*

—Le daré, cruzado. Le daré porque Alá está conmigo —la voz de Russell resonó fantasmal en el bajo techo de la cavidad—. Váyase ahora que aún puede.

Fowler agarró una piedra y la arrojó al interior de la cavidad. Russell picó el anzuelo y disparó en la dirección del ruido.

*Tres o cuatro balas.*

—Muy listo, cruzado. Pero no le servirá de nada.

No había acabado de hablar cuando disparó de nuevo. Esta vez no fueron dos, sino tres disparos. Fowler rodó hacia la izquierda y luego hacia la derecha, destrozándose las rodillas con las piedras sueltas y puntiagudas.

*Una bala o el cargador vacío.*

Justo antes de rodar por segunda vez, el sacerdote pudo alzar la cabeza un instante. Fue apenas medio segundo, pero lo que vio entre dos de los disparos permanecería en su memoria para siempre.

Russell estaba parapetado detrás de una caja dorada de grandes proporciones. En lo alto brillaban dos figuras toscamente labradas, de formas muy poco gráciles. A la luz de los fogonazos, el brillo del oro era rugoso, basto.

Fowler tomó aire profundamente.

Ahora estaba casi dentro de la cavidad, pero no tenía espacio para maniobrar. Si Russell disparaba de nuevo, aunque sólo fuera un disparo de iluminación, le acertaría casi seguro.

Decidió hacer lo que menos esperaba Russell.

Con un movimiento rápido se puso de pie y corrió hacia el interior de la cavidad. El secretario disparó, pero el percutor sólo encontró el aire. Fowler saltó y, antes de que el otro pudiera reaccionar, cargó con todo su peso contra la parte superior del Arca, que se derrumbó sobre Russell, abriéndose la tapa y desparramándose su contenido. El secretario dio un salto atrás evitando que le aplastase por muy poco.

Siguió una lucha confusa, entrecortada, ciega, sucia. Fowler golpeó varias veces a Russell en los brazos y en el pecho. El secretario luchó con el carril del cargador de su pistola. Consiguió encajar un cargador lleno. Fowler oyó cómo la pistola volvía a estar preparada y buscó a tientas en la oscuridad con la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba el brazo del secretario.

Encontró una piedra plana.

Con todas sus fuerzas la estrelló contra la cabeza de Russell, que se derrumbó sin sentido.

La piedra se quebró.

Fowler intentó ponerse en pie con dificultad. Le dolía todo el cuerpo y le sangraba la cara después del intercambio de golpes con Russell. Ayudándose de la linterna de su reloj, intentó ubicarse en la oscuridad. Al dirigir el fino pero intenso haz de luz sobre el Arca volcada, un cálido reflejo se extendió por toda la cavidad.

No tuvo tiempo para admirarla. En ese instante Fowler percibió un sonido al que durante los últimos segundos de refriega no había prestado ninguna atención...

*Bip.*

... y comprendió que mientras rodaba para esquivar los disparos... *Bip.*

... debía de, inadvertidamente...

*Bip.*

... haber activado el detonador...

... que sólo pitaba durante los últimos diez segundos antes de explotar...

Biiiiiiiiip.

Llevado por el instinto, sin la más mínima concesión al pensamiento racional, Fowler saltó hacia la zona más lejana de la cavidad, donde una negrura más intensa, que no había alcanzado a llenar el reflejo de la superficie del Arca, lo recibió con los brazos abiertos.

Al pie de la plataforma, una nerviosa Andrea Otero se mordía las uñas con desesperación cuando la tierra tembló bajo sus pies. El andamio de acero crujió con chirriante desesperación, pero no cayó. Y una nube de humo y polvo surgió de la boca del túnel, cubriendo a Andrea con un polvo finísimo. La joven echó a correr y se alejó varios metros. Luego esperó media hora con la vista clavada en la humeante cueva, aun estando convencida de que era un esfuerzo inútil. Nadie salió de allí.

CAMINO DE AQABA

Desierto de Al Mudawwara, Jordania

Jueves, 20 de julio de 2006. 21.34

Andrea llegó hasta el H3 con la rueda pinchada más cansada que nunca en su vida. Localizó el gato justo donde Fowler había dicho que estaría, y mentalmente rezó una oración por el pobre sacerdote muerto.

*Seguro que está en el cielo. Si es que existe. Si es que existes, Dios. Ya que estás ahí, por qué no mandas a un par de ángeles a echarme una mano, ¿eh?*

No apareció nadie, así que Andrea tuvo que hacer el trabajo por sí misma. Cuando terminó se despidió de Doc, enterrada a menos de dos metros del coche. La despedida fue muy larga, y Andrea fue brevemente consciente de haber chillado y llorado en varias ocasiones. Estaba en el borde —quién sabe si dentro o fuera— de una crisis nerviosa por los acontecimientos de las últimas horas.

La luna comenzaba a brillar iluminando las dunas con su luz de plata azulada cuando Andrea reunió la suficiente presencia de ánimo para decir adiós a Chedva y subir de nuevo al H3. Mareada entró en la cabina, cerró la puerta y encendió el aire acondicionado. La sensación del frío extremo tocando su piel sudada y pegajosa fue deliciosa, pero no se permitió más que un par de minutos de ese placer. El depósito de combustible apenas rebasaba un cuarto de su capacidad, así que lo necesitaría todo para alcanzar la carretera.

*Si me hubiese fijado en este detalle cuando subimos esta mañana al coche, hubiera entendido el auténtico propósito del viaje. Tal vez entonces Chedva aún seguiría viva, se lamentó Andrea amargamente.*

Sacudió la cabeza con fuerza. Tenía que concentrarse en la conducción. Con un poco de suerte alcanzaría la carretera y un pueblo con gasolinera antes de la medianoche. Si no, tendría que andar. Lo importante era alcanzar un ordenador con conexión a Internet lo antes posible.

Tenía una historia que contar.

## Epílogo

La figura oscura recorría despacio el camino de vuelta a casa. Llevaba muy poca agua, pero era suficiente para un hombre como él, al que habían enseñado a sobrevivir en las situaciones más adversas y a hacer que otros sobrevivieran.

Había conseguido encontrar la salida por la que entraron a las cuevas los elegidos de Yirmsyáhu dos milenios atrás. Hacia ella conducía la negrura a la que se lanzó justo antes de la detonación. Algunas de las piedras que la cubrían cayeron con la explosión. Un rayo de sol y varias horas de penoso trabajo al borde de la extenuación fue lo que necesitó para volver al aire libre.

Durante el día dormía en cualquier sombra que pudiese encontrar. Respiraba sólo por la nariz a través de un improvisado turbante hecho con restos de ropas.

Caminaba por las noches, descansando diez minutos cada hora. Su rostro estaba totalmente cubierto de polvo, y ahora, mientras notaba la presencia de la carretera a pocas horas de distancia, era cada vez más consciente de que su «muerte» podría ser por fin la liberación que llevaba buscando desde hacía tantos años. Ya no tendría que ser un soldado de Dios.

Su libertad era sólo uno de los dos premios que había obtenido de aquella empresa, no obstante. Aunque ninguno de los dos podría compartirlo jamás con nadie.

Buscó entre sus ropas y acarició con los dedos el fragmento de piedra, no mayor que la palma de su mano. Era todo lo que había quedado de la piedra plana con la que había abatido a Russell en la oscuridad. Sobre su superficie había escritos unos símbolos profundos de bordes perfectos, que no habían sido tallados por mano alguna.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, abriendo profundos surcos en el polvo que le cubría la cara, mientras la punta de sus dedos recorría los símbolos y sus labios los transformaban en palabras:

*Loh Tirzah.*

*No matarás.*

En aquel instante, pidió perdón.

Y fue perdonado.

*Nueva York, julio de 2005*

*Santiago de Compostela, septiembre de 2007*

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias.

A mis padres, a quienes está dedicado este libro, por haber esquivado las bombas de la Guerra Civil y haberme dado una infancia absolutamente diferente a la suya.

A Antonia Kerrigan, por ser la mejor agente literaria del planeta con el mejor equipo: Lola Gulias, Bernat Fiol y Víctor Hurtado.

A ti, lector, por haber hecho de *Espía de Dios*, mi primera novela, un éxito en 39 países. Gracias de verdad.

En Nueva York, a James Graham, mi «hermano»; a Rory Hightower, Alice Nakagawa y Michael Dillman.

En Barcelona, Enrique Murillo, editor de este libro, infatigable y agotador, tiene una poco usual virtud: siempre me ha dicho la verdad.

En Santiago de Compostela, Manuel Soutiño aportó sus inestimables conocimientos de ingeniería a la Expedición Moisés.

En Pamplona, Eduardo Paniagua, autor de las ilustraciones, y a quien el lector curioso reconocerá en la ilustración en la que David Pappas introduce a Freddie en la abertura del muro. Si quieres contactar con él, escríbele a [eduardo.paniagua@gmail.com](mailto:eduardo.paniagua@gmail.com).

En Roma, a Giorgio Selano y su experiencia con las catacumbas.


En Milán, a Patrizia Spinato, domadora de palabras.

En Jordania, a Samir Mufti, Bahjat al-Rimaui y Abdul Suheiman, que conocen el desierto como nadie y me enseñaron el ritual del *gahwa*.

En Viena, nada habría sido posible sin Kurt Fischer, que aportó un montón de información sobre el auténtico carnicero de Spiegelgrund, quien falleció exactamente el 15 de diciembre de 2005 «de un ataque al corazón».

Y a mi mujer, Katuxa y mis hijos, Andrea y Javier, por ser tan comprensivos con mis viajes y mis horarios.

Querida lectora, querido lector. No quiero concluir el libro sin pedirte un favor. Vuelve al principio de estas páginas y relee el poema de Samuel Keen. Hazlo hasta que memorices cada una de sus sílabas. Enséñalo a tus hijos, envíalo a tus amigos. Por favor.



[juan@juangomezjurado.com](mailto:juan@juangomezjurado.com)

## Notas



[1] Como se cuenta en *Espía de Dios* (Roca Editorial, 2006). <<

[2] Una ceremonia en la que el niño judío asume la responsabilidad religiosa leyendo un fragmento de la Torah en la sinagoga. Su importancia social es similar a la de la Primera Comunión de los niños católicos, aunque sus significaciones sean más similares al sacramento de la Confirmación. En el caso de una niña es *bar mitzvot*, en el de un niño *bar mitzvah*. <<

[3] Alimento permitido por la ley islámica. <<

[4] Woodward y Bernstein destaparon el escándalo de escuchas ilegales en la presidencia de Richard Nixon, el famoso caso Watergate. Lowell Bergman puso al descubierto la industria tabaquera norteamericana. <<

[5] En inglés, el idioma en el que hablan los miembros de la Expedición Moisés salvo que se indique lo contrario, babor (*larboard*) y estribor (*starboard*) son mucho más parecidos que en castellano. <<

[6] Blackwater USA es la compañía militar privada más grande del mundo. Están radicados en Carolina del Norte y su principal —pero ni mucho menos único— cliente es el gobierno americano. Blackwater tiene un ejército de miles de hombres, su propia flota de barcos, helicópteros y tanques. Su participación en la guerra de Irak ha generado una enorme controversia en la sociedad estadounidense. <<

[7] El nombre con el que se conoce a la CIA en los círculos de inteligencia. <<

[8] La casa del Islam. <<



[9] La ley islámica, en la práctica una confusión entre la religión y el Estado. <<

[10] Fiesta religiosa judía que se celebra en diciembre. <<

[11] Eres como un grano en el culo. <<

[12] Cierra la boca, simio. <<

[13] El manual original de Al Qaeda ocupa 5000 páginas en varios volúmenes y contiene detalladísima información acerca de operaciones realizadas en el pasado por el grupo terrorista, así como la metodología pertinente para reclutamiento de nuevos miembros; entrenamiento; creación de células; preparación de explosivos y su utilización contra objetivos militares y civiles; asesinatos con toda clase de armas de fuego, venenos y armas blancas; espionaje y contraespionaje; y resistencia a interrogatorios y tortura. En los pisos francos que emplean los terroristas siempre hay una versión reducida del manual, de unas 180 páginas. Está severamente prohibido sacar el manual de la casa y el jefe de la célula tiene orden de destruirlo a la menor señal de peligro. <<

[14] Un videojuego muy popular entre los adolescentes en el que el protagonista es un criminal que debe realizar misiones como secuestrar, matar, traficar con drogas o desplumar a prostitutas.  
<<

[15] Maricón, en árabe. <<

[16] *Tu madre cometió adulterio con un mono, en árabe.* <<



[17] Internacional Service Liaison, enlace entre servicios internacionales de espionaje. <<

[18] Una compañía radicada fuera del país, normalmente utilizada de manera más o menos encubierta para evadir impuestos. <<

[19] El caso de Raymond Kayn es sólo uno entre los miles de inmigrantes que llegaron a Ellis Island y a los que los funcionarios cambiaron el nombre, ya fuera transcribiéndolo fonéticamente, sustituyéndolo por otro que les resultase más fácil de escribir en la ficha, o por uno más común en lengua inglesa. <<

[20] *Mujer que cotillea*, en yídish. <<

[21] Un ama de casa maniática de la pulcritud, el qué dirán y los buenos modales, protagonista de la serie *Mujeres desesperadas*. <<

[22] Pequeña gorra ritual empleada por los varones judíos. <<

[23] Dios misericordioso, que estás en los cielos, permite que las almas de nuestros compañeros descansen en las alas de tu divina presencia; en las divinas alturas de santidad y de pureza acoge el espíritu brillante que camina hacia ti. <<

[24] La ley judía. <<



[25] Expresión de alegría yídish sin equivalencia en castellano. <<

[26] Robot Explorador para Terrenos Molestos. <<

[27] Edificios de apartamentos en régimen de alquiler, que solían ocupar los más desfavorecidos de Nueva York en la primera mitad del siglo XX. <<

[28] Bendito seas Tú, oh Dios, el Eterno, Presencia Universal, que haces crecer el pan de la tierra.

<<

[29] *No se preocupe*, en yídish. <<

[30] Modismo colombiano: persona de España. <<

[31] Malvadas, cabronas. <<

[32] Trabajar. <<



# Índice

La creación del enemigo

Prólogo

Dramatis Personae

Mandamientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Epílogo

Agradecimientos

Notas